

LA PIEDRA DE MOISÉS

Un antiguo código. Un siniestro secreto...
Una persecución a vida o muerte en busca de la verdad.

JAMES BECKER

Lectulandia

El detective Chris Bronson es enviado a Marruecos a investigar las misteriosas muertes de dos turistas. Allí comienza a seguir una serie de pistas que le conducirá desde un bullicioso mercado marroquí a las desérticas cuevas de Qumrán; desde los ecos siniestros de un túnel completamente inundado bajo la ciudad de Jerusalén, hasta una fortaleza azotada por el viento, cuyo nombre significa muerte.

Amenazado a cada paso por un grupo de peligrosos individuos que tienen sus propios planes, se ve envuelto en un misterio que lleva sin resolver desde tiempos bíblicos, pues la piedra que debe encontrar es más antigua y mucho más mortífera de lo que nunca habría podido imaginar.

Lectulandia

James Becker

La piedra de Moisés

Chris Bronson - 2

ePub r1.0

Mangeloso 18.04.14

Título original: *The Moses stone*
James Becker, 2009
Traducción: Ana María Andreu Baquero
Diseño de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Masada, Judea
Anno Domini 73

—No podemos esperar más.

Elazar ben Yair se subió a una pesada tribuna de madera situada casi en el centro de la fortaleza y bajó la mirada dirigiéndola hacia los rostros de los hombres y mujeres que lo rodeaban.

Al otro lado de los recios muros de piedra, un torrente de sonidos (órdenes dictadas a voz en grito, el ruido de las excavaciones y los golpes de las piedras cayendo unas sobre otras) servía como telón de fondo a sus palabras. De cuando en cuando, por encima del jaleo, se imponía un ruido sordo seguido de un gran estruendo, lo que significaba que un proyectil proveniente de una de las balistas, las imponentes armas de asedio romanas, se había estrellado contra los muros de la fortaleza.

Ben Yair lideraba el grupo de rebeldes judíos conocidos como «sicarios» desde hacía siete años, desde el mismo momento en que se hicieron con Masada tras arrebatársela a la guarnición romana allí estacionada. Los sicarios eran un grupo extremista dentro de los zelotes. De hecho, eran tan radicales que entre sus enemigos se contaban los propios zelotes, así como la mayor parte de los pueblos de Judea. Durante años, la fortaleza situada en la cima de la montaña les había servido como base para saquear tanto los asentamientos romanos, que se extendían por todo el país, como los judíos.

El año anterior, a Ludo Flavio Silva, gobernador romano de Judea, se le agotó la paciencia y atacó Masada con la legión Fretensis, compuesta por unos cinco mil soldados avezados en la lucha. Sin embargo, Masada era un hueso duro de roer y todos los esfuerzos iniciales por parte de los romanos para abrir una brecha en sus defensas habían resultado infructuosos. Como último recurso habían construido un muro de contención (una *circumvallatio*) alrededor de una parte de la fortaleza, y a partir de ahí habían empezado a erigir una rampa de una altura suficiente que les permitiera usar un ariete contra la gruesa muralla que rodeaba la ciudadela.

—Todos vosotros habéis visto la rampa que se apoya en nuestra muralla —comenzó a decir Elazar ben Yair con un tono de resignación en su voz—. Mañana o, como muy tarde, pasado mañana, los arietes romperán nuestras defensas. Ya no hay nada que podamos hacer para evitarlo y, una vez que consigan penetrar, los romanos nos invadirán. Entre hombres, mujeres y niños, no llegamos a las mil almas. Al otro lado de las murallas nuestros enemigos quintuplican ese número. No alberguéis duda alguna, los romanos vencerán, independientemente de la fiereza y la valentía con que luchemos.

Elazar ben Yair hizo una pausa y miró a su alrededor. En aquel momento, una salva de flechas, proveniente de más allá de las almenas, cruzó silbando por encima de las cabezas de los allí reunidos, pero la mayor parte apenas se inmutó.

—Si luchamos —prosiguió Ben Yair—, la mayoría de nosotros, los más afortunados, morirá. Los pocos que sobrevivan serán ejecutados, probablemente mediante la crucifixión, o vendidos en los mercados de esclavos de la costa.

Un murmullo cargado de ira se elevó por encima de la multitud en respuesta a las palabras de su líder. Los romanos habían ideado un retorcido método para evitar que los sicarios contraatacaran: habían empleado esclavos para construir la rampa, y era evidente que se valdrían igualmente de ellos para empujar los arietes. Y para atacar una fortaleza ocupada por judíos, nada mejor que utilizar esclavos judíos. De este modo, para protegerse, los sicarios se habrían visto obligados a matar a sus propios campesinos convertidos en esclavos, algo que incluso ellos, que no eran conocidos precisamente por su tolerancia o su compasión, encontraban de mal gusto.

Esta era la razón por la cual no habían podido detener la construcción de la rampa, y la misma que les impediría contrarrestar el ataque de los arietes.

—La elección es bien sencilla —concluyó Ben Yair—. Si luchamos y conseguimos sobrevivir a la batalla, acabaremos clavados en cruces en el valle que se extiende a los pies de la fortaleza o convertidos en esclavos de los romanos.

La multitud lo miró y los murmullos cesaron.

—¿Y si nos rindiéramos? —preguntó una voz llena de rabia.

—Eres libre de hacerlo, hermano —respondió Elazar ben Yair dirigiendo la mirada al hombre que había intervenido—. Pero aun así acabarías igualmente crucificado o vendido como esclavo.

—Si no podemos luchar ni tampoco rendirnos, ¿qué otras opciones nos quedan?

—Hay un modo —dijo Ben Yair—, el único para conseguir una victoria de la que todos hablarían durante generaciones.

—¿Podemos derrotar a los romanos?

—Podemos derrotarlos, sí, pero no de la manera que imaginas.

—¿Cómo entonces?

Elazar ben Yair hizo una breve pausa y miró a las gentes con las que había compartido su vida y la fortaleza durante siete años. Seguidamente, se lo explicó.

Al caer la noche, el ruido de las obras de construcción, al otro lado de la muralla, cesó. En el interior, los hombres se dividieron en grupos y se dispusieron a preparar lo que se convertiría en el último acto del drama de Masada. Para ello, apilaron trozos de madera y recipientes de aceite inflamable en las bodegas del extremo norte de la fortaleza, excluyendo un grupo de habitaciones que debían permanecer intactas siguiendo órdenes específicas de Elazar ben Yair. Más tarde, cuando los últimos rayos

de sol se desvanecieron por detrás de las montañas que rodeaban el lugar, construyeron una enorme hoguera en el centro de la plaza principal de la fortaleza y la encendieron. Para terminar, prendieron fuego a los montones de madera de las despensas.

Una vez concluidos los preparativos, Elazar ben Yair reunió a cuatro de sus hombres y les dio instrucciones detalladas.

La construcción de la rampa había hecho que la atención de los romanos se centrara en el flanco occidental de la ciudadela. Era allí donde se concentraban la mayor parte de los legionarios, listos para el último asalto. Asimismo, había guardias apostados alrededor del resto de la fortaleza, en el árido terreno que se extendía a los pies de la formación rocosa, pero en un número mucho más reducido que en los días y semanas anteriores. En la ladera oriental de Masada, la caída era de unos cuatrocientos metros y, aunque no se trataba exactamente de un precipicio, la pendiente era tan abrupta y peligrosa que los romanos no consideraban que los sicarios fueran tan insensatos como para utilizarla, así que el número de centinelas allí apostados era bastante reducido. Y hasta aquella noche, tenían razón.

Ben Yair condujo a sus hombres hasta los pies del grueso muro que protegía la meseta de Masada. A continuación les entregó dos objetos cilíndricos, ambos envueltos en tela de lino y bien amarrados con una cuerda junto a dos pesadas tablillas de piedra, igualmente protegidas por una gruesa envoltura de la misma tela. Seguidamente, abrazó a cada uno de ellos, se dio la vuelta y se alejó del lugar. Como fantasmas en la noche, los cuatro hombres escalaron el muro y desaparecieron en silencio entre el amasijo de rocas que marcaba el inicio de su arriesgado descenso.

Los sicarios reunidos, novecientos treinta y seis entre hombres, mujeres y niños, se arrodillaron para pronunciar la que sabían que sería la última plegaria de sus vidas. A continuación, se dispusieron en fila delante de una tarima que se encontraba a los pies de uno de los muros de la fortaleza y efectuaron el sorteo. Una vez que todos hubieron extraído una pajita, diez de ellos se apartaron de la multitud y se acercaron de nuevo a la mesa donde Elazar ben Yair esperaba en pie. Este ordenó que se hicieran constar sus nombres junto al de su líder y un escriba los transcribió en once fragmentos de arcilla, a razón de un nombre por trozo.

Después, Ben Yair se encaminó hacia el edificio que había hecho construir Herodes, unos cien años antes, para utilizarlo como fortaleza personal cuando sus superiores romanos lo designaron rey de Judea. Allí ordenó que se enterraran con sumo cuidado los fragmentos de arcilla, con objeto de que sirvieran como recordatorio del fin del asedio.

Por último, regresó al centro de la fortaleza y emitió una única orden, un grito que resonó por toda la ciudadela.

Alrededor de él, todos los combatientes (excepto los diez elegidos por sorteo)

desenvainaron sus espadas y dagas y las arrojaron a sus pies. El estruendo de cientos de armas golpeando contra el suelo polvoriento retumbó contra los muros que los rodeaban, transformándose en un ruido atronador.

Luego hubo una segunda orden y los diez hombres se situaron justo delante de sus compañeros desarmados. Ben Yair observó que una de las primeras víctimas daba un paso hacia delante para abrazar al hombre elegido para ser su verdugo.

—Hazlo con rapidez y firmeza, hermano —dijo mientras regresaba a su posición inicial.

Dos de sus compañeros asieron con fuerza los brazos del hombre desarmado y lo sujetaron firmemente. El otro desenvainó su espada, se inclinó hacia delante, retiró con suma delicadeza la túnica de su víctima para dejar el pecho al descubierto y alzó el brazo derecho.

—Vete en paz, amigo mío —dijo con voz entrecortada. A continuación, asestó un único golpe certero que introdujo la espada en el corazón de su víctima. Este emitió un gruñido a causa del repentino impacto, pero sus labios no dejaron escapar ni un grito de dolor.

Con delicadeza y veneración, los dos hombres depositaron su cuerpo sin vida en el suelo.

El mismo proceso se repitió en cada uno de los pequeños grupos de hombres repartidos por la plaza, y en todos y cada uno de los casos culminó con diez de ellos yaciendo muertos sobre el terreno.

Elazar ben Yair dictó de nuevo la orden y una vez más las espadas alcanzaron su objetivo, pero en esta ocasión una de ellas sesgó la vida del propio Ben Yair.

Trascurrida una media hora, todos los sicarios, excepto dos, yacían inertes en el suelo. Solemnemente, los últimos dos hombres lo echaron a suertes y de nuevo una corta y poderosa estocada acabó con otra vida. El guerrero que quedaba, con los ojos bañados en lágrimas, recorrió la fortaleza examinando uno a uno todos los cuerpos para asegurarse de que ninguno de sus compañeros estuviera vivo.

Al final echó un último vistazo a la ciudadela en la que ya no quedaba ni rastro de vida. Entre dientes elevó una plegaria a su dios para pedir perdón por lo que estaba a punto de hacer, le dio la vuelta a su espada, colocó la punta sobre su pecho y se abalanzó sobre ella.

A la mañana siguiente, el ariete comenzó a golpear el muro oeste de Masada y en un breve espacio de tiempo logró atravesarlo. Justo detrás, los romanos se toparon con otro baluarte que los sicarios habían erigido en un intento desesperado por defenderse, pero igualmente lo destruyeron en cuestión de minutos. Poco después los soldados irrumpieron en estampida en la fortaleza.

Una hora después de que se hubiera conseguido abrir una brecha en el muro,

Lucio Flavio Silva subió la rampa, superó las líneas de legionarios y atravesó el agujero del muro. Una vez dentro, miró a su alrededor con expresión incrédula.

Había cadáveres por todas partes, de hombres mujeres y niños, y la sangre que cubría sus pechos ya se había oscurecido y coagulado. Nubes de moscas revoloteaban bajo el sol de la tarde alimentándose con avaricia, aves carroñeras picoteaban los blandos tejidos de los cadáveres y cientos de ratas correteaban por encima de los cuerpos.

—¿Están todos muertos? —preguntó a un centurión.

—Es así como los hemos encontrado, señor. Pero hay siete supervivientes, dos mujeres y cinco niños. Estaban escondidos en una cisterna subterránea en el extremo sur de la meseta.

—¿Y cómo explican lo ocurrido aquí? ¿Se han suicidado?

—No exactamente, señor. Su religión lo prohíbe. En realidad hicieron un sorteo para matarse los unos a los otros. El último de ellos —añadió el centurión señalando uno de los cuerpos que yacía boca abajo y de cuya espalda asomaba la punta de una espada— se arrojó sobre su arma, de manera que fue el único que realmente se suicidó.

—Pero ¿por qué? —se interesó Silva, aunque su pregunta era más bien retórica.

—Según cuentan las mujeres, Elazar ben Yair, su líder, sugirió que si se quitaban la vida, en el momento y modo que ellos elegían, nos privarían de la victoria. —El centurión señaló al norte de la ciudadela—. Podían haber seguido luchando. Las despensas, aquellas que deliberadamente salvaron del incendio, están llenas de víveres y las cisternas rebosan agua potable.

—Pues, si realmente han vencido, se trata de una extraña forma de victoria —renegó Silva sin apartar la vista de los cientos de cuerpos que lo rodeaban—. Hemos tomado posesión de Masada, por fin esos miserables sicarios están todos muertos y no hemos perdido ni un solo legionario en el asalto. ¡Le aseguro que no me importaría afrontar muchas más derrotas como esta!

El centurión esbozó una sonrisa complaciente.

—En cuanto a las mujeres y los niños, mi general, ¿cuáles son sus órdenes?

—Llevad a los niños al mercado de esclavos más cercano y entregad las mujeres a las tropas. Si todavía están vivas cuando nuestros hombres hayan acabado con ellas, dejadlas marchar.

Justo a las afueras de Masada, los cuatro sicarios aguardaban escondidos tras un peñasco, a unos treinta metros del desierto que se extendía a sus pies. Después de que las tropas romanas hubieran abierto una brecha en el muro e irrumpido en la ciudadela, los generales dieron orden al resto de centinelas de abandonar sus puestos. Aun así, a pesar de que los legionarios ya se habían marchado, los cuatro hombres esperaron a que oscureciera para completar el descenso.

Tres días más tarde llegaron a Ir-Tzadok B'Succaca, la comunidad asentada en la cima de una montaña (que dos milenios más tarde se conocería como Qumrán). Tras pasar allí todo un día, los cuatro sicarios reanudaron el viaje.

Recorrieron a pie unos ocho kilómetros, bordeando la costa oeste del mar Muerto, antes de emprender camino dirección norte. Pasaron por las ciudades de Kipros, Taurus y Jericó, e hicieron noche en Fazael. El segundo día giraron en dirección a Siloé, pero una vez dejaron la ciudad y comenzaron a caminar en dirección norte por la ladera oriental del monte Gerizim, la marcha se tornó mucho más dura y complicada, por lo que no consiguieron llegar a Mahanaim hasta el anochecer. Al día siguiente llegaron hasta Sicar, donde se tomaron otra jornada de descanso porque estaban a punto de afrontar la parte más penosa del viaje, una caminata de más de quince kilómetros por los difíciles terrenos que bordeaban la ladera oeste del monte Ebal hasta la ciudad de Bemesisil.

Esa travesía les llevó todo el día siguiente y una vez más descansaron veinticuatro horas antes de continuar dirección norte hasta la ciudad de Ginea. Llegaron allí cuando habían pasado unas dos semanas desde que abandonaran Masada y aprovecharon para adquirir nuevas provisiones para afrontar la última parte de su viaje.

Reanudaron la marcha a la mañana siguiente, caminando hacia el noroeste a través de los palmerales que recubrían las fértiles tierras bajas que se expanden entre el mar de Galilea y las costas del mar Muerto, y que conducen hasta la llanura de Esdraelón. La ruta que seguían fluctuaba de izquierda a derecha, esquivando los numerosos obstáculos y evitando los terrenos más elevados que se interponían entre ellos y su lugar de destino. Este hecho no solo ralentizó mucho la marcha, sino que la hizo mucho más fatigosa debido a los implacables rayos de sol que les acompañaron durante todo el trayecto.

A media tarde avistaron por primera vez su objetivo, y casi había anochecido cuando llegaron a las faldas de la montaña. En vez de intentar escalar la ladera y llevar a cabo completamente a oscuras la misión que les había encomendado Elazar ben Yair, optaron por hacer noche y reposar unas horas.

A la salida del sol, los hombres se encontraban ya en la cima de la planicie. Solo uno de ellos había estado allí antes y les llevó más de ocho horas cumplir su cometido.

No pudieron descender el empinado sendero que conducía a la llanura inferior hasta bien entrada la tarde y era casi media noche cuando llegaron a Naín. Por fortuna, el trayecto resultó algo menos fatigoso porque ya no acarreaban ni los dos objetos cilíndricos ni las tablas de piedra.

A la mañana siguiente fueron en busca de un alfarero y, tras ofrecerle una cantidad de oro suficiente para evitar que hiciera preguntas, tomaron posesión de su taller durante el resto del día. Se quedaron allí, con la puerta cerrada a cal y canto hasta bien avanzada la noche, trabajando bajo la luz parpadeante de algunas lámparas alimentadas con grasa animal.

Al amanecer los cuatro hombres emprendieron caminos diversos, cada uno de ellos con una misión diferente que cumplir.

Nunca más volvieron a verse.

Primera parte

Marruecos

1

A Margaret O'Connor le encantaba la medina, pero lo que verdaderamente la volvía loca era el zoco.

Le habían dicho que en árabe la palabra medina significaba «ciudad», pero en Rabat, como en otros muchos lugares de Marruecos, se había convertido en un término genérico para designar el centro histórico de la ciudad, un laberinto de angostas callejuelas, la mayoría de ellas tan estrechas que no había espacio suficiente para que pasaran los coches. De hecho, había tramos en los que dos personas caminando una junto a la otra podían llegar a molestarse. En el zoco en particular, a pesar de que había algunas zonas algo más amplias rodeadas por puestos o tiendas abiertas al exterior, se podían encontrar pasajes todavía más reducidos y, en opinión de Margaret, aún más encantadores precisamente por lo que temían de pintorescos. Las paredes enlucidas de las casas estaban agrietadas y cuarteadas por el paso del tiempo y el sol había desconchado y desteñido la pintura que las recubría.

Cada vez que Ralph y ella visitaban el lugar, lo encontraban abarrotado de gente. Al principio había sentido cierta decepción al comprobar que la mayoría de los nativos preferían vestir a la manera occidental (lo que más se veía eran vaqueros y camisetas), en vez de las tradicionales chilabas que esperaba encontrar. La guía turística que había comprado en la recepción del hotel le ayudó a entender el porqué.

A pesar de ser una nación islámica, solo un cuarto de la población de Marruecos era árabe. La mayoría de ellos eran bereberes, o imazighen, como les gustaba que se les llamase, un pueblo originario del norte de África que no pertenece a la etnia árabe. Los bereberes eran los nativos de Marruecos, y aunque en un principio se habían resistido a la invasión de su país por los árabes, con el tiempo se habían convertido al islam y habían adoptado la lengua de los invasores. Esta gradual aculturación por parte de los bereberes en la comunidad árabe no solo había dado como resultado una gran diversidad en la forma de vestirse, sino también una llamativa mezcla cultural y lingüística, haciendo que tanto el árabe como el idioma bereber tamazight estuvieran muy extendidos, así como el francés, el español e incluso el inglés.

A Margaret O'Connor le encantaban los sonidos, los olores y el bullicio del lugar, e incluso toleraba bastante bien la inagotable cantidad de niños que correteaban por las callejuelas pidiendo limosna u ofreciéndose como guías a los turistas que caminaban sin rumbo fijo y cuya condición de extranjeros era más que evidente.

Era la primera vez que ella y su marido Ralph visitaban Marruecos y, a decir verdad, éste no demostraba el mismo entusiasmo por el país que su esposa. El gentío que atestaba las calles del zoco le producía claustrofobia y los miles de extraños olores le resultaban bastante desagradables. Prefería con mucho los complejos turísticos que bordeaban la costa española, su destino de vacaciones habitual, pues,

aun estando en un país extranjero, le resultaban infinitamente más familiares. No obstante, aquel año Margaret había insistido en viajar a algún lugar más exótico, probar algo diferente, y Marruecos les había parecido el lugar más aceptable a ambos.

Estaba en otro continente, pero lo suficientemente cerca como para no tener que soportar un largo trayecto en avión. Habían descartado Casablanca porque todo el mundo decía que era la típica ciudad portuaria sucia y ruidosa, nada que ver con la clásica imagen romántica creada por Hollywood. Por esta razón compraron un billete en un vuelo de bajo coste hasta Casablanca y alquilaron un coche para trasladarse al hotel, de precio módico, que habían reservado en Rabat.

Aquella tarde, la última que pasarían en Marruecos, se dirigían una vez más en dirección al zoco y, mientras Margaret se mostraba entusiasmada, Ralph caminaba con una expresión de resignación en su rostro.

—¿Qué es lo que quieres comprar exactamente?

—Nada. Todo. ¡Que sé yo! —Margaret se detuvo y miró a su marido—. Eres incapaz de sentir ni una pizca de romanticismo, ¿verdad? —En realidad, no se trataba de una pregunta, sino de una afirmación—. Mira, mañana volvemos a casa. Solo quería dar un último paseo por el zoco y hacer unas cuantas fotos, algo que nos sirva para recordar estas vacaciones. Al fin al cabo, no creo que volvamos nunca más, ¿no es cierto?

—Si de mí dependiera, no —murmuró Ralph mientras su esposa se daba la vuelta y se encaminaba hacia la medina, aunque el volumen de su voz fue lo suficientemente alto para que llegara a los oídos de Margaret.

—El año que viene —dijo esta—, volveremos a España, ¿de acuerdo? Así que deja de quejarte, sonrío y finge al menos que te estás divirtiendo.

Al igual que en todas las demás ocasiones desde que llegaron a Rabat, se dirigieron a la medina por la casba de los Oudayas, simplemente porque, según Margaret, era la ruta más atractiva y pintoresca. La casba era una fortaleza del siglo XII, erigida en lo alto de una colina, desde cuyas almenas y sólidas murallas se podía contemplar la antigua ciudad pirata de Salé y cuyo interior era una auténtica delicia. Todas y cada una de las casas encaladas lucían una banda de color azul rielo exactamente del mismo tono alrededor de la base, desde el suelo hasta una altura de algo menos de medio metro. Aunque resultaba evidente que no habían sido pintadas recientemente, daba la sensación de que lo hubieran hecho hacía poco tiempo.

Era un elemento decorativo extrañamente atractivo que ni Margaret ni su marido habían visto antes y, a pesar de que preguntaron en varias ocasiones, nadie supo explicarles a qué obedecía. Cada vez que intentaban averiguar el motivo, la gente los miraba con expresión de extrañeza y se encogía de hombros. Por lo visto, las casas del interior de la casba siempre habían sido decoradas de aquel modo.

Tras salir del recinto amurallado, continuaron con paso firme en dirección a la

medina por una calle bastante amplia, que alternaba tramos llanos con grupos aislados de tres escalones que, sin duda, habían sido contruidos para hacer más llevadera la pendiente. A su izquierda discurría el río, mientras que a la derecha se extendía una zona cubierta de césped, donde la gente solía sentarse a admirar el panorama o, simplemente, se tumbaba a ver la vida pasar.

La entrada a la medina tenía un aspecto oscuro y poco acogedor, en parte debido al contraste con la luz vespertina del exterior pero, sobre todo, por la estructura de metal que cubría aquella parte del centro histórico, formando un elegante techo abovedado. Los paneles metálicos tenían un diseño geométrico, y aunque aparentemente no dejaban pasar demasiada luz, conferían al rielo una especie de iridiscencia luminosa y opaca que recordaba a la madreperla.

Una vez en el interior, la penumbra hacía aún más patentes los olores que ya les resultaban tan familiares: a tabaco, al polvo de metal o a madera recién cortada, junto a un olor desconocido y penetrante que después de un tiempo Margaret descubrió que provenía de los talleres de curtidos. El nivel de ruido aumentaba considerablemente conforme se adentraban en el zoco, y el repiqueteo de los martillos de los orfebres actuaba de constante contrapunto al zumbido de las conversaciones de los compradores y vendedores, que regateaban el precio de sus productos y cuyas voces, de vez en cuando, subían de tono por la excitación o el enfado.

Como era habitual, el lugar estaba a rebosar de gente y de gatos.

La primera vez que Margaret visitó la medina y el zoco había quedado horrorizada ante la cantidad de gatos salvajes que encontraron, pero su sorpresa fue aún mayor cuando se dio cuenta de lo sanos que se les veía. Pronto descubrió las zonas donde un montón de felinos bien alimentados se tumbaban al sol junto a los platos de comida que la gente dejaba para los que habitaban el mercado. Supuso que los comerciantes aceptaban con agrado su presencia porque así mantenían a raya el número de ratas y ratones aunque, a la vista de algunos de los gatos más grandes que dormitaban felices, era evidente que hacía mucho tiempo que no tenían que cazar para alimentarse.

La variedad de productos y habilidades que se ofertaban en el zoco era, como siempre, asombrosa. Pasaron por delante de puestos que vendían faroles negros de metal, botellas de vidrio azules y verdes que también se hacían por encargo, piezas de cuero entre las que se incluían sillas, exquisitas cajas de madera de cedro, zapatos, ropa colgada de una especie de tendedores que se extendían de un lado a otro de las estrechas calles, y que obligaba a los viandantes a agachar la cabeza y abrirse paso entre ellas, relojes, especias que extraían directamente de enormes sacos abiertos, alfombras, mantas y todo tipo de objetos de plata. Margaret siempre se detenía en un puesto determinado y se quedaba a observar, fascinada, cómo trabajaban con un martillo las láminas de plata para luego cortarlas, moldearlas y soldarlas en forma de

teteras, cuencos y todo tipo de utensilios de cocina.

Mirara donde mirara, había puestos de comida donde se ofertaban desde bocadillos hasta cordero cocinado en los tradicionales tajines marroquíes, recipientes de barro con una forma similar a la de un embudo invertido. La primera vez que pasearon por el zoco, Margaret quiso probar algún producto típico de la «comida rápida» del lugar, pero Ralph le soltó una reprimenda.

—Mira en qué estado se encuentran esos puestos —dijo—. Si los viera un inspector de sanidad británico le daría un síncope. Esta gente no tiene ni la menor idea de lo que es la higiene.

Margaret estuvo tentada de contestar que todos los nativos que habían visto hasta ese momento tenían un aspecto de lo más saludable y que, seguramente, se debía a que los productos de la dieta local carecían de los «beneficios» de los aromatizantes, colorantes, conservantes y demás componentes químicos que se habían vuelto indispensables en la alimentación de los británicos, pero se mordió la lengua. Este era el motivo por el cual, como era de prever, habían comido y cenado en el hotel todos los días desde su llegada a la ciudad. Ralph desconfiaba incluso de algunos de los platos que servían en el restaurante, pero tenían que comer en algún sitio y le parecía la opción más segura.

Hacer fotos en el zoco se demostró mucho más difícil de lo que Margaret había pensado en un principio, porque la mayoría de los comerciantes y vendedores se mostraban bastante reacios a que les inmortalizaran, incluso aunque se tratara de un turista y, precisamente, eran los habitantes del lugar lo que quería capturar con su Olympus de bolsillo; era a ellos lo que le gustaría recordar.

Cuando, por enésima vez, otro alto marroquí se giró bruscamente al verla levantar la cámara, Margaret murmuró irritada:

—¡Por el amor de Dios!

A partir de ese momento bajó la cámara y la colocó a la altura del pecho, parcialmente escondida detrás de su bolso. Había ajustado la longitud del asa, se la había cruzado por encima de la cabeza y la sujetaba contra su cuerpo con la mano izquierda porque les habían advertido de la presencia de numerosos carteristas. Realizaría su reportaje fotográfico apretando el botón de forma indiscriminada conforme atravesaban el zoco sin molestarse en apuntar con la cámara. Esa era una de las ventajas de las máquinas digitales, la tarjeta de memoria era lo suficientemente grande como para almacenar una buena cantidad de fotografías. Cuando volvieran a su casa en Kent ya se ocuparía de borrar las que no hubieran salido bien. Además, llevaba consigo una tarjeta adicional por si se llenaba la de la cámara.

—De acuerdo, Ralph —resolvió Margaret—, colócate a mi derecha. Eso ayudará a que no se vea la cámara. Cruzaremos el zoco hasta el otro extremo y, luego —añadió—, volveremos al hotel y disfrutaremos de nuestra última cena en Marruecos.

—Buena idea —dijo éste.

Ralph O'Connor parecía aliviado ante la idea de dejar el zoco, de manera que se situó al otro lado de la estrecha callejuela donde su mujer le había indicado. Después, presionados por un grupo de jóvenes que les llamaron la atención a gritos, empezaron a caminar lentamente mientras su paseo se veía salpicado por una sucesión de débiles chasquidos cada vez que Margaret sacaba una foto.

A mitad del recorrido a través del zoco, se toparon con un repentino alboroto en uno de los puestos situados casi directamente delante de ellos. Una media docena de hombres, todos ellos vestidos a la manera árabe tradicional, se gritaban y empujaban unos a otros y, a pesar de que Margaret no entendía ni palabra de árabe, sus voces daban a entender que estaban muy enfadados. El motivo de su enojo parecía ser un hombre pequeño vestido con ropas raídas que estaba de pie delante de uno de los puestos. Los demás parecían hacer alusión a los productos que tenía a la venta, lo que desconcertó a Margaret pues, aparentemente, el puesto ofrecía una colección de mugrientas tablillas de arcilla y fragmentos de barro, el tipo de baratijas que se podían encontrar fácilmente excavando un poco en cualquiera de las innumerables ruinas de Marruecos. Tal vez, elucubró, los árabes eran funcionarios del Estado y algunos de los artículos habían sido robados o eran fruto del saqueo de algún sitio arqueológico. Independientemente de la causa de la disputa, era lo más emocionante que habían presenciado en el zoco hasta aquel momento.

Margaret hizo lo que pudo por apuntar con la cámara al grupo y empezó apretar el botón una vez tras otra.

—¿Qué haces? —le recriminó Ralph entre dientes.

—Intento capturar un poco de colorido local, eso es todo —respondió Margaret—. Es mucho más interesante tomar fotos de una pelea que de un montón de ancianos vendiendo cafeteras de latón.

—¡Venga! ¡Vámonos! —dijo Ralph agarrando la manga de su esposa y animándola a alejarse del lugar—. No me fío de esta gente.

—¡Por Dios, Ralph! A veces te comportas como un auténtico gallina. No obstante, la discusión que presenciaban empezó a ponerse fea por momentos, de modo que, tras tomar un par de fotografías más, Margaret se dio la vuelta y echó a andar hacia la entrada del zoco, mientras su marido caminaba a grandes zancadas junto a ella.

Cuando apenas habían recorrido unos cincuenta metros, el tono de la discusión se elevó todavía más y empezaron a oírse fuertes gritos. Segundos después, advirtieron los pasos de alguien que corría a toda velocidad hacia donde se encontraban.

Rápidamente Ralph empujó a Margaret, obligándola a entrar en uno de los callejones laterales del zoco y, apenas se apartaron de la calle principal, el hombre pequeño y vestido de forma harapienta que habían visto en el puesto atravesó el lugar

corriendo. Unos segundos después vieron pasar a los individuos que habían discutido con él, gritándole algo que no entendieron.

—Me pregunto qué habrá hecho —dijo Margaret mientras salía del callejón.

—Sea lo que sea, no es asunto nuestro —repuso Ralph—. Solo puedo decir que me quedaré mucho más tranquilo cuando hayamos vuelto al hotel.

Empezaron a abrirse paso entre la multitud pero, poco antes de que llegaran a la puerta principal, justo cuando pasaban delante de un puesto de especias situado junto a otro de los callejones laterales, volvieron a escuchar el griterío. Instantes después, el pequeño árabe pasó de nuevo junto a ellos respirando con dificultad y buscando desesperadamente un refugio. Detrás de él, Margaret avistó claramente a sus perseguidores, esta vez a una distancia mucho menor.

Cuando pasó delante de ellos, un pequeño objeto de color beis se le cayó de uno de los bolsillos de su chilaba y, tras dar varias volteretas en dirección al suelo, su trayectoria se vio interrumpida por un saco abierto de especias de color claro. El objeto aterrizó justo en el centro del saco y, casi de inmediato, quedó oculto, ya que su color era prácticamente idéntico al de las especias que lo rodeaban.

Era evidente que el hombre no se había percatado de que había perdido algo y continuaba su fuga precipitada. Al poco, media docena de hombres pasaron a toda prisa, acelerando el paso cuando avistaron a su presa que, en ese momento, se encontraba a apenas treinta metros de ellos.

Margaret lanzó una rápida ojeada al objeto y después levantó la vista hacia el dueño del puesto, que se encontraba de espaldas a ellos y observaba al grupo desaparecer. Rápidamente se inclinó hacia delante, extrajo el objeto beis del saco de especias y lo metió disimuladamente en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—¿Qué diantres estás haciendo?

—Cierra la boca, Ralph —le ordenó Margaret entre dientes al comprobar que el dueño del puesto se les quedaba mirando. A continuación, le sonrió con amabilidad, agarró del brazo a su marido y empezó a caminar hacia la salida del zoco más cercana.

—No es tuyo —murmuró Ralph mientras abandonaban el mercado y giraban en dirección al hotel—. No deberías haberlo cogido.

—Es solo un trozo de arcilla —respondió Margaret—, y dudo mucho que tenga algún valor. De todos modos, no pienso quedármelo. Sabemos cuál es el puesto de ese hombre. Mañana regresaré y se lo devolveré.

—Pero no sabes si tenía algo que ver con el puesto. Es posible que simplemente estuviera ahí de pie. No tenías que haberte involucrado.

—No me he «involucrado», como ni dices. Si no lo hubiera cogido, lo habría hecho algún otro y entonces no existiría modo alguno de que volviera a las manos de su propietario. Vendré a traérselo mañana, te lo prometo, y después nos olvidaremos

de él.

2

Finalmente los perseguidores alcanzaron al fugitivo en la explanada que se extiende entre las murallas de Rabat y Chellah, una antigua necrópolis que actualmente se ha convertido en un lugar donde los turistas acostumbran a sentarse a comer al aire libre durante el día, pero que suele estar prácticamente vacío al anochecer. Se había escondido detrás de uno de los numerosos arbustos de flores silvestres que crecen en la zona pero, desgraciadamente, uno de sus perseguidores lo vio ocultarse y en pocos segundos lo agarró y lo empujó violentamente contra una roca.

En un abrir y cerrar de ojos el resto de los perseguidores se agruparon en torno a su prisionero. Un individuo alto, delgado y con nariz aguileña dio un paso hacia delante. De niño había padecido una enfermedad llamada parálisis facial de Bell y, al no haber recibido el tratamiento adecuado, la parte derecha de su rostro estaba completamente atrofiada. Esta dolencia también ocasionó que perdiera la vista del ojo derecho y la apariencia de su córnea de color blanco lechoso contrastaba con su tez oscura.

—¿Dónde está, Hassan? —le preguntó con voz pausada y actitud comedida.

El hombre que habían apresado negó con la cabeza, lo que le provocó que uno de los que lo sujetaban le propinara un tremendo puñetazo en el estómago. Dolorido, se inclinó hacia delante jadeando y dándole arcadas.

—Te lo preguntaré una vez más. ¿Dónde está?

—En mi bolsillo —acertó a decir Hassan al Qalaa.

El hombre alto hizo un ademán y los dos que sujetaban al cautivo le permitieron que buscara primero en uno de sus bolsillos y luego en el otro, mientras en su rostro el agotamiento cedía paso a la desesperación, conforme se daba cuenta de que el objeto del que se había apropiado antes de echar a correr ya no estaba en su poder.

—Se me ha debido de caer —balbució—. Debe de estar en algún lugar del zoco.

El hombre alto lo atravesó con la mirada, impassible.

—¡Registradlo! —ordenó con brusquedad.

Uno de sus hombres inmovilizó al cautivo contra una roca mientras otro rebuscaba entre sus ropas.

—Nada —dijo éste último.

—Vosotros cuatro —espetó el hombre alto—. Volved y registrad el zoco. Seguid el camino que hemos recorrido e interrogad a los vendedores.

Los aludidos abandonaron el grupo y se precipitaron en dirección a la entrada del zoco.

—Mira, Hassan —dijo el hombre alto inclinándose hacia el cautivo—, es posible que se te haya caído, o quizá se lo has dado a alguien, pero no importa. Antes o después aparecerá y, cuando lo haga, lo recuperaré. —A continuación hizo una pausa,

miró fijamente al hombre inmovilizado y se acercó aún más a él—. ¿Tú sabes quién soy yo? —preguntó casi en un susurro.

El cautivo negó con la cabeza y, con expresión de terror, miró fijamente el paralizado rostro del hombre que tenía ante sí y su inquietante ojo carente de visión.

—Entonces te lo diré —respondió.

Seguidamente se acercó a su oído y susurró unas palabras.

En ese mismo instante, el prisionero comenzó a sacudir la cabeza con violencia mientras sus ojos reflejaban el terror que lo embargaba.

—¡No, no! —gritó forcejeando con todas sus fuerzas—. ¡Era solo un pedazo de arcilla! ¡Te lo pagaré! ¡Te daré todo lo que quieras!

—¡No se trata de dinero, imbécil! ¡Y no era solo un pedazo de arcilla! No tienes ni idea, ni la más remota idea de lo que has tenido entre tus manos.

El hombre alto hizo otro ademán y uno de sus esbirros rasgó la túnica del cautivo dejando al descubierto su pecho. A continuación, le metió un trozo de tela en la boca y lo ató por detrás de su cabeza, a modo de mordaza. Lo sujetaron firmemente contra la roca, con los brazos extendidos de manera que, por mucho que se retorció, no conseguía liberarse.

El pobre diablo pataleaba violentamente (las piernas era lo único que conseguía mover), y uno de sus puntapiés alcanzó de refilón al hombre alto.

—Con esto, lo único que has conseguido es que tu sufrimiento se prolongue aún más.

A continuación metió la mano bajo su chilaba y, de una vaina escondida entre sus ropajes, extrajo una daga curva con hoja de doble filo. Tras subirse la manga derecha hasta la altura del codo (para evitar que se le manchara de sangre), se aproximó un poco más a su víctima. Seguidamente, con cuidado, apoyó la punta del arma en su pecho, buscando el espacio entre dos costillas, y comenzó a aumentar poco a poco la presión que ejercía sobre el mango. En el mismo instante en que la punta perforó la piel, el cautivo soltó un alarido, pero éste, perdido en los pliegues de la rudimentaria mordaza, se quedó tan solo en una especie de gruñido amortiguado.

El hombre alto presionó aún más y, de repente, la parte delantera de la chilaba de su víctima empezó a teñirse de un color rojo intenso, mientras la sangre brotaba de la herida. El hombre alto siguió introduciendo la daga gradualmente sin apartar la vista del rostro del moribundo. Cuando consideró que la punta del arma estaba a punto de tocar el corazón, se detuvo unos segundos, cambió la forma en que asía la empuñadura, apretó con fuerza y la movió de un lado a otro haciendo que los extremos de la hoja prácticamente cortaran en dos el corazón del pequeño comerciante.

—¿Quieres que lo entierremos? ¿O prefieres que lo tiremos por algún terraplén? —preguntó uno de los hombres después de que el cuerpo cayera al suelo,

desplomado.

El hombre alto negó con la cabeza.

—No, arrastradlo hasta allí —ordenó, apuntando a un montón de maleza ligeramente más densa, antes de limpiar de sangre la hoja de su daga con la ropa del muerto—. Mañana o pasado mañana alguien lo encontrará.

Minutos después, mientras él y sus hombres caminaban de regreso al zoco, añadió:

—Encargaos de que corra la voz. Aseguraos de que todo el mundo sepa que Hassan al Qalaa murió a consecuencia de sus actos. Quiero que les quede claro que todo el que hable con la policía correrá la misma suerte. Y ofreced una recompensa a quien ayude a recuperar la tablilla. Tenemos que encontrarla, cueste lo que cueste.

3

A la mañana siguiente, poco después de las diez, Margaret caminaba de vuelta al zoco con la tablilla de barro oculta en el interior de su bolso. La noche anterior la había examinado con detenimiento en la habitación del hotel y le había hecho algunas fotografías.

En realidad la tablilla parecía muy poca cosa. Tenía un grosor de algo más de un centímetro y debía de medir unos doce de largo por siete de ancho. Era de color marrón grisáceo, casi beis y, mientras el dorso y los bordes eran suaves y perfectamente pulidos, la superficie de la parte delantera estaba cubierta por una serie de marcas que, en opinión de Margaret, debían de corresponder a algún tipo de escritura, pero que no supo reconocer. Estaba convencida de que no se trataba de ninguna lengua europea, y tampoco se parecía a las palabras y los caracteres árabes que había visto en los diferentes carteles y periódicos desde que llegaron a Rabat.

Ralph optó por no acompañarla con la condición de que prometiera que se limitaría a volver al puesto, entregar el objeto y regresar directamente al hotel.

Sin embargo, cuando Margaret entró en el zoco y caminó por los tortuosos callejones en dirección al lugar de los hechos, se encontró con un problema con el que no había contado: no había ni rastro del pequeño hombre marroquí ni de la colección de antiguas reliquias que habían estado observando el día anterior. En su lugar, dos hombres, que no había visto nunca, estaban de pie detrás de un tablero, sujeto con caballetes, en el que se exponían hileras de los típicos recuerdos para turistas, como cafeteras de latón, cajas de metal y otros objetos decorativos.

Durante unos segundos se quedó allí de pie, sin saber qué hacer, y al final resolvió acercarse y entablar conversación con aquellos hombres.

—¿Entienden el inglés? —les preguntó, intentando hablar despacio y vocalizando.

Uno de ellos negó con la cabeza.

—Ayer había aquí otro puesto diferente —explicó seleccionando cuidadosamente las palabras—. El propietario era un señor pequeño —añadió mientras realizaba un gesto con la mano para indicar la altura del marroquí que había visto el día anterior—. Quería comprarle algunas cosas.

—Él no aquí hoy —dijo finalmente uno de los hombres—. Usted comprar regalos a nosotros, ¿sí?

—No, no. Gracias —respondió Margaret sacudiendo la cabeza con decisión.

Al menos lo he intentado, pensó mientras regresaba por donde había venido. Al fin y al cabo, si el hombre que había perdido la tablilla el día anterior no había vuelto, resultaba imposible devolvérsela. Se la llevaría a casa, a Kent, y la conservaría como un extraño suvenir de sus primeras vacaciones fuera de Europa y como recordatorio

de lo que había visto.

De lo que no se percató es de que, mientras se alejaba del puesto, uno de los vendedores agarró su teléfono móvil e hizo una llamada.

Margaret decidió dar un último paseo por los alrededores antes de regresar al hotel. Estaba convencida de que Ralph no consentiría volver a Marruecos, pues no había disfrutado nada de su estancia en Rabat. Sin duda, aquella sería su última oportunidad de sacar unas fotos más, incluyendo algunas vistas de la ciudad.

Caminó sin rumbo fijo por el zoco, haciendo fotos cada vez que la ocasión lo permitía, y luego abandonó el lugar. En aquel momento recordó que no había conseguido convencer a Ralph de que visitaran Chellah, así que sintió la necesidad de, al menos, acercarse a ver los jardines, aunque no visitara el santuario en sí.

No obstante, cuando se dirigía a las antiguas murallas de la necrópolis, divisó a varios oficiales de policía pululando justo delante de ella y, por un segundo, se preguntó si debía desistir y volver al hotel. Finalmente se encogió de hombros y decidió continuar su camino. Fuera cual fuera el problema que había atraído la atención de aquel puñado de curiosos, no tenía nada que ver con ella. A decir verdad, la curiosidad siempre había sido una de sus virtudes (o de sus defectos, en opinión de Ralph), así que decidió pasar junto al pequeño grupo de hombres que se arremolinaban intentando averiguar lo que sucedía.

En un principio, lo único que acertaba a ver eran sus espaldas, pero cuando un par de ellos se hicieron ligeramente a un lado, pudo distinguir con claridad lo que todos observaban con tanta atención. A muy poca distancia de una gran roca, una pequeña figura yacía en el suelo con la parte delantera de la chilaba completamente manchada de sangre. Aunque la imagen ya era lo suficientemente impactante de por sí, Margaret se quedó petrificada cuando reconoció el rostro de la víctima. Estaba tan desconcertada que no conseguía moverse del lugar en el que se encontraba.

De pronto fue perfectamente consciente de por qué el pequeño árabe ya no estaba detrás de su puesto en el zoco, e igualmente supuso que la tablilla de barro que llevaba en el bolso, el objeto que se le había caído cuando pasaba corriendo junto a ellos, podía ser mucho más importante y valiosa de lo que hubiera podido imaginar.

Uno de los policías advirtió su presencia y, al verla allí de pie, con la boca abierta y sin apartar la vista del cadáver, le hizo un gesto para que se marchara con una evidente expresión de irritación en su rostro.

Margaret se dirigió de nuevo hacia el zoco, absorta en sus pensamientos. En aquel momento decidió que no podía seguir adelante con su antiguo plan, que consistía en dejar la tablilla en su bolso y dirigirse al aeropuerto. Tendría que pensar en una forma de sacarla de Marruecos sin ser descubierta.

Y estaba claro que había un modo bien sencillo de hacerlo.

—No me da ninguna pena volver a casa —comentó Ralph O'Connor sentado al volante del Renault Mégane que habían alquilado y con el que abandonaban Rabat en dirección al aeropuerto de Casablanca, donde debían coger un avión que les llevaría a Londres.

—Lo sé —replicó secamente su esposa—. Has dejado perfectamente claro que Marruecos está en la última posición de la lista de lugares a los que te gustaría regresar. Supongo que el año que viene querrás volver a Benidorm, o tal vez a Marbella. ¿Me equivoco?

—Bueno, al menos en España me siento como en casa. Este país es demasiado «extranjero» para mi gusto. Y por cierto, sigo pensando que deberías haberte deshecho del maldito trozo de barro que cogiste.

—Mira, hice lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias, y no pienso seguir discutiendo sobre el tema.

Durante unos minutos permanecieron en silencio. Margaret no le había contado a Ralph lo que había visto en los alrededores de Chellah aquella mañana, aunque sí que había enviado un precipitado correo electrónico a su hija justo antes de abandonar el hotel.

A unos ocho kilómetros de Rabat el tráfico se había ido reduciendo hasta hacerse casi inexistente, y prácticamente tenían la carretera para ellos solos. El único vehículo que Ralph veía por los espejos retrovisores era un enorme cuatro por cuatro de color oscuro a cierta distancia de ellos. En cuanto a los que se aproximaban en dirección contraria, su número era cada vez menor conforme se alejaban de la ciudad.

Llegados a un cierto punto, justo en el momento en que la carretera se estrechaba en un tramo bastante próximo a la costa atlántica, el propietario del cuatro por cuatro aceleró. Como conductor prudente que era, Ralph O'Connor empezó a prestar atención a la distancia que los separaba del otro vehículo, que se aproximaba a una velocidad considerable.

Justo entonces divisó un viejo Peugeot blanco que venía en dirección contraria y levantó el pie del acelerador para permitir que el cuatro por cuatro pudiera adelantarlos antes de que el otro turismo los alcanzara.

—¿Por qué has reducido la velocidad? —inquirió Margaret.

—Llevamos un coche detrás que va bastante deprisa y hay una curva pronunciada justo delante de nosotros. Prefiero que nos adelante antes de que llegemos.

Sin embargo, el cuatro por cuatro no mostró ninguna intención de adelantar y se limitó a situarse a unos veinte metros del Renault de los O'Connor y ajustar su velocidad a la de ellos.

A partir de entonces todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Justo en el preciso

instante en que se acercaban a la curva que giraba a la izquierda, el Peugeot viró bruscamente hacia ellos. Ralph pisó el freno con fuerza y miró a su derecha. El cuatro por cuatro, un Toyota Land Cruiser con los cristales ahumados y una enorme barra de protección frontal, se encontraba justo a su lado.

A pesar de todo, el Toyota seguía sin mostrar ninguna intención de adelantar y se mantenía impertérrito en la misma posición. Ralph redujo aún más la velocidad y el conductor del cuatro por cuatro giró el volante hacia la derecha, golpeando el Renault con la parte derecha de la barra de acero. Se oyó un terrible estrépito y Ralph no pudo evitar que el coche diese un bandazo.

—¡Dios! —exclamó apretando el freno con fuerza.

Los neumáticos derraparon y empezaron a echar humo, dejando unas marcas sobre el asfalto que atravesaban de lado a lado la carretera. El impacto había lanzado el Renault hacia la derecha en dirección al extremo de la curva.

Los esfuerzos de Ralph fueron infructuosos. La velocidad del Renault y la fuerza del Toyota, de dos toneladas de peso, hicieron que su coche, mucho más ligero, se desviara inexorablemente hacia el margen exterior de la calzada.

—¡Ralph! —chilló Margaret mientras el coche se deslizaba lateralmente hacia el escarpado barranco que quedaba a su derecha.

Justo en ese momento, el Toyota volvió a golpear al Renault. Esta vez el impacto hizo saltar el airbag de Ralph, obligándole a soltar el volante. A partir de ese momento estaba completamente indefenso. El Renault impactó contra una pequeña hilera de rocas sujetas con cemento al borde del arcén.

Mientras Margaret gritaba aterrorizada, la parte izquierda del vehículo se levantó y comenzó a inclinarse hacia un lado. Seguidamente volcó por encima del borde y empezó a rodar por el terraplén casi vertical hasta aterrizar, unos diez metros más abajo, en el lecho seco de un río.

Apenas el coche salió de la carretera, el reconfortante ruido del motor fue inmediatamente remplazado por una interminable sucesión de golpes y sacudidas.

Margaret chilló de nuevo mientras todo a su alrededor empezaba a dar vueltas. La sensación de terror se hizo aún más intensa cuando fue consciente de que no podía hacer nada para evitar lo que estaba pasando. Ralph, por su parte, siguió apretando con fuerza el pedal del freno y se aferró de nuevo al volante, dos acciones instintivas que se revelaron completamente inútiles. En aquel momento el mundo de ambos se transformó en una vorágine de ruido y de violencia. Las sucesivas vueltas zarandeaban sus cuerpos de forma brusca, mientras el parabrisas se hacía añicos y la carrocería se doblaba con los repetidos impactos. Aunque los cinturones los mantuvieron en sus asientos y el resto de airbags se desplegaron, ninguna de estas cosas sirvió absolutamente de nada.

Margaret buscó la mano de su marido, pero no logró encontrarla porque los

golpes y sacudidas se intensificaron. Justo en el instante en que abrió la boca para gritar de nuevo, la violencia cesó por completo. Sintió un enorme golpe en la parte superior de la cabeza, un dolor atroz y, de repente, la oscuridad sobrevino.

Arriba, en la carretera, tanto el conductor del Toyota como el del Peugeot detuvieron sus respectivos vehículos y, tras apearse de ellos, se acercaron al borde de la carretera y se asomaron al cauce seco del torrente.

El primero de ellos asintió con la cabeza con gesto de satisfacción, se puso un par de guantes de goma y comenzó a descender la pendiente a toda velocidad en dirección al coche siniestrado. El maletero del Renault se había abierto de golpe y el equipaje de los O'Connors había salido disparado. Una vez abajo, abrió las maletas y rebuscó en su interior. Luego se dirigió a la puerta del copiloto, se arrodilló y, tras sacar el bolso de Margaret, introdujo la mano y extrajo una pequeña cámara digital. Se la metió en uno de sus bolsillos, y continuó revolviendo el interior. Sus dedos detectaron una bolsita de plástico hermética que contenía una tarjeta de memoria de alta capacidad y un lector de tarjetas USB que también se metió en el bolsillo.

No obstante, era evidente que tenía que haber algo más, algo que no había conseguido encontrar. Con gesto cada vez más irritado, revisó de nuevo las maletas, luego el bolso y, con la nariz arrugada en señal de desagrado, registró incluso los bolsillos de los O'Connor. La puerta de la guantera del Renault se había atascado pero, después de unos segundos, la cerradura acabó cediendo gracias la larga hoja de una navaja automática que el hombre extrajo de su bolsillo. Pero también este compartimento estaba vacío.

El hombre cerró la guantera de un portazo, pegó una patada al lateral del coche visiblemente enfadado y trepó de nuevo hasta la carretera.

Allí intercambió algunas palabras con el otro individuo e hizo una llamada con el móvil. Seguidamente descendió la ladera de nuevo, se acercó una vez más a los restos del vehículo y, tras sacar el bolso de Margaret y revolver de nuevo el contenido, extrajo su carné de conducir. Luego lanzó el bolso al interior del Renault y ascendió de nuevo.

Tres minutos después, el Toyota desapareció sin dejar rastro en dirección a Rabat, pero el viejo Peugeot blanco permaneció aparcado junto a la carretera a la altura del lugar donde se había producido el accidente. El conductor se apoyó con toda tranquilidad en la puerta de su vehículo y marcó el número de los servicios de emergencia en su móvil.

—¿Y qué se supone que debo hacer cuando llegue allí? —preguntó Chris Bronson con evidente irritación. Aquella mañana, apenas había llegado a la comisaría de policía de Maidstone, su superior lo había llamado a su despacho—. ¿Y por qué quieres que vaya yo? Tengo entendido que este tipo de casos es responsabilidad de los inspectores.

El comisario Reginald Byrd, también conocido como Dicky, suspiró.

—Mira, hay muchos otros factores que considerar aquí, no solo el rango de la persona que se ocupará de la investigación. Nos han asignado el caso simplemente porque los familiares de la pareja fallecida residen en Kent, y yo te he elegido a ti porque posees una cualidad que ninguno de los detectives tiene: hablas francés.

—En realidad lo que hablo es italiano —puntualizó Bronson—. En francés más o menos me defiendo, pero no se puede decir que lo hable bien. Además, ¿no habías dicho que los marroquíes nos proporcionarían un intérprete?

—Sí, pero sabes tan bien como yo que hay detalles que se pierden con la traducción. Quiero alguien que comprenda lo que realmente dicen y no solo lo que cuente un traductor. Lo único que tienes que hacer es comprobar la exactitud de sus afirmaciones, volver aquí y ponerlo por escrito.

—¿Y que te hace pensar que su informe no será exacto?

Byrd cerró los ojos.

—No lo pienso. En mi opinión se trata solo de otro maldito conductor británico que se olvida de por qué parte de la carretera debe conducir y acaba liándola. Pero necesito alguien que confirme mis sospechas y que investigue si existió algún otro factor que contribuyera a que se produjera el accidente. Tal vez se debió a un fallo del coche de alquiler. Los frenos, la dirección... ¡Yo qué sé! O quizá haya algún otro vehículo involucrado y las autoridades marroquíes estén intentando tapanlo.

»La familia, es decir, su única hija y su marido, vive en Canterbury. Se les ha informado esta misma mañana del accidente y, por lo que me ha dicho la policía local, tienen intención de ir a Casablanca a organizar la repatriación de los cuerpos. Quiero que llegues allí antes que ellos e investigues un poco. En el caso de que aún no se hubiesen marchado cuando vuelvas, me gustaría también que fueras a visitarlos para responder a todas las dudas que puedan tener. Sé muy bien que es un coñazo de trabajo, pero...

—Si, lo sé, alguien tiene que hacerlo. —Bronson miró el reloj, se levantó y se pasó la mano por su oscura y rebelde cabellera—. Está bien. Iré a preparar una bolsa de viaje con ropa para un par de días y a hacer algunas llamadas que tengo pendientes.

En realidad, Bronson solo tenía que hacer una llamada. Su plan de invitar a cenar

a su ex mujer al día siguiente (algo que ya había tenido que posponer dos veces por culpa del trabajo) tendría que esperar de nuevo.

Byrd le pasó un informe deslizándolo por la mesa.

—El billete de avión es para Casablanca porque los vuelos a Rabat estaban todos llenos. Por cierto, es de clase turista. —A continuación, tras una breve pausa, añadió —: Tal vez, si le dedicas una sonrisa a la azafata de facturación, consigas que te haga un hueco en preferente.

—¿Eso es todo? —preguntó David Philips mientras observaba una imagen en la pantalla del portátil de su mujer. Estaban sentados uno junto al otro en el dormitorio que hacía las veces de estudio, en su modesta casa adosada de Canterbury.

Kirsty asintió. Tenía los ojos enrojecidos y las lágrimas habían llenado sus suaves mejillas de pequeños surcos.

—Pues no parece gran cosa. ¿Estás segura de que es esto lo que tu madre cogió?

Su esposa volvió a asentir con la cabeza, pero esta vez reunió las fuerzas suficientes para hablar.

—Este es el objeto que encontré en el zoco. El que se le cayó a aquel hombre.

—Pues a mí me parece un pedazo de arcilla sacado de algunos escombros.

—Mira, David, solo puedo decirte lo que ella me contó. Esto es lo que se cayó del bolsillo de aquel hombre cuando pasó corriendo por delante de ellos.

Philips apartó la vista del ordenador, se apoyó sobre el respaldo y se quedó pensativo unos segundos. A continuación, introdujo un CD en blanco en la unidad de disco, e hizo clic un par de veces.

—¿Qué haces? —le preguntó Kirsty.

—Solo hay una manera de averiguar qué es esta tablilla —respondió Philips—. Le pasaré la foto a Richard y le contaré lo que ha sucedido. Puede escribir un artículo e investigar por nosotros.

—¿Estás seguro de que es una buena idea, David? Mañana salimos para Rabat y todavía no he hecho las maletas.

—Lo llamaré ahora mismo —insistió Philips—. Tardo solo diez minutos en acercarle el CD a su oficina. Aprovecharé para comprar algo para la comida y, mientras, tú puedes empezar a decidir lo que tenemos que llevarnos a Marruecos. Estaremos solo dos días, ¿crees que podríamos arreglarnos con un par de bolsas de mano?

Kirsty se secó los ojos con un pañuelo de papel y su marido la rodeó con sus brazos.

—Cariño —dijo éste— estaré fuera solo veinte minutos. Después comeremos, haremos las maletas y mañana, cuando llegemos a Rabat, lo solucionaremos todo. Y te lo repito una vez más, si prefieres quedarte en casa, no tengo ningún inconveniente en ir solo. Sé lo difícil que es todo esto para ti.

—No —dijo Kirsty sacudiendo la cabeza—. No quiero que me dejes sola. Tampoco me apetece ir a Marruecos, pero tengo que hacerlo. —A continuación hizo una pausa y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas—. Es solo que aún no me hago a la idea de que ya no están y de que no volveré a verlos jamás. ¡En su correo mamá parecía tan feliz y entusiasmada con lo que había encontrado! Y ahora, mira lo que

les ha pasado. ¿Cómo es posible que todo se haya echado a perder en tan poco tiempo?

—Si son tan amables, me gustaría ver el vehículo y visitar el lugar del accidente — dijo Bronson en inglés, intentando hablar despacio, a los dos hombres que lo miraban desde el otro lado de la mesa.

A continuación, se recostó en su asiento y esperó a que el intérprete de la policía tradujera al francés su petición.

Estaba sentado en una silla rígida y bastante incómoda situada en una pequeña sala de interrogatorios de la comisaría de Rabat. El edificio tenía forma cuadrada, estaba pintado de blanco y lo único que lo distinguía de los de alrededor era el amplio aparcamiento posterior para vehículos de policía y los carteles, en árabe y francés, de la fachada. Bronson había llegado a Rabat apenas una hora antes y, tras alquilar un coche en el aeropuerto de Casablanca y registrarse en el hotel, se fue directo a la comisaría.

La capital de Marruecos era más pequeña de lo que había imaginado y tenía un montón de plazas elegantes y espacios abiertos generalmente unidos entre sí por amplias avenidas. La mayoría de los bulevares estaban flanqueados por majestuosas palmeras, y la ciudad resumaba un aire de sofisticación cosmopolita y de amabilidad. En realidad, parecía más europea que marroquí. Sin embargo, hacía demasiado calor; una especie de calor seco y polvoriento que, como si de un horno se tratara, acrecentaba los peculiares olores de África.

Bronson decidió que, en el caso de que el comisario Byrd tuviera razón y hubiera algo sobre el fatal accidente que la policía estaba tratando de tapar, la mejor manera de pillarlos era fingir que no hablaba ni una palabra de francés y limitarse a escuchar atentamente lo que decían.

Hasta aquel momento, su plan había funcionado a las mil maravillas, excepto por el hecho de que la policía local había contestado todas sus preguntas sin evasivas y, desde su punto de vista, la traducción había sido excepcionalmente precisa. Por suerte todos los agentes de policía que había encontrado hasta entonces acostumbraban a conversar en francés. El idioma oficial de Marruecos es el árabe, mientras que el francés es el segundo más hablado, de manera que su maravilloso plan se habría ido al garete si la policía hubiera decidido utilizar la primera lengua.

—Ya contábamos con ello, sargento Bronson —respondió Jalal Talabani, a través del intérprete.

Se trataba de un oficial de alto rango de la policía de Rabat y Bronson pensó que probablemente su cargo equivalía al de un inspector británico. Era un hombre delgado de algo más de metro ochenta, con la piel bronceada, el pelo y los ojos oscuros, y vestido con un impecable traje oscuro de estilo occidental.

—Hemos trasladado el vehículo a las dependencias policiales, aquí en Rabat, y

podemos ir en coche hasta el lugar del accidente cuando usted desee.

—Gracias. ¿Qué le parece si empezamos ahora mismo con el coche?

—Como usted quiera.

Talabani se puso en pie y, con un gesto, indicó al intérprete que podía retirarse.

—Creo que, a partir de ahora, podemos arreglárnoslas sin él —dijo mientras el hombre abandonaba la habitación. Hablaba inglés con bastante fluidez y un ligero acento americano.

—*Ou, si vous voulez, nous pouvons continuer en français* —añadió con una leve sonrisa—. Creo que su francés es lo suficientemente bueno para ello, sargento Bronson.

Era evidente que Talabani no tenía un pelo de tonto.

—En realidad sí que lo hablo —admitió Bronson—, pero muy poco. Esa es la razón por la que mis superiores me enviaron aquí.

—Me lo imaginaba. Me ha dado la impresión de que seguía la conversación sin necesidad de esperar a la traducción del intérprete. En ocasiones es posible saber si alguien entiende lo que se está diciendo sin necesidad de que abra la boca. De todos modos, si usted está de acuerdo, podemos seguir en inglés.

Cinco minutos después, Bronson y Talabani estaban sentados en los asientos traseros de un coche de policía marroquí, sorteando a toda velocidad el escaso tráfico vespertino con las luces rojas y azules encendidas y la sirena a todo volumen. Para Bronson, acostumbrado a la discreta forma de actuar de la policía británica, esta manera de moverse por la ciudad le pareció algo innecesaria. Después de todo, se dirigían a un depósito de vehículos para echar un vistazo a un coche implicado en un accidente mortal, una misión que difícilmente podía ser considerada urgente.

—No tengo tanta prisa —comentó con una sonrisa.

Talabani giró la cabeza y le miró.

—Tal vez usted no —dijo—, pero nosotros estamos en medio de una investigación por asesinato y tengo muchas cosas que hacer.

Bronson se inclinó levemente hacia él, interesado.

—¿Qué ha pasado?

—Una pareja de turistas encontró el cadáver de un hombre con una herida de arma blanca en el pecho. Estaba en unos jardines cercanos a Chellah, una antigua necrópolis fuera de las murallas de la ciudad —explicó Talabani—. No hemos encontrado testigos, y desconocemos el móvil, pero lo más probable es que se tratara de un robo. Hasta ahora lo único que tenemos es el cadáver, y ni siquiera hemos conseguido averiguar su identidad. Mi jefe está presionándome para que resuelva el caso lo antes posible. Los turistas, por lo general —añadió mientras el coche de policía entraba en un aparcamiento situado a la derecha con el sonido de la sirena extinguiéndose poco a poco hasta detenerse por completo—, se muestran algo reacios

a visitar las ciudades con asesinatos sin resolver.

A un lado del depósito, una extensión de terreno cubierta de cemento resquebrajado, se podía ver un Renault Mégane, aunque la única forma que tuvo Bronson de reconocer el modelo fue a través de lo que quedaba de la puerta del maletero. El techo del vehículo había quedado aplastado prácticamente hasta la altura del capó, y bastaba un simple vistazo para comprender que el accidente había sido mortal de necesidad.

—Como ya le dije, el vehículo circulaba por una carretera cercana a Rabat y, a pocos kilómetros de la ciudad, tomó una curva a demasiada velocidad —explicó Talabani—. Esto provocó que se saliera de la calzada, chocara contra unas rocas que había junto al margen de la carretera y volcara. Había un desnivel de unos diez metros de profundidad que acababa en el lecho seco de un río y, tras caer rodando por el terraplén, el vehículo aterrizó sobre el techo. Tanto el conductor como su acompañante murieron en el acto.

Bronson echó un vistazo al interior del vehículo. Tanto el parabrisas como las ventanillas se habían hecho añicos y el volante estaba doblado. Los airbags, parcialmente desinflados, le impedían ver mejor el interior, de modo que los apartó a un lado e inspeccionó detrás. Las grandes manchas de sangre en los asientos y en el revestimiento del techo hablaban por sí solas. Alguien había arrancado las dos puertas delanteras, probablemente los servicios de rescate, para extraer los cuerpos, y las había arrojado sobre los asientos traseros. Era, se mirara por donde se mirara, un auténtico caos.

Talabani se asomó al habitáculo desde el otro lado.

—Cuando llegaron los servicios de emergencia, descubrieron que hada un buen rato que ambos pasajeros habían fallecido —dijo—. Aun así, los trasladaron al hospital. Los cuerpos siguen allí, en el depósito de cadáveres. ¿Sabe usted quién se ocupará de los trámites de repatriación?

Bronson asintió.

—Tengo entendido que la hija de los O'Connor y su marido vendrán para organizado todo a través de la embajada británica. Y ¿qué puede decirme de sus pertenencias?

—Teniendo en cuenta que ya habían dejado el hotel, no encontramos nada en la habitación, pero recuperamos dos maletas y una bolsa de mano del lugar del accidente. El impacto provocó que se abriera el maletero y que el equipaje saliera disparado. Los cierres habían saltado y el contenido estaba esparcido por el suelo, pero recogimos todo lo que encontramos. También hallamos un bolso de mujer en el interior del coche. No había sufrido daños pero estaba cubierto de sangre, imaginamos que de la señora O'Connor. Todos esos objetos se encuentran a buen recaudo en la comisaría, a la espera de que los reclamen los parientes más cercanos.

Si lo desea, puede examinarlos. De todos modos, ya hemos redactado un inventario del contenido, por si quiere echarle un vistazo.

—Gracias, me será muy útil. ¿Había algo en las maletas que pudiera tener algún interés?

Talabani negó con la cabeza.

—Nada, si exceptuamos las cosas que se pueden encontrar habitualmente en el equipaje de una pareja de mediana edad de vacaciones una semana. Lo que más había era ropa y artículos de tocador, más un par de novelas y una buena provisión de los típicos medicamentos que la gente lleva cuando sale de viaje, la mayor parte de ellos sin abrir. En los bolsillos de la ropa que llevaban puesta y en el bolso de la mujer encontramos sus pasaportes, documentos relativos al alquiler del coche, billetes de vuelta de avión, un permiso de conducir internacional a nombre del marido, algo de dinero y las habituales tarjetas de crédito. ¿Esperaba encontrar alguna otra cosa?

—No, la verdad es que no.

Bronson suspiró, convencido de que estaba perdiendo el tiempo. Todo lo que había visto y oído hasta el momento parecía confirmar que Ralph O'Connor era un incompetente que había perdido el control de un coche al que no estaba acostumbrado en una carretera desconocida. Además, no veía la hora de volver a Londres para poner de nuevo fecha a la cena con Ángela, que tantas veces se había visto obligado a aplazar. Habían estado viéndose últimamente, y Bronson empezaba a albergar esperanzas de darle una nueva oportunidad a su fallida relación, aunque no estaba del todo seguro de que su ex mujer pensara de la misma manera.

—Gracias por todo, Jalal —dijo poniéndose en pie—. Si me lo permite, me gustaría echar un vistazo a las pertenencias de los O'Connor y visitar el lugar del accidente. Cuando haya terminado, no lo molestaré más.

Bronson se encontraba de pie en el margen polvoriento y sin pavimentar de una carretera a unos quince kilómetros de Rabat.

Por encima de su cabeza, el sol se desplazaba por un cielo de un color azul intenso en el que no se divisaba ni el más mínimo rastro de nubes. Además, el aire era pesado y no corría ni una pizca de viento. El calor era brutal, sobre todo si se comparaba con el aire acondicionado del coche de policía que, en aquel momento, estaba aparcado a un lado de la carretera, unos veinte metros más abajo. Se había quitado la chaqueta, que hasta aquel momento no le había estorbado, pero aun así comenzaba a sentir las gotas de sudor que le corrían por debajo de la camisa, una sensación muy desagradable y a la que no estaba acostumbrado. Tenía bien claro que no quería estar allí fuera más tiempo del absolutamente necesario.

Tras reflexionar unos minutos mirando arriba y abajo, Bronson concluyó que era un lugar bastante lúgubre para que Dios te llamara a su seno. La franja de asfalto, lisa y recta, se expandía hacia ambos lados de la curva junto al *wadi*. A un lado y otro de la carretera, el suelo arenoso del desierto salpicado de rocas formaba ondas irregulares carentes de cualquier tipo de vegetación, a excepción de alguna que otra mata raquítica aquí y allá. Por debajo de la calzada, la estrecha sima de la vaguada parecía no haber visto ni rastro de humedad desde hacía décadas.

Bronson no llevaba bien el calor y estaba de mal humor, pero al mismo tiempo tenía la sensación de que algo no terminaba de cuadrar. Aunque la curva era bastante cerrada, no debería haber supuesto ningún problema para un conductor con un mínimo de experiencia. Por otro lado, la carretera discurría por una zona abierta y despejada. A pesar de la curva, la visibilidad era excelente, de modo que cualquiera que se acercara al lugar podía verla con la suficiente antelación como para afrontarla con facilidad. Pero las dos marcas paralelas que habían estropeado el asfalto y que se alargaban hasta el lugar donde el Renault se había salido de la carretera indicaban que, en el caso de Ralph, no había sido así.

Mirando hacia abajo, era fácil distinguir el lugar exacto donde el Mégane finalmente se había detenido. Una colección de artefactos y trozos del vehículo (cristales, piezas de plástico, metal retorcido y restos de chapa) formaba una especie de círculo tosco alrededor de un pedazo de arena amarillenta.

Exceptuando la ubicación, a unos diez metros por debajo del margen de la carretera, el lugar del siniestro era prácticamente idéntico al de las docenas de accidentes que Bronson había tenido que cubrir a lo largo de su carrera, un triste recordatorio de que una pequeña distracción podía hacer que un vehículo en perfectas condiciones quedara reducido a un montón de chatarra en cuestión de segundos. Sin embargo, en este accidente había algo que no le terminaba de cuadrar.

Bronson se inclinó hacia delante para observar mejor la hilera de rocas sujetas con cemento al mismo borde del asfalto y contra la cual, según Talabani, se había estrellado el coche de los O'Connor. Como él mismo había podido comprobar en el depósito de vehículos, el Renault era de color gris plateado, y las rocas presentaban restos evidentes de arañazos y escamas de pintura gris. Dos de las rocas se habían desprendido de su base de cemento, probablemente a causa del impacto del coche cuando volcó.

Todo parecía tener sentido, sin embargo Bronson no acababa de tener clara la causa del accidente. ¿Era posible que Ralph O'Connor estuviera bebido? ¿O quizá se había quedado dormido mientras conducía? Volviendo la vista de nuevo hacia la carretera notó que la curva era bastante pronunciada, pero no tan pronunciada.

—Según su teoría sobre cómo sucedió el accidente... —comenzó a decir a Talabani. Sin embargo, el agente de policía marroquí no lo dejó terminar.

—Perdone, sargento Bronson. Pero las cosas no son exactamente como usted las plantea. Sabemos con exactitud cómo sucedió todo. Tenemos un testigo.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

—Se trata de un marroquí que conducía por esta misma carretera en sentido contrario, hacia Rabat. Vio aparecer el Renault en esa curva, a demasiada velocidad, pero estaba lo suficientemente lejos como para no verse involucrado en el accidente. Fue el primero en llegar al lugar del siniestro y avisó a los servicios de emergencia con su teléfono móvil.

—¿Podría hablar con él? —preguntó Bronson.

—Por supuesto. Tenemos su dirección de Rabat. Llamaré a mis hombres para que le pidan que pase por comisaría esta misma tarde.

—Gracias. Su testimonio puede ser de gran ayuda para explicar a los familiares de los O'Connor lo que sucedió exactamente. —Bronson sabía que una de las tareas más difíciles de los agentes de policía era transmitir a alguien el tipo de noticias que, inevitablemente, le destrozaban la vida.

En aquel momento miró de nuevo a las piedras y a la parte del asfalto donde la curva era más pronunciada y descubrió algo que hasta aquel momento le había pasado desapercibido. Había unos cuantos restos de pequeñas escamas de pintura negra desperdigadas en el mismo borde de la carretera y que apenas se veían debido a la oscuridad del asfalto.

Echó un vistazo a su alrededor y vio que Talabani estaba conversando de nuevo con el conductor del coche de policía y que ambos estaban mirando hacia el otro lado. Entonces se agachó, cogió un par de escamas del borde y las introdujo disimuladamente en una pequeña bolsa de plástico de las que utilizaba para guardar pruebas.

—¿Ha encontrado algo? —le preguntó Talabani que se acercaba hacia él desde el

vehículo policial.

—No —respondió Bronson deslizando la bolsa en su bolsillo y poniéndose en pie—. Nada importante.

De vuelta a Rabat, Bronson, que se encontraba solo ante los restos del Renault Mégane de los O'Connor en el depósito de vehículos de la comisaría, se preguntó si estaría viendo cosas donde no las había.

Había pedido a Talibani que lo dejara allí para tomar unas cuantas fotografías de los restos del automóvil, y el marroquí había accedido. Bronson utilizó su cámara digital para capturar una docena de imágenes, prestando especial atención a la parte posterior izquierda del automóvil y a la puerta del conductor, que había extraído del resto de la chatarra y fotografiado separadamente.

El impacto contra el suelo lleno de rocas del lecho desecado del río (el *wadi*) había sido de tal magnitud que todos y cada uno de los paneles de la carrocería presentaban abolladuras y enormes arañazos causados o bien por el mismo accidente, o por la posterior operación de rescate.

Talibani le había explicado cómo se había llevado a cabo esta última. Dado que era perfectamente evidente que los dos ocupantes estaban muertos, el oficial de policía marroquí que acudió al lugar del accidente ordenó al personal de la ambulancia que esperara y dio instrucciones a un fotógrafo para que documentara la escena con su Nikon digital, mientras él y sus hombres examinaban el vehículo y la carretera. Talibani también le había proporcionado a Bronson copias de todas estas fotografías.

Una vez que hubieron extraído los cuerpos y los evacuaron, la policía procedió a la recuperación del vehículo. En aquel momento no había ninguna elevadora disponible, por lo que se vieron obligados a usar una simple grúa de remolque. Además, como a lo largo de toda la carretera no había ningún lugar que permitiera el acceso de vehículos, tuvieron que aparcar la grúa al borde de la calzada y utilizar la potencia de su torno para darle la vuelta al coche siniestrado. A continuación, lo arrastraron ladera arriba hasta la carretera y finalmente lo subieron a la plataforma de la grúa.

Bronson no tenía ni idea de qué daños habían sido causados por el propio accidente y cuáles se debían a la posterior recuperación. Sin la ayuda de un estudio pericial, no podía estar seguro de sus conclusiones. El problema era que, para llevarlo a cabo, hubiera sido necesario trasladar el automóvil por mar hasta el Reino Unido para que lo examinara un perito forense, y sabe Dios lo que costaría y el tiempo que llevaría. Sin embargo, había un número de abolladuras en las puertas del lado izquierdo y en el guardabarros trasero que, según él, parecían causadas por un impacto lateral, y que no concordaban con lo que Talibani le había contado ni con la declaración del testigo.

Bronson se metió la mano en el bolsillo y extrajo la bolsa que contenía las escamas de pintura negra que había cogido en el lugar del siniestro. Parecían frescas, pero Bronson era consciente de que eso no significaba nada. Es posible que se hubieran producido más de una docena de accidentes en ese tramo de carretera, y las escamas podían corresponder a cualquiera de ellos. En Gran Bretaña la lluvia las habría arrastrado en apenas un par de horas, pero en Marruecos este fenómeno atmosférico era muy poco frecuente.

No obstante, en un pequeño lugar de la puerta del conductor encontró un arañazo que podía ser de color azul, pero también negro.

Bronson se dirigía a pie al hotel en que se hospedaba cuando sonó su móvil.

—¿Hay algún sitio por ahí adonde pueda mandarte un fax? —preguntó el comisario Byrd casi gritando, y cuya voz daba muestras evidentes de irritación.

—Imagino que el hotel tendrá uno. Espera, te busco el número.

Diez minutos más tarde, Bronson observaba un fax de poca calidad que mostraba un artículo publicado por un periódico local de Canterbury con fecha del día anterior. Antes de que pudiera leerlo, el móvil sonó de nuevo.

—¿Lo tienes? —inquirió Byrd—. Uno de los oficiales de Canterbury lo descubrió por casualidad.

Bronson miró de nuevo el titular: «¿Asesinados por un trozo de arcilla?». Debajo del texto en negrita había dos fotografías. En la primera se veía a Ralph y a Margaret en algún tipo de acto social sonriendo a la cámara. Más abajo había una imagen algo borrosa de un objeto rectangular de color beis con una serie de marcas incisas en la superficie.

—¿Tú sabías algo de esto?

Bronson resopló.

—No. ¿Qué más dice el artículo?

—Léelo tú mismo. Luego quiero que vayas a hablar con Kirsty Philips y le preguntes a qué demonios están jugando ella y su marido.

—¿Te refieres a cuando vuelva a Gran Bretaña?

—No. Me refiero a hoy, como mucho mañana. Deberían haber llegado a Rabat más o menos al mismo tiempo que tú. Toma nota de su número de móvil.

Byrd puso fin a la conversación con la misma brusquedad con la que la había empezado y Bronson se dispuso a leer el artículo. Cuando terminó, decidió que aquella historia estaba empezando a pasar de castaño a oscuro.

Según el artículo, los O'Connor habían presenciado una violenta discusión en el zoco de Rabat. Inmediatamente después, Margaret O'Connor había recogido una pequeña tablilla de barro que se le había caído a un hombre a quien perseguían por las estrechas callejuelas de aquella zona de la ciudad. Al día siguiente, cuando se dirigían por carretera al aeropuerto de Casablanca, les habían tendido una emboscada

en un tramo cercano a Rabat, como consecuencia de la cual, ambos fallecieron.

«No fue un accidente», habría dicho David Philips, según el periódico. «Mis suegros murieron a manos de una banda de criminales despiadados que los persiguieron y asesinaron con la intención de recuperar la valiosa reliquia».

«¿Y qué piensan hacer al respecto la policía británica y marroquí?», preguntaba el artículo, para concluir.

—Probablemente, muy poca cosa —refunfuñó Bronson mientras agarraba el teléfono para llamar a Kirsty Philips.

Y yo me pregunto, pensó, ¿cómo saben ellos que la tablilla es tan valiosa?

El oficial de policía de Canterbury no fue la única persona a la que llamó la atención el breve artículo del periódico local. Un hombre joven de pelo claro vio la fotografía de la tablilla y, ni corto ni perezoso, agarró unas tijeras y recortó la noticia. Seguidamente, tras apartarla a un lado, siguió hojeando el resto del diario. Junto a él, en su modesto apartamento de las afueras de Enfield, había un montón de publicaciones apiladas unas sobre otras, entre las que se podía encontrar una copia de todos los periódicos de tirada nacional de Gran Bretaña, una selección de revistas de actualidad y la mayor parte de los diarios provinciales.

Le había llevado toda la mañana, y parte de la tarde, repasar una a una todas estas publicaciones y extraer los artículos de interés (una tarea que efectuaba todos los días), pero su trabajo todavía no había terminado. Metió todos los periódicos y revistas mutilados en una bolsa de basura negra y después agarró el montón de recortes y los depositó en un escáner, de tamaño DIN A-3, que estaba conectado a un potente ordenador.

Uno a uno los colocó en la superficie para documentos y los introdujo en el disco duro, asegurándose de que todas las imágenes estuvieran acompañadas por el nombre de la publicación en la que habían apareado. Luego los almacenó en una carpeta que llevaba la fecha del día en curso.

Cuando acabó, metió todos los recortes en la bolsa de basura, junto a los periódicos desechados, y preparó un correo electrónico, sin texto alguno, al que adjuntó copias de todas las imágenes escaneadas. Algunos días, la cantidad y el tamaño de los documentos era tal que se veía obligado a dividirlos en grupos y enviarlos en dos o tres correos diferentes. La dirección a la que iban dirigidos correspondía a una cuenta de correo de Yahoo y constaba tan solo de una serie de números que no aportaba ninguna pista sobre el titular. Cuando dio de alta la cuenta, se crearon también otras cinco más que formarían una cadena para evitar la identificación del correo de origen. Una vez estuvo activa, se cancelaron todas esas otras direcciones, imposibilitando cualquier intento de localizar la procedencia.

Por supuesto, él conocía exactamente quién era el destinatario o, para ser más exactos, sabía dónde se recibiría aquel correo, pero no exactamente quién lo leería.

Llevaba casi dos años destinado en Gran Bretaña, haciéndose un nombre como periodista especializado en escribir para revistas y periódicos extranjeros. Incluso estaba en condiciones de presentar copias de varios periódicos europeos que incluían artículos escritos por él o, mejor dicho, en los que aparecía su firma. Si alguien se hubiera molestado en comprobar los originales de esas publicaciones, habría encontrado que los artículos coincidían palabra por palabra con los suyos, pero estaban firmados con un nombre completamente diferente. De hecho, las copias

habían sido cuidadosamente elaboradas en el sótano seguro de un vulgar edificio, igualmente seguro, en una ciudad de Israel llamada Glilot, a las afueras de Tel Aviv, con el único propósito de apoyar su tapadera.

No era un espía (al menos, no todavía), pero trabajaba para el Mosad, el servicio de inteligencia israelí. Una de sus tareas como agente de apoyo era copiar todos y cada uno de los artículos que hicieran referencia, aunque fuera de pasada, al gobierno británico, a sus cuerpos de seguridad, incluyendo los cuerpos especiales, y a los servicios de inteligencia y contraespionaje. Pero, al igual que a todos los demás agentes del Mosad, se le había dado una lista adicional de temas que no estaban relacionados con ninguno de estos asuntos. Las tablillas antiguas, ya fueran de barro o de cualquier otro material, ocupaban un lugar prioritario dentro de esa lista.

Normalmente, una vez enviado el correo electrónico, no tenía nada más que hacer hasta el día siguiente pero, aquella tarde, a los pocos minutos de mandarlo, el ordenador emitió un doble pitido que avisaba de que había llegado un mensaje. Cuando abrió la bandeja de entrada le saltó el nombre en código del remitente, así como la prioridad. Segundos después, escaneó rápidamente el correo y luego lo leyó de nuevo.

Fuera cual fuera la importancia de aquella tablilla de barro, daba la impresión de que el artículo había causado un gran revuelo en Tel Aviv, y las nuevas instrucciones hacían hincapié en este hecho. El joven miró el reloj, valorando las diferentes opciones. A continuación, agarró la chaqueta que estaba colgada en la percha de la entrada, dejó el apartamento y se dirigió a las escaleras que conducían al pequeño aparcamiento en la parte trasera del edificio.

Con un poco de suerte, estaría en Canterbury en poco más de una hora.

—Le presento a Hafez Aziz —dijo Talabani en inglés—. Es el hombre que presencié el accidente. Solo habla tamazight, así que tendré que hacerle de traductor.

Bronson se encontraba en otra sala de interrogatorios en la comisaría de Rabat. Al otro lado de la mesa había un marroquí pequeño y delgado que llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa blanca.

Durante los siguientes minutos, Jalal Talabani tradujo frase por frase lo que Aziz iba diciendo y, al acabar, Bronson se dio cuenta de que no sabía nada que no supiera antes. Aziz había repetido punto por punto la misma historia que le había contado Talabani anteriormente, y sus palabras parecían las de un hombre honesto.

Contó que había visto el Renault aproximarse a la curva a toda velocidad y que, al tomarla, se había desviado y había chocado contra unas rocas que estaban en el margen de la carretera. A continuación salió disparado por los aires, volcó por encima del borde, y desapareció de su vista. Entonces detuvo el coche justo en el lugar del accidente, llamó a la policía y bajó como pudo al *wadi* para ayudar a los ocupantes aunque, desgraciadamente, era demasiado tarde.

Había una sola cosa que Bronson hubiera querido preguntar a Aziz, pero mantuvo la boca cerrada y se limitó a agradecerle que hubiera ido a la comisaría.

Cuando el marroquí abandonó la sala de interrogatorios, Bronson se giró hacia Talibani.

—Le estoy muy agradecido por su ayuda —le dijo— y también por haber organizado esta entrevista. Creo haber visto prácticamente todo lo que necesitaba. Solo me falta echar una ojeada a las maletas y a las cosas que recuperaron del interior del coche. Me parece recordar que habían preparado un inventario.

Talabani asintió con la cabeza y se puso en pie.

—Espere aquí. Mandaré que se lo traigan —dijo mientras abandonaba la sala.

Veinte minutos después, Bronson tuvo que reconocer que el marroquí tenía razón. No había nada en el equipaje de los O'Connor que pudiera ser considerado, en algún modo, inusual. No es que esperara hallar algo fuera de lo común, sino solo que necesitaba hacer una última comprobación. De hecho, la única cosa que llamaba la atención del inventario no era lo que aparecía en él, sino lo que no aparecía. Había un objeto que estaba convencido de encontrar (la cámara de fotos de los O'Connor), y que, simplemente, no estaba.

—Una cosa más, Jalal —dijo—. Cuando recuperaron el coche, ¿no encontrarían, por casualidad, una antigua tablilla de barro?

El marroquí pareció desconcertado.

—¿Una tablilla de barro? —preguntó—. No. No que yo recuerde. ¿Por qué?

—Es solo algo que había oído. Pero no importa. Gracias por todo. Si necesito

algo más, me pondré en contacto con usted.

Lo último que le quedaba por hacer era entrevistarse a la mañana siguiente con la hija de los O'Connor y su esposo en el hotel en que se alojaban. Dobló el papel en el que habían imprimido el inventario, se lo metió en el bolsillo y miró el reloj. Con un poco de suerte, al acabar la entrevista cogería un avión en Casablanca y estaría en casa a última hora de la tarde.

Aquella tarde, cuando Jalal Talabani salió de la comisaría de policía, no siguió su rutina habitual que consistía en caminar hasta el aparcamiento, coger su coche y dirigirse a su casa en las afueras de la ciudad. En vez de eso, se acercó a un bar no muy lejos de allí, comió algo y se tomó una copa. A continuación se adentró en las calles adyacentes y comenzó a caminar cambiando el ritmo con frecuencia y deteniéndose de vez en cuando para comprobar que no le seguían. Cuando estuvo completamente seguro de que nadie lo observaba, se acercó a un teléfono público y marcó un número que conocía de memoria.

—Tengo cierta información que podría serle de utilidad.

—¿Y bien?

—Hay un policía británico, aquí en Rabat, que está investigando la muerte de los O'Connor. También está interesado en encontrar una vieja tablilla de barro. ¿Sabe algo de eso?

—Es posible —respondió la voz masculina al otro lado del teléfono—. ¿Dónde se aloja?

Talabani le dio el nombre del hotel de Bronson.

—Gracias. Me ocuparé de él —dijo el hombre justo antes de concluir la llamada.

A primera hora de aquella mañana, en la sala de juntas de uno de los numerosos edificios gubernativos de Israel, situados cerca del centro de Jerusalén, tres hombres se hallaban reunidos. No había secretarías y nadie tomaba nota de lo que allí se decía.

Delante de cada uno de ellos había dos grandes fotografías, una a color y la otra en blanco y negro, y ambas mostraban una tablilla de color marrón amarillento en la que se apreciaban bastante bien los detalles. También había una fotocopia de la crónica que había aparecido en el diario regional británico junto a una traducción al hebreo del texto.

—Este artículo apareció ayer en un diario de Gran Bretaña —comenzó Eli Nahman. Era un hombre mayor, delgado y encorvado, con barba blanca y una abundante mata de cabellos grises coronada con una kipá bordada de color negro, pero sus despiertos y penetrantes ojos de color azul claro reflejaban una gran inteligencia. Trabajaba como experto para el museo de Israel, en Jerusalén, y era una autoridad en reliquias precristianas.

—La historia fue descubierta por uno de los activos del Mosad en Londres, que la envió a Glilot —continuó mientras señalaba con un gesto al hombre más joven que estaba sentado a la cabecera de la mesa.

Levi Barak rondaba los cuarenta, tenía el pelo negro y la piel oscura, y sus rasgos, por lo demás regulares, estaban dominados por una enorme nariz que impedía que pudiera ser descrito como un hombre atractivo. Llevaba un traje de color tostado, pero había colgado la chaqueta en el respaldo de su silla, dejando al descubierto una funda de pistola bajo su axila izquierda, de la que asomaba la culata negra de un arma semiautomática.

—Como bien saben, tenemos órdenes permanentes de informar al profesor cada vez que recibimos informes de este tipo, de manera que ayer, apenas nos llegó el artículo, me puse en contacto con él —explicó Barak—. Lo que tienen ante ustedes es la única información de la que disponemos hasta el momento. Hemos dado instrucciones a nuestro activo para que controle la prensa británica en busca de cualquier dato adicional referente a esta historia. También se le ha ordenado que se acerque a Canterbury, la ciudad de Kent en la que residía la pareja, y que obtenga copias de todos los diarios que allí se publiquen. En cuanto tenga algo, nos lo enviará.

Barak hizo una pausa y miró a los otros dos hombres.

—El problema principal es que disponemos de muy pocos datos. Solo sabemos que una pareja de jubilados falleció hace un par de días en un accidente de tráfico en Marruecos y que, en algún momento antes de que esto sucediera, se hicieron con una antigua tablilla de barro. Nos encontramos aquí para decidir qué medidas debemos tomar al respecto, si es que hay que tomarlas.

—Estoy de acuerdo —dijo Nahman—. El primer paso, obviamente, es decidir si esta tablilla forma parte del conjunto, pero no será fácil. La fotografía publicada por el periódico es tan borrosa que prácticamente no sirve de nada, y el artículo no aporta ningún indicio de dónde se encuentra la reliquia en este momento. He incluido fotografías de la tablilla que ya está en nuestro poder, así que al menos podemos compararlas. —A continuación hizo una pausa y miró al hombre joven que estaba sentado justo enfrente de él—. ¿Tú qué opinas, Yosef?

Yosef ben Halevi bajó la vista y se quedó mirando durante unos segundos la fotografía fotocopiada del artículo del diario.

—Solo con esto no podemos hacer gran cosa. La imagen no va acompañada de ninguna regla o algo que nos permita calcular la escala, de manera que únicamente podemos hacer una estimación aproximada de su tamaño. Opino que debe de tener una longitud de entre cinco y, como mucho, veinte o treinta centímetros. Ese es el primer problema. Si hemos de determinar si la tablilla forma parte del conjunto, el tamaño es esencial. ¿Hay alguna forma de averiguar las dimensiones de esta reliquia?

—No. No se me ocurre ninguna —respondió Nahman—. El artículo describe el objeto como «una pequeña tablilla de barro», lo que nos hace pensar que estamos hablando de una pieza de no más de diez, tal vez quince centímetros de longitud. Si fuera más grande, dudo mucho que la hubieran definido como «pequeña». Y ese, por supuesto, es más o menos el tamaño adecuado.

Ben Halevi asintió con la cabeza.

—El segundo factor de comparación debe ser, por supuesto, el texto. Observando las imágenes de las dos reliquias, me atrevo a decir que son similares en la superficie, y que ambas tienen la marca diagonal que cabía esperar en una esquina. Las líneas de los caracteres tienen longitudes diferentes, algo poco habitual en los escritos en arameo, pero la fotografía del periódico es demasiado pobre y solo permite que me atreva a traducir un par de palabras.

Al igual que Nahman, Ben Halevi trabajaba para el museo de Israel, y era experto en lenguas arcaicas y en historia del pueblo judío.

—¿Y cuáles son esas palabras? —preguntó Nahman.

Ben Halevi señaló con el dedo el artículo del periódico.

—Se encuentran aquí, en la última línea. Este término podría significar «altar», mientras que la segunda palabra empezando por la derecha sería «rollo» o tal vez «rollos». Pero la imagen es demasiado borrosa.

Nahman contempló a su amigo y colega con evidente entusiasmo.

—¿Qué grado de confianza te merece, Yosef?

—¿Te refieres a sí creo que esta tablilla es una de las cuatro? Las probabilidades de que así sea van de un sesenta a un setenta por ciento, no más. Necesitamos una imagen de alta calidad de la inscripción o, mejor todavía, recuperar la tablilla. Es la

única manera que tenemos de estar completamente seguros.

—Es exactamente lo mismo que pienso yo —dijo Nahman asintiendo con la cabeza—. Tenemos que hacernos con ella.

Levi Barak miró a los dos académicos.

—¿Es realmente tan importante?

Nahman volvió a asentir.

—Si es lo que creemos que es, es fundamental recuperarla. No te equivoques, Levi. Lo que está escrito en la tablilla podría ser la última pista que necesitamos para localizar el testimonio. Podría suponer el final de una búsqueda que dura ya dos milenios. Trasmíteselo a tus superiores en Glilot y asegúrate de que entienden la importancia del asunto.

—No será fácil, ni siquiera para el Mosad —apuntó Barak—. Tal vez no lo consigamos.

—Mira —dijo Nahman—. Esa tablilla existe y tenemos que encontrarla antes de que lo haga algún otro.

—¿Como quién?

—Cualquiera. Por un lado, obviamente, estarían los cazadores de tesoros, pero podemos enfrentarnos sin problemas a personas cuya única motivación sea económica. Los que me preocupan son los otros. Aquellos que quieran desesperadamente encontrarla para deshacerse de ella.

—¿Musulmanes? —sugirió Barak.

—Sí, pero también cristianos radicales. Siempre hemos sido una minoría perseguida pero, si encontráramos el testimonio, este validaría nuestra religión de un modo que nada más podría hacerlo. Ese es el motivo por el cual tenemos que recuperar la tablilla, cueste lo que cueste, y descifrar el texto.

Barak asintió.

—Tenemos activos en Rabat y en Casablanca. Les daré instrucciones para que empiecen a buscar.

—No podemos limitarnos a Marruecos —enfaticó Nahman—. La pareja que la encontró era inglesa, así que tendréis que buscar también allí. Ampliad vuestra red el máximo posible. Gracias a este periódico, mucha gente sabrá de la existencia de la tablilla. Es muy probable que tus hombres descubran que no son los únicos que la están buscando.

—Sabemos cuidar de nosotros mismos.

—No tengo ninguna duda al respecto. Solo te pido que cuidéis también de la tablilla. Pase lo que pase, no debe sufrir ningún desperfecto y mucho menos ser destruida.

—Gracias por venir a vernos aquí, a Rabat —dijo Kirsty Philips mientras estrechaba la mano de Bronson.

Estaban sentados en el vestíbulo del hotel Rabat, donde ella y su esposo habían reservado una habitación. Los ojos de Kirsty estaban enrojecidos y su oscura cabellera alborotada, pero daba la impresión de que, más o menos, conseguía mantener el control.

—David está en la embajada británica, intentando resolver los asuntos burocráticos —dijo—, pero no tardará en volver. Siéntese, le pediré un café.

—Gracias —respondió Bronson, aunque, en realidad, no le apetecía beber nada—. Me sentará bien.

Unos minutos después apareció un camarero con una bandeja en la que había dos tazas con sus platos, una cafetera de émbolo, leche y azúcar.

—Siento mucho las circunstancias que nos han traído aquí —comenzó Bronson cuando el camarero se hubo marchado.

Kirsty asintió con la ateza mientras su labio inferior temblaba levemente.

—He estado hablando de lo sucedido con la policía local —se apresuró a decir Bronson—, y todo apunta a que se trató solamente de un trágico accidente. Sé que no les servirá de mucho consuelo, pero sus padres murieron ambos de forma inmediata. No sufrieron nada. —A continuación se detuvo unos segundos mirando a la atractiva joven que tenía ante él—. ¿Quiere que le explique cómo sucedió todo? —le preguntó con suma delicadeza.

Kirsty asintió.

—Supongo que es mejor que lo sepa —contestó en un sollozo—, de lo contrario, me pasaré la vida preguntándomelo.

Bronson le hizo un esbozo de los hechos. Cuando terminó, Kirsty sacudió la cabeza.

—Todavía no entiendo cómo pudo suceder —dijo—. Papá era un conductor excelente. Conducía siempre con prudencia y, por lo que sé, jamás le pusieron una multa, ni tan siquiera de aparcamiento.

—Pero debe tener en cuenta que llevaba un coche al que no estaba acostumbrado en una carretera que no conocía —sugirió Bronson—. Creemos que calculó mal y no se percató de lo pronunciada que era la curva. Desgraciadamente no había guardarraíles. —Mientras decía estas palabras, Bronson era consciente de que ni siquiera él se creía lo que estaba contando.

»Mire —dijo entonces abriendo su maletín—. Esta es una copia del inventario en el que se registraron las pertenencias de sus padres.

Seguidamente pasó a Kirsty los folios escritos a ordenador preparados por la

policía de Rabat y se recostó en su silla.

Kirsty colocó los papeles encima de la mesa que tenía delante sin apenas mirarlos. Bebió otro sorbo de café y miró a Bronson.

—¡Es todo tan injusto! —dijo—. Me refiero a que hace relativamente poco que decidieron tomarse unas vacaciones como Dios manda y empezara divertirse. Normalmente pasaban un par de semanas en España, y esta era la primera vez que hacían algo medianamente arriesgado. Y ahora, ¡mire lo que ha pasado! —Al pronunciar estas últimas palabras su voz se quebró y empezó a llorar en silencio—. Se lo estaban pasando genial —continuó después de un minuto, mientras se sonaba la nariz—. Al menos mi madre. A decir verdad, no creo que a papá le gustara demasiado Marruecos, pero mamá estaba encantada.

—Imagino que le mandarían alguna postal —sugirió Bronson, aunque en realidad conocía perfectamente la respuesta a aquella pregunta.

Teniendo en cuenta que el diario de Canterbury había publicado una imagen de la tablilla, estaba claro que uno de los O'Connor debía de tener una cámara y haber enviado a su hija una copia de la fotografía por correo electrónico. Pero también sabía que en el inventario que la policía le había entregado no aparecía ninguna máquina fotográfica, y que tampoco la vio cuando examinó las pertenencias de los fallecidos.

Talabani le había comentado que las maletas se habían abierto de golpe durante el accidente, así que, quizá, la cámara salió disparada a tanta distancia que la policía no la encontró cuando recuperó el contenido. O tal vez Aziz, o alguna otra persona de las que acudieron al lugar del siniestro, la cogió y decidió quedársela. Por otro lado, las cámaras digitales modernas solían ser pequeñas y caras, de manera que lo más normal es que Margaret O'Connor la llevara en el bolso o en uno de sus bolsillos.

Kirsty negó con la cabeza.

—No. Mi madre había empezado a utilizar los ordenadores cuando todavía trabajaba, y estaba muy metida en el uso de las nuevas tecnologías. El hotel donde se alojaban tenía acceso a internet y todas las noches me mandaba un correo electrónico contándome lo que habían hecho aquel día. —A continuación, dio unos golpecitos a la bolsa negra que tenía en el suelo junto a su silla y añadió—: Los tengo todos aquí, en mi portátil. Iba a imprimirlos para dárselos cuando volvieran a casa, y también quería hacer unas copias decentes de las fotos que me mandó.

Bronson se irguió ligeramente en su silla.

—¿Hizo muchas fotos? —preguntó.

—Sí. Tenía una pequeña cámara digital último modelo y uno de esos aparatos que pueden leer los datos de la tarjeta. Creo que lo enchufaba a uno de los ordenadores del hotel.

—¿Podría echar un vistazo a las imágenes que su madre le envió? O, mejor aún, ¿podría darme copias de todas ellas? ¿Tal vez en un CD?

—Por supuesto —respondió Kirsty. A continuación cogió la bolsa, sacó un portátil de la marca Compaq y lo encendió. Una vez se hubo cargado el sistema operativo, Insertó un CD virgen en la unidad de disco, seleccionó el directorio apropiado y puso en marcha el proceso de copiado.

Mientras se grababa el CD, Bronson acercó su silla a la de Kirsty y se quedó mirando la pantalla, observando cómo pasaban rápidamente todas las fotos. Enseguida se dio cuenta de que Margaret O'Connor no era una fotógrafa profesional. Simplemente se limitaba a apuntar con la cámara a todo lo que se movía, y también a algunas cosas que no lo hacían, y apretar el botón. Las imágenes eran las típicas instantáneas de las vacaciones: Ralph en el aeropuerto, esperándolas maletas junto a la cinta transportadora; Margaret posando junto al coche de alquiler justo antes de partir hacia Rabat; las vistas desde la ventanilla del coche cuando abandonaban Casablanca y ese tipo de cosas. No obstante, las fotografías eran lo suficientemente nítidas gracias a que la alta calidad de la cámara compensaba las carencias de la usuaria.

—Este es el zoco de Rabat —dijo Kirsty señalando la pantalla. A continuación, visto que el proceso de copiado había finalizado, extrajo el CD, lo introdujo en un sobre de plástico y se lo pasó a Bronson—. A mamá le encantaba ir allí. Era uno de sus lugares favoritos. Decía que los olores eran embriagadores y que vendían cosas increíbles.

A continuación apretó el botón del ratón e hizo correr el resto de fotografías. Fue entonces cuando Bronson vio una sucesión de imágenes en las que, aunque eran tan nítidas como las de la secuencia anterior, los encuadres eran bastante pobres, casi como si las hubieran hecho al azar.

—¿Qué pasó con estas? —preguntó.

Kirsty esbozó una leve sonrisa.

—Son del día antes de que dejaran Rabat. Me dijo que estaba intentando tomar algunas imágenes del zoco, pero que a la mayoría de los comerciantes no les gustaba que les sacaran fotos. Al final decidió esconder la cámara junto a su bolso y apretar el botón a diestro y siniestro con la esperanza de conseguir alguna que mereciera la pena.

—¿Y esto qué es? —inquirió Bronson señalando una de las instantáneas.

—Mientras estaban allí se produjo una especie de pelea en el zoco y mamá sacó como una docena de fotos de lo que estaba pasando.

—¡Ah, sí! La historia que salió en el periódico de Canterbury. Espero que hablara usted con alguien más antes de acudir a la prensa, señora Philips.

Kirsty se ruborizó levemente y le explicó que su mando David tenía un contacto en el diario local y le había pedido que publicara la historia.

Conforme le contaba lo sucedido, Bronson se dio cuenta de que no solo habían

desaparecido la cámara de Margaret O'Connor, la memoria USB y la tablilla de barro, cuyo emocionante hallazgo había descrito a su hija con todo detalle en su último correo electrónico, sino también la tarjeta de memoria adicional y el lector de tarjetas.

—Mi marido está convencido de que no se trató de un simple accidente de tráfico —dijo Kirsty—. No obstante, si la tablilla hubiera estado todavía en el interior del coche después del accidente, se demostraría que está completamente equivocado. — A continuación miró a Bronson, escudriñándolo, y preguntó—: ¿Encontraron la tablilla?

—No —admitió el detective señalando el inventario que estaba sobre la mesa justo delante de ellos—. Yo mismo le pregunté por ella al agente de policía que se encarga del caso. Debería decirle que falta también la cámara de su madre y un par de cosas más. Pero es posible que un carterista «las robara el último día que pasaron aquí, o tal vez decidiera que no merecía la pena llevarse la tablilla a Inglaterra. No necesariamente nos enfrentamos a una conspiración.

—Lo sé —respondió Kirsty Philips con resignación—. Pero no consigo que David cambie de opinión. ¡Ah! Y es posible que aumente la cobertura periodística. El contacto de David en el periódico de Canterbury le contó la historia a un reportero del *Daily Maily*, éste nos llamó ayer por la tarde para hablar del tema.

Creo que va a publicar un artículo en la edición de hoy.

En aquel momento, un joven alto, de complexión atlética y con el pelo rizado, apareció en el vestíbulo y se dirigió hacia ellos con aire resuelto.

Kirsty se puso en pie y realizó las presentaciones pertinentes.

—David, este es el oficial de policía Bronson.

Bronson se levantó y le dio la mano. El hombre que estaba ante él transmitía una especie de tensión, de energía reprimida que parecía a punto de estallar.

—Permítame adivinar, sargento —dijo Philips en un tono grave y enojado mientras tomaba asiento en el sofá—. Un simple accidente de tráfico, ¿verdad? Un británico más de los muchos que cogen un coche en un país extranjero y acaban pegándose en una curva de nada. ¿O tal vez conducía por el canil equivocado? ¿Qué me dice?

—David, por favor. No hagas esto —dijo Kirsty a punto de echarse a llorar de nuevo.

—En realidad no estamos hablando de una curva de nada —señaló Bronson—. Es bastante pronunciada, y se encuentra en una carretera que su suegro, probablemente, no conocía.

—Usted ha estado allí, ¿no? ¿Ha visto el lugar donde se produjo el accidente? —preguntó Philips.

Bronson asintió.

—Pues yo también. Y dígame, ¿se considera usted capaz de tomar la curva sin precipitarse por el barranco?

—Por supuesto que sí.

—Entonces explíqueme porqué se supone que mi suegro, que tenía un historial impoluto como conductor, que era miembro del IAM y uno de los conductores más prudentes y capacitados que yo haya conocido jamás, no fue capaz de hacerlo.

Bronson se encontraba entre dos aguas. Coincidió con David en que las circunstancias del accidente no tenían mucho sentido, pero al mismo tiempo sabía que tenía que ceñirse a la versión oficial.

—El caso es —explicó— que tenemos un testigo ocular que lo presencié todo. Según él, el coche viró bruscamente, chocó contra unas rocas y se precipitó por el terraplén, y su testimonio ha sido aceptado por la policía marroquí. Comprendo su recelo, pero no existe prueba alguna que sugiera que esté mintiendo.

—Pues yo no me creo ni una sola palabra de lo que dicen. Mire, comprendo perfectamente que usted solo está haciendo su trabajo, pero hay algo más que no nos han dicho. Sé a ciencia cierta que mis suegros no murieron en un simple accidente de tráfico, y nada de lo que argumente me convencerá de lo contrario.

Tras dejar el hotel de los Philips, Bronson caminó unos cientos de metros, se sentó en la terraza de una cafetería y pidió un café mientras intentaba decidir cómo actuar. Si llamaba al comisario Byrd y le decía que estaba de acuerdo con que la muerte de los O'Connor se había debido a un desgraciado accidente, podría largarse de allí, pero si le trasmitía sus sospechas (pues al fin y al cabo eran solo eso), probablemente tendría que quedarse en Rabat mucho más tiempo del que le hubiera gustado.

No es que la ciudad le resultara desagradable, más bien al contrario. En aquel momento Bronson acercó la taza a sus labios y miró a su alrededor. Las mesas y sillas de la cafetería estaban repartidas por una amplia zona pavimentada a un lado de un espacioso bulevar flanqueado por palmeras. La mayoría estaban ocupadas, y Bronson podía oír los sonidos ligeramente guturales de las conversaciones en árabe alternándose con los acentos más suaves y melódicos de los francófonos. No, el magnífico clima, las cafeterías siempre llenas de gente y el estilo de vida relajado de Rabat tenían un atractivo innegable, o lo hubieran tenido si Bronson hubiera gozado de la compañía de Ángela. Y aquella reflexión le hizo tomar una determinación.

—¡A la mierda! —se dijo a sí mismo—. Ha llegado el momento de poner fin a toda esta historia.

Se acabó el café, se puso en pie y, justo cuando se alejaba de la mesa, cayó en la cuenta de que había olvidado el maletín y regresó. Fue entonces cuando su mirada se topó con la de dos hombres vestidos con las tradicionales chilabas que acababan de levantarse de una mesa en la parte más lejana del café y que lo observaban con detenimiento.

Bronson estaba acostumbrado a que la gente de Marruecos se le quedara mirando. Al fin y al cabo, era un forastero en un país extraño y más o menos, era de esperar. Sin embargo, en este caso tuvo la incómoda sensación de que aquellos hombres no lo miraban por simple curiosidad. Había algo en su forma de observarlo que le resultaba molesto. Aun así, hizo como si no los hubiera visto, recuperó el maletín y se marchó del lugar.

Más adelante, a unos cincuenta metros de la cafetería, se detuvo en una esquina, se acercó al bordillo y miró en ambas direcciones antes de cruzar la calle. No le sorprendió demasiado descubrir a los dos hombres caminando despacio hacia él y menos aún que ellos también se cambiaran de acera. Doscientos metros más adelante supo, sin lugar a dudas, que lo estaban siguiendo y vio que uno de ellos hablaba animadamente por el móvil. Lo que Bronson no sabía era lo que debía hacer al respecto.

Pero esa decisión se le escapó de las manos menos de medio minuto después. Además de los dos hombres que había tras de él, y que cada vez se aproximaban más,

Bronson descubrió, de repente, otros tres individuos que se le acercaban de frente.

Era posible que estuvieran dando un inocente paseo vespertino, pero lo dudaba, y no estaba dispuesto a quedarse allí para comprobarlo. Bronson torció en la primera esquina que encontró y empezó a correr sorteando los peatones que caminaban tranquilamente por la acera. A sus espaldas comenzaron a oírse gritos y ruidos de fuertes pisadas que se dirigían hacia él y supo que su instinto no lo había engañado.

Giró en la primera calle a la izquierda y luego a la derecha y empezó a coger un ritmo mayor conforme apretaba el paso. Se arriesgó a echar una rápida ojeada detrás de él y vio a los dos hombres de la cafetería corriendo a toda velocidad para alcanzarlo, tal vez a unos cincuenta metros, y una tercera figura que corría unos metros más atrás.

Bronson viró a toda prisa en la siguiente esquina y vio a dos hombres que se acercaban por su izquierda procurando cortarles el paso. Parecía como si hubieran adivinado qué calles iba a coger e intentaran tenderle una emboscada.

Aceleró una vez más pero, esta vez, dirigiéndose directamente hacia ellos. Pudo ver que dudaban y aminoraban la marcha, sin embargo, antes de que quisieran darse cuenta, lo tenían encima. Uno de los marroquíes empezó a hurgar bajo su chilaba, probablemente intentando sacar un arma, pero Bronson no le dio oportunidad. Lo derribó golpeándole con fuerza en el pecho con su maletín y luego se volvió hacia su compañero, justo en el momento en que éste intentaba atacarlo. Afortunadamente se agachó a tiempo para esquivarlo y le propinó un puñetazo en el estómago.

Bronson, que ya oía los gritos de los otros hombres acercándose, no esperó a ver al hombre caer al suelo. Había conseguido tumbar a dos, al menos por un breve instante, pero aún quedaban otros tres.

Sin volver la vista atrás, echó a correr de nuevo casi sin aliento. Sabía que tenía que terminar aquello, y cuanto antes. Estaba acostumbrado a correr, pero el calor y la humedad estaban empezando a hacer mella en él y era consciente de que no podría llegar muy lejos.

Torció a la izquierda, luego a la derecha, pero la distancia que lo separaba de sus perseguidores era cada vez menor y estaban a punto de alcanzarlo. Al llegar a una calle principal, Bronson redujo el paso ligeramente y echó un rápido vistazo al tráfico buscando un tipo de vehículo muy concreto. Luego echó a correr de nuevo, se metió en la calzada y comenzó a zigzaguear entre los coches y camiones que se desplazaban lentamente.

A unos cien metros de donde se encontraba, un taxi se detuvo para dejar a dos pasajeros. Justo un segundo antes de que el conductor arrancara, Bronson abrió la puerta de un tirón y se introdujo de un salto en el interior. Entonces miró al espejo retrovisor y se topó con la mirada desconcertada del taxista.

—¡Al aeropuerto! —acertó a decir entre jadeos—. ¡Deprisa!

Para más seguridad repitió la petición en francés.

El taxista aceleró y Bronson se desplomó sobre el asiento sin aire en los pulmones. Segundos después miró atrás a través de la ventanilla trasera. A unos cuarenta metros dos figuras corrían por el asfalto, pero estas redujeron la marcha cuando el taxi cogió velocidad.

Sin embargo, un instante después, echaron a correr de nuevo. Bronson miró por el parabrisas y descubrió que delante de ellos había una media docena de vehículos detenidos que bloqueaban la calle. Si el taxi separaba, sus perseguidores lo cogerían.

—Gire en el primer cruce —dijo Bronson señalando con el dedo.

El conductor se volvió hacia él.

—Por ahí no se va al aeropuerto —dijo en inglés con un marcado acento.

—He cambiado de opinión.

El taxista dio un volantazo e hizo lo que le pedían. Por suerte, en la calle lateral apenas había tráfico y, cuando el vehículo aceleró, Bronson vio a los dos hombres detenerse al final de la calle y quedarse mirando el coche que se batía en retirada.

Diez minutos más tarde, en la seguridad de su habitación en otro hotel de Rabat (había decidido cambiar por si sus perseguidores lo habían seguido desde su alojamiento anterior), Bronson cogió su móvil y llamó a la comisaría de policía de Maidstone.

—Dime. Chris. ¿Qué has averiguado? —preguntó Byrd una vez que le hubieron pasado la llamada.

—Acatan de perseguirme por las calles de Rabat una banda de matones cuya intención no era, precisamente, pedirme un autógrafo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No me paré a preguntarles. Solo puedo decirte que no creo que la muerte de los O'Connor fuera tan accidental como creíamos.

—Mierda —dijo Byrd—. Lo que nos faltaba.

Rápidamente Bronson le resumió sus inquietudes sobre el accidente y los daños sufridos por el Renault. Después le habló de la costumbre de Margaret de hacer fotos a todo lo que se movía.

—Kirsty Philips me ha dado copias de todas las fotografías que hizo su madre durante su estancia y he pasado como una hora estudiándolas detenidamente. Lo que realmente me mosquea es que uno de los hombres que fotografió en el zoco resulta ser el único testigo ocular del accidente, y que en la misma imagen aparece otro tipo que, según Kirsty, fue encontrado muerto a las afueras de la medina con una herida de arma blanca en el pecho.

»Creo que fotografió una discusión que acabó en asesinato, lo que significa que el homicida era, casi con toda seguridad uno de los que aparecen en la imagen. Y ese —concluyó Bronson— es un motivo más que suficiente para cargarse a los dos testigos

y hacerse con la cámara.

«El misterio de la tablilla desaparecida» era el titular del breve artículo que aparecía en la página trece del *Daily Mail* Bronson pudo leerlo gracias a Dickie Byrd y a uno de los faxes de la comisaría de policía de Maidstone. Bajo el encabezamiento, el periodista preguntaba: «¿Fueron asesinados dos jubilados para recuperar un objeto de un valor incalculable?».

El reportaje no dejaba de ser un refrito de lo que había aparecido en la edición de tarde del periódico de Canterbury con un único añadido, que Bronson estuvo seguro que había sido incorporado con toda intención, y que pretendía dar al texto una importancia que no merecía. Hacia el final del artículo, cuando el redactor analizaba el valor de la tablilla de barro, afirmaba que un «experto del museo Británico* no había querido hacer declaraciones, y se las arreglaba para insinuar que aquello resultaba bastante intrigante, como si el «experto» supiera exactamente de qué tablilla se trataba pero que, por alguna razón, se hubiera negado a divulgar la información.

Bueno, eso era algo que Bronson podía comprobar inmediatamente, y además le servía como excusa para hablar con, Ángela. Agarró su teléfono móvil y marcó el número directo de su ex esposa en el museo Británico, donde trabajaba como conservadora de objetos de cerámica. Ángela contestó casi inmediatamente.

—Soy yo —dijo Bronson—. Mira, siento mucho lo de la otra noche. No tenía ninguna gana de venir a patearme Marruecos, pero no tuve elección.

—Lo sé, Chris. No pasa nada. Ya me explicaste lo que pasó.

—Bueno, aun así, quería decírtelo. Una cosa, ¿estás ocupada?

Ángela soltó una carcajada.

—Sabes que siempre estoy ocupada. Son las once y media de la mañana, llevo casi tres horas y media trabajando, y acabo de recibir otras tres cajas de piezas de cerámica que en este momento están esparcidas por toda mi mesa. Ni siquiera he tenido tiempo de tomarme un café, así que, si me llamas solo para pasar el rato, olvídate. ¿O es que de verdad necesitas algo?

—Pues sí. Necesito que me contestes a una pregunta. Esta mañana ha aparecido un artículo en la página trece del *Daily Mail* que habla de una tablilla de barro. ¿Lo has visto?

—Por extraño que parezca, sí. Lo he leído de camino al trabajo. Es gracioso, porque yo soy la supuesta experta que el periodista había contactado. Llamó al museo ayer por la tarde y me pasaron la llamada a mi despacho. En realidad, las tablillas de barro no son de mi competencia, pero supongo que la centralita pensó que «cerámicas» era lo más similar. Bueno, el caso es que había salido un segundo a tomar un café y cuando volví el periodista había colgado. Así que es cierto, no hice ningún comentario, pero solo porque no me dio oportunidad. Típico de la maldita

prensa.

—Imaginaba que habría sido más o menos así —dijo Bronson—. Pero la pregunta es: ¿crees posible que el artículo no vaya descaminado? ¿Puede ser que la tablilla de barro sea realmente tan valiosa?

—Es muy improbable. Ese tipo de tablillas se pueden comprar por nada. Bueno, no exactamente, pero sabes a lo que me refiero. Se encuentran en cualquier sitio, a veces en fragmentos, pero también es bastante frecuente encontrarlas enteras. Se estima que debe de haber cerca de medio millón de ellas almacenadas en los depósitos de museos de todo el mundo y que todavía no han sido estudiadas o desairadas, en algunos casos, ni siquiera les han echado un vistazo. Te aseguro que abundan por todas partes. Los pueblos antiguos solían usarlas como documentos a corto plazo, y en ellas se escribía de todo, desde detalles sobre una propiedad privada, a recetas de cocina, incluyendo cualquier cosa que se te pueda pasar por la mente. Las hay con inscripciones en latín, griego, copto, hebreo y arameo, pero la mayoría son cuneiformes.

—¿Qué significa exactamente?

—Es una antigua forma de expresión escrita. Los caracteres cuneiformes tienen forma de cuña y ese tipo de escritura es particularmente fácil de imprimir sobre la arcilla húmeda con la ayuda de una púa. En realidad, las tablillas de barro son meras curiosidades que nos ayudan a entender mejor la vida diaria del periodo en que se realizaron. Obviamente, tienen cierto valor, pero normalmente las únicas personas interesadas en ellas son los académicos o el personal de los museos.

—De acuerdo —dijo Bronson—, pero aquí, en Marruecos, han asesinado a dos personas, y no solo ha desaparecido la tablilla de barro que sabemos que la mujer cogió en el zoco, sino también su cámara de fotos. Para colmo, ayer me recorrí las calles Rabat huyendo de unos matones que...

—¿Cómo? ¿Te refieres a unos marroquíes?

—No tengo ni idea —admitió Bronson—. No me quedé a preguntarles qué querían pero, si es cierto que la tablilla en sí no tiene ningún valor, tal vez lo que importa es lo que está escrito en ella. ¿Tú qué piensas?

Ángela permaneció en silencio durante unos segundos.

—Todo puede ser, pero es extremadamente improbable, teniendo en cuenta el periodo histórico en el que fueron escritas. La mayoría de ellas tienen entre dos y cinco mil años de antigüedad. Sin embargo, lo que me preocupa es realmente preocupante, Chris. Si estás en lo cierto y la inscripción tiene algún valor, cualquiera que la haya visto podría estar en peligro.

—Tengo una media docena de imágenes de ella, pero no tengo ni la menor idea de lo que pone. Ni siquiera sé en qué idioma está el texto.

—Bueno, ahí yo puedo hacer algo para ayudarte. Mándame un correo al museo

con alguna foto, y se las enseñaré a uno de nuestros especialistas en lenguas arcaicas. Al menos así sabremos lo que dice y comprobaremos si tus suposiciones son acertadas.

—Buena idea. —Aquello era exactamente lo que Bronson esperaba que dijera—. Lo haré ahora mismo. Echa un vistazo al correo electrónico dentro de cinco minutos.

Un cuarto de hora más tarde, Ángela abrió su bandeja de entrada e inmediatamente reconoció el correo que le había mandado su ex marido. Echó un vistazo a las cuatro fotografías de la tablilla de barro en la pantalla de su ordenador de mesa e imprimió una fotografía en blanco y negro, porque la definición sería ligeramente mejor que si lo hubiera hecho en color. Después se recostó en su silla de cuero y las estudió con detenimiento.

Ángela había ocupado siempre el mismo despacho desde que entró a trabajar en el museo. Era pequeño, cuadrado y ordenado, dominado por un gran escritorio en forma de ele y sobre cuyo brazo más corto había un ordenador y una impresora láser a color. En el centro del brazo más largo había toda una colección de piezas de cerámica (una parte del trabajo que estaba desarrollando en aquel momento), algunos archivadores y varios cuadernos de notas. En un rincón del despacho estaba la mesa de madera en donde llevaba a cabo todos sus trabajos de restauración y sobre la que tenía un amplio surtido de herramientas de precisión de acero inoxidable, líquidos de limpieza, varios tipos de adhesivos y otros productos químicos. Justo al lado había una hilera de armarios archivadores y, en la parte superior de la pared, un par de estanterías llenas de libros de consulta.

El museo Británico es simplemente inmenso: no podía ser de otro modo, teniendo en cuenta que tiene que dar cabida a sus mil empleados permanentes y a los cinco millones de visitantes que pasan por sus puertas cada año. La estructura cubre cerca de setenta y cinco mil metros cuadrados, es decir, una superficie cuatro veces mayor que la del Coliseo de Roma o el equivalente a nueve campos de fútbol, y contiene tres mil quinientas puertas. Es uno de los edificios públicos más espectaculares de Londres, o de cualquier otro lugar, en realidad.

Ángela observó atentamente las fotografías que había imprimido y sacudió la cabeza. La calidad de las imágenes no era, ni mucho menos, tan buena como había esperado. El objeto de la fotografía era, sin duda, una especie de tablilla de barro, y aunque estaba bastante segura de que podía identificar el idioma usado, iba a resultar sumamente difícil transcribirlo, dado que las imágenes aparecían muy borrosas.

Después de un minuto más o menos, colocó de nuevo las cuatro fotografías sobre su escritorio y se quedó pensativa unos segundos. Mirar las imágenes, inevitablemente, le había hecho pensar en Chris y eso, como siempre, le hacía revivir la confusión y la incertidumbre que él le provocaba. Su matrimonio había sido breve, pero no se podía considerar un completo fracaso. Al menos seguían siendo amigos, que era mucho más de lo que podían decir otras parejas divorciadas. El problema siempre había sido la existencia implícita de una tercera persona en su relación, la enigmática presencia de Jackie Hampton, esposa del mejor amigo de Bronson.

Ángela cayó en la cuenta de que todo aquello sonaba a cliché, y una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

El problema de Bronson había sido siempre aquel deseo no correspondido por Jackie, un deseo que Ángela sabía que nunca había expresado y del que Jackie era completamente ajena. Nunca cometió una infidelidad (Bronson era demasiado leal y decente para hacer algo así) y, en cierto modo, se podía decir que la ruptura había sido culpa de Ángela. Una vez se había dado cuenta de a quién pertenecía su corazón, decidió que no estaba dispuesta a vivir a la sombra de nadie.

Pero ahora Jackie estaba muerta e, ineludiblemente, los sentimientos de Bronson habían cambiado. Había intentado, con todo su empeño, un acercamiento y a pesar de que se habían estado viendo últimamente, Ángela seguía guardando las distancias. Antes de permitirle volver a entrar en su vida, tenía que estar segura de que lo que había sucedido anteriormente no se repetiría jamás, con nadie. Y de momento, no consideraba que pudiera estar segura del todo.

Sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en las fotografías.

—Lo sabía —murmuró para sí misma—. Es arameo.

Ángela entendía algo de ese idioma, pero en el museo había varias personas mucho más capacitadas para traducir aquel texto antiguo. El más adecuado era, sin lugar a dudas, Tony Baverstock, un reputado profesor experto en lenguas arcaicas. Sin embargo, no se podía decir que fuera precisamente uno de los colegas favoritos de Ángela. Aun así, se encogió de hombros, agarró un par de fotografías y recorrió el pasillo hasta su despacho.

—¿Qué quieres? —le espetó Baverstock cuando, tras llamar a la puerta, Ángela se detuvo ante un escritorio abarrotado de cosas. Era un individuo bajo y fornido, casi con aspecto de oso, y su pelo entrecano y el hecho de que estuviera cercano a los cincuenta no paliaba el indefinible aspecto desaliñado que suelen tener los solteros vengan de donde vengan.

—Yo también te deseo buenos días, Tony —dijo Ángela con amabilidad—. Me gustaría que le echaras un vistazo a estas dos fotografías.

—¿Por qué? ¿De qué se trata? Ahora estoy ocupado.

—Solo te llevará un par de minutos. Son unas imágenes bastante pobres de una tablilla de barro. La calidad no es buena y el texto, que por cierto, está escrito en arameo, no se ve con la suficiente claridad como para traducirlo. Solo necesito que me des algún indicio sobre el contenido. Y, si puedes aventurar la época en que se escribió, mejor aún.

Cuando Baverstock miró las fotografías que Ángela le pasó por encima de la mesa, ella creyó detectar un destello en su mirada, casi como si las hubiera reconocido.

—¿La habías visto antes? —preguntó.

—No —dijo bruscamente, mientras la miraba a los ojos y luego volvía rápidamente la vista hacia las fotografías—. Tienes razón —admitió de mala gana—. El texto está escrito en una variante del arameo. Déjamelas y veré lo que puedo hacer.

Ángela asintió con la cabeza y abandonó el despacho.

Durante unos minutos, Baverstock se quedó sentado en su mesa observando las dos fotografías. A continuación, miró el reloj, abrió un cajón cerrado con llave y sacó un pequeño cuaderno de notas de color negro. Seguidamente lo introdujo en el bolsillo de su chaqueta, salió de su despacho y, tras dejar el museo, caminó por la calle Great Russell hasta que llegó a una cabina telefónica.

Su llamada fue atendida después de cinco tonos.

—Soy Tony —dijo Baverstock—. Ha aparecido otra tablilla.

Cuando le llegó el mensaje de texto, Alexander Dexter estaba leyendo un artículo de una revista sobre relojes antiguos y no se molestó ni siquiera en mirar el teléfono. Cuando finalmente se decidió a leerlo, se recostó y soltó una maldición. El texto decía: «CH DML 13. ¡Llámame ahora!».

Tras comprobar el número de la persona que lo enviaba, agarró las llaves de su coche, echó el pestillo a la puerta de la tienda y dio la vuelta al cartel de manera que se pudiera leer «Cerrado». Luego sacó de un cajón de su escritorio un móvil con tarjeta prepago y su correspondiente batería (siempre la quitaba cuando no lo estaba usando), y salió por la puerta trasera de la tienda.

Dexter era el propietario de un negocio perfectamente legal de venta de antigüedades, uno de los varios que existían en Petworth, la pequeña ciudad de Surrey, que era considerada la meca de los anticuarios y compradores. Se había especializado en relojes y cronómetros antiguos y en pequeñas piezas de mobiliario, aunque vendía cualquier cosa de la que pensara que podía sacar algún beneficio. Todos los años declaraba a Hacienda religiosamente su facturación mediante la declaración de la renta. Sus declaraciones del IVA eran igual de exactas, y en sus intachables libros de contabilidad constaban todas las transacciones comerciales, tanto las compras como las ventas. El resultado de este cuidado meticuloso y la atención a los detalles era que Hacienda nunca le había hecho una inspección, y solo en una ocasión le había visitado un inspector del IVA, y no esperaba recibir ninguna visita a corto plazo.

Sin embargo, Dexter tenía una segunda actividad, un negocio que la mayoría de sus clientes (y por supuesto las autoridades tributarias y la policía) desconocían por completo. Se había construido diligentemente una impresionante lista de acaudalados clientes que siempre andaban a la caza de artículos «especiales», y a los que no les importaba la procedencia o el coste. Eran clientes que siempre pagaban en efectivo y que nunca pedían factura.

A él le gustaba considerarse a sí mismo un «rastreador», aunque en realidad Dexter era un comerciante de artículos robados de alta gama. Por supuesto, los artículos normalmente procedían del saqueo de alguna tumba de la que nadie tenía constancia y de otras ricas fuentes de antigüedades en Egipto, el resto de África, Asia y Sudamérica, y no del robo a un particular, una colección privada o un museo. Aun así, él tampoco tenía inconveniente en comerciar con ese tipo de mercancías, a condición de que el precio fuera bueno y el riesgo lo suficientemente bajo.

Se dirigió a pie a la parte trasera de su edificio, se subió a un BMW Serie 3 y se marchó. Poco después se detuvo en una gasolinera a las afueras de Petworth, llenó el depósito y compró un ejemplar del *Daily Mail*. Después se alejó de la ciudad y, tras

unos quince kilómetros, se detuvo en un apeadero de la carretera.

Dexter rebuscó en el diario hasta que encontró la página trece. Echó un vistazo a la fotografía ligeramente borrosa e, inmediatamente después, comenzó a leer el artículo. Las tablillas de barro no eran artículos ni especialmente raros ni muy solicitados, pero esa no era la razón por la que leía con creciente interés la crónica que había escrito el periodista del *Mail*.

Cuando acabó la lectura sacudió la cabeza. Era evidente que no habían informado bien a la familia de la pareja fallecida o, mejor dicho, no les habían informado en absoluto, del verdadero valor del artículo.

Pero este hecho dejaba en el aire una pregunta más que obvia: si la teoría que planteaba David Philips (el yerno) era correcta, y la pareja había muerto asesinada a manos de unos ladrones, ¿por qué habían ignorado cosas tan jugosas como el dinero y las tarjetas de crédito y se habían limitado a coger una vieja tablilla de barro? Daba la impresión de que su cliente, un maleante del East End llamado Charlie Hoxton, con un gusto sorprendentemente refinado en lo que a antigüedades se refería y que le puso la carne de gallina desde el momento en que lo conoció, no era la única persona que conocía la posible trascendencia de la tablilla.

Colocó la batería en su lugar, encendió el móvil y marcó el número que había escrito.

—Has tardado mucho.

—Lo siento —replicó Dexter escuetamente—. Bueno, ¿qué quieres que haga?

—¿Has leído el artículo? —preguntó Hoxton.

—Sí.

—Entonces la respuesta está más que clara. Quiero que me consigas la tablilla.

—Me estás pidiendo algo bastante complicado. Si quieres te puedo conseguir una fotografía de la inscripción.

—Eso estaría bien, pero también quiero la tablilla. Es posible que haya algo en la parte trasera o en los laterales que las imágenes no muestran. Me dijiste que tenías muy buenos contactos en Marruecos, Dexter. Ha llegado el momento de que lo demuestres.

—Te podría salir muy caro.

—No me importa cuánto cueste. Hazlo y punto.

Dexter apagó el móvil, arrancó su BMW y condujo unos ocho kilómetros. Seguidamente se detuvo en el extremo más lejano del enorme aparcamiento de un pub y extrajo un bloc de notas de su chaqueta. Allí estaban los nombres de pila y los números de teléfono de la gente que trabajaba para él ocasionalmente, todos ellos especialistas en diversos campos. Ninguno de estos números se encontraba en las páginas amarillas y todos correspondían a móviles de usar y tirar, de manera que sus propietarios solían proporcionarle nuevos números con regularidad.

A continuación encendió de nuevo su teléfono y abrió el cuadernillo. En cuanto obtuvo señal, marcó uno de los números.

—¿Sí?

—Tengo un trabajo para ti —dijo Dexter.

—Dime.

—Se trata de David y Kirsty Philips. Viven en algún lugar de Canterbury y deberían estar en el censo electoral o en el listín telefónico. Necesito su ordenador.

—Vale. ¿Para cuándo?

—Cuanto antes. Si puede ser hoy, mejor. ¿Las condiciones son las mismas de siempre?

—Los precios han subido un poco —dijo la voz áspera al otro lado del teléfono—. Te costará mil pavos.

—De acuerdo —dijo Dexter—. Y haz que parezca real, ¿quieres?

Cuando acabó la llamada, Dexter condujo otros tres kilómetros, detuvo el coche de nuevo y volvió a consultar el bloc de notas. Luego encendió el móvil una vez más y marcó otro número, pero esta vez precedido del prefijo 212.

—*As-Salaam alaykum, Izzat. Kefhalak?*

Dexter hablaba algo de árabe y, aunque le faltaba fluidez, sabía lo suficiente para salir del paso. Su saludo había sido formal («La paz sea contigo») y lo había acompañado de una frase más coloquial («¿Cómo estás?»). La razón principal por la que había aprendido el idioma era que muchos de sus clientes «especiales» solicitaban el tipo de reliquias que solían encontrarse en los países árabes, y le resultaba muy útil poder conversar con los vendedores en su propia lengua.

—¿Qué quieres, Dexter? —respondió en inglés una voz grave con un acento marcado, aunque se notaba que dominaba el idioma.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Eres la única persona en Gran Bretaña que conoce este número.

—Vale. Escucha, tengo un trabajo para ti.

Durante más o menos tres minutos, Dexter explicó a Izzat Zebari lo que había sucedido y lo que esperaba de él.

—No será fácil —dijo Izzat.

Su respuesta fue casi exactamente la que Dexter se esperaba. De hecho, por lo que era capaz de recordar, cada vez que le había encargado un trabajo, le había contestado siempre con la misma frase.

—Lo sé. La cuestión es si puedes hacerlo.

—Bueno —dijo Zebari con tono dubitativo—, supongo que podría preguntar a mis contactos en la policía y ver si tienen alguna información.

—Izzat, no me interesa cómo vas a hacerlo, solo si puedes o no. Te llamaré esta noche, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

—*Ma a Salaama.*

—*Alia ysalmak.* Adiós.

De regreso a Petworth, Dexter planeó cuál era el siguiente paso que tenía que dar. Necesitaría cerrar la tienda cuanto antes y coger un vuelo a Marruecos. Zebari era bastante competente, pero Dexter no se fiaba ni de su propia sombra, y si el marroquí se las arreglaba para encontrar y recuperar la tablilla, quería estar allí cuando sucediera.

A Dexter la fotografía ligeramente borrosa que apareció en el *Daily Mail* le resultaba muy familiar, porque hacía más o menos dos años que había vendido a Charlie Hoxton una tablilla casi idéntica. Si recordaba bien, aquella formaba parte de una caja de reliquias que uno de sus proveedores había «liberado» del depósito de un museo de El Cairo. Recordaba que Hoxton se había mostrado muy interesado en adquirir cualquier otra tablilla que tuviera una apariencia similar, pues estaba convencido de que la que había comprado formaba parte de un conjunto.

Y por lo visto, no se equivocaba.

Los dos hombres que viajaban en la destartada furgoneta Ford Transit tenían la típica apariencia de cualquier repartidor. Iban vestidos con vaqueros, camisetas y chaquetas de cuero, y calzaban zapatillas de deporte de aspecto mugriento. Además, ambos eran robustos y parecían encontrarse en perfecta forma. De hecho, trabajaban como repartidores para una pequeña empresa de Kent pero, de vez en cuando, realizaban una serie de encargos complementarios que era lo que les proporcionaba la mayor parte de sus ingresos.

Delante del asiento del conductor había un GPS sujeto al parabrisas con una ventosa, lo que hacía que el plano de la ciudad que el hombre sentado en el asiento del copiloto estudiaba con detenimiento resultara algo superfluo. No obstante, mientras su primera misión era encontrar la dirección correcta en Canterbury, también necesitaban identificar cuál era la mejor ruta para salir del barrio de casas de protección oficial y llegar a la carretera principal, y ambos preferían ver la disposición de las calles en un mapa en vez de confiar en la pequeña pantalla a color del GPS.

—Es esa —dijo el copiloto, señalando con el dedo—. La de la derecha. La que tiene un Golf aparcado delante.

El conductor se echó a un lado y detuvo la furgoneta a unos cien metros de la propiedad.

—Vuelve a marcar —ordenó.

Su compañero sacó un móvil, tecleó un número de teléfono y presionó el botón de llamada. Esperó unos veinte segundos y colgó.

—Siguen sin responder —dijo.

—Bien. Entonces vamos allá.

El hombre sentado al volante metió la primera y levantó el pie del freno. Unos segundos después se detuvo directamente en el lateral izquierdo de la casa adosada y apagó el motor de la furgoneta. Los dos hombres se pusieron sendas gorras de béisbol, bajaron del vehículo y, tras abrir las puertas traseras, sacaron una gran caja de cartón de su interior.

Juntos la llevaron por el pequeño camino que conducía hasta la puerta trasera, pasaron junto al Volkswagen que estaba aparcado en la entrada para coches y la depositaron en el suelo. Aunque un observador casual habría dado por hecho que la caja contenía algún objeto pesado, en realidad estaba completamente vacía.

Los dos hombres echaron un vistazo a la calle que quedaba a sus espaldas y luego miraron a su alrededor. No había timbre, así que el conductor llamó golpeando con los nudillos el panel de cristal de la puerta. Tal y como habían imaginado, no se oyó ningún ruido en el interior de la casa, de la misma manera que un par de minutos

antes nadie había contestado al teléfono. Segundos después extrajo una palanqueta del bolsillo de su chaqueta, introdujo la punta entre la puerta y el marco a la altura de la cerradura, y presionó con firmeza. Con un agudo crujido la cerradura cedió y la puerta se abrió sin problemas.

A continuación levantaron la caja de cartón, entraron en la casa y se separaron. Mientras el conductor se precipitaba hacia las escaleras, el otro individuo empezó a buscar en las habitaciones de la planta baja.

—¡Aquí arriba! Ven a echarme una mano.

El copiloto subió a toda prisa y encontró a su compañero saliendo del estudio con la CPU de un ordenador de sobremesa.

—Coge el teclado, la pantalla y todo lo demás —ordenó el conductor. Seguidamente introdujeron el aparato en la caja de cartón y empezaron a revolver la vivienda, arrancando las sábanas de las camas, vaciando los armarios y cajones y, en definitiva, poniéndolo todo patas arriba.

—Creo que puede bastar —dijo el conductor mirando el caos del salón.

Los dos hombres recorrieron de nuevo el camino de entrada para coches llevando entre los dos la caja de cartón. Luego la metieron en el espacio de carga de la furgoneta y se subieron a la cabina. En total se habían ganado quinientas libras. *No está mal por diez minutos de trabajo*, pensó el conductor mientras introducía la llave en el contacto. *Nada mal*.

—¿Ángela? Ven a mi despacho.

Ángela pensó que la manera en que requería su presencia era típica de él: tan breve que resultaba brusca y sin el más mínimo atisbo de cortesía. Cuando entró, estaba recostado cómodamente sobre el respaldo de su silla de oficina, con los pies apoyados en una esquina del escritorio. Tenía delante las dos fotografías que ella le había entregado.

—¿Has descubierto algo? —preguntó.

—Bueno, sí y no.

En opinión de Ángela aquella forma de responder también era típica de Baverstock. Era un experto reputado en dar respuestas rebuscadas a preguntas sencillas.

—En cristiano, si no te importa —dijo mientras tomaba asiento en la silla que se encontraba al otro lado del escritorio.

—De acuerdo. Tal y como sospechabas, el texto está en arameo, lo que ya de por sí resulta bastante inusual. Como deberías saber —Ángela se indignó con aquel comentario tan poco disimulado que sugería que no tenía ni idea—, el uso de este tipo de tablillas disminuyó notablemente en el siglo vi antes de Cristo, simplemente porque resultaba mucho más sencillo escribir el arameo sobre papiro o pergamino con caracteres cursivos, que hacerlo sobre arcilla con signos individuales. Pero el texto presenta una característica que yo consideraría todavía más inusual, y es que nos encontramos ante un galimatías.

—¡Por el amor de Dios, Tony! Te he pedido que hablaras en cristiano.

—Estoy hablando en cristiano. La estúpida que sacó las imágenes (porque doy por hecho que detrás de la cámara había una mujer) era un auténtico desastre como fotógrafa. De alguna manera se las arregló para tomar dos instantáneas de la superficie de la tablilla sin conseguir que ni siquiera media línea de todo el texto estuviera enfocada. Resulta imposible traducir toda la tablilla y, por lo que he podido descifrar, opino que sería una pérdida de tiempo.

—¿A qué te refieres?

—La inscripción parece consistir en una serie de palabras en arameo cuyo significado individual está perfectamente claro pero que, si intentas juntarlas, carecen absolutamente de sentido. —Baverstock apuntó con el dedo a la segunda de las seis líneas de caracteres que conformaban el texto, y añadió—: Esta es la única línea de la inscripción que se puede considerar medianamente legible y, aun así, hay una palabra que no está clara. Mira, este término, *'anbí'ib*, significa «cuatro», algo bastante sencillo. La palabra siguiente significa «de» y tres de las que la preceden se traducen como «tablillas», «cogió» y «representar», de manera que la frase se leería

«representar cogió». Luego vendría otra palabra y, a continuación, «cuatro de». A eso me refería cuando he dicho que era un galimatías. Las palabras tienen sentido, pero la frase no. Es casi como si estuviéramos ante los deberes de un niño, una lista de palabras seleccionadas al azar.

—Entonces, según tú, ¿se trata de eso?

Baverstock sacudió la cabeza.

—Yo no he dicho tal cosa. He visto muchos textos escritos en arameo y, en mi opinión, teniendo en cuenta los trazos cortos y precisos de las letras, fue escrito por la mano de un adulto. Me atrevería a aventurar que se trata de un hombre. No olvides que en aquel periodo las mujeres normalmente eran analfabetas como, por lo demás, muchas de las mujeres de hoy en día —añadió con mordacidad.

—Tony... —le advirtió Ángela.

—Era solo una broma —se justificó Baverstock, aunque ella sabía que siempre había algo de intención en sus incisivos comentarios sobre las mujeres. En su opinión era arrogante y prepotente, pero básicamente inofensivo. Un misógino encubierto que a duras penas conseguía ocultar el hecho de que le molestaran las mujeres triunfadoras y, especialmente, las mujeres triunfadoras que tenían la poca consideración de aunar cerebro y belleza. Ángela recordaba un par de veces en las que le había intentado tocar las narices, aunque en ambas ocasiones ella había sabido ponerlo en su sitio.

Ángela sabía que no era hermosa en el sentido clásico de la palabra, pero su pelo rubio, sus ojos de color avellana y esos labios que Bronson solía describir como «afortunados» la convertían en una mujer muy atractiva. La mayoría de los hombres se quedaban impresionados cuando la conocían y, por lo general, esta impresión dejaba huella y ella sabía de sobra que este era el motivo por el cual Baverstock la detestaba desde el día en que se conocieron.

—¿De qué fechas estamos hablando? —preguntó.

—Está escrito en arameo antiguo, una variedad propia del periodo que va desde el 1100 antes de Cristo hasta el 200 después de Cristo.

—¡Vamos, Tony! Eso son más de mil años. ¿No puedes concretar un poco más?

Baverstock negó con la cabeza.

—¿Sabes algo de arameo? —preguntó.

—No mucho —admitió Ángela—. Me ocupo de objetos de cerámica y alfarería. Soy capaz de reconocer la mayoría de las lenguas arcaicas y traducir algunas palabras, pero la única que domino es el latín.

—De acuerdo. Entonces déjame darte una breve lección. El arameo se originó alrededor del año 1200 antes de Cristo, cuando unas gentes que más tarde serían conocidas como los arameos se establecieron en Aram, una región situada en la parte septentrional de Mesopotamia y Siria. Aparentemente deriva del fenicio y, de la

misma manera, se leía de derecha a izquierda. El fenicio carecía de caracteres que representaran los sonidos vocálicos, pero los arameos comenzaron a usar algunas letras que sí lo hacían, principalmente las conocidas como *alef*, *he*, *vav* e *iod*.

»Los primeros escritos en el idioma conocido como arameo empezaron a aparecer unos doscientos años más tarde y, más o menos a mediados del siglo VII antes de Cristo, pasó a convertirse en la lengua oficial de Asiría. Aproximadamente en el siglo V antes de Cristo, después de la conquista de Mesopotamia por parte del rey persa Darío I, los administradores del llamado imperio aqueménida empezaron a usar el arameo en todas las comunicaciones oficiales escritas dentro de su territorio. Los expertos aún no se han puesto de acuerdo en si se trataba de una política imperial o si el arameo fue adoptado como lengua franca por pura comodidad.

—¿El imperio aqueménida? ¿Puedes recordarme algo de él?

—Pensé que incluso tú lo conocerías —dijo Baverstock ligeramente irritado—. Se prolongó desde el año 560 hasta el 330 antes de Cristo y fue el primero de los varios imperios persas que gobernaron la mayor parte del territorio que hoy conocemos como Irán. Desde el punto de vista de territorios ocupados, fue el más extenso imperio precristiano, y abarcaba cerca de cinco mil kilómetros cuadrados en tres continentes diferentes. Las regiones subyugadas por los persas incluirían Afganistán, Asia Menor, Egipto, Irán, Iraq, Israel, Jordania, Líbano, Pakistán, Arabia Saudita, Siria, Tracia...

»Lo más importante es que, alrededor del 500 antes de Cristo, el idioma pasó a ser conocido como arameo imperial o aqueménido y que, al adquirir un estatus oficial, sufrió muy pocas variaciones durante los siguientes siete siglos. El único modo de averiguar dónde y cuándo se escribió un texto escrito en esta variante del arameo es identificar los préstamos.

—¿Y qué serían?

—Palabras que describen objetos, lugares, opiniones o conceptos que no tenían un equivalente exacto en arameo y que se tomaban prestadas del idioma local para asegurar la claridad o la precisión de un determinado pasaje.

—¿Y no has encontrado ninguno en el texto que has leído? —preguntó Ángela.

—En esa media docena de palabras, no. Podría aventurarme a decir que la tablilla data de una época bastante tardía, probablemente posterior al inicio del primer milenio antes de Cristo, pero no puedo ser más específico.

—¿Eso es todo?

—Sabes perfectamente que odio especular, Ángela. —Baverstock hizo una pausa de unos segundos y observó de nuevo las fotografías de la tablilla—. ¿No tienes una foto con una calidad mejor? —preguntó—. Y a propósito, ¿de dónde ha salido esta tablilla?

Algo en la manera de preguntar de Baverstock puso a Ángela sobre aviso. Ella

negó con la cabeza.

—Que yo sepa, son las únicas imágenes que existen —dijo—. Y no tengo ni idea de dónde se encontró. Simplemente me han mandado las fotos para que las examinara.

Baverstock resopló.

—Si surgiera alguna otra, no dudes en venir a verme. Con una imagen más nítida de la inscripción, es posible que pudiera concretar un poco más su origen. Pese a todo —añadió—, existe la posibilidad de que provenga de Judea.

—¿Por qué?

Baverstock señaló la palabra en arameo de la segunda línea que no había traducido.

—Estas fotografías son prácticamente inservibles —dijo—, pero es posible que esta palabra sea *Ir-Tzadok*.

—¿Y qué significa?

—Nada en sí misma, pero podría ser la primera parte del nombre propio *Ir-Tzadok B'Succaca*. Es el nombre en arameo antiguo de un asentamiento en la costa noroeste del mar Muerto. Hoy en día se tiende a utilizar su nombre en árabe, que significa «dos lunas».

Baverstock hizo una pausa y miró a Ángela.

—¿Qumrán? —sugirió ésta.

—¡Vaya! Lo has pillado a la primera. Khirbet Qumrán, si queremos usar su nombre completo. *Khirbet* significa «una ruina». El término proviene del hebreo *horbah* y se puede encontrar por toda Judea acompañando a muchos topónimos.

—Muchas gracias por la aclaración, pero conozco perfectamente el significado de *khirbet*. ¿Así que piensas que proviene de Qumrán?

—No —respondió Baverstock sacudiendo la cabeza—. No te puedo garantizar que lo esté leyendo correctamente y, aunque así fuera, la palabra no es concluyente. Podría formar parte de una frase diferente y, en caso de que efectivamente estemos hablando de Qumrán, es posible que se trate de una mera referencia a la comunidad.

—Que se estableció allí... ¿cuándo? ¿En el primer siglo antes de Cristo?

—Un poco antes. Aproximadamente a finales del segundo, y permaneció allí hasta el año 70 después de Cristo, coincidiendo con la caída de Jerusalén. Esta es la razón principal por la que creo que la tablilla fue escrita en un periodo tardío. Si la palabra *Ir-Tzadok* forma parte del topónimo *Ir-Tzadok B Succaca*, lo más probable es que se escribiera mientras los *yishiyim*, la tribu comúnmente conocida como los esenios, habitaba en Qumrán. Por eso te he sugerido tal fecha.

—De manera que la tablilla simplemente hace referencia a Qumrán, pero no la escribieron los esenios.

—Yo no he dicho eso. Solo he apuntado que la inscripción, posiblemente, se

refiera a Qumrán y que la tablilla, probablemente, no fuera escrita por los esenios.

—¿Y hay alguna otra palabra que hayas podido traducir?

—Sí. Mira —dijo Baverstock señalando con el dedo la última línea del texto—. Este término podría equivaler a «codo» o «codos», pero no pondría la mano en el fuego. Y creo que este otro podría significar «lugar».

—¿Y sigues sin saber para qué se escribió la tablilla?

—Estoy prácticamente seguro de que no tiene ningún valor. En cuanto a su finalidad, lo más probable es que se utilizara en un contexto escolar. Creo que se trata de una herramienta didáctica y que se utilizaba para mostrar a los niños cómo se escribían determinadas palabras. No pasa de ser una curiosidad carente de interés fuera del ámbito académico.

—De acuerdo, Tony —dijo Ángela poniéndose en pie—. Es la misma conclusión a la que había llegado yo. Solo quería que me lo confirmaras.

Una vez se hubo marchado, Baverstock se quedó sentado unos minutos. Esperaba haber hecho lo correcto dándole a Ángela Lewis una traducción bastante fiel de algunos fragmentos del texto arameo que había conseguido entender. En realidad, había logrado descifrar otra media docena de palabras, pero decidió que era mejor reservarse el significado. Hubiera podido no decirle nada en absoluto, pero no quería que saliera corriendo a buscar otro traductor que pudiera interesarse en las posibles implicaciones de algunas de las palabras de la tablilla.

A partir de ese momento, si decidía profundizar en el tema, solo podía dirigirse a Qumrán, y estaba bastante seguro de que allí no encontraría absolutamente nada.

Unas dos horas después Baverstock llamó a la puerta del despacho de Ángela Lewis. Tal y como esperaba, no contestó nadie, pues era más o menos la hora en la que ella salía a comer. Volvió a golpear con los nudillos, abrió la puerta y entró.

Pasó los siguientes quince minutos llevando a cabo un rápido pero exhaustivo registro, revisando todos los cajones y armarios, pero no encontró lo que buscaba. Tenía la esperanza de que la tablilla de barro estuviera en poder de Ángela, pero lo único que halló fueron otras dos fotografías de la reliquia, así que decidió adueñarse de ellas. Antes de marcharse quiso comprobar su correo electrónico, pero el salvapantallas estaba protegido por una contraseña, por lo que no pudo acceder a su PC.

Supuso que todavía existía la posibilidad de que Ángela tuviera la tablilla, tal vez en su apartamento. Había llegado el momento, pensó mientras caminaba de nuevo hacia su despacho, de hacer otra llamada.

Si se quiere pasar desapercibido en una determinada situación, el cincuenta por ciento del éxito reside en tener la apariencia adecuada y el otro cincuenta en mostrar seguridad en sí mismo. Cuando el individuo de pelo oscuro y piel morena entró por la puerta principal del hotel Rabat vestido con un traje de corte occidental y llevando un gran maletín, tenía el aspecto de cualquier otro cliente y cuando cruzó el vestíbulo y se encaminó hacia la escalera principal, el recepcionista apenas le echó un rápido vistazo.

Al llegar al primer piso, se detuvo y llamó al ascensor. Una vez en el interior apretó el botón de la cuarta planta. Cuando se abrieron las puertas, salió, echó una rápida ojeada al cartel que indicaba la localización de las habitaciones y torció a la derecha. Poco después se detuvo ante la puerta en la que se leía el número 403, apoyó el maletín en el suelo y, tras ponerse un par de delgados guantes de goma, sacó una dura porra de caucho y llamó a la puerta con la otra mano. Entrando al hotel había visto que la mujer estaba tomando una copa en el vestíbulo, pero no tenía ni idea de dónde se encontraba el marido. Con un poco de suerte habría salido, en cuyo caso bastaría con usar las herramientas de cerrajería que guardaba en el delgado bolsillo de cuero de su maletín. Si, por el contrario, estaba en la habitación, peor para él.

En aquel momento oyó unos ruidos que provenían del interior, agarró con firmeza la porra y se puso un gran pañuelo blanco sobre la cara, como si se estuviera sonando la nariz.

David Philips abrió la puerta de par en par y asomó la cabeza.

—¿Sí? —preguntó.

Fue entonces cuando advirtió la presencia de un hombre de pelo oscuro justo delante de él, con la mayor parte de la cara cubierta por un trozo de tela blanco. Apenas un instante después cayó hacia atrás tras ver un objeto oscuro que cruzaba silbando en dirección a su rostro y se estrellaba contra su frente. Al principio vio unos destellos luminosos de color blanco y rojo que parecían estallar en el interior de su cráneo. Seguidamente perdió el conocimiento.

Su atacante echó un vistazo a ambos lados del pasillo, pero no había nadie a la vista. Cogió de nuevo su maletín, entró en la habitación y arrastró hacia dentro el cuerpo inconsciente de su víctima. Luego cerró la puerta.

La habitación no era grande, y apenas tardó cinco minutos en llevar a cabo un registro completo. Cuando abandonó el lugar, el peso de su maletín había aumentado considerablemente respecto a cuando llegó y, del mismo modo que sucedió a su entrada, dejó el hotel sin que nadie le prestara la más mínima atención.

—Siento mucho volver a molestarle con esta historia —dijo Bronson tomando asiento frente a Kirsty Philips.

Dickie Byrd le había llamado unos minutos antes para comunicarle que se había producido un allanamiento de morada en la casa de los Philips, una noticia que a Bronson no le gustó ni un pelo. Era evidente que el robo de su ordenador guardaba relación con lo sucedido en Marruecos, el problema era que Byrd no estaba del todo convencido de que así fuera.

—¿Cómo fue? —preguntó Kirsty con una mezcla de irritación y preocupación en su voz—. Quiero decir, ¿alguno de los vecinos vio algo?

—En realidad —dijo Bronson con una expresión de disculpa en su rostro—, varios de ellos presenciaron exactamente todo lo sucedido. Pensaron que ustedes habían regresado de Marruecos y que les traían un frigorífico o algo similar. Por lo visto llegaron dos hombres en una furgoneta blanca e introdujeron una gran caja de cartón en su vivienda. Estuvieron dentro unos cinco minutos y se llevaron su ordenador de mesa, supuestamente, dentro de la misma caja.

—¿Y solo se llevaron eso?

—Según una de sus vecinas, la señora Turnbull, sí. Echó un vistazo al interior de la casa y cree que solo robaron el ordenador. La buena noticia es que, a pesar de que lo revolvieron todo (por lo visto, vaciaron todos los cajones), no han causado ningún desperfecto, exceptuando la cerradura de la puerta de atrás. La señora Turnbull ya se ha encargado de que la cambien, y nos ha dicho que ella misma se ocupará de limpiarlo todo antes de su regreso.

Kirsty asintió con la cabeza.

—Siempre ha sido muy buena con nosotros. Es una mujer muy competente.

—Eso parece. Por cierto, ¿dónde está su marido?

—Ha subido un momento a la habitación, justo antes de que usted llegara. Debe de estar a punto de bajar.

Apenas dijo esto, Kirsty echó un vistazo hacia el vestíbulo y dio un respingo.

—¡David! —gritó echando a correr. David Philips caminaba tambaleándose por el vestíbulo con un hilo de sangre corriéndole por la mejilla.

Bronson y Kirsty llegaron hasta él más o menos al mismo tiempo. Juntos lo agarraron por los brazos y lo acompañaron hasta una silla en el bar.

—¿Qué demonios ha ocurrido? ¿Te has caído? —preguntó Kirsty tocando la herida de su frente con los dedos.

—¡Ah! ¡Eso duele, Kirsty! —refunfuñó Philips apartando la mano de su esposa—. No. No me he caído. Estoy convencido de que alguien me ha golpeado.

—No creo que necesite puntos, pero la contusión tiene muy mal aspecto —dijo Bronson observando la herida con detenimiento. El barman apareció junto a él con un puñado de pañuelos de papel.

Bronson los cogió y le pidió que trajera un vaso de agua.

—Preferiría algo un poco más fuerte —musitó Philips.

—No es para beber —dijo Bronson.

—¡Y un brandy! —gritó Kirsty al hombre que se alejaba.

Cuando regresó, Philips dio un trago al brandy mientras Kirsty humedecía los pañuelos de papel en el agua y limpiaba con cuidado la sangre del rostro de su marido, incluyendo la de la herida.

—Es evidente que tienes una brecha —dijo ella echando un vistazo a la carne abierta—, pero el corte no es tan profundo como para que te den puntos. Esto debería bastar para detener la hemorragia —añadió doblando unos pocos pañuelos y colocándolos sobre la contusión—. Ahora, sujétalo con la mano y cuéntenos lo que ha pasado.

—Estaba en la habitación —comenzó Philips— cuando oí que llamaban a la puerta. Fui a abrir y, antes de que me diera cuenta, un tipo me golpeó en la cabeza. No dijo ni una palabra, simplemente me noqueó. Cuando recuperé el sentido ya no estaba y también había desaparecido nuestro portátil.

Kirsty miró a Bronson con una clara expresión de terror en su rostro.

—Van detrás de nuestros ordenadores, ¿verdad? —inquirió.

Bronson ignoró la pregunta.

—Acabo de enterarme de que han entrado a robar en su casa —explicó a David—. Los ladrones se llevaron su ordenador de mesa.

—¡Oh! ¡Maldita sea!

—¿Hace cuánto tiempo que los compraron? —preguntó Bronson.

—Unos tres años —dijo David Philips—. ¿Por qué?

—En ese caso podemos considerarlos antiguos —dijo Bronson con rotundidad volviéndose hacia Kirsty—. Un ordenador de tres años podría valer, como mucho, unas doscientas libras. Y eso significa que, quienquiera que llevara a cabo estos dos robos, no estaba interesado en los ordenadores, sino en el contenido de los discos duros, es decir, los correos que su madre mandó y las fotografías que hizo.

—Entonces, ¿sigue pensando que la muerte de mis suegros se debió a un simple accidente de tráfico? —preguntó David Philips.

—Definitivamente, no —respondió Bronson sacudiendo la cabeza—. Es más, tengo la sensación de que ahora ustedes se han convertido en el objetivo principal, y la única razón que se me ocurre son las fotos que su madre tomó en Rabat. No hay ninguna otra explicación posible. ¿Han resultado ya las cuestiones de la repatriación?

David Philips asintió.

—Bien. Entonces creo que deberían volver a casa cuanto antes —resolvió Bronson—. Y una vez allí, no quiero que bajen la guardia. En este momento tiene solo un dolor de cabeza; la próxima vez, puede que no tenga tanta suerte.

Bronson se puso en pie para marcharse y miró de nuevo al matrimonio.

—Tengo una última pregunta que hacerles. Si estoy en lo cierto y los ladrones

buscaban la información que tenían en el ordenador, es decir, las fotografías y demás, ¿guardaban copias en el otro?

—Sí —confirmó David Philips—. Los correos electrónicos estaban solo en el portátil de Kirsty, pero hice una copia de las fotografías y la puse en el ordenador de casa. En realidad, es una forma de curarse en salud. Siempre lo hacemos así, duplicamos regularmente los datos de los dos ordenadores. Lo que significa que, quienquiera que los robara, ahora tiene en su poder las fotografías de la pelea que presenciaron en el zoco y las de la tablilla que Margaret cogió. Y sin los ordenadores, nos hemos quedado sin pruebas.

Ángela entró en su apartamento y cerró la puerta tras ella. Iba cargada con dos bolsas de la compra y, tras dejarlas en la cocina, se dirigió a su dormitorio para cambiarse. Se puso un pantalón vaquero y una sudadera y volvió a la cocina a colocar la compra y a prepararse un café. Iba de camino al salón cuando oyó un ruido que provenía del exterior.

Ángela se detuvo unos segundos y se quedó mirando la puerta. No parecía que hubieran llamado, sino más bien como si alguien estuviera golpeando la puerta. Dejó la taza en la mesa de la entrada, se acercó y miró por la mirilla.

La imagen estaba distorsionada, pero pudo distinguir con claridad las figuras corpulentas de dos individuos. Uno de ellos acababa de sacar una palanqueta e intentaba introducirla entre la puerta y el marco, y el otro sujetaba un objeto que parecía una pistola.

—¡Dios mío! —masculló Ángela mientras daba unos pasos hacia atrás y sentía que se le aceleraba el pulso.

Con las manos temblorosas colocó la cadena de seguridad, aunque sabía que aquello no supondría un gran impedimento para los ladrones. Si habían traído una palanqueta, probablemente llevarían también una cizalla.

Olvidándose de la taza y de cualquier otra cosa, se precipitó hacia el dormitorio, agarrando su bolso de camino. Una vez allí, sacó una chaqueta gruesa de su armario, se puso un par de zapatillas de deporte y enganchó la bolsa del portátil. Luego comprobó que tenía el pasaporte, el móvil y el monedero en el bolso, metió también el cargador y quitó el pestillo de la puerta trasera que daba acceso a la salida de incendios.

Echó un vistazo a la parte inferior de las escaleras metálicas, para asegurarse de que no había nadie esperando, y cerró la puerta tras ella. Justo entonces oyó un crujido que provenía del interior del apartamento y, a continuación, un chasquido que probablemente significaba que habían cortado la cadena.

Sin dudarle ni un instante se precipitó por las escaleras lo más rápido que pudo echando un vistazo a la puerta de su piso cada pocos pasos. Se encontraba aproximadamente a mitad de camino cuando aparecieron dos figuras. Vio que la miraban directamente y uno de ellos comenzaba a bajar las escaleras mientras el impacto de la suela de sus zapatos hacía tambalear la escalera de metal.

—¡Dios mío! —exclamó de nuevo Ángela intentando ir más deprisa y saltando de un rellano a otro conforme se acercaba al suelo, a pesar de lo cual sentía que su perseguidor le estaba ganando terreno.

Una vez en tierra echó a correr, dobló la esquina del edificio y se dirigió a la calle principal donde esperaba con toda su alma encontrar un buen puñado de gente.

No obstante, cuando dobló la esquina del bloque de apartamentos, un hombre surgió de la parte delantera con los brazos abiertos, intentando cortarle el paso.

Durante un terrorífico instante sintió una mano que le agarraba la chaqueta, entonces giró sobre sí misma haciendo oscilar el maletín de su portátil con todas sus fuerzas. La pesada bolsa se estampó contra la cara del hombre y éste lanzó un gruñido de dolor y se tambaleó hacia atrás, a punto de caer sobre el césped mojado. Ángela aprovechó para echar a correr de nuevo, dejar atrás la puerta de la cerca de su casa y salir a la acera.

Había un número considerable de personas caminando por la calle, e inmediatamente divisó un taxi de color negro que bajaba por la calzada con la luz encendida. Ángela silbó, comenzó a agitar el brazo frenéticamente y miró hacia atrás. Los dos hombres seguían corriendo hacia ella y se encontraban tan solo a unos veinte metros.

El taxi frenó de golpe y se detuvo unos metros más adelante. Ángela recorrió a toda prisa la pequeña distancia que la separaba del vehículo, abrió la puerta de golpe y se arrojó en el asiento trasero.

En el mismo instante que cerró la puerta, el taxista, que había estado mirando por la ventanilla, arrancó el coche y se incorporó al tráfico justo en el momento en que se acercaba otro vehículo. El otro conductor, que tuvo que frenar de golpe para evitar una colisión, apretó con fuerza el claxon, dando claras muestra de su indignación.

Ángela miró atrás. Sus perseguidores se habían detenido en la acera y miraban hacia el taxi.

—¿Amigos suyos? —preguntó el taxista.

—¡Dios mío, no! —exclamó Ángela—. Y gracias. Gracias de todo corazón.

—No ha sido nada. Bueno, ¿adónde la llevo, preciosa?

—Al aeropuerto de Heathrow —respondió mientras sacaba el móvil de su bolso.

Se quedó un rato mirando por la ventana trasera al edificio de apartamentos mientras el taxi aceleraba por la carretera. A continuación marcó el 999. Cuando la operadora contestó, pidió que le pasaran con la policía y denunció que acababan de entrar a robar en su piso.

Aquella tarde Dexter cerró la tienda en Petworth y se encontró con un hombre en una cafetería a las afueras de Crowborough. Cuando ambos terminaron sus respectivas bebidas, el anticuario le pasó por encima de la mesa un sobre cerrado. Una vez en el aparcamiento del exterior, sacó una caja de cartón de la parte trasera de la furgoneta blanca del otro individuo y la metió en el maletero de su BMW. Luego se marchó.

De regreso a Petworth, llevó la caja a su almacén y sacó el ordenador. Lo colocó en el banco que había de un lado a otro de la habitación, enchufó los periféricos y lo encendió. Quince minutos después, gracias a que lo había conectado también a una de sus impresoras, se encontraba observando media docena de fotografías que mostraban una tablilla de color marrón grisáceo y forma rectangular recubierta por algún tipo de escritura. Las imágenes no eran especialmente nítidas, y el texto no se distinguía con la claridad que había esperado, pero la calidad era mucho mejor que la de la imagen borrosa publicada por el periódico.

No tenía ni la menor idea de lo que significaba el texto, ni siquiera sabía en qué lengua estaba escrito. A continuación las metió en un sobre de papel manila, cerró el almacén con llave y regresó a la tienda. En la oficina de la trastienda tenía un potente ordenador con un enorme disco duro que contenía imágenes y descripciones de todo lo que había comprado y vendido durante años a través de la tienda y, en un compartimento separado, protegido por una contraseña alfanumérica de seis caracteres, también todos los detalles de sus ventas «extraoficiales».

Minutos más tarde comenzó a comparar las fotografías que acababa de imprimir con las imágenes de la tablilla que había vendido a Charlie Hoxton dos años antes.

Poco después se recostó sobre el respaldo de la silla con expresión de satisfacción. Tenía razón. La tablilla formaba parte de un conjunto, lo que la convertía en un objeto de gran importancia.

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto? —preguntó Chris Bronson cuando reconoció la voz de Ángela.

—La tablilla de barro, casi con toda probabilidad, data del inicio del primer milenio y su valor es prácticamente nulo —explicó Ángela—. Pero esa no es la razón por la que te he llamado.

Bronson percibió en su voz que algo no iba bien.

—¿Qué pasa?

Ángela inspiró profundamente.

—Este mediodía, cuando volvía de comer, descubrí que alguien había estado husmeando en mi despacho.

—¿Estás segura?

—Completamente. No es que me lo encontrara todo revuelto, ni mucho menos, pero estoy segura de que habían movido algunos papeles y otras cosas que tenía sobre la mesa. Además, faltaban dos fotografías de las que me enviaste, la pantalla del ordenador estaba encendida y el salvapantallas se había puesto en marcha.

—¿Y qué significa eso?

—Se acciona después de cinco minutos de inactividad y permanece encendida durante quince minutos. Después, la imagen desaparece. Yo estuve fuera de la oficina algo más de una hora.

—Eso significa que alguien estuvo usando tu ordenador entre cinco y veinte minutos antes de que regresaras. ¿Qué tipo de cosas guardas en él? ¿Alguna información confidencial?

—No, que yo recuerde —respondió Ángela—. Pero el salvapantallas está protegido por una contraseña, así que, quienquiera que fuese, no tuvo acceso. —Seguidamente hizo una pausa y, cuando volvió a hablar, Bronson detectó la tensión en su voz—. Pero eso no es todo.

—¿Ha pasado algo más?

—Esta tarde tenía unas cuantas cosas que hacer, así que salí del museo poco después de la hora de la comida. Unos minutos después, cuando estaba en mi apartamento, oí un ruido al otro lado de la puerta. Cuando miré por la mirilla había dos hombres en el pasillo. Uno de ellos sujetaba una palanqueta o algo similar y el otro llevaba una pistola.

—¡Dios mío, Ángela! ¿Estás bien? ¿Llamaste a la policía? ¿Dónde estás ahora?

—Sí, la llamé. Supongo que, con un poco de suerte, a lo largo de esta semana mandarán un agente, pero yo no estaba dispuesta a quedarme allí a esperar a que aparezca. Salí corriendo por la puerta de atrás y bajé por la escalera de incendios. Ahora mismo me dirijo a Heathrow.

—¿Adónde vas? —inquirió Bronson.

—A Casablanca. Cuando llegue al aeropuerto te llamaré para darte los datos del vuelo. Por lo visto hace escala en París, así que llegaré bastante tarde. Vendrás a recogerme, ¿verdad?

—Por supuesto, pero ¿por qué...?

—Soy como tú, Chris. No creo en las coincidencias. Hay algo peligroso en esa tablilla, o tal vez en lo que está escrito en ella. Primero mi oficina, luego mi apartamento. Quiero quitarme de en medio hasta que averigüemos lo que está sucediendo. Y me sentiré mucho más segura contigo que aquí sola, en Londres.

—Gracias. —Por un momento Bronson se quedó sin palabras—. Llámame en cuanto sepas algo más del vuelo. Estaré esperándote en Casablanca. Sabes de sobra que siempre te estaré esperando.

Dos hombres vestidos completamente de negro estaban tumbados en la ladera de la colma, cerca de un macizo de arbustos, mirando con sendos binoculares compactos en dirección a la casa situada en el valle encontraba a sus pies.

Después de recibir la llamada de Dexter, Zebari había pasado un buen rato pegado al móvil haciendo algunas investigaciones. Las respuestas que había recibido le habían llevado hasta allí: la tablilla de barro había sido robada a un hombre acaudalado, y aquel era el lugar donde guardaba la mayor parte de su colección. La casa tenía dos plantas y una gran terraza en la parte posterior que daba al jardín y desde la cual se divisaban las colinas. En la parte delantera había una zona de aparcamiento pavimentada a la que se accedía a través de una gran puerta de acero de doble hoja.

La propiedad estaba rodeada por altos muros que, en opinión de Zebari debían de medir unos tres metros de altura, pero eso no necesariamente debía suponer un obstáculo. Los muros, por muy sólidos que fueran siempre se podían escalar. Le preocupaban mucho más las alarmas electrónicas, y además estaban los perros, un incordio más del que tendría que ocuparse. Desde donde se encontraba se veían dos grandes animales de color negro, probablemente dóbermans o alguna raza similar, merodeando incansablemente por todo el complejo y mirando una y otra vez hacia la carretera a través de las puertas cerradas de metal. No obstante, con sendos trozos de carne cruda aderezados con un cóctel de barbitúricos y tranquilizante muy pronto estarían echándose un buen sueñecito.

Zebari miró a su alrededor y observó los raquíticos arbustos y matas que cubrían la cima y las laderas de la arenosa colina que había elegido como posición estratégica. Se encontraban más o menos a medio kilómetro de la casa, lejos de la mirada de los posibles vigilantes, y estaba prácticamente seguro de que nadie les había visto.

Seguidamente echó un vistazo en dirección oeste y vio que el sol se sumergía en el horizonte con un derroche de tonos rosas, azules y morados. Las puestas de sol de Marruecos eran espectaculares, sobre todo en las zonas cercanas a la costa atlántica, donde la combinación del aire limpio y puro con la suave curva del océano creaba un despliegue caleidoscópico que nunca dejaba de conmoverle.

—Cuando tú me digas —dijo su compañero casi en un susurro, a pesar de que no existía posibilidad alguna de que alguien pudiera oírlos.

—Esperaremos una hora más —murmuró Zebari—. Antes de actuar, necesitamos saber cuánta gente hay en la casa.

Unos minutos más tarde empezó a oscurecer y el cielo se tiñó de un color morado tirando a negro, para después pasar al negro intenso, y por encima de sus cabezas, la

vasta e inmutable bóveda celeste, tachonada con la brillante luz de millones de estrellas, comenzó a revelarse lentamente.

Apenas un instante después de poner un pie en el vestíbulo de llegadas del aeropuerto Mohamed V de Casablanca, Ángela Lewis miró a su alrededor y divisó a Bronson. Era unos cinco centímetros más alto que la mayoría de los lugareños que pululaban por allí, pero lo que realmente le hacía destacar entre todos ellos era su forma de vestir evidentemente occidental (pantalones informales grises, una camisa blanca y una chaqueta color claro), además de una tez relativamente pálida bajo su alborotada mata de pelo negro. A todo eso, había que sumarle su innegable atractivo, que siempre hacía que Ángela sintiera un escalofrío de placer.

Nada más verlo, una repentina sensación de alivio invadió todo su cuerpo. Sabía que estaría allí porque se lo había dicho, y su ex marido era cualquier cosa menos desleal, pero hasta aquel momento, en lo más profundo, había albergado una ligera duda. Su principal miedo era que le hubiera sucedido algo y encontrarse sola en Casablanca sin saber a quién recurrir, una posibilidad que le había estado atormentando todo el viaje.

Con una sonrisa de oreja a oreja comenzó a abrirse paso entre la gente. Bronson la vio acercarse y la saludó con la mano. Segundos después se situó frente a ella y sus fuertes brazos agarraron su cuerpo y lo atrajeron hacia el suyo sin que ella ofreciera la más mínima resistencia. Durante un rato permanecieron abrazados, luego ella dio un paso atrás.

—¿Qué tal el vuelo? —le preguntó cogiendo su maleta y la bolsa del portátil.

—Bastante normalito —respondió Ángela, intentando disimular la enorme satisfacción que le producía volver a verle—. Para variar, los asientos eran demasiado estrechos, y la comida de a bordo, un asco. Estoy muerta de hambre.

—Eso tiene fácil arreglo. Tengo el coche fuera.

Veinte minutos más tarde, ambos se encontraban sentados en un restaurante a las afueras de Casablanca, observando que el camarero disponía un enorme plato de tajín de cordero sobre su mesa.

El local estaba a la mitad de su capacidad, pero Bronson rechazó categóricamente la oferta de sentarse junto a una de las ventanas o cerca de la puerta. En vez de eso, insistió en instalarse en una mesa al fondo, junto a un grueso muro. A pesar de que Ángela hubiera preferido tomar asiento en un lugar donde poder ver al resto de los comensales (siempre le había gustado observar a la gente), Bronson decidió ocupar la silla que le proporcionaba una clara visión de la puerta para controlar a todo el que entraba.

—Te preocupa mucho todo este asunto, ¿verdad? —preguntó ella.

—¡Maldita sea! ¡Y tanto que me preocupa! No me gusta un pelo lo que ha pasado, ya sea en Marruecos o en Londres —respondió Bronson—. Hay algo muy

feo en todo esto y las personas implicadas han demostrado ser unos auténticos desalmados, de manera que estoy tomando todas las precauciones posibles. No creo que nos hayan seguido hasta aquí, pero prefiero no correr riesgos. Y ahora, cuéntame lo que sucedió en tu apartamento.

—Un segundo. —El móvil de Ángela había comenzado a sonar en el interior de su bolso y ella lo pescó rápidamente y contestó a la llamada.

—Gracias —dijo después de un rato—. En realidad ya lo sabía. ¿Sabes si se ha presentado la policía? La llamé cuando salía del apartamento.

A continuación hizo otra pausa para escuchar las explicaciones de la persona que se encontraba al otro lado del teléfono.

—Bien. Gracias de nuevo, May. Escucha, estaré fuera del país unos días. ¿Me harías el favor de llamar a un cerrajero? Cuando vuelva, hacemos cuentas.

Ángela cerró el móvil y miró a Bronson.

—Era mi vecina del apartamento de Ealing —explicó—. Nada que ya no supiera, excepto que la policía sí que se presentó. No estaba segura de que fueran a molestar. Por lo visto me han destrozado el piso. Por extraño que parezca, creen que no se llevaron gran cosa, si es que se llevaron algo. May dice que la televisión y el equipo de música siguen en su sitio, pero han vaciado todos los cajones y armarios.

—Eso me suena —dijo Bronson—. Entonces, ¿escapaste por la salida de incendios?

Ángela tragó saliva y cuando volvió a hablar su voz sonaba algo trémula.

—Así es. Solo tuve tiempo de agarrar el bolso y el portátil y salir pitando. Uno de los tipos... —Se detuvo, bebió un trago de agua—. Uno de ellos salió corriendo detrás de mí. El otro debió de bajar por la escalera interior, porque cuando corrí hacia la parte delantera descubrí que me estaba esperando.

—¡Dios mío, Ángela! Debió de ser terrible. —Bronson estiró las manos, cogió las suyas y las apretó con delicadeza—. ¿Cómo conseguiste escapar?

—Le pegué con la bolsa del portátil. Logré golpearle en un lado de la cabeza y eso me dio tiempo para llegar hasta la calle. En ese momento pasaba un taxi, salí disparada hacia él y salté dentro. Por suerte, el conductor había visto lo que estaba pasando y arrancó antes de que los dos tipos pudieran alcanzarme.

—A Dios gracias existen los taxistas de Londres.

Ángela asintió con entusiasmo.

—Si no hubiera sido por él, me habrían cogido. La calle estaba llena de gente, Chris. Había un montón de peatones, pero a esos tipos no les importó. Estaba muerta de miedo.

—Bueno, aquí estarás a salvo —la tranquilizó él—. O, al menos, eso espero.

Ángela asintió de nuevo y se recostó en su asiento. Explicar lo que había sucedido había tenido un efecto catártico y ella misma sentía que empezaba a recobrar la

calma.

—La buena noticia es que mi portátil parece haber sobrevivido al impacto. Además, aproveché el rato que pasé en Heathrow para hacer algunas compras terapéuticas. Es por eso que llevo una maleta nueva y todo lo demás.

—No me había dado cuenta —admitió Bronson.

—Lo sé —dijo Ángela—. Al fin y al cabo, eres un hombre.

—Haré como que no he oído nada —dijo Bronson esbozando una sonrisa burlona—. Espero que sepas que me alegro mucho de que estés aquí.

—Bueno, antes de empezar —dijo Ángela poniéndose seria de repente—, necesitamos establecer unas normas básicas. Me refiero entre tú y yo. Tú estás aquí porque intentas averiguar lo que les sucedió a los O'Connor, y yo porque estaba asustada por lo que sucedió en Londres.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Estos últimos meses nuestra relación ha ido a mejor, pero aún no estoy preparada para dar el siguiente paso. No tengo ninguna gana de volver a sufrir, así que dormiremos en habitaciones separadas, ¿de acuerdo?

Bronson asintió, aunque su decepción era más que evidente.

—Como quieras —masculló—. En realidad ya te había reservado una habitación aparte.

Ángela se inclinó hacia delante y le cogió la mano.

—Gracias —dijo—. Quiero que hagamos las cosas bien.

Bronson asintió, pero su rostro seguía mostrando preocupación.

—Hay una cosa que quiero que entiendas, Ángela. El hecho de estar en Marruecos no quiere decir que estemos más seguros —dijo. A continuación le explicó lo que había sucedido en el hotel de los Philips y añadió—: Ya te conté lo de la banda de matones que me persiguió. Me he cambiado de hotel por si se las hubieran arreglado para averiguar dónde me alojaba, pero tenemos que intentar pasar lo más desapercibidos posible.

—Me lo imaginaba —respondió Ángela con una sonrisa—. Por cierto, ¿cómo está David Philips?

—Bien. Ni siquiera necesitó que le dieran puntos. Tiene una fuerte contusión en la frente e imagino que tendrá un dolor de cabeza de los que hacen historia. El que lo atacó debió de usar una porra o algún objeto similar.

—¿Y no crees que pudiera tratarse de un simple ladrón interesado en robar su portátil?

—No. Revisé la habitación y, aunque era evidente que lo habían revuelto todo, solo faltaba el portátil. El ladrón ignoró los pasaportes, que estaban encima del escritorio, y ni siquiera tocó el dinero o las tarjetas de crédito que David Philips llevaba en el bolsillo. En realidad, el robo fue casi idéntico al de su casa de Kent. En

ambos casos parece como si el ladrón solo estuviera interesado en sus ordenadores.

—¿Y eso qué significa?

—Los ordenadores no tenían ningún valor por sí mismos, así que los ladrones debían de estar interesados en el contenido de los discos duros, es decir, en las fotografías de la tablilla. ¿Crees que puedes fiarte del tipo del museo Británico? Lo digo porque, independientemente de lo que piense del pedazo de arcilla chamuscado, hay alguien, aparentemente con conexiones internacionales, que lo considera lo suficientemente valioso como para montar varios robos simultáneos en dos países diferentes y noquear a David Philips cuando se interpuso en su camino.

Ángela no parecía del todo convencida.

—Le pedí a Tony Baverstock que le echara un vistazo a las fotos y es uno de nuestros mejores especialistas en lenguas arcaicas. No estarás insinuando que tiene algo que ver en todo esto, ¿verdad?

—¿Quién más sabía de la existencia de la tablilla de barro? Me refiero a la gente del museo.

—Ya entiendo adonde quieres llegar. Nadie.

—Entonces, nuestro sospechoso número uno debe de ser Baverstock. Lo que significa que igualmente podría estar involucrado en el asalto a tu casa. Es más, también es posible que todo lo que te dijo sobre la tablilla tuviera como objetivo despistarte. Por cierto, ¿qué te dijo?

Ángela se encogió de hombros.

—Cree que la tablilla tenía una finalidad didáctica, algo así como un libro de texto, e insistió en que carecía de valor.

Bronson sacudió la cabeza.

—Pues algún valor debe de tener, porque sigo pensando que los O'Connor murieron porque alguien intentaba recuperarla.

—Pero Margaret también hizo fotos de una pelea en el zoco. ¿No crees que tal vez los asesinos quisieran silenciarla por esa razón y que robaran la cámara para eliminar las pruebas?

—No lo descarto, pero esa sería solo una parte de la explicación. Demostraría por qué la cámara y el USB no se encontraron entre los restos del accidente —reconoció Bronson—, pero, a menos que Margaret O'Connor se deshiciera de la tablilla antes de dejar Rabat, alguien tuvo que cogerla.

—¿Y no puede ser que se limitara a tirarla?

—No. Kirsty me dijo que su madre tenía intención de regresar al zoco al día siguiente para devolvérsela al marroquí que la había perdido y que, si no lo encontraba, se la llevaría a casa como recuerdo del viaje. Lo escribió todo en un correo electrónico que le mandó la noche antes de que dejaran el hotel. Sin embargo, por aquel entonces, el cuerpo del tipo estaba tirado en el suelo de la medina con una

herida de arma blanca en el pecho. Kirsty recibió un último mensaje de su madre a la mañana siguiente diciendo que había visto el cadáver, y Talabani me confirmó que era uno de los hombres que Margaret O'Connor fotografió.

—Entonces, ¿no le dijo a nadie lo que pensaba hacer con la tablilla?

—No. Su último mensaje fue muy breve. Probablemente lo envió mientras su marido pagaba la cuenta del hotel o sacaba el coche. —Bronson hizo una pausa y se inclinó hacia delante—. Ahora hablemos de la tablilla. ¿Qué has averiguado?

—Como ya te dije por teléfono, el texto está escrito en arameo, pero Baverstock me dijo que solo había conseguido traducir una línea. Creo que, al menos en eso, estaba siendo sincero, porque sabe que yo tengo ciertas nociones de arameo. Si hubiera intentado engañarme, lo habría descubierto con solo comparar su traducción con el original.

—¿Y lo hiciste?

—Sí. Estuve estudiando un par de líneas de la fotografía y llegué a la misma conclusión.

—De acuerdo —admitió Bronson a regañadientes—. De momento, daremos por hecho que su traducción es fiel al original. Cuéntame lo que dijo.

—En esa única línea del texto, las palabras están claras, pero no tienen sentido. Te he escrito en un papel la traducción de esa línea y otro par de palabras más.

—¿Y la tablilla tiene algo de especial? Quiero decir, ¿algo por lo que merezca la pena robar o incluso matar?

—Nada. Baverstock descubrió la mitad de una palabra que podría referirse a la comunidad de los esenios en Qumrán, pero ni siquiera eso es concluyente.

—¿Qumrán? ¿No es el sitio donde encontraron los manuscritos del mar Muerto?

—Sí, pero ese dato, probablemente, es irrelevante. Según Baverstock la tablilla no sería originaria de Qumrán, sino que simplemente haría mención al lugar. Lo que resulta interesante es que una de las otras pocas palabras que tradujo era «codo».

—¿Y qué sería un codo? —preguntó Bronson.

—Era una unidad de medida equivalente al antebrazo de un hombre, de manera que era bastante variable. Se conocen al menos doce medidas diferentes, que van desde el codo romano de unos dieciocho centímetros hasta el codo árabe de Ornar, el más largo de todos ellos, que alcanzaba casi sesenta y cuatro centímetros. No obstante, la aparición de esta palabra apunta a que la tablilla esté escrita en algún tipo de código y podría estar indicando la ubicación de algo que está escondido. Tal vez ahí radica su importancia.

—Es evidente que no queda otra alternativa —dijo Bronson—. Si la traducción de Baverstock es fiable, la inscripción tiene que estar codificada de alguna manera. No existe ninguna otra posibilidad.

—Estoy de acuerdo contigo. Mira. —Ángela abrió el bolso y buscó algo en su

interior—. Aquí tienes la traducción del arameo.

Bronson agarró la hoja tamaño folio que ella le ofrecía y echó un rápido vistazo a la lista de media docena de palabras.

—Ya veo a qué te refieres —dijo observando el texto con mayor detenimiento—. ¿Comentó Baverstock la posibilidad de que se tratara de un texto codificado?

—No, pero su especialidad son las lenguas arcaicas, no los códigos. Eso es algo que yo sí domino. La buena noticia es que nos encontramos ante un objeto de unos dos milenios de antigüedad. Y eso supone una ventaja porque, aunque existen muy pocos ejemplos conocidos de códigos secretos o claves que daten de esa época, los que sí conocemos son extremadamente sencillos. Probablemente el más famoso sea el código secreto de César, que supuestamente utilizaba Julio César en el siglo I antes de Cristo para comunicarse con sus generales. Se trata de un código monoalfabético de sustitución bastante elemental.

Bronson resopló. Sabía que Ángela había estudiado algo de criptología como parte de un proyecto del museo.

—No te olvides de que soy un simple poli. Eres tú la que tiene el cerebro.

Ángela soltó una carcajada.

—¿Por qué será que no acabo de creer lo que me dices? —A continuación inspiró profundamente y continuó—: Cuando usas el código César escribes el texto lisa y llanamente, aplicas el desplazamiento que tú quieras al alfabeto y luego transcribes el mensaje.

El rostro de Bronson seguía mostrando la misma expresión de perplejidad, así que Ángela apartó a un lado el plato vacío y sacó de su bolso un trozo de papel y un bolígrafo.

—Te pondré un ejemplo. Imagina que tu mensaje es «Avanzad» —dijo escribiendo la palabra en mayúsculas—, y que decides aplicar un desplazamiento de tres a la derecha. Para ello escribes el alfabeto y, a continuación, lo reescribes debajo pero desplazando cada letra tres espacios en esa dirección, lo que se denomina rotación derecha con clave de tres. De este modo la «A» se encontraría justo encima de la «D», la «B» sobre la «E», etcétera. En este caso el mensaje cifrado «Avanzad» se leería DYDQCDG. El problema más evidente de este método es que cada vez que aparece una determinada letra en el texto normal, se repite la misma letra cifrada en el texto codificado. Así, en este ejemplo, que contiene solo una palabra, la letra «D» se repite tres veces, y a cualquiera que intente descifrar el mensaje, le basta utilizar un análisis de frecuencia para conseguirlo.

Ángela miró expectante a Bronson, que sacudió la cabeza.

—Lo siento, eso también tendrás que explicármelo.

—De acuerdo —dijo Ángela—. El análisis de frecuencia es el método más sencillo para romper criptogramas básicos. Las doce letras más comunes en inglés

son, por este orden: E, T, A, O, I, N, S, H, R, D, L y U. Para recordarlas yo suelo dividir las en dos palabras: ETAOIN SHRDLU. Además, es muy probable que ya conozcas el ejemplo más famoso del cifrado César.

—¿Ah, sí? —Bronson, desconcertado, sacudió la cabeza—. Tendrás que ayudarme.

—2001 —dijo Ángela recostándose en su silla—. *2001: Una odisea en el espacio*. La película de ciencia ficción —añadió.

Bronson frunció el entrecejo y luego su rostro se iluminó.

—¡Ah, sí! —dijo—. El director no quería usar el acrónimo IBM para llamar al ordenador de la nave, así que se le ocurrió llamarlo HAL que, si te he entendido correctamente, está usando el cifrado César con una rotación a la derecha con clave de uno.

—Exacto. Existe otro ejemplo algo estrambótico —dijo Ángela—. Si le aplicas una rotación a la izquierda de diez a la palabra francesa «oui» se convierte automáticamente en «yes».

—¿Y crees que es posible que hayan utilizado algo parecido en este caso?

—No —respondió Ángela con rotundidad—. Por una sencilla razón: las palabras en arameo son perfectamente legibles. Una de las carencias más evidentes del cifrado de César es que todas las palabras del texto se convierten en una amalgama de letras, lo que evidencia claramente que el texto está codificado. Sin duda, este no es el caso.

—¿Qué me dices de algún otro tipo de código? —preguntó Bronson.

—Con todos ellos nos encontramos con el mismo problema. Siempre que se codifican palabras individuales, estas dejan de parecer reconocibles y acaban por convertirse en una mera colección de letras. Las palabras de esta tablilla —dijo Ángela golpeando ligeramente el papel que estaba delante de Bronson— están en arameo y sin codificar. Pero eso no significa que el texto no oculte algún tipo de mensaje secreto.

—Tendrás que explicármelo un poco mejor —dijo él—. Pero espera a que estemos de vuelta en la carretera.

—Aguarda aquí un momento —dijo Bronson al llegar a la puerta del restaurante—. Quiero asegurarme de que no haya nadie esperándonos. Cuando acabe, traeré el coche.

Ángela lo observó mientras caminaba por entre los coches aparcados y examinaba el interior de todos ellos. Cuando finalmente detuvo el coche de alquiler delante del restaurante, cruzó la puerta y subió al vehículo.

—Entonces, si las palabras no están codificadas, ¿cómo es posible que el texto esconda un mensaje? —preguntó Bronson mientras salían a la carretera principal.

—En vez de la sustitución alfabética, se puede usar la sustitución de palabras. El truco consiste en elegir unas palabras concretas que signifiquen algo completamente

diferente. Los grupos terroristas islámicos llevan mucho tiempo haciéndolo. En vez de decir algo como «Colocaremos la bomba esta tarde a las tres», dicen «Entregaremos la fruta esta tarde a las tres».

—De este modo la frase sigue teniendo sentido, pero el significado aparente es completamente diferente del real —dijo Bronson.

—Exacto. Poco antes del atentado contra el World Trade Center, el jefe de los terroristas, Mohamed Atta, se puso en contacto con su supervisor y le envió un mensaje que no tenía ningún sentido para las fuerzas de seguridad estadounidenses de la época. Usó una frase con una locución que más o menos decía: «Un pastel con un rabo hacia abajo y dos bastones». Usando un poco la imaginación te das cuenta de que, en realidad, haría referencia a los números nueve y once, y que le estaba revelando a su contacto en Al Qaeda la fecha exacta en que se llevarían a cabo los atentados contra Estados Unidos.

—¿Y en esta tablilla?

Ángela sacudió la cabeza en la oscuridad del coche, mientras los faros formaban un túnel de luz que se adentraba en la carretera, prácticamente desierta, que se extendía ante ellos.

—No creo. Solo porque las frases no tengan sentido, no significa que el texto incorpore algo parecido.

Seguidamente hizo una pausa y miró por la ventana lateral hacia el despejado cielo nocturno. Se encontraban ya a varios kilómetros de Casablanca y, lejos de la contaminación lumínica de la ciudad, las estrellas parecían más brillantes y cercanas, e incluso mucho más numerosas, de lo que jamás había visto. En ese momento volvió a mirar a Bronson y vislumbró su marcado perfil iluminado por la débil luz verde jade que emitía el panel de control.

—Pero existe una posibilidad que todavía no hemos considerado.

Izzat Zebari esperó hasta la una de la madrugada, cuando las luces de la casa llevaban ya más de una hora apagadas, para dirigirse hasta las puertas de doble chapa de acero y lanzar por los aires dos grandes filetes de carne cruda en el interior del complejo. Mientras volvía atrás y se camuflaba en la oscuridad, oyó un ligero gruñido y el rápido correteo de las pezuñas de los dos perros de guardia que salían de sus casetas para investigar la intrusión.

—¿Cuánto tiempo tardará en hacer efecto? —preguntó Hammad cuando Zebari se deslizó al interior del coche que había aparcado en una desierta calle lateral, a unos cien metros de allí.

A Hammad le correspondía ocuparse de todas las alarmas antirrobo u otros dispositivos electrónicos que encontraran en la propiedad. En el suelo, junto a él, había un pequeño maletín de tela en el que guardaba las herramientas adecuadas y demás equipamiento. Zebari lo sabía porque Hammad había abierto y controlado el contenido al menos seis veces desde que habían vuelto al coche. Habían descendido la colina con precaución justo antes de que oscureciera por completo, y desde entonces esperaban pacientemente en el interior del vehículo.

—Una media hora —respondió Zebari—. Basta esperar a que las drogas hagan su trabajo. Mi amigo, el químico, calculó la dosis con mucho esmero.

Zebari aguardó otros cuarenta y cinco minutos antes de dar la orden para ponerse en marcha. Bajaron del coche, cerraron las puertas con el máximo cuidado, intentando no hacer ruido, y abrieron el maletero para sacar el resto del equipamiento. El objeto más grande era una escalera plegable lo suficientemente alta para alcanzar la parte superior del muro que bordeaba la propiedad.

Minutos más tarde se agazaparon junto a la tapia y, gracias a sus ropas completamente negras, eran prácticamente invisibles en la oscuridad. Rápidamente Hammad y Zebari montaron la escalera encajando las diferentes partes, para después apoyar la base en el suelo. El extremo superior estaba acolchado con piezas de tela y no hizo ningún ruido cuando Zebari la apoyó contra la parte más alta del muro.

—De acuerdo, sube —ordenó Zebari en un susurro.

Hammad trepó silenciosamente casi hasta el último escalón y examinó el muro con detenimiento, apuntando hacia ambos lados con un bolígrafo luminoso cuyo haz de luz apenas era visible. A continuación, sacó un pulverizador de su maletín de tela, apretó la boquilla, y la dirigió hacia la zona superior del muro, justo donde tendrían que superarlo. Seguidamente, descendió de nuevo.

—No he visto ningún cable o almohadillas de compresión, ni tampoco sensores infrarrojos o láser —informó.

—Genial —susurró Zebari—. Probablemente confían ciegamente en los perros.

¡Vamos!

Los dos hombres treparon por la escalera, se encaramaron al borde del muro y se sentaron a horcajadas. Luego Hammad alzó la escalera y la bajó hasta el suelo del interior del jardín.

Tras descender rápidamente, Zebari se acercó con sigilo hasta la parte delantera de la casa para comprobar que los dos perros dormían a pierna suelta. Luego, ambos corrieron hasta la parte trasera de la vivienda.

En el centro del muro posterior había una antigua puerta de madera bastante sólida, decorada con un diseño aleatorio donde destacaban las tachuelas de acero, equipada con un enorme cerrojo antiguo.

Zebari lo señaló con el dedo, pero Hammad sacudió la cabeza con decisión.

—Seguramente está protegida con una alarma —dijo, y dirigió su atención a las ventanas situadas a ambos lados. Como en la mayoría de las casas marroquíes, estas eran cuadradas y de un tamaño bastante reducido, para proteger a los habitantes del intenso calor del sol. Hammad se puso de puntillas y, con la ayuda de su bolígrafo luminoso, inspeccionó cuidadosamente el marco en busca de cables o contactos que pudieran estar conectados a un sistema antirrobo.

—Ahí lo tienes —susurró—. Un simple contacto que se acciona cuando abres la ventana, pero no hay ningún sensor en el cristal. Entraré por ahí y así podré abrir la puerta desde el interior.

Tras retomar su posición inicial, sacó un rollo de cinta adhesiva y pegó varias tiras en el centro del panel, dejando un trozo no muy largo al que poder agarrarse. Luego pasó un cortador con punta de diamante por todo el borde del cristal, lo más cerca posible del marco, y golpeó con el puño en el extremo del panel. Con un crujido, todo el panel de vidrio se desplazó hacia dentro y Hammad pudo separarlo del marco. No sonó ninguna alarma.

A continuación apoyó el cristal contra el muro a una distancia prudencial y luego, con la ayuda de Zebari, se encaramó y se introdujo en la propiedad. Zebari le pasó la bolsa de tela con las herramientas y esperó.

No habían pasado ni tres minutos cuando Hammad, una vez desactivada la alarma, entreabrió la puerta trasera justo lo necesario para que Zebari se deslizara hacia el interior.

Este dirigió la expedición por el corto pasillo, mientras Hammad controlaba todas las puertas con detenimiento, en busca de cables o alguna otra señal que indicara la existencia de un sistema de alarma. Seguidamente las abría y revisaba las habitaciones con ayuda de una linterna. La tercera puerta que abrió daba a una gran sala cuyas cuatro paredes estaban cubiertas de vitrinas. Parecía la sala de exposiciones de algún museo.

—Déjame ver de nuevo la fotografía —susurró apuntando con la linterna a la

hilera de vitrinas de madera, cuyos cristales delanteros reflejaban la luz por toda la estancia.

Zebari sacó un folio con una imagen impresa a color de su bolsillo, lo desdobló y se lo pasó a su compañero. Dexter se la había mandado por correo electrónico la noche anterior.

Durante unos segundos Hammad contempló la imagen del papel, luego hizo un gesto con la cabeza y se acercó a la primera vitrina empezando por su derecha. Zebari, por su parte, se dirigió a la izquierda y empezó a buscar por el otro lado.

Cuatro minutos después ambos tuvieron claro que la tablilla no estaba expuesta en ninguna de las vitrinas de la sala.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Hammad.

—Seguir buscando —dijo Zebari saliendo de la habitación en dirección al pasillo.

Al final de este había una puerta de doble hoja. Zebari la abrió y entró en la habitación.

—Ahí —dijo con una exhalación, señalando.

Resultaba evidente que la sala se utilizaba para la celebración de reuniones o acontecimientos sociales. Había unos veinte cojines de grandes dimensiones esparcidos por todo el suelo, sobre los cuales los invitados podían sentarse cómodamente con las piernas cruzadas, al estilo árabe. Las paredes blancas estaban decoradas con diversas alfombras y tapices cuya antigüedad y valor era más que evidente. Pero lo que había llamado la atención de Zebari era un único expositor en forma de caja rematado por una cubierta de cristal y situado en un extremo de la larga sala.

Los dos hombres la cruzaron a toda prisa y miraron hacia abajo. En el interior había un pedestal de plástico y, junto a él, una tarjeta con la fotografía a color de un pequeño objeto grisáceo de forma rectangular y un texto escrito en árabe.

—Ni rastro de la tablilla —susurró Hammad.

Zebari sacó de nuevo el folio y lo sostuvo por encima del expositor apuntando con la linterna alternativamente a la fotografía del papel y a la de la tarjeta que tenían delante.

—No, pero cogeré la tarjeta de todos modos. ¿Ves alguna alarma? —preguntó.

Hammad examinó con detenimiento la parte trasera y los laterales del expositor.

—No, solo veo el cable de luz —dijo señalando un corto tubo fluorescente montado en la parte posterior de la caja. A continuación dirigió su atención hacia el cierre que aseguraba la tapa de cristal—. Aquí tampoco hay nada —dijo.

—Bien —susurró Zebari. Seguidamente se inclinó hacia delante, soltó el cierre y levantó la tapa. Luego hizo un gesto a Hammad para que la sujetara y se dispuso a meter la mano.

—¡Espera! —susurró con urgencia mirando a la parte trasera de la vitrina que la

tapa alzada había dejado al descubierto—. Creo que eso es un sensor de infrarrojos.

Pero era demasiado tarde. Antes de que quisieran darse cuenta, las luces de seguridad comenzaron a encenderse y apagarse fuera de la propiedad, se activaron la mayor parte de las luces de la casa y una sirena comenzó a aullar.

—¡A la puerta de atrás! —ordenó Zebari agarrando la tarjeta y metiéndosela en el bolsillo—. ¡Corre!

Recorrieron a toda velocidad el pasillo, abrieron la puerta trasera de un empujón y se precipitaron hacia la escalera que estaba apoyada contra el muro que rodeaba la finca. Zebari llegó primero, Hammad iba justo detrás de él.

Una vez alcanzaron la parte superior del muro, Zebari se agarró con ambas manos a la rugosa piedra, se descolgó todo lo que pudo hacia el exterior y se dejó caer. Al tocar el suelo dobló las rodillas de forma inconsciente, absorbiendo con sus piernas el impacto. Aun así, perdió el equilibrio hacia una lado y rodó una vez, luego se puso en pie ileso.

Justo en ese momento ovó una ráfaga de disparos que provenía del otro lado del muro.

Desde su precaria posición, cercana a la parte superior de la escalera, Hammad se giró y miró hacia el terreno de la propiedad. Habían aparecido tres hombres, dos provenientes de la parte delantera de la casa y uno de la posterior, y todos ellos disparaban hacia él con pistolas.

Sus posibilidades eran nulas. Debido a que su negra silueta contrastaba con la pintura blanca del muro, Hammad fue alcanzado casi de inmediato. Cayó hacia un lado, soltando un alarido de dolor cuando impactó contra el suelo.

Mientras, en el exterior de la finca, Zebari corría como alma que lleva el diablo buscando refugio en el coche. Mientras lo hacía, oyó nuevos disparos que retumbaban a sus espaldas cuando uno de sus perseguidores alcanzó la parte superior de la escalera y empezó a disparar.

—Te has vuelto a equivocar —gruñó el hombre alto con el rostro paralizado.

Seguidamente dio un paso hacia delante y propinó un severo revés al hombre herido, que estaba sentado justo delante de él, con los brazos y las piernas atados a la silla y la cabeza reposando sobre su pecho.

Amer Hammad estaba a punto de morir y lo sabía. No estaba seguro de si el hombre alto finalmente perdería la paciencia y le volaría la tapa de los sesos, o si moriría antes desangrado por la hemorragia.

Cuando los tres guardas le habían llevado a rastras de vuelta a la casa, lo primero que hicieron fue llamar a su jefe. A continuación le amarraron las muñecas y le colocaron una rudimentaria venda alrededor la fea herida que tenía en el muslo izquierdo, la que le había producido la bala cuando atravesó el músculo, abriendo un profundo orificio. Aquello había reducido la hemorragia, pero no había conseguido detenerla, y Hammad podía ver un charco de sangre que se extendía en el suelo bajo sus pies.

El interrogatorio estaba teniendo lugar en una pequeña estancia de forma cuadrada situada en una esquina del complejo. Las oscuras manchas repartidas por el agrietado suelo de cemento evidenciaban que aquel cuchitril había sido utilizado anteriormente para propósitos similares.

—Te lo preguntaré una vez más —le espetó el hombre alto—. ¿Con quién estabas y qué buscabais?

Lo miró fijamente durante un largo instante y luego agarró un palo de madera que estaba en el suelo. Uno de los extremos terminaba en una punta afilada. El cautivo lo miró aterrorizado a través de sus ojos entreabiertos, magullados y cubiertos de sangre.

El hombre alto colocó la punta de la estaca con cuidado sobre la venda ensangrentada que rodeaba el muslo de Hammad y sonrió. La mitad derecha de su rostro permaneció inmutable.

—Probablemente piensas que ya te he hecho bastante daño, amigo mío, pero la verdad es que acabo de empezar. Antes de que termine contigo estarás suplicando que acabemos con tu vida.

Conforme hablaba aumentaba la presión que ejercía con el trozo de madera, retorciendo e introduciendo el extremo puntiagudo en la venda y en la herida abierta.

La sangre comenzó a brotar y Hammad soltó un alarido mientras el insoportable dolor daba una nueva dimensión a su agonía.

—¡Para! ¡Para! —gritó mientras su voz se transformó de un gimoteo en un aullido—. ¡Para, por favor! Te diré todo lo que quieras saber.

—Sé muy bien que lo harás —dijo el hombre alto presionando aún más.

La cabeza de Hammad salió disparada hacia atrás cuando un torrente de dolor le inundó los sentidos y después cayó hacia delante, inconsciente.

—Ponedle otra venda en la pierna —ordenó el hombre alto—. Después lo despertaremos.

Diez minutos más tarde, un cubo de agua fría y un par de bofetadas hicieron que Hammad recobrará el conocimiento. El hombre alto se sentó en una silla frente a él y clavó bruscamente la astilla de madera en el estómago del cautivo.

—Bien —dijo—. Empieza desde el principio y no te dejes nada.

—¿Sabes si este hotel tiene wifi? —preguntó Ángela empujando su taza de café hacia Bronson y haciéndole un gesto para que la rellenara.

Estaban sentados ante una pequeña mesa en la habitación de Bronson, en un hotel a las afueras de Rabat. A él le seguía preocupando que les viera la gente equivocada y desayunar en la habitación le había parecido más seguro que bajar al comedor. Ángela todavía llevaba puesto el camisón bajo una gran bata blanca que había encontrado en la habitación contigua. Era un gesto de intimidad que Bronson apreció (demostraba que se sentía cómoda en su compañía), pero se sentía frustrado porque ella había insistido en dormir en la habitación de al lado.

Bronson suspiró.

—¿Quieres consultar algo?

—Sí. Si estoy en lo cierto sobre las palabras de la tablilla y forma parte de un conjunto, debe de haber otras similares y el lugar más adecuado para comenzar la búsqueda es en los museos. Existe una especie de intranet que resulta muy útil para hacer este tipo de búsquedas. Permite a la gente con el acceso adecuado (lo que, por supuesto, me incluye a mí) revisar tanto las piezas expuestas como las reliquias que están almacenadas en la mayoría de los museos de todo el mundo. Es una herramienta ideal para los investigadores, porque puedes estudiar un determinado objeto sin tener que desplazarte al museo en concreto.

Bronson apartó algunas cosas de la mesa, abrió su portátil y lo encendió. Luego esperó un par de minutos para que su Sony se conectara al wifi del hotel.

—¿Cómo funciona exactamente el sistema? —preguntó girando el Vaio hacia Ángela y observándola mientras introducía el nombre de usuario y la contraseña para acceder a la intranet de museos.

—Es bastante sencillo. En primer lugar, hay que rellenar algunos campos que sirven para identificar de forma aproximada lo que estoy buscando.

Mientras hablaba colocaba el cursor sobre una serie de casillas e insertaba breves detalles en los campos de texto del formulario. Cuando hubo completado la página, giró el portátil para que Bronson pudiera ver la pantalla tan bien como ella.

—Todavía no sabemos gran cosa sobre la tablilla, de manera que tenemos que ser bastante flexibles en nuestra búsqueda. En lo que respecta a la fecha, he sugerido entre el inicio del siglo I antes de la era cristiana y el final del II después de Cristo. Se trata de un periodo de trescientos años. Baverstock pensaba que la tablilla databa probablemente del siglo I de nuestra era, basándose en lo que consiguió traducir de la inscripción, pero dijo que no podía confirmármelo con toda seguridad. En cuanto al origen, he sido igual de imprecisa. He especificado Oriente Medio.

—¿Y qué me dices del objeto en sí?

En ese caso he sido bastante precisa, porque tenemos una idea bastante clara de lo que estamos buscando. Mira —dijo señalando con el dedo dos campos de texto en la parte inferior de la pantalla—, he especificado el material del que se compone y el hecho de que lleva una inscripción en arameo.

—Entonces, ¿podemos iniciar la búsqueda?

—Efectivamente. —Ángela movió el cursor hacia un botón etiquetado con la palabra «Buscar» y presionó.

Era evidente que la wifi del hotel era bastante rápida, porque los primeros resultados aparecieron en la pantalla en apenas unos segundos.

—Por lo que parece, hay cientos de tablillas que reúnen esas características —masculló Bronson.

—Miles, diría yo —añadió Ángela—. Ya te dije que las tablillas de barro son muy comunes. Tendré que aplicar algún otro filtro o no nos llevará a ninguna parte.

Tras echar un rápido vistazo al listado que aparecía en la pantalla, dijo:

—La mayor parte de estas datan de un periodo muy temprano. Si reduzco el margen de las fechas eliminaré un gran porcentaje. En caso de que no encontremos lo que estamos buscando, siempre estoy a tiempo de ampliarlo de nuevo.

Cambió los parámetros de búsqueda y restringió la fecha a los siglos I y II después de Cristo, pero los resultados seguían siendo varios cientos, demasiados para examinarlos con rapidez.

—De acuerdo —dijo—. Las tablillas de barro presentaban todo tipo de medidas y formas: cuadradas, rectangulares o redondas. Había incluso tablillas con forma de cilindro o de cono con la inscripción rodeando el exterior. He restringido la búsqueda a tablillas planas, pero sería muy útil si pudiera poner las dimensiones aproximadas de la que encontró Margaret O'Connor.

Bronson le entregó el CD que Kirsty le había preparado y ella recorrió con la vista las imágenes en la pantalla del portátil hasta que encontró la primera que mostraba la tablilla. Era evidente que Margaret O'Connor la había colocado sobre una cómoda de la habitación del hotel y luego la había fotografiado desde diferentes ángulos. En la mayoría de las instantáneas, la tablilla estaba bastante desenfocada, probablemente debido a la facilidad del enfoque automático para elegir un objeto diferente de la imagen. En tres de las fotografías se veía parte de un teléfono, incluida una sección del teclado.

—Esta podría servir —dijo Ángela—. A partir de aquí puedo hacer un cálculo aproximado de las medidas.

A continuación estudió con detenimiento la mejor imagen y luego anotó en un papel un par de cifras.

—Considero que debe de medir unos diez centímetros de ancho por quince de largo —dijo. Seguidamente tecleó esos números en la casilla correspondiente de la

pantalla de búsqueda.

Esta vez, con unos parámetros mucho más restringidos, los resultados que proporcionó la intranet de museos fueron solo veintitrés, y ambos se inclinaron sobre el portátil para estudiarlos uno a uno.

Los primeros doce eran claramente diferentes de la fotografía de la tablilla que había cogido Margaret O'Connor, pero la quinta imagen mostraba una extraordinaria similitud.

—Esta se parece mucho —dijo Ángela.

—¿Y qué me dices de la inscripción? —inquirió Bronson.

Ángela estudió la imagen con detenimiento y guardó una copia en el disco duro de su portátil.

—Podría ser arameo —dijo—. Revisaré la inscripción.

Seguidamente presionó sobre una de las opciones y apareció una media página de texto, reemplazando la fotografía de la tablilla.

Ángela le echó un vistazo, giró el ordenador para que Bronson pudiera verlo y se recostó sobre el respaldo de su asiento.

—Es francés —anunció—. Te toca a ti, Chris.

—De acuerdo. La tablilla se encuentra en un museo, lo que no resulta sorprendente. De hecho, está en París. La compraron hace veinte años a un marchante de antigüedades de Jerusalén como parte de un lote de reliquias. La inscripción sí que está en arameo, y la tablilla ha sido etiquetada como curiosidad, porque aparentemente el texto es solo una serie de palabras que parecen escritas al azar. Por lo visto tenías razón. Es otra.

—¿Dice algo sobre la finalidad con que fue escrita?

Bronson asintió.

—La descripción sugiere que podría haberse utilizado para enseñar a la gente a escribir arameo o que podrían ser los deberes de alguien, que es más o menos lo que dijo Baverstock, ¿verdad? En cualquier caso, el museo piensa que se coció accidentalmente, o bien porque estaba mezclada por error con tablillas que fueron cocidas deliberadamente o porque se produjo un incendio en el lugar donde se conservaba.

—Eso tiene sentido. Las tablillas de barro se creaban con la intención de reutilizarlas varias veces. Cuando la inscripción había cumplido el propósito para el que fue escrita, se podía borrar la inscripción simplemente pasando por la superficie la hoja de un cuchillo o algo similar. Las únicas tablillas que se solían cocer eran las que documentaban algo considerado de gran importancia, como informes financieros, registros de propiedad y ese tipo de cosas. Y una tablilla cocida es prácticamente indestructible, a menos que la rompas con un martillo o con algún otro objeto contundente.

—Aquí hay algo más. —Bronson miró a la parte inferior del texto que aparecía en la pantalla. Bajó el cursor y presionó en otro enlace—. Esta es la inscripción original en arameo —dijo mientras la pantalla cambiaba y mostraba dos bloques de texto—, y debajo está la traducción al francés de lo que dice. Deberíamos hacer una copia.

—No podría estar más de acuerdo —respondió Ángela. Seguidamente copió una imagen de la página web en su disco duro y añadió—: ¿Qué dice exactamente la traducción? Tengo la sensación de que muchas de estas palabras se repiten.

—Efectivamente. Muchas palabras aparecen más de una vez y, en general, parece que las hubieran elegido al azar. Tiene que formar parte del mismo conjunto. ¿Crees que merece la pena ir al museo a verla?

—Espera un segundo —dijo Ángela. A continuación apretó el botón del ratón para volver a la página de la descripción—. Veamos primero si está expuesta. ¿Qué dice?

Bronson escudriñó la pantalla.

—Aquí pone: «En almacén. Los investigadores acreditados pueden acceder a ella por medio de una solicitud escrita con un mínimo de dos semanas de antelación». Luego explica a quién hay que escribir si estás interesado y qué tipo de credenciales acepta el museo. —A continuación suspiró—. Bueno, entonces eso es todo, ¿no es así? Porque imagino que no iremos a París en un futuro cercano.

Jalal Talabani reconoció al instante la voz cadenciosa y pausada del otro lado de la línea del teléfono.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó, asegurándose de que ninguno de sus compañeros en la comisaría de policía de Rabat pudiera oírle.

—Anoche dos de mis hombres siguieron al detective inglés, el tal Bronson, hasta el aeropuerto de Casablanca. Fue a recoger a una mujer que llegaba de Londres. Supusimos que sería su esposa, pero uno de mis socios ha hecho algunas averiguaciones y resulta que se llama Ángela Lewis. Aun así, se alojan juntos en el hotel de Rabat al que Bronson se trasladó el otro día. Averigua quién es y házmelo saber.

A continuación se produjo una pausa y Talabani esperó pacientemente. Sabía que a su interlocutor no le gustaba que le metieran prisa.

—Tienes tres horas —dijo la voz. Seguidamente la llamada se interrumpió.

Bronson ya no podía más. Habían pasado la última hora y media revisando dibujos, traducciones y fotografías de tablillas que se encontraban diseminadas por diferentes museos de todo el mundo. Aunque algunas de las imágenes eran bastante nítidas, otras estaban tan borrosas y desenfocadas que no servían prácticamente de nada. A pesar de todo, después de noventa minutos mirando una interminable secuencia de imágenes en la pantalla del ordenador, estaba a punto de tirar la toalla.

—¡Dios! Creo que necesito una copa —murmuró recostándose en su asiento y colocando las manos sobre la nuca—. No sé cómo lo haces, Ángela. ¿No te aburre mortalmente?

Ella lo miró con expresión divertida.

—Me paso la vida haciendo este tipo de cosas, y no solo no me aburro, sino que estoy fascinada —respondió. A continuación, tras una breve pausa, añadió—: Sobre todo con esta tablilla.

—¿Cuál? —dijo Bronson dirigiendo la vista de nuevo a la pantalla del Vaio.

La imagen a la que había hecho referencia Ángela mostraba una tablilla prácticamente idéntica a la que Margaret O'Connor recogió en el zoco. Sin embargo, según la ficha, había sido robada junto a otras reliquias del almacén de un museo de El Cairo. Desde entonces no se había sabido nada de ella. Le habían hecho una fotografía en el momento de adquirirla como parte del procedimiento rutinario, pero nadie había intentado traducir la inscripción (que estaba escrita en arameo), ni cuando la compraron, ni en todo el tiempo que estuvo en su poder.

—Me pregunto si será la misma que Margaret encontró en el zoco. Si la habían robado —masculló Bronson irguiéndose y frotándose los ojos—, eso explicaría por qué el propietario, quienquiera que fuera, estaba tan interesado en recuperarla.

—Espera un segundo —dijo Ángela. A continuación seleccionó una de las imágenes del CD que Bronson le había entregado y la colocó junto a la fotografía de la tablilla robada.

—Es diferente —dijo Bronson—. Obviamente, no tengo ni idea de arameo, pero incluso yo he reparado en que las primeras líneas de cada una de las tablillas tienen una longitud diferente.

Ángela asintió manifestando su conformidad.

—Sí —dijo—, y acabo de descubrir una cosa más. Creo que el conjunto se compone de cuatro tablillas.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Mira —dijo señalando la imagen situada a la derecha de la pantalla—. ¿Ves esta pequeña línea en diagonal justo en la esquina de la tablilla?

Bronson asintió.

—Ahora mira la otra fotografía. Presenta una línea muy similar en la esquina. —A continuación colocó el cursor rápidamente sobre la imagen de la tablilla del museo de París—. Y esta también. Justo aquí.

Ángela se alejó de la pantalla y miró a Bronson con expresión triunfante.

—Todavía no sé de qué demonios se trata, pero me atrevería a aventurar, sin temor a equivocarme, cómo se hicieron estas tablillas. Quienquiera que las preparara dibujó una pequeña cruz en diagonal en el centro de una pieza de barro rectangular. Posteriormente la cortó en cuatro partes iguales y las coció. Las imágenes que tenemos delante de nosotros corresponden a tres de esos cuatro cuartos, y las líneas en las esquinas de las tablillas son, en realidad, los brazos de la cruz original.

—Y la cruz se ideó precisamente, para indicar cómo se deben disponer las tablillas —dijo Bronson—. Para asegurarse de que las palabras se lean en el orden correcto.

Descubrir la identidad de Ángela Lewis le llevó mucho menos tiempo del que Jalal Talabani había calculado en un principio. Primero llamó al hotel donde se alojaban los dos huéspedes ingleses y habló con el director. Casualmente, éste se encontraba tras el mostrador tanto en el momento en que Bronson había hecho la reserva, como la noche anterior, cuando Ángela tomó posesión de la habitación.

—Es su ex mujer —dijo el director—, y creo que trabaja en un museo de Londres.

—¿En cuál? —preguntó Talabani.

—No tengo ni la menor idea —respondió el director—. Solo sé que cuando llegaron conversaba con el señor Bronson de su trabajo y mencionó un museo. ¿Es importante?

—No, no se preocupe. Y gracias por la información —añadió Talabani antes de concluir la llamada.

Poco después regresó a su ordenador, llevó a cabo una consulta en Google y abrió la página del Britain Express para acceder a la lista de los museos de la capital británica. El gran número no solo le sorprendió sino que también le consternó. Aun así imprimió la lista y empezó desde el primero. Tras desechar los establecimientos más pequeños y especializados, empezó a llamar uno por uno a todos los demás preguntando por Ángela Lewis.

El séptimo número que marcó correspondía a la centralita del museo Británico. Dos minutos más tarde no solo sabía que Ángela Lewis trabajaba allí y en qué departamento, sino también que se había pedido unos días de permiso.

Cinco minutos después, el hombre de la voz cadenciosa y pausada también lo sabía.

Tony Baverstock llevaba algo más de una hora en el trabajo cuando recibió una llamada de la centralita. Por lo visto, un particular había llamado al museo para preguntar por una pieza de cerámica que había encontrado y que, aparentemente, presentaba una inscripción.

Era el tipo de llamadas que el museo recibía constantemente y, en la mayoría de los casos, el objeto en cuestión resultaba no tener ningún valor. Baverstock todavía recordaba el día en que una anciana señora de Kent se había presentado con una supuesta reliquia para que la examinaran. Se trataba de los restos mugrientos de una pequeña taza de porcelana que había desenterrado de su jardín y que tenía una inscripción lateral en la que se leía parcialmente «1066» y «la de Hastings» escrita en letras góticas.

La mujer estaba convencida de que había encontrado algo de interés nacional, una reliquia de casi un milenio de antigüedad, que constituía un vestigio de uno de los hitos de la turbulenta historia de Inglaterra, y se negaba a creer a Baverstock cuando le dijo que no tenía ningún valor. Hasta que no le dio la vuelta a la taza, limpió la suciedad y le mostró la otra inscripción en la base del recipiente, no se convenció de que estaba equivocada. El texto, escrito en letras minúsculas, decía: «Apta para el lavavajillas».

—Yo no me ocupo de ese campo —le espetó a la chica de la centralita cuando le describió lo que supuestamente había encontrado la persona al otro lado del teléfono—. Prueba con Ángela Lewis.

—Ya lo he hecho —replicó la joven en un tono casi tan irritado como el suyo—, pero se ha pedido unos días de permiso.

Cinco minutos después finalmente consiguió convencer al susodicho, que vivía en Suffolk, de que el lugar más apropiado para examinar la pieza era el museo local de Bury Saint Edmund. *Que sea otro el que pierda su tiempo*, pensó Baverstock. A continuación marcó la extensión del jefe de Ángela.

—¿Roger? Soy Tony. Estaba intentando localizar a Ángela, pero se ve que no ha venido. ¿Tienes idea de dónde está?

—Sí —contestó Roger Halliwell con un tono que daba a entender que estaba hasta arriba de trabajo—. Se ha pedido unos días de permiso. Y, por cierto, podría haber avisado con algo más de antelación. No me dijo nada hasta ayer por la tarde, que me llamó por teléfono. Alguna crisis doméstica, supongo.

—¿Cuándo volverá?

—Eso quisiera yo saber. ¿Puedo ayudarte en algo?

Baverstock le dio las gracias y colgó el auricular. *Interesante*, pensó. Muy, *pero que muy interesante*.

—Entonces, ¿originariamente había cuatro tablillas y juntas formaban un rectángulo mayor?

—Efectivamente —dijo Ángela—. Y hasta ahora hemos conseguido identificar tres. Desgraciadamente solo disponemos de una fotografía nítida de una de ellas, quiero decir, una imagen lo suficientemente clara como para permitirnos leer la inscripción. Además, tenemos otro problema. No tenemos la cuarta tablilla, lo que significa que nos falta un cuarto de la inscripción.

—¿No puedes hacer nada con las tres que hemos localizado?

—No mucho —contestó Ángela—. De todos modos, antes de empezar siquiera a estudiarlas, tendríamos que comprar o, tal vez, descargar un diccionario arameo-inglés. El principal problema es que las fotografías de estas dos tablillas —añadió señalando la pantalla— son tan pésimas que, como mucho, nos permitirán traducir alguna que otra palabra suelta. La mayoría de ellas están borrosas o desenfocadas y, para traducir del arameo, necesitamos una imagen clara del original, porque hay letras con una apariencia muy similar.

—Aun así, merece la pena intentarlo. Sobre todo teniendo en cuenta que disponemos de una traducción completa de la tablilla de París.

Ángela asintió con la cabeza.

—Sí, suponiendo que encuentre un diccionario en condiciones. Veamos que podemos encontrar en la web.

A continuación se conectó a la página de Google, tecleó «Diccionario arameo» en la casilla de «Búsqueda» y apretó la tecla de «Envío».

Los dos se inclinaron hacia delante y observaron la pantalla del portátil de Ángela.

—Cerca de cien mil entradas —masculló Bronson—. En alguna de estas páginas debe de haber un diccionario que podamos usar.

—Y lo hay —dijo Ángela—. En la primera de ellas, de hecho.

A continuación hizo doble clic sobre la entrada correspondiente y examinó la pantalla.

—Este sitio permite la traducción directa e inversa de palabras sueltas, es decir, del arameo al inglés y al contrario. Además, ofrece la posibilidad de descargar un tipo de fuente indispensable para escribir el texto. El arameo es un *abyad*, es decir, un sistema de escritura que solo utiliza símbolos para los fonemas consonánticos. Posee solo veintidós letras y, en apariencia, es muy similar al hebreo. Por eso, para escribir las palabras y que el diccionario las reconozca, necesitamos un tipo de fuente específico que se llama Estrangelo.

Ángela la descargó y la instaló. Luego abrió un nuevo documento en su

procesador de textos, seleccionó la nueva fuente y escribió una de las palabras de la tablilla que Margaret encontró en el zoco.

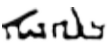
—He empezado por uno de los términos que Tony no consiguió traducir —explicó—. Me dijo que no estaba lo suficientemente claro.

Cuando estuvo completamente segura de haberlo copiado con la mayor exactitud, lo pegó en el diccionario y apretó el botón de búsqueda.


—Mal empezamos —farfulló mirando a la pantalla. Bajo el campo de búsqueda había parecido el mensaje «Palabra desconocida»—. Por lo visto, al menos en lo que respecta a este término, Tony tenía razón.

—Quizá alguno de los caracteres que has utilizado no es del todo correcto —sugirió Bronson—. En esa fotografía la palabra está bastante borrosa. ¿Por qué no pruebas con otra?

—De acuerdo. Esta es la que Tony tradujo como «tablilla» y es una de las que había comprobado anteriormente. Veamos qué dice el sistema.

A continuación escribió los caracteres arameos  y copió la palabra en la casilla de «Búsqueda». Al instante, el diccionario proporcionó como traducción «tablilla».

—¡Bueno! Ha funcionado —dijo Ángela—. Probemos con esta otra.

Seguidamente compuso una nueva combinación de caracteres, , y apretó de nuevo el botón de envío. El sistema la tradujo correctamente como «codo».

—Parece que la cosa funciona —dijo mirando a Bronson con una amplia sonrisa—. Empecemos con la tablilla de El Cairo.

—¿La conseguiste? —preguntó Alexander Dexter mientras Zebari, esta vez vestido con ropa occidental en vez de la acostumbrada chilaba, se sentaba frente a él en el vestíbulo de un hotel de categoría media en el centro de Casablanca.

Hacia poco que había anochecido. Dexter había llegado a Rabat esa misma mañana en un vuelo directo desde Londres y después había viajado por carretera hasta la ciudad para encontrarse con Zebari, a petición de este último.

Había sido un día extremadamente caluroso y la noche, de momento, se presentaba igualmente bochornosa. Dexter deseó haber metido en la maleta ropa algo más ligera en vez de la chaqueta y los pantalones de *sport* que llevaba puestos.

Zebari echó un vistazo a la sala, examinando al resto de huéspedes y residentes. Luego volvió la vista hacia Dexter.

—No, amigo mío. No la conseguí.

A parte de la mala noticia de que no había conseguido su objetivo, había algo más en la voz y la actitud de Zebari que preocupó a Dexter.

—Hay un «pero», ¿verdad? —preguntó.

Zebari asintió.

—Sí, como tú dices, hay un «pero». Un gran «pero». El coste de intentar recuperar el objeto fue mucho mayor del que esperaba.

—¿De qué cantidad estamos hablando? —inquirió Dexter convencido de que Zebari estaba intentando timarlo a pesar de no haber cumplido el encargo.

—Probablemente mucho más de lo que te puedes permitir. Cuando intentábamos escapar, el hombre que venía conmigo recibió un disparo y fue capturado. Creo que no me equivoco al suponer que su muerte, porque estoy convencido de que lo mataron, no fue ni rápida ni llevadera.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Dexter. Era consciente de la dureza del mundo del contrabando de antigüedades robadas, pero no se esperaba oír algo así.

—Solo teníais que robar una maldita tablilla de barro. ¿Cómo es posible que la cagarais de esa manera?

La voz de Zebari sonó fría como un témpano.

—Uno de los muchos problemas a los que tuvimos que enfrentarnos, Dexter, fue que el propietario de la tablilla finge ser un hombre de negocios, pero en realidad no es más que un mañoso. Tenía la casa llena de alarmas que tuvimos que desactivar, pero además había instalado un sensor de infrarrojos en el expositor, que no vimos hasta que metí la mano. Para entonces, evidentemente, habían saltado todas las alarmas. Yo conseguí saltar el muro y huir, pero mi compañero no tuvo tanta suerte. Por si te interesa, se llamaba Amer Hammad. Llevaba más de diez años trabajando conmigo y lo consideraba un amigo.

—¿Y no cogiste la tablilla? Yo no pago a no ser que se cumpla el encargo.

—No me estás escuchando, Dexter. Te he dicho que no la cogimos, simplemente, porque no estaba allí. Y han surgido otras... complicaciones. Además de la muerte de Hammad, claro está.

—¿Como cuáles? —quiso saber Dexter.

—El propietario de la tablilla tiene muchos contactos en el cuerpo de policía marroquí. Por lo visto tiene en nómina a un buen número de oficiales.

—¿Y?

—Que probablemente no tarde mucho en averiguar la identidad de Hammad.

—¿Qué pasará con su cadáver? —preguntó Dexter.

—Lo más probable es que lo metan en el maletero de un todoterreno, se adentren varios kilómetros en el desierto y lo dejen allí tirado. Los chacales y los buitres se ocuparán de él. De todos modos, independientemente del método que utilicen, el cuerpo de Hammad desaparecerá como por arte de magia. El caso es que, como ese hombre consiga averiguar que yo era el otro ladrón, tendré serios problemas.

—Entonces, ¿es por eso que me has citado en Casablanca en vez de en Rabat?

—Exactamente. Necesito salir cuanto antes de Marruecos y no volver, al menos, durante un año. Y eso cuesta dinero, mucho dinero.

—De acuerdo. Entiendo perfectamente tu situación, pero ya te he dicho que no pago a menos que se cumpla el encargo.

Dexter movió ligeramente su silla como si estuviera a punto de levantarse y marcharse, pero Zebari lo mantuvo en su sitio con un solo gesto.

—En realidad sí que conseguimos algo —dijo—. Una tarjeta.

—¿Eso es todo?

—Sí, pero en ella hay una muy buena fotografía de la tablilla y una explicación de la historia de sus orígenes. ¿Tu cliente quiere la tablilla o solo una copia de la inscripción?

Dexter lo miró intentado evaluar sus palabras.

—¿A qué te refieres?

—Creo que está bastante claro. Algunas personas hablan y otras escuchan. El hecho es que la tablilla en sí vale nada, pero la inscripción que hay en ella tiene un valor incalculable. Se trata de una especie de mapa del tesoro, mejor dicho, una parte. Como te decía, si tu cliente solo quiere ese pedazo de arcilla quemada para su colección de reliquias, nuestra conversación, probablemente, acaba aquí. Sin embargo, si lo único que busca es una fotografía de la inscripción (una imagen mucho mejor que la que me enviaste), espero que tenga los bolsillos bien llenos, porque la tarjeta le va costar un ojo de la cara.

Dexter resopló.

—Vale. Acabemos de una vez con esto. ¿Cuánto quieres?

Zebari sacó un trozo de papel de su bolsillo y lo deslizó por encima de la mesa. Dexter lo cogió y miró la cifra que había escrito.

—¿Diez mil? ¿Diez mil libras? —preguntó intentando no levantar la voz.

Zebari asintió con la cabeza.

—Debe de tratarse de una broma. ¿Diez mil pavos por la foto de una tablilla de barro? Mi cliente no pagará esto.

—Entonces ni tú, ni tu cliente, veréis la tarjeta. Esa es mi primera y mi última oferta. El precio no es negociable. Si no estás de acuerdo, saldré por esa puerta y no volverás a verme jamás. Tengo amigos que pueden ayudarme.

Durante unos segundos los dos hombres se miraron fijamente. Luego Dexter asintió con la cabeza.

—Espera aquí un momento. Llamaré a mi cliente y veré qué quiere hacer. Tardaré solo unos minutos.

—Date prisa, Dexter. No tengo mucho tiempo.

Dexter dejó el hotel, se alejó unos metros y sacó su teléfono móvil. Trasmitió a Charlie Hoxton lo que Zebari le había contado y terminó dándole el precio que pedía el marroquí. Bueno, para ser exactos, le dijo que Zebari quería quince mil libras por la tarjeta. Al fin y al cabo tenía que pensar en su comisión.

Una vez le dio la cifra, Dexter apartó el auricular de su oreja, lo que se demostró una decisión muy acertada. La sarta de improperios expresados a todo volumen podría haber dañado seriamente su audición. Cuando la retahíla disminuyó, volvió a acercarse al teléfono.

—Entonces, ¿le digo que no hay trato?

—Yo no he dicho eso, Dexter. ¿Está dispuesto a negociar?

—Ya me ha dicho que no, y yo lo creo. Está de mierda hasta arriba por lo que sucedió, y la única forma que tiene de salir airoso es vender la fotografía de la tablilla. Y lo quiere ya. Si no le doy una confirmación cuando vuelva al hotel, se largará. Esas son nuestras opciones.

—Maldito cabrón —dijo Hoxton enojado—. Sabe que el dinero que pide es una jodida extorsión, ¿verdad?

—¡Oh, sí! No tengo ninguna duda. También me contó que, por lo visto, la inscripción forma parte de un mapa del tesoro.

Hoxton se quedó en silencio por unos segundos y luego dijo:

—Vale. Dile que estoy de acuerdo. Ya he hecho una transferencia a la cuenta de Rabat que acordamos. Mañana daré la autorización para que saques diez mil pavos.

Ligeramente sorprendido por la respuesta de Hoxton, Dexter se metió el teléfono en el bolsillo y regresó al vestíbulo del hotel.

—¿Te conformarías con ocho? —preguntó. Al fin y al cabo, no tenía nada de malo regatear un poco.

Zebari sacudió la cabeza y se levantó.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Dexter—. Te daremos diez. El dinero llegará a Rabat mañana. Imagino que lo querrás en efectivo, ¿verdad? ¿En dirhams?

—¡Pues claro que lo quiero en dirhams! ¿Me tomas por imbécil? Llámame a este número mañana por la mañana después de las nueve —añadió escribiendo un número de móvil en el papel que había dado a Dexter—. Siempre que tengas el dinero, claro está. Entonces nos veremos en algún sitio para acabar la transacción.

Sin una palabra más, Zebari se puso en pie y abandonó el hotel.

A las ocho y media del día siguiente Dexter atravesó las puertas de la oficina del banco Al Maghrib situadas en la avenida Mohamed V de Rabat. Quince minutos más tarde, tras haber realizado los trámites pertinentes, abandonó el lugar. Cinco mil libras del dinero que Charlie Hoxton había transferido a Marruecos estaban de camino a una cuenta corriente en un discreto banco de Liechtenstein, donde, a pesar de que le proporcionarían pocos intereses, estarían a buen recaudo.

Su chaqueta de *tweed*, que anteriormente presentaba un aspecto pulcro y planchado, estaba deformada por dos bultos. Los fajos de billetes de dirhams que se encontraban en sus bolsillos (cada uno de ellos equivalente a cinco mil libras esterlinas) eran muy voluminosos y Dexter no veía la hora de encontrarse con Zebari y poder regresar a Petworth, a la calma y la seguridad de su tienda de antigüedades. Nunca le había gustado Marruecos como país, y menos aún sus habitantes.

Caminó a paso ligero por la avenida Mohamed V hasta que encontró una cafetería que parecía razonablemente limpia, agarró una silla de una mesa libre y pidió un té verde a la menta, pues el café árabe era demasiado fuerte y amargo para su gusto. A continuación miró el reloj. Eran las nueve menos diez.

A las nueve en punto sacó el móvil y marcó el número que le había dado Zebari. El marroquí respondió casi de inmediato.

—¿Dexter?

—Sí. Tengo lo que me pediste.

—¿Estás en Rabat?

—Sí.

—Bien. Entonces ve hasta la avenida Hassan II y camina hacia el Este en dirección al estuario. Poco antes de llegar al final, justo donde tuerce en dirección sudoeste, gira a la derecha y coge la calle de Sebta. Una vez allí, camina unos metros por la acera derecha y párate en la primera cafetería que encuentres. Siéntate en la terraza, en un lugar donde pueda verte. ¿Lo tienes?

—Sí —respondió Dexter estudiando el callejero de Rabat. En realidad, la avenida Hassan II era perpendicular a la Mohamed V, y el lugar que había elegido Zebari para verse estaba a solo un kilómetro y medio de donde se encontraba—. Estaré allí en veinte minutos —dijo.

Aproximadamente a medio kilómetro de allí, Izzat Zebari cerró de golpe su móvil y asintió con la cabeza con gesto de satisfacción. Nunca se había fiado un pelo de Dexter, pero esta vez tenía al inglés cogido por las pelotas y ambos lo sabían. Era evidente que el cliente de Dexter se moría por conseguir cualquier cosa que tuviera que ver con la tablilla de barro, y Zebari estaba bastante seguro de que no intentaría jugarla. Aun así, si intentaba apoderarse de la tarjeta sin entregarle el dinero,

imaginaba que su pistola automática Walther PPK lo convencería de que lo más sensato era concluir la transacción.

Zebari echó un vistazo al vestíbulo del hotel donde había estado esperando. Satisfecho, abandonó el edificio con los ojos entornados por efecto de la repentina luz del sol. Miró a ambos lados de la calle Abd el Myumen, sacó un par de gafas de sol del bolsillo de su chaqueta y se encaminó hacia la calle de Sebta.

A unos cincuenta metros de Zebari, dos hombres vestidos con vaqueros y camisetas abandonaron la terraza donde habían estado sentados y comenzaron a seguirle, conversando animadamente mientras caminaban. Uno de ellos sujetaba un pequeño teléfono móvil junto a su oreja.

En el asiento trasero del Mercedes negro, que en ese mismo momento circulaba desde la zona sur de la ciudad en dirección a la calle Abd el Myumen, el hombre alto con la cara paralizada instó al conductor a que acelerara la marcha. Mientras tanto, escuchaba en su móvil la información que le proporcionaban sus hombres. No tardaría mucho en recuperar lo que le correspondía por derecho.

En la avenida Hassan II, que era al mismo tiempo la principal carretera nacional que dividía Rabat en dos partes iguales, el tráfico no era tan intenso como Dexter había imaginado en un principio. Entre eso, y el hecho de que hubiera conseguido pescar un taxi a los pocos segundos de dejar el café, calculaba que tardaría menos de diez minutos en llegar al lugar de encuentro.

No estaba seguro de si Zebari había escogido la cafetería deliberadamente, o si simplemente había elegido una calle concurrida y supuesto que en algún lugar habría un sitio donde tomar algo. Fuera como fuese, apenas hubo pagado al taxista y girado en la calle de Sebta, divisó un toldo blanco y un grupo de mesas y sillas a unos veinte metros de donde se encontraba. Una vez allí miró a su alrededor, pero no había ni rastro del hombre con el que se había citado. Pidió otro té verde a la menta y se dispuso a esperar.

Cinco minutos después, Izzat Zebari tiró de la silla vacía enfrente de Dexter y tomó asiento. Parecía nervioso y antes de hablar miró a su alrededor con desconfianza, pero a aquella hora había muy poca gente en la cafetería y solo un puñado de peatones. En aquel momento dos hombres jóvenes que venían caminando detrás de Zebari pasaron de largo sin mirar atrás, sumidos en su conversación.

—¿Tienes el dinero? —preguntó el marroquí mientras el camarero colocaba una taza de café negro y espeso delante de él y se marchaba.

Dexter asintió con la cabeza.

—Y tú, ¿has traído la tarjeta? —inquirió.

Zebari también asintió.

Seguidamente Dexter metió la mano en los bolsillos internos de su chaqueta, extrajo dos gruesos sobres sujetos con elásticos y los depositó encima de la mesa.

—Diez mil en dírhams, como acordamos.

Zebari imitó la acción de Dexter: sacó un sobre y lo puso sobre la mesa. Ambos cogieron lo que el otro le ofrecía. Zebari abrió los sobres y pasó el dedo pulgar por encima de los billetes nuevos y crujientes que contenían, como si fueran dos barajas de naipes, y luego los introdujo en el bolsillo de su chaqueta. Dexter despegó el sobre marrón, sacó la tarjeta y se quedó mirando lo que había en ella.

—¡Por Dios! —exclamó tras unos instantes—. Esto no es, ni mucho menos, lo que me esperaba. La foto es demasiado pequeña y la inscripción no está lo suficientemente clara. —A continuación lanzó la tarjeta sobre la mesa y añadió—: No hay trato. Devuélveme mi dinero.

Zebari sacudió la cabeza.

—La Walther que tengo en el bolsillo me dice que el trato sigue en pie, Dexter —dijo dejando entrever el cañón de la pequeña arma semiautomática—. Piénsalo. No tengo nada que perder.

A continuación se puso en pie, dejó un puñado de dirhams sobre la mesa y se marchó calle abajo.

Hay una ligera curva en la calle de Sebta, donde una vía lateral la une con la calle de Bured. El Mercedes negro alcanzó ese punto casi en el mismo instante que Zebari.

El pesado coche derrapó, se subió a la acera y se detuvo delante de él, bloqueándole la marcha, mientras otros dos hombres le cerraban la huida por detrás.

Zebari vio que el coche giraba hacia él e inmediatamente adivinó la identidad del propietario del vehículo. Enseguida supo que estaba en apuros, en serios apuros. Se dio la vuelta con la intención de echar a correr, pero dos hombres le cortaban el paso, los mismos dos que habían pasado por delante de la cafetería unos minutos antes. Era evidente que estaban dispuestos a interceptarlo, independientemente de la dirección que tomara.

Detrás de él oyó el inconfundible sonido de las puertas del coche que se abrían.

Zebari sacó la pistola de su bolsillo y disparó rápidamente, casi sin apuntar, a los dos hombres que tenía delante, obligándolos a agacharse. Pero ellos también habían sacado sus armas, de manera que la única forma que tenía de escapar era cruzando la carretera y hacía allí echó a correr. Esquivó un camión que avanzaba lentamente y se dirigió a toda prisa a la acera opuesta. Estaba a punto de llegar cuando sintió un tremendo impacto en el centro de la espalda. El eco del disparo retumbó en los edificios de alrededor y el marroquí cayó desplomado al suelo, sintiendo que le fallaban las piernas. Soltó la pistola, que aterrizó lejos de su alcance, haciendo un fuerte ruido.

Casi con indiferencia, el hombre alto y uno de sus hombres caminaron a paso ligero hasta el lugar donde yacía Zebari. Un buen número de personas empezó a congregarse a ambos lados de la calle, atraídos por la dramática situación, pero

ninguno mostraba ninguna intención de involucrarse.

—Te llevaste algo que me pertenecía. ¿Dónde está? —preguntó el hombre alto mientras su socio recogía la Walther de Zebari.

El herido estaba tumbado con medio cuerpo sobre la acera, hecho un ovillo y prácticamente inmóvil, rodeado por un charco de sangre. Entonces alzó la vista y miró al enorme árabe. Extrañamente, apenas sentía dolor, solo un aturdimiento creciente.

—No lo tengo —dijo con un hilo de voz apenas audible.

El hombre alto hizo un gesto y su colega empezó a registrar con brusquedad a la figura recostada. No encontró la tarjeta, pero sacó dos sobres repletos de billetes que entregó a su jefe.

—¿Has vendido la tarjeta? —demandó, mirando hacia abajo.

—Sí —respondió Zebari jadeante, mientras una oleada de un dolor insoportable inundaba su cuerpo.

—No está nada mal, Zebari. Todo este dinero solo por una insignificante tarjeta —dijo el hombre alto con la voz calma y contenida—. Sabes quién soy o, al menos, conoces mi reputación. Estoy convencido de que, cuando entraste en mi casa para intentar robar mi tablilla, sabías de sobra lo que te pasaría. Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Era solo un trabajo —farfulló Zebari mientras el dolor empezaba a hacer mella en él. Entonces tosió y una rociada de sangre bañó la parte delantera de su chaqueta—. Un encargo de un coleccionista británico.

El hombre alto pareció interesado.

—¿Tiene un nombre, ese coleccionista?

—Yo he estado negociando con un intermediario, un marchante.

—Y ¿cómo se llama?

Zebari no dijo nada y el hombre alto se inclinó aún más.

—Dime cómo se llama —dijo—. Si lo haces, es posible que te dejemos marchar y salves la vida.

Con una mezcla de terror y fascinación, Zebari se quedó mirando el ojo blanco e inmóvil del hombre alto.

—Dexter. Todo el mundo lo conoce solo por Dexter.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Aquí mismo, en Rabat. Acabo de venderle la tarjeta.

—Bien —dijo el hombre alto irguiéndose—. Lo encontraremos. Ahmed, acaba con él.

—¡Te he dicho todo lo que sabía! —gritó Zebari aterrorizado—. Dijiste que me dejarías marchar.

—Te mentí —murmuró el hombre alto mientras el lado izquierdo de su rostro se

alzaba con una sonrisa fingida. A continuación hizo un gesto al otro tipo. El eco del segundo disparo retumbó con la misma fuerza que el primero. Un nuevo charco de sangre empezó a extenderse alrededor del cráneo reventado de Zebari, mezclándose con el otro, que comenzaba a coagularse y que ya cubría una gran área tanto de la calzada como de la acera.

Mientras conducía su Citroen hacia el sur, en dirección a Casablanca, Alexander Dexter suponía que se había saltado todos los límites de velocidad de las carreteras de Marruecos, pero aun así se sorprendió de lo poco que tardó en cubrir los más de cien kilómetros que lo separaban del aeropuerto internacional.

Cuando se alejaba de la calle de Sebta había tomado una rápida decisión, y, a decir verdad, bastante sencilla.

Acababa de presenciar el asesinato de Zebari. Lo habían localizado y asesinado a plena luz del día en el centro de Rabat, a pesar de las precauciones que había tomado para proteger su seguridad.

No obstante, lo que más le había impactado había sido la crueldad de su asesino, el hombre con el ojo blanco cuyo rostro paralizado jamás olvidaría. El hombre que, sin lugar a dudas, estaría buscándolo en ese preciso momento.

Tenía el pasaporte, la cartera y las llaves del coche de alquiler en el bolsillo, y lo único que había dejado en la habitación del hotel eran algunas prendas de vestir y la bolsa de aseo, nada importante. Dada la evidente pericia del asesino de Zebari, Dexter sospechó que, aunque volviera al hotel de inmediato, había muchas posibilidades de que ya hubiera un par de hombres esperándolo.

Esta reflexión le hizo cambiar de opinión, de manera que pidió al taxista que le dejara en una esquina a poca distancia del edificio, se dirigió directamente al Citroen que tenía aparcado en la calle y se marchó del lugar.

Cuando había llegado a Marruecos lo había hecho con un vuelo de Air France que salía de Heathrow y aterrizaba en Rabat. Tenía el billete de vuelta en el bolsillo de su chaqueta, pero no había manera de utilizarlo. *Eso, pensó, hubiera resultado demasiado obvio, y, sobre todo, peligroso.* Estaba seguro de que el asesino de Zebari ya habría mandado a alguien al aeropuerto de Rabat-Salé, que se encontraba a unos ocho kilómetros al norte de la ciudad. La decisión de Dexter de desplazarse en coche hasta Casablanca era un intento de poner cierta distancia entre él y sus perseguidores y, con un poco de suerte, despistarlos.

Una vez en el aeropuerto, no se molestó en devolver el coche en el mostrador de Hertz, sino que se limitó a aparcarlo, cerrarlo con llave y tirarla debajo. Cuando volviera a Inglaterra, si es que lo conseguía, se acercaría a la oficina local de Hertz y les diría dónde estaba, pero aquella era la última de sus preocupaciones en aquel momento.

En cuanto llegó al vestíbulo de salidas, Dexter revisó los paneles informativos de los vuelos. Descartó todos los de Royal Air Maroc, independientemente de su destino, porque quería volar con una compañía aérea que no fuera marroquí, pero andaba un poco justo de tiempo para coger el vuelo compartido de Air France y KLM

a París. Un hombre corriendo por el aeropuerto, como casi por cualquier otro lugar, siempre llama la atención, de manera que caminó a paso ligero hasta el mostrador de Air France, compró un billete de ida y vuelta a París y pagó en efectivo. Rehusó emplear la tarjeta de crédito, porque no quería dejar constancia de su nombre.

Sabía lo suficiente sobre la amenaza terrorista como para darse cuenta de que comprar un billete de avión y pagar en efectivo era bastante inusual, pero si hubiera adquirido un billete de solo ida habría levantado sospechas provocando que lo retuvieran y le hicieran un montón de preguntas, algo que quería evitar a toda costa. Y la única manera de impedirlo era comprar un billete de ida y vuelta.

Aunque estaban a punto de anunciar el embarque, antes de dirigirse a la puerta correspondiente, Dexter se pasó por una de las tiendas del aeropuerto para comprar una bolsa de viaje que no fuera muy cara. A continuación, en otro establecimiento, adquirió media docena de prendas de vestir, un tercer neceser y un par de novelas. En realidad no necesitaba ninguno de esos artículos, pero sabía que todos los viajeros llevaban algún tipo de equipaje y su principal preocupación era pasar lo más desapercibido posible. Con esos complementos tenía el aspecto de un hombre de negocios que realizaba un viaje relámpago a París para asistir a alguna reunión o conferencia, y no el de alguien que huía de una panda de asesinos a sueldo.

Los agentes de aduanas marroquíes abrieron la bolsa y revisaron el contenido como hacían con casi todos los pasajeros, pero ese fue el único retraso. Apenas media hora después de su llegada al aeropuerto, Dexter se encontraba haciendo cola ante la puerta de embarque, dispuesto a subir al Airbus 319. Veinte minutos más tarde, pudo relajarse en su asiento con la bebida alcohólica más fuerte que Air France podía ofrecer mientras el avión se dirigía en dirección norte, rumbo a París. En todo ese tiempo no había visto nada ni nadie que le hiciera sospechar que el asesino de Zebari o sus hombres tuvieran la más mínima idea de dónde se encontraba.

Una vez en París aprovechó para comer algo antes de coger el vuelo que le llevaría a Heathrow. Prácticamente no había probado bocado en todo el día y, en aquel momento, se dio cuenta de que su apetito había aumentado considerablemente una vez se sintió, al menos por el momento, a salvo. A primera hora de la noche ya estaba de vuelta en su casa de Petworth, con la pequeña tarjeta rectangular en el escritorio, delante de él, y un gran vaso de whisky al alcance de su mano.

Fue entonces cuando decidió que esperaría más o menos una hora antes de llamar a Charlie Hoxton. Primero tenía que hacer unas cuantas fotos de la tarjeta e intentar averiguar por qué su cliente estaba tan desesperado por conseguir la tablilla de barro.

Estaba anocheciendo y arriba, en la habitación de Bronson, él y Ángela parecían haber llegado a un punto muerto.

El misterio que rodeaba la tablilla conservada en el museo de París había sido bastante fácil de desentrañar. En solo unos minutos Bronson había traducido al inglés las palabras en francés y las había puesto por escrito. Sin embargo, la tablilla de El Cairo había resultado mucho más complicada, debido a la poca claridad y definición de la única fotografía que habían logrado encontrar en los archivos del museo.

Habían pasado varias horas intentando encontrar la equivalencia entre las letras de la fuente que habían descargado y los caracteres de la fotografía, un proceso lento y pesado que no había dado los frutos esperados.

—Creo —dijo Ángela mirando fijamente la imagen de la pantalla de su portátil—, que esta imagen se tomó con el único propósito de servir como identificación básica. Seguramente pidieron a alguien que fotografiara todos los artículos que había adquirido el museo solo para tener un registro visual de las reliquias. Lo más probable es que las imágenes para investigar y para la traducción se tomaran después, con una cámara de mayor resolución y una iluminación mucho mejor.

—¿Puedes sacar algo en claro de ella? —preguntó Bronson.

—Sí pero, probablemente, solo la mitad de las palabras de las tres primeras líneas. Las otras están tan borrosas y desenfocadas que es como si no estuvieran.

Durante más de una hora Ángela y Bronson estudiaron la imagen, intentando interpretar y anotar los desconocidos símbolos que componían el alfabeto arameo, y con los que estaban tan poco familiarizados. A continuación Ángela introdujo los resultados en el diccionario en línea arameo-inglés.

—Entonces, ¿qué tenemos? —preguntó finalmente alejándose del ordenador y estirando sus doloridos músculos.

—¿Qué te parece si voy a buscar algo de beber? —sugirió Bronson—. Me refiero a algo que contenga alcohol, por supuesto.

—No me vendría mal un *gin-tonic*. Preferiblemente largo y con mucho hielo.

Bronson dejó la habitación y regresó unos minutos más tarde llevando una bandeja con dos vasos altos llenos de hielo que emitían un incitante tintineo. A continuación dejó las bebidas en el pequeño tocador y regresó a su privilegiada posición a un lado de la cama.

—Gracias —dijo Ángela. Se llevó el vaso a los labios y bebió un buen trago—. Esto está mucho mejor. Bueno, ¿dónde estábamos?

—He tomado nota de todas las palabras que hemos conseguido traducir y he realizado una especie de boceto de cada tablilla —dijo Bronson—. Además, he dejado un espacio en blanco por cada palabra que no hemos descifrado para que

tengamos claro cuáles faltan.

Colocó una hoja tamaño folio en la mesa delante de. Ángela y ambos miraron lo que estaba escrito en ella. Bronson había dibujado tres rectángulos con unas medidas muy similares, y en el interior de cada uno de ellos se podía leer el significado en inglés de las palabras que Ángela había traducido del arameo, respetando la posición que ocupaba la palabra original en la tablilla. El resultado no era muy alentador.

—Esta primera —dijo Bronson señalando uno de los recuadros—, es la tablilla de El Cairo. Si estás en lo cierto respecto al significado de la cruz central, sería la de arriba a la izquierda.

Tal y como ambos imaginaban, había muchos más espacios en blanco que palabras:

nuestro ----- fin ----- el
y ----- el -----
----- el rollo templo ----- tarea ---
----- un -----

—Si tenemos en cuenta que el arameo se lee de derecha a izquierda —dijo Bronson entregando otro folio a Ángela—, las palabras que hemos conseguido traducir deberían leerse en este orden.

En la nueva hoja se había limitado a escribir las palabras una tras otra, incluyendo todos los espacios en blanco, excepto las dos últimas líneas, de las cuales, hasta ese momento, no habían logrado descifrar ni una palabra.

por el ----- fin ----- nuestro
el ----- y
tarea ----- rollo templo el
----- un -----

—La verdad es que no nos deja mucho margen de actuación —musitó Ángela. A continuación volvió a centrarse en el papel.

—Esta es la tablilla de los O'Connor —explicó Bronson.

—Baverstock solo consiguió traducir ocho palabras de este texto —dijo Ángela—y, en mi opinión, esta segunda línea no tiene ni pies ni cabeza.

----- de cuatro tablillas Ir-Tzadok coger representar

----- codo ----- lugar -----

No podría estar más de acuerdo —dijo Bronson—. Mira, este sería el orden correcto de las palabras:

Representar coger de Ir-Tzadok tablillas cuatro de

----- lugar ----- codo -----

El último rectángulo, que contenía el texto de la tablilla que se encontraba en el museo de París, decía:

dentro de un días asentamiento rollo ben nuestra piedras de B'Succaca de el ahora lado Jerusalén plata tener el nosotros de el nosotros cueva completado nuestro altura escondida cisterna lugar ahora invasores a de de de último

Y esta es la lista de palabras en el orden correcto:

ben rollo asentamiento días un de dentro el de B'Succaca de piedras nuestra el tener plata Jerusalén lado ahora completado cueva nosotros el de nosotros ahora lugar cisterna escondida altura nuestro último de de de a invasores

—Cuando Baverstock describió esto como un galimatías, no bromeaba —añadió Bronson—. ¿Tú le encuentras algún sentido?

—No —rezongó Ángela—, pero, independientemente del sistema de codificación que utilizara el autor de estas tablillas, tiene que ser algo bastante sencillo. En aquel periodo de la historia no existían los cifrados complicados. Se nos tiene que estar escapando algo, algo muy básico. La única cosa obvia es que Baverstock tenía razón acerca de Qumrán.

A continuación, señaló los dos rectángulos que Bronson había dibujado en la parte inferior.

—Según él, esta palabra de aquí, «Ir-Tzadok», podía hacer referencia a Qumrán. En arameo, el nombre completo del lugar era «Ir-Tzadok B'Succaca», y la segunda

parte de la denominación aparece justo aquí, en la tablilla de París. No obstante —añadió—, ni siquiera así tiene sentido.

—¿Por qué?

—Porque el arameo se lee de derecha a izquierda, no de izquierda a derecha. Sin embargo, «Ir-Tzadok» se encuentra en la tablilla de la izquierda y «B'Succaca» en la de la derecha. Es decir, si tengo razón respecto a la cruz que grabaron en el centro del bloque de arcilla antes de cortarlo en tablillas, deberíamos leer primero la tablilla de la derecha y luego la de la izquierda. De esta manera, esas dos palabras se leerían «B'Succaca Ir-Tzadok», lo que no tiene sentido, porque no significa nada.

—Ya veo a qué te refieres —dijo Bronson despacio. A continuación se recostó en la silla, se desperezó y añadió—: Mira, llevamos todo el día encerrados en esta habitación intentando sacar algo en claro. ¿Qué te parece si bajamos a comer algo? Tal vez nos ayude a aclararnos las ideas y, quién sabe, quizá nos venga la inspiración.

—Te lo juro, Charlie, tuve suerte de salir con vida de Marruecos. Si ese cabrón hubiera descubierto que me encontraba allí mismo, entre la gente, me habría liquidado en ese mismo instante.

—¿Y todo esto sucedió a la vista de todo el mundo? —Charlie Hoxton estaba escuchando por primera vez el relato de la escena que Dexter había presenciado en Rabat. Ambos se habían citado en un bullicioso pub cerca de Petworth y Dexter acababa de entregarle la tarjeta que le había dado Zebari—. ¿A plena luz del día?

Dexter asintió.

—Esta misma mañana, poco después de las nueve. Y la calle estaba a rebosar de gente. Pero a él no le importó lo más mínimo. Uno de sus hombres le voló la tapa de los sesos; luego se subieron al coche y se marcharon. Yo salí pitando de allí, directo al aeropuerto. Ni siquiera me pasé por el hotel a recoger mis cosas.

Hoxton sacudió la cabeza, volvió a mirar la tarjeta que tenía entre sus manos y la giró de un lado a otro.

—Y lo único que le interesaba era recuperar esto —dijo en voz alta, pero como si hablara consigo mismo—. Eso está bien. Más que bien, diría yo.

—¿A qué te refieres con que «está bien»? —preguntó Dexter.

—A que si el asesino de Zebari está tan desesperado por recuperar la tablilla, debe de saber que es auténtica. Pero ¿dónde demonios estará?

Dexter ignoró la pregunta.

—Ese tío es jodidamente peligroso, Charlie, y sabe cómo me llamo. Es posible que ya esté aquí, en Inglaterra, buscándome. Y no me extrañaría que te esté buscando también a ti.

—Yo también soy jodidamente peligroso, Dexter. No te olvides.

Desde el otro lado de la mesa, Dexter podía ver el inconfundible bulto que dejaba la funda de la pistola bajo el brazo izquierdo de Hoxton.

—Además, no estoy muy impresionado por esta jodida tarjeta —dijo Hoxton con brusquedad—. La imagen no es mucho mejor que las que ya tenemos, y, sin duda, no vale quince mil libras. ¿No podías haber cancelado el trato una vez que la viste?

—Lo intenté —se justificó Dexter— pero me apuntó con una pistola.

Hoxton emitió un gruñido de desagrado.

—¿Y qué coño pone aquí? ¿Es una copia del texto en arameo? Dexter negó con la cabeza.

—No. Solo es una explicación del lugar de procedencia. Está en árabe, pero te he hecho una traducción, así, por encima.

Hoxton soltó la tarjeta sobre la mesa y cogió el folio que le ofrecía Dexter. Seguidamente lo desdobló y leyó el texto en inglés.

—¿Es exacta? —le preguntó.

—Yo no diría tanto. Mis conocimientos del árabe no son tan buenos, pero creo que se acerca bastante.

Hoxton no respondió y se limitó a echar un vistazo a lo que estaba escrito.

—No me parece que nos aporte gran cosa, ¿verdad? —concluyó—. Parece una de esas tarjetas que se colocan en las exposiciones de los museos.

Dexter asintió.

—Zebari me dijo que la tablilla había estado en un expositor en una de las salas comunes de la casa del propietario con la tarjeta al lado.

Hoxton leyó en voz alta las primeras líneas de la traducción de Dexter.

—«Antigua tablilla de barro encontrada en el yacimiento de las ruinas de Pirathon o Pharaton (griego), donde actualmente se encuentra la aldea árabe de Farata, en Israel. La inscripción está en arameo, pero el texto es indescifrable y el significado no está claro. Posiblemente forma parte de un conjunto». ¿Y dónde demonios está esta Pirathon o Pharaton?

—Lo he buscado. Era una pequeña ciudad en la región conocida como Samaria, no muy lejos del monte Gerizim y a unos treinta kilómetros de Jerusalén. Nunca fue un lugar importante y prácticamente no queda nada del asentamiento original.

—¿Y qué se supone que hacía allí la tablilla?

—Ni siquiera sabemos si alguna vez estuvo allí —contestó Dexter—. Lo que pone la tarjeta podría ser solo la versión que se ofrecía para consumo público. Después de todo, no iban a poner que la robaron de un museo, ¿no crees? No te olvides que tu tablilla una vez perteneció a un museo de El Cairo, pero imagino que no es eso lo que cuentas a la gente cuando enseñas la reliquia.

—Como comprenderás, no.

Dexter señaló con un gesto el papel que Hoxton todavía sostenía en sus manos.

—Ya tienes una de las tablillas y unas cuantas fotografías borrosas de otra. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Yo no voy a hacer nada —dijo Hoxton—. Nosotros vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos por encontrar la reliquia perdida.

—Pero solo tienes una tablilla, Charlie, y ya sabemos que el conjunto consta de cuatro. ¿Cómo demonios piensas encontrar algo si te falta más de la mitad del texto?

—Tengo a Baverstock consultando en las bases de datos de todos los museos a los que tiene acceso para ver si encuentra cualquier otra tablilla que haya sido recuperada en los últimos años. Si consigue una fotografía decente de alguna otra, calculo que, con dos tablillas, más la traducción parcial de esta de Rabat, podremos desentrañar el misterio. Aun así, tanto si lo consigue como si no, iremos a Oriente Medio. La imagen que aparece en esta tablilla es mejor que cualquiera de las otras fotografías que he visto, y Baverstock debería ser capaz de descifrar, al menos, la

mitad. Probablemente no volverá a presentárenos una oportunidad como esta.

—¿No pretenderás que vaya yo también?

—Pues sí, Dexter. Tú vienes con nosotros porque me hacen falta tus contactos, y Baverstock porque necesitaremos sus conocimientos lingüísticos. A menos que hayas añadido la traducción del arameo imperial al resto de tus habilidades.

Dexter frunció el ceño pero, después de un instante, se dio cuenta de que pasar una semana o así fuera de Gran Bretaña tal vez no era tan mala idea. Si el asesino de Zebari había enviado a algunos de sus hombres a localizarlo, probablemente lo estarían buscando en Marruecos y en el Reino Unido, no en Israel o en cualquier otro lugar que Hoxton tuviera en mente.

Suspiró y se recostó en su asiento. Al fin y al cabo, tal y como estaban las cosas, no tenía elección.

—No, Charlie —dijo—. Todavía no sé leer el arameo. Entonces, ¿cuándo partimos?

—¿Sabes? —dijo Bronson mientras él y Ángela paseaban por una calle cercana al hotel, disfrutando de la fresca brisa nocturna—. Hay algo de lo que todavía no hemos hablado. Me refiero al propósito de las tablillas. ¿Qué ocultaban exactamente las personas que las hicieron? ¿Cuál era su tesoro?

Habían acabado de cenar y Ángela había insistido en que necesitaba estirar las piernas antes de volver a la habitación. Le había dicho a Bronson que, si todavía le preocupaban los hombres armados que le habían estado siguiendo, saldría sola. Después de todo, nadie sabía que estaba en Marruecos. A Bronson no le gustaba la idea, pero accedió a acompañarla. Sabía que si le sucedía algo a Ángela, no se lo perdonaría nunca.

—Fuera lo que fuera, debía de tener un gran valor para ellos, porque se tomaron muchas molestias. Primero cifraron el mensaje en las tablillas, y luego, supuestamente, las escondieron en lugares diferentes para que el escondite de su tesoro solo se pudiera descubrir recuperando las cuatro tablillas. Y hay algunos indicios en lo que hemos descubierto hasta ahora. En particular, una media docena de palabras que me parecen bastante significativas.

—Déjame adivinar. ¿Te estás refiriendo a «rollo», «tablilla», «templo», «plata», «escondido» y «Jerusalén»?

Ángela asintió.

—Exactamente. Hoy en día cualquier tipo de rollo antiguo resulta de interés para los arqueólogos, pero, el hecho de que un rollo fuera escondido hace dos milenios, sugiere que ya por entonces era considerado un objeto de gran relevancia. Y si unes las palabras «rollo» y «plata» surge una posibilidad muy interesante... —En ese momento Ángela interrumpió su explicación porque Bronson la había agarrado del brazo obligándola a detenerse.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No me gusta... —comenzó a decir Bronson mirando primero hacia delante y luego hacia el camino que habían recorrido.

A unos veinte metros delante de ellos una furgoneta blanca acababa de detenerse junto al bordillo, dejando el motor encendido. A unos quince metros a sus espaldas, un Mercedes negro se acercaba lentamente pegado a la acera. Por último, más cerca, mucho más cerca, un puñado de hombres vestidos con chilabas caminaban a paso ligero hacia donde se encontraban.

Cabía la posibilidad de que toda la escena fuera totalmente inocente, una mera serie de hechos independientes e inconexos, pero el ojo experimentado de Bronson le decía que tenía toda la pinta de tratarse de una emboscada. Entonces se detuvo un instante y luego reaccionó.

—¡Corre! —le susurró a Ángela en tono apremiante—. ¡Sal corriendo de aquí! — A continuación señaló hacia una calle lateral y dijo—: Vete por ahí. Lo más rápido que puedas.

Ángela echó un vistazo a sus espaldas, vio por primera vez a los hombres que se acercaban y se alejó.

Bronson, por su parte, giró sobre sí mismo para hacer frente al grupo, y empezó a caminar con paso firme hacia atrás, intentando no ceder terreno para proporcionarle a Ángela una medida de protección. Miró hacia atrás y vio que esta había llegado a la esquina de la calle lateral y empezaba a correr por ella. Se dio la vuelta para seguirla, pero en ese momento los hombres que se aproximaban echaron a correr y en pocos segundos lo habían alcanzado.

Sintió un repentino tirón en el hombro cuando alguien lo agarró e intentó girarse para enfrentarse a sus atacantes. Luego sintió dos fuertes golpes en la parte posterior de su cabeza. Perdió el equilibrio y cayó hacia delante y su cuerpo se desplomó sin fuerzas contra la superficie irregular de la acera.

Lo último que escuchó antes de perder el conocimiento fue un chillido distante de Ángela, que gritaba su nombre.

Segunda parte

Inglaterra

Una de las primeras cosas que hizo Kirsty Philips cuando regresó a Gran Bretaña y terminó de deshacer las maletas fue acercarse con el coche hasta la casa de sus padres. Lo había estado haciendo cada dos días durante la estancia de estos en Marruecos para echar un vistazo a la casa, regar las plantas de interior, recoger el correo, revisar el contestador y, en general, asegurarse de que todo estuviera en orden.

Aquella mañana, aparcó su Volkswagen Golf en el camino de acceso a la pequeña casa independiente, en una tranquila calle de un barrio residencial al oeste de la ciudad, sacó las llaves y abrió la puerta delantera. Como siempre, había un montón de sobres tirados en el felpudo, la mayoría de ellos correo basura de diversa índole. Los recogió y los llevó a la cocina, donde los colocó junto a los que se habían estado acumulando desde que sus padres dejaron la casa por última vez. Esta idea hizo que se le empañaran los ojos, pero decidió dejar a un lado su tristeza y comenzar su habitual recorrido por la propiedad, inspeccionando todas las habitaciones una por una. Por último, fue al salón y comprobó el contestador, pero no había mensajes.

Abrió la puerta que daba a la entrada e inmediatamente se encontró cara a cara con un hombre al que no había visto nunca.

Tenía la piel y el cabello oscuros, era alto y delgado, pero de complexión robusta. En la mano derecha sostenía algún tipo de herramienta negra y larga, quizá una palanca.

El intruso fue el primero en reaccionar. Blandió la palanca dibujando un pequeño y feroz arco y estrelló la barra de metal contra el lado izquierdo del rostro de Kirsty, fracturándole el pómulo y haciendo pedazos el lateral del cráneo. Fue un golpe mortal. Ella sintió por un instante un dolor espantoso y entumecedor, luego se tambaleó y perdió el conocimiento a causa de la potencia del impacto. A continuación se desplomó sobre la alfombra mientras la sangre comenzaba a manar a borbotones por su cara, justo desde donde la piel se había desgarrado brutalmente. Pero no fue eso lo que la mató.

El mayor daño fue interno. En su cerebro, media docena de vasos sanguíneos se desgarraron por los huesos astillados. Fragmentos del mismo hueso fracturado habían penetrado profundamente en su cerebro, causando un daño irreparable. Todavía respiraba mientras estaba allí tumbada pero, a todos los efectos, ya estaba muerta.

El hombre se quedó mirando un largo rato, luego saltó por encima del cuerpo y continuó su camino hacia la puerta de entrada. No había oído ningún ruido del interior de la casa antes de forzar la puerta lateral, y había dado por hecho que el coche que había aparcado en la entrada pertenecía a los O'Connor, una suposición que se había demostrado errónea.

Miró a su alrededor, vio que no había ni rastro de correo y regresó a la cocina.

Tendría que revisar todas las habitaciones una por una hasta encontrar el paquete.

Sobre la mesa de la cocina vio el correo cuidadosamente amontonado a un lado y empezó a revisarlo. Sin embargo, no había ni rastro del sobre que estaba buscando, de manera que, quizá, su jefe se había equivocado.

Durante aproximadamente un minuto se quedó de pie, indeciso, preguntándose cómo debía proceder. No tenía ni idea de quién sería aquella mujer joven (tal vez un vecina o la asistente) y estaba empezando a arrepentirse de haberla golpeado con tanta fuerza. Quizá debía intentar sacar el cadáver de la casa y deshacerse de él. A continuación rechazó la idea. No conocía lo suficiente la zona y el riesgo de que lo vieran arrastrando el cuerpo o de que un agente de policía lo parara con el cadáver en el coche, era demasiado alto.

Entonces abrió la puerta, miró a su alrededor, y se marchó.

Conforme empezaba a recuperar la conciencia, Bronson percibió un dolor punzante en la parte posterior del cráneo. Instintivamente se llevó la mano a la cabeza o, para ser más exactos, intentó hacerlo, porque su brazo no se movió. En realidad no conseguía mover ninguno de los brazos, lo que le desconcertó enormemente. Ni tampoco los pies. Sentía un dolor lacerante en las muñecas y los tobillos y un embotamiento que le bajaba por el lado izquierdo del pecho. Entonces abrió los ojos, pero no consiguió ver nada. Todo estaba oscuro. Durante unos segundos no logró recordar lo que había pasado, pero luego, lentamente, empezó a hacer memoria.

—¡Mierda! —dijo entre dientes.

—¿Chris? ¡Gracias a Dios! —La voz provenía de la oscuridad, de algún lugar a su izquierda.

—¿Ángela? ¿Dónde demonios estamos? ¿Estás bien?

—No lo sé. Me refiero a dónde estamos. Y sí, estoy bien, aparte de encontrarme atada a esta condenada silla.

—¿Por qué no veo nada?

—Estamos en un sótano y esos cabrones apagaron las luces después de atarnos.

—Pero ¿qué ha pasado? Solo recuerdo haber sentido que me golpeaban en la nuca.

—Iba corriendo por la calle y me di la vuelta para ver lo que estaba pasando, justo en el momento en que uno de ellos te agarraba y otro te asestaba un mazazo con una porra o algo similar. Te caíste como un saco y, por unos segundos, creí que estabas muerto. Volví corriendo...

—No deberías haberlo hecho, Ángela. No había nada que pudieras hacer.

—Lo sé, lo sé —suspiró Ángela—. Y también sé que la culpa de que estemos aquí es solo mía. No debería haber insistido en salir a tomar el aire. Y luego, cuando vi que estabas herido, lo único que me importaba era socorrerte.

—Bueno, gracias por intentarlo, pero hubiera sido mejor que te marcharas porque podrías haber llamado a la policía. Y entonces, ¿qué pasó?

—Lo tenían todo muy bien planeado. Dos de ellos me agarraron y me amordazaron (yo no hacía más que gritar con todas mis fuerzas), y luego me metieron a empujones en la parte trasera de la furgoneta blanca que estaba aparcada unos metros más adelante. Me ataron de pies y manos con una especie de cuerda de plástico...

—Seguramente cable plastificado —la interrumpió Bronson—. Es prácticamente irrompible.

—Luego otros tres tipos te levantaron como un fardo y te metieron de mala manera en la furgoneta.

Eso, probablemente, explicaba el dolor del pecho, supuso Bronson.

—Todos ellos se metieron en la parte trasera —continuó Ángela—, y cuando empezaste a moverte, te ataron igual que habían hecho conmigo. A continuación condujeron durante unos quince o veinte minutos y luego pararon y dieron la vuelta. Cuando las puertas se abrieron, solo acerté a ver la pared de color blanco de una vivienda. Después me sacaron, me metieron por la puerta y me bajaron a este maldito sótano. Aquí abajo había dos sillas y me ataron a una de ellas. Luego un par de tipos te bajaron y repitieron el proceso contigo. Al final apagaron las luces y se largaron. De esto hace varias horas y llevo sentada aquí desde entonces. —Hizo una pausa y añadió—: Lo siento, Chris.

A Bronson no le sorprendió oír que su voz se quebraba. Ángela era una mujer muy fuerte (nadie lo sabía mejor que él), pero podía entender lo traumatizada que estaría por los acontecimientos de la noche, especialmente si consideraba que todo lo que había sucedido lo había provocado ella.

—No es culpa tuya —dijo con ternura.

—Sí que lo es. Y ¿sabes lo que más me desconcierta de todo esto?

—¿El qué?

—Durante todo el proceso (el secuestro, el recorrido en furgoneta y cuando nos recluyeron y nos ataron en este sótano), ninguno de ellos dijo ni una sola palabra. Nadie dictó órdenes ni se hicieron preguntas. Es más, ni siquiera hicieron el más mínimo comentario. Todos sabían perfectamente lo que estaban haciendo y eso me preocupa, Chris. No se trata de un rapto al azar por una banda de matones. Quienquiera que haya dirigido todo esto, lo hizo por una razón y es evidente que se trata de una operación planeada cuidadosamente.

Eso también preocupó a Bronson, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—Bueno, no creo que debamos quedarnos aquí para averiguar qué quieren. Tenemos que encontrar el modo de escapar.

Sin embargo, cuando empezó a estirar, sin éxito, las ataduras de plástico que sujetaban sus tobillos y muñecas, Bronson supo que no iba a ser tan fácil. Si hubieran tenido una cuchilla o algo similar, se hubiera liberado en cuestión de segundos, pero nada de lo que hacía surtía ningún efecto.

Aun así, siguió intentándolo y, hasta que no sintió la sangre que corría por sus manos y que brotaba de los cortes que se había hecho en las muñecas, no se rindió y aceptó la realidad de la situación. Estaba muy bien atado y no podía hacer nada para soltarse.

Varias horas después, por fin, las luces del sótano se encendieron. Bronson cerró los ojos con fuerza para protegerse del repentino resplandor, y luego los abrió con cuidado conforme se acostumbraba a la nueva situación.

Ángela estaba sentada a unos tres metros de él, en una silla de madera, con los

tobillos y las muñecas sujetos a la estructura por medio de unas ataduras de cable de plástico. Tenía la ropa hecha un desastre, pero su expresión era desafiante.

El sótano era pequeño, un cubículo más o menos cuadrado con las paredes y el techo de un mugriento color blanco y el suelo cubierto de baldosas. Estaba prácticamente vacío, a excepción de las dos sillas en las que estaban sentados. Justo enfrente de ellos había un corto tramo de escaleras que conducía a una sólida puerta de madera.

Bronson volvió la vista hacia Ángela, que en ese momento miraba fijamente al suelo. Acababa de abrirse, dejando al descubierto un pasadizo pintado de blanco bajo sus pies. Oyeron un lejano murmullo de voces y luego el ruido de pasos que se acercaban.

Unos instantes después, dos hombres de piel oscura, vestidos con chilabas, bajaron por las escaleras que conducían al sótano y se detuvieron delante de Bronson.

Este levantó la vista y los miró fijamente, intentando memorizar sus caras. Uno de ellos tenía un aspecto bastante común, con la piel oscura, el pelo negro, los ojos marrones y unas facciones regulares, sin embargo el otro tenía un rostro que Bronson jamás olvidaría. Le sacaba una cabeza a su compañero y su mejilla izquierda caía ligeramente, haciendo que su amplia boca se torciera formando casi una ese, mientras que el ojo derecho, blanco y sin vida, contrastaba con su piel oscura. Sin embargo, tenía un aire de seguridad en sí mismo y de una fuerza contenida que Bronson supo instintivamente que tenía que ser el jefe de la banda.

—Usted es Christopher Bronson —dijo el hombre alto con una voz calma y pausada.

No se trataba de una pregunta, pero Bronson hizo un gesto de asentimiento.

El hombre alto se giró ligeramente hacia Ángela.

—Y usted es Ángela Lewis, antigua señora Bronson —continuó con un inglés fluido pero con un marcado acento.

—¿Son amigos tuyos, Chris? —preguntó ella en un tono hermético.

—Por supuesto que no —espetó Bronson sin apartar la vista de la figura que tenía frente a él, mientras sus pensamientos comenzaban a agolparse. ¿Cómo era posible que aquel hombre, al que no había visto en su vida, supiera tanto sobre ellos? Vale que conociera su nombre, al fin y al cabo, no era difícil averiguarlo consultando el registro del hotel o la lista de pasajeros de su avión, e incluso el de Ángela por las mismas fuentes, pero ¿cómo sabía que habían estado casados?

—Sabe quiénes somos —dijo Bronson—. Y ahora, dígame, ¿quién demonios es usted y qué quiere?

El hombre alto no contestó y se limitó a hacer un gesto a su colega, que se acercó a un rincón y cogió una silla plegable. La colocó cerca de los escalones de cemento y esperó a que su jefe tomara asiento.

—Ha llegado el momento de que hablemos. Creo que uno de ustedes tiene algo que me pertenece —dijo el hombre alto.

Bronson sacudió la cabeza.

—No creo —contestó—. Y ¿de qué estamos hablando exactamente?

El hombre alto con el rostro paralizado se quedó mirándolo durante unos instantes.

—Mire, esto funciona así. Yo hago las preguntas y usted me da las respuestas que yo quiero.

Seguidamente se giró e hizo un ademán al segundo hombre que seguía de pie junto a la silla.

El hombre avanzó lentamente, se detuvo delante de Bronson y, sin previo aviso, le asestó un puñetazo en el estómago.

Bronson se inclinó de golpe dando arcadas y tirando de sus ataduras.

—¡Déjalo en paz, cabrón! —gritó Ángela.

—Ahmed —dijo el hombre alto con suavidad.

Ahmed pasó por detrás del cuerpo retorcido de dolor de Bronson, se situó delante de Ángela y la propinó una sonora bofetada.

Ella se balanceó hacia un lado y, a causa del golpe, la silla se tambaleó momentáneamente sobre dos patas y cayó hacia atrás.

Ahmed se acercó a ella, agarró el respaldo y la levantó. Casi sin mirar a Ángela, regresó de nuevo junto a su jefe.

—Bueno, empecemos de nuevo. Creo que se han apoderado de algo que me pertenece —dijo el hombre alto con la misma voz reposada y razonable. A continuación miró a Bronson y añadió—: Lo mejor será que comencemos con usted. —Seguidamente indicó a Ahmed que se colocará a un lado del hombre atado y dijo—: Me han robado una pequeña tablilla de barro, ¿la tiene?

Bronson negó con la cabeza.

—¿Se refiere a la tablilla que Margaret O'Connor cogió en el zoco? —preguntó entrecortadamente y respirando con dificultad.

El hombre alto asintió con un gesto.

—No tenemos ni idea de adonde ha ido a parar —respondió Bronson—. ¿No la encontró cuando sus hombres echaron su coche de la carretera?

—Eso no está nada mal, Bronson —dijo el hombre alto con aprobación—. Al menos ha conseguido averiguar eso. No, no la encontramos y la policía tampoco la localizó cuando examinaron los restos del accidente.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo muchos contactos.

—Entonces, ¿por qué demonios supone que la tenemos nosotros?

—Porque usted ha estado tratando con la hija y el yerno. Es obvio que, si los

O'Connor no se deshicieron de la tablilla, y estoy convencido de que no lo hicieron, ellos son los únicos que pueden tenerla.

—¿Y cómo se supone que se la hicieron llegar? —preguntó Bronson sin quedarle otra.

Tras un gesto del hombre alto, Ahmed se acercó a él y le dio un puñetazo en la parte izquierda del rostro.

—Es usted un poco lento, Bronson. He dicho que yo hago las preguntas, ¿recuerda? Bueno, intentémoslo de nuevo. ¿La tablilla la tiene la hija?

Bronson escupió una bocanada de sangre sobre el suelo descolorido.

—No —masculló—. No la tiene. Ni tampoco su marido. Está buscando en el lugar equivocado.

Durante unos segundos el hombre alto permaneció en silencio y se limitó a estudiar a sus cautivos.

—¿Y por qué será que no me trago ni una palabra? —murmuró—. Creo que ha llegado el momento de preguntarle a su ex esposa.

—Ella no tiene nada que ver en esto —dijo Bronson levantando la voz y en un tono apremiante—. Ni siquiera conoce a la hija de los Bronson.

—Lo sé. Y tampoco creo que sepa nada de la tablilla, pero pienso que, si la presionamos un poco, quizá le ayude a hacer memoria. A Ahmed le encantan este tipo de cosas —añadió.

—¡Ni se le ocurra tocarla! —gritó Bronson.

Ahmed rebuscó entre los pliegues de su chilaba, sacó una navaja automática y apretó el botón para sacar la hoja. Luego metió la mano en otro bolsillo y extrajo una pequeña piedra de color gris. A continuación se apoyó contra una de las paredes del sótano y, como quien no quiere la cosa, empezó a deslizar la piedra por la cuchilla, emitiendo un siniestro silbido con cada pasada. Después de un par de minutos comprobó el filo del arma con el pulgar e hizo un gesto de satisfacción.

—Mátala —ordenó el hombre alto mientras Ahmed se acercaba a la silla de Ángela—, pero tómate tu tiempo. Para empezar, límitate a hacerle algunos cortes. Tal vez en las mejillas y la frente.

Ángela no abrió la boca, pero Bronson pudo ver el terror en su rostro y el esfuerzo que hacía para no dejar entrever su miedo a sus captores.

—Verá, Bronson —dijo el hombre alto con un tono dialogante, casi cordial—, siempre he pensado que mi tablilla formaba parte de un conjunto. Y posiblemente ustedes han llegado a la misma conclusión, ¿verdad? Yo tengo una teoría. Creo que las tablillas, todo el conjunto, revelan el paradero del rollo de plata y, tal vez, incluso la de la alianza mosaica, aunque eso, quizá, es algo menos probable. Merece la pena luchar por estos dos tesoros, e incluso matar si hace falta, de manera que ya sabe por qué quiero que me devuelvan la tablilla.

Bronson forcejeaba desesperadamente contra los cables de plástico que le ataban a la silla de madera, consciente de la inutilidad de sus esfuerzos, pero empeñado en escapar si hubiera podido.

—Pero yo no tengo la puta tablilla. ¿Es que no ha oído ni una palabra de lo que le he dicho? ¡No tengo la jodida tablilla! Y ninguno de nosotros tiene ni la más remota idea de dónde está.

—Eso habrá que verlo —dijo el hombre alto girándose ligeramente hacia la silla de Ángela para observar mejor el trabajo de su esbirro.

—¡No lo haga! —suplicó Bronson—. ¡Se lo ruego! ¡No lo haga!

—No nos llevará mucho tiempo —dijo el hombre alto—. Cuanto antes empecemos, antes acabará su sufrimiento.

Ahmed estaba de pie junto a la silla de Ángela, acariciando suavemente sus mejillas con una ligera sonrisa dibujada en su cara.

Ángela tenía los ojos abiertos como platos y respiraba entrecortadamente mientras luchaba contra las ataduras que la mantenían firmemente a la silla.

—¡Espera! —dijo el hombre alto cuando Ahmed empezó a levantar la hoja de su navaja hacia el rostro de Ángela—. Primero amordázala. No quiero que haga demasiado ruido.

Ahmed asintió, cerró el resorte de su arma y sacó de su bolsillo una cinta de color negro. Cortó un trozo de unos veinte centímetros, se colocó detrás de Ángela y le puso la cinta sobre la boca.

—Procura no tapparle la nariz. No queremos que se ahogue.

Ahmed se aseguró de que la cinta quedara bien sujeta, se colocó a un lado de la silla y volvió a abrir la navaja.

—¡Pare! ¡Por favor, deténgase! —suplicó Bronson.

—Demasiado tarde —dijo el hombre alto antes de hacer un gesto a Ahmed—. Adelante, empieza de una vez.

—¿Alguna novedad? —preguntó Eli Nahman entrando en la sala del edificio ministerial en Jerusalén, seguido muy de cerca por Yosef ben Halevi.

—Sí —respondió Levi Barak haciendo un gesto a los dos académicos para que tomaran asiento—. Gracias a uno de nuestros operativos en Marruecos —comenzó—, tenemos más datos sobre la reliquia. No obstante, seguimos sin conocer su paradero. En nuestra opinión, lo más probable es que la pareja la enviara por correo a su casa.

—¿Puedes mandar a alguien para que lo compruebe? —preguntó Nahmad.

Barak sacudió la cabeza.

—No hace falta —dijo—. Nuestros agentes en el Reino Unido ya han empezado a investigar.

—¿Y?

—Han descubierto que no somos los únicos que andan detrás de ella.

Nahman miró a Ben Halevi.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Hay dos direcciones en Gran Bretaña que consideramos indispensable cubrir —explicó Barak sin contestar de forma directa a la pregunta de Nahman—. La residencia de los O'Connor y la de su hija y el yerno. Las dos se encuentran en Canterbury, en Kent, al sudeste de Inglaterra. Hemos establecido vigilancia en ambas. Ayer, el equipo que cubría la propiedad de los O'Connor vio a su hija que llegaba a la casa y entraba. Unos diez minutos más tarde avistaron a un desconocido delante de la puerta lateral. Se había acercado al lugar por la parte trasera, a través de un estrecho camino sin asfaltar, en vez de hacerlo por la entrada principal. Esa es la razón por la cual no lo vieron llegar. Nuestros hombres le hicieron algunas fotos.

Barak pasó dos instantáneas a cada uno de los hombres. En ellas se veía a un individuo de piel oscura y pelo negro que estaba de pie a un lado de la casa. Era evidente que habían sido tomadas con un potente teleobjetivo.

—Llevaba una palanca —continuó Barak—, que utilizó para forzar la puerta lateral. Por lo visto desconocía que había alguien en el interior. Unos minutos más tarde abandonó el lugar a toda prisa por donde había llegado, atravesando el jardín y usando el camino sin asfaltar.

»Poco después una vecina entró en la casa (es posible que hubiera visto el coche de la hija aparcado delante) y salió, tras unos segundos, gritando desesperadamente. Llegaron varios coches de policía y una ambulancia y ahora sabemos que Kirsty Philips, la hija de los O'Connor, ha sido asesinada. Obviamente lo hizo el intruso.

—¿Y quién es? —preguntó Nahman.

—No lo sabemos —replicó Barak—. Hemos pedido ayuda a todos los servicios de inteligencia con los que tenemos buenas relaciones a fin de averiguar su identidad,

pero no tengo muchas esperanzas de que su rostro aparezca en sus bases de datos. Creemos que se trata de un miembro de alguna banda de delincuentes marroquíes.

—¿Y consiguió la tablilla?

—En nuestra opinión, no. Seguimos teniendo la casa bajo vigilancia y nuestros hombres han vuelto a verla por los alrededores. De todos modos, no se ha acercado a la casa, seguramente a causa de la presencia de los agentes de policía. Es evidente que, si hubiera conseguido la tablilla, no se le habría visto el pelo.

—Y entonces, ¿dónde puede estar?

Barak se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Quizá sigue en alguna oficina de correos, o tal vez se encuentre en poder de la policía británica y estén examinándola. Si así fuera, lo sabremos hoy mismo gracias a nuestros contactos en las fuerzas metropolitanas.

—¿Y si no?

—He dado órdenes estrictas a los hombres que vigilan la casa. En cuanto reaparezca, y lo hará apenas la policía abandone la casa, lo capturarán y lo interrogarán.

Una expresión de desagrado atravesó el rostro de Nahman.

—A mí nadie me ha consultado sobre la posibilidad de emprender ese tipo de acciones.

Barak sacudió la cabeza.

—Lo siento, Eli, pero este asunto ha subido muchos puestos en la escala de importancia. He venido a informarte por pura cortesía, pero actualmente recibo órdenes directas de la cúpula del Mosad. En este momento mi principal prioridad es recuperar la tablilla. El resto de consideraciones se han vuelto secundarias y se estima aceptable cualquier tipo de daños colaterales. Eso significa que, cualquiera que intente evitar que nos hagamos con la reliquia, se considerará automáticamente prescindible.

El rostro de Nahman mostró una clara expresión de horror.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Es realmente necesario?

Barak asintió con la cabeza y miró a los dos hombres.

—Si vuestro análisis de las imágenes que hemos recuperado es correcto, esas cuatro tablillas de barro podrían conducirnos a la clave fundamental de la soberanía judía. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para recuperar esa reliquia.

Ahmed agarró con fuerza la cabellera de Ángela y tiró de su cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo de la silla. Luego deslizó por sus mejillas el dorso de la hoja de su navaja, primero una y luego la otra, jugando con ella, mientras la punta del frío acero dejaba un fugaz surco blanco en su piel, ligeramente bronceada, una marca que se desvanecía hasta hacerse invisible apenas pasaba la cuchilla.

—¿Por qué lado empezamos? —susurró acercándose a su oído—. Es tu cara. Puedes escoger.

Ángela lo miró con los ojos desorbitados mientras intentaba decir algo detrás de la cinta que tapaba su boca y un hilillo de moco le salía de la nariz. Bronson jamás había visto una expresión de terror como aquella en un rostro humano, y no había nada que pudiera hacer por evitarlo.

—¡Les diré todo lo que sé! —gritó desesperado.

—Dígame dónde está la tablilla —respondió el hombre alto alzando el volumen de la voz hasta convertirse casi en un grito al final de la frase.

—¡No lo sé! —replicó Bronson amargamente—. Y seguiré sin saberlo independientemente de lo que me hagan, o de lo que hagan con Ángela.

—Entonces ella morirá, y también usted. Empieza de una vez, Ahmed —añadió.

En aquel mismo instante se oyó un repentino ruido en el piso encima del sótano. El hombre alto hizo una mueca de fastidio, se puso en pie y se dirigió a la puerta. Ahmed, por su parte, se quedó inmóvil con la cuchilla apoyada en la mejilla izquierda de Ángela.

Bronson se quedó mirando la puerta. Entonces oyó otro ruido, voces que se alzaban y el repiqueteo de unos pasos sobre el cemento. El hombre alto gritó algo en árabe en un claro tono de irritación.

—Espera aquí. Enseguida vuelvo —ordenó a Ahmed. A continuación comenzó a subir las escaleras.

Durante dos o tres minutos se oyeron ruidos confusos en la parte superior, gritos de preocupación o quizá de enfado, una sucesión de débiles ruidos sordos y luego se hizo el silencio de nuevo. Bronson, que no había apartado la vista del tramo de escalones de cemento, vio una figura vestida con una chilaba que descendía por ellos. En aquel momento sintió una punzada de miedo. El hombre alto regresaba, y estaba vez nada le detendría.

No obstante, cuando la figura puso los pies en el sótano, Bronson alzó las cejas desconcertado. El hombre sujetaba un gran trozo de cartón delante de él, que ocultaba por completo su rostro y parte de su torso.

Bronson miró a Ahmed, que tenía la misma expresión de perplejidad.

—¿Yacoub? —preguntó.

Tanto la respuesta como lo que sucedió a continuación se revelaron totalmente inesperados.

—No —dijo el hombre, dejando caer el trozo de cartón.

Bronson reconoció de inmediato los rasgos familiares de Jalal Talabani que, con expresión adusta, alzó la pistola que sostenía en la mano derecha buscando su objetivo.

Ahmed soltó una maldición y alzó la navaja hacia el rostro de Ángela justo en el preciso instante que Talabani apretaba el gatillo. La pistola semiautomática estaba provista de silenciador, por lo que el sonido del disparo no pasó de un estallido apagado. La tapa del arma salió disparada hacia atrás, la carcasa de latón de un cartucho cayó rodando al suelo y Talabani disparó de nuevo, y luego una vez más.

Al otro lado del sótano, Ahmed se echó la mano al pecho y cayó hacia atrás, mientras la navaja se resbalaba de su mano. Cuando chocó contra el muro, un repentino chorro de sangre brotó de su pecho, formando un amplio arco que salpicó el suelo.

Talabani se precipitó hacia su víctima, le tomó el pulso e introdujo su pistola en la funda que escondía bajo su chilaba. A continuación se inclinó de nuevo, agarró la navaja y cruzó el sótano en dirección a Bronson.

—¡Dios, Jalal! No sabe cuánto me alegro de verle —dijo entrecortadamente.

—Ha tenido mucha suerte, amigo mío —dijo el oficial de policía marroquí mientras cortaba los cables con la hoja recién afilada, liberando a Bronson de la silla.

—Deme —dijo Bronson y cogió la navaja de Talabani. Rápidamente liberó a Ángela y le retiró la cinta de la boca.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! —sollozó aferrándose a Bronson con una enorme fuerza, fruto de la desesperación.

Todavía abrazado a Ángela, Bronson se giró hacia Jalal.

—¿Cómo demonios se las ha arreglado para llegar hasta aquí? —le preguntó—. ¿Y dónde están sus hombres?

—Un viandante llamó por teléfono para informar de su rapto y se las arregló para coger la matrícula de la furgoneta —explicó Talabani—. El número se difundió inmediatamente y tenemos varias patrullas que llevan buscándoles toda la noche. Yo pasaba por delante de esta casa, que está en las afueras de Rabat, cuando la vi aparcada. Evidentemente, pedí refuerzos, pero decidí intentar entrar yo mismo. Arriba había solo un par de tipos, y no tuve problemas para deshacerme de ellos, ni tampoco de ese hombre alto con un solo ojo, que se llama Yacoub y su nombre es muy conocido entre nosotros, cuando subió a ver qué pasaba. El resto, ya lo han visto.

Bronson sacudió la cabeza.

—Gracias a Dios que lo hizo —dijo—. Ese cabrón al que acaba de disparar estaba

a punto de cortarle la cara a Ángela.

Esta se estremeció al oír sus palabras.

—Larguémonos de aquí —farfulló entre las lágrimas que surcaban su rostro.

—¡Váyase, amigo mío! —lo apremió Talabani—. En unos minutos este sitio estará plagado de agentes de policía y estoy seguro de que ninguno de ustedes desea verse envuelto en semejante circo. ¿Por qué no cogen mi coche? —dijo sacando del bolsillo un juego de llaves—. Regresen al hotel. Si fuera necesario, siempre puedo pasarme por allí a tomarles declaración.

—¿No le ocasionará problemas, Jalal?

—Nada que no pueda solucionar. Váyanse.

—Vamos, Ángela —dijo Bronson—. Salgamos de aquí. Y gracias, Jalal. Le debo una.

Subieron las escaleras para salir del sótano, Ángela todavía agarrada a Bronson, y caminaron por la entrada hasta la puerta abierta, de par en par, de la casa. Ángela se estremeció al ver dos figuras, despatarradas en el suelo del pasillo, con las chilabas cubiertas de manchas color carmesí. Pasó por encima de ellas con cautela, intentando evitar el contacto con los cuerpos. Bronson echó un vistazo y abrió la puerta de una habitación para descubrir otra figura silenciosa que yacía inmóvil en el suelo. Era evidente que Talabani había sido muy concienzudo.

En el exterior de la casa empezaba a amanecer. Ángela se detuvo e inspiró profundamente varias veces intentando llenar sus pulmones de aire fresco, y de pronto vomitó en el suelo arenoso.

—¡Dios! ¡Qué pesadilla! —musitó sacando un paquete de pañuelos de papel de su bolsillo para limpiarse la boca—. ¿Cuánto crees que tardaríamos en llegar al aeropuerto?

Dos minutos más tarde, Bronson se alejaba de la casa blanqueada en el Renault de Talabani y se dirigía hacia el centro de Rabat con Ángela sentada a su lado, todavía tensa y temblando por la terrible experiencia.

Jalal Talabani estaba de pie en la entrada y, tras observar como su coche se alejaba por la carretera, volvió al interior de la casa. Atravesó la entrada, saltó por encima de las figuras inmóviles que yacían en el suelo y atravesó una puerta que daba a una habitación lateral.

Sobre un par de grandes cojines, apoyados contra la pared de enfrente, había un hombre tumbado boca arriba, con una gran mancha roja que cubría la parte delantera de su chilaba.

El hombre alto con el rostro paralizado se incorporó, se quedó sentado sobre los cojines y apoyó la espalda contra la pared. Miró a Talabani y asintió con un gesto de aprobación.

—Así exactamente es como quería que lo hicieras. ¿Has tenido algún problema

con los dos hombres de fuera?

Talabani negó con la cabeza.

—Cuando me vieron entrar, sacaron las pistolas, pero fueron mucho más lentos que yo. ¿Por qué quisiste que los matara? —preguntó—. ¿Y también a Ahmed?

Yacoub se puso en pie.

—Porque Bronson tenía que creer que todo esto era real. Él y Lewis debían pensar que habían logrado escapar y que yo estaba muerto. Era la única manera de que se sintieran lo suficientemente seguros como para seguir el rastro y encontrar las reliquias. Los hombres, todos ellos, eran prescindibles.

—¿Y ahora qué?

—Mis hombres ya están en sus puestos. Seguirán a Bronson y a Lewis y, cuando encuentren lo que estoy buscando, se lo quitaré. Y luego los mataré.

Bronson pagó la cuenta de las dos habitaciones en recepción, llevó las maletas al coche de alquiler y cogió la carretera que salía de Rabat hacia el sur, en dirección al aeropuerto de Casablanca. Acababan de dejar atrás las afueras de la ciudad cuando sonó su móvil.

—¿Quieres que responda yo? —preguntó Ángela mientras Bronson rebuscaba en su bolsillo para sacar el teléfono. Cuando estaban en el hotel había insistido en que se tomara un vaso de brandy y estaba sorprendido de lo rápidamente que se había recuperado de la terrible experiencia.

—No, gracias. Debe de ser del trabajo —respondió.

Tan pronto como vio un espacio abierto, Bronson detuvo el coche a un lado de la carretera y respondió la llamada.

—Llevo un montón de tiempo intentando localizarte, Chris —dijo el comisario Byrd—. Súbete al primer avión que salga. Aquí ha habido algunas novedades en relación con el caso.

—¿En Inglaterra? —preguntó Bronson—. ¿Qué tipo de novedades?

—Kirsty Philips ha aparecido muerta, asesinada para ser más exactos, en la casa de sus padres en Canterbury.

—¡Dios mío! ¡Eso es horrible! ¿Y su marido?

—Está destrozado. Tengo un equipo trabajando en el homicidio, pero te necesito aquí para que actúes de enlace, solo por si hay alguna conexión entre su muerte y lo que les sucedió a sus padres en Marruecos. ¿Cuánto crees que tardarás en llegar?

Bronson miró su reloj.

—En estos momentos voy camino del aeropuerto —dijo—, pero no creo que consiga estar en Londres hasta última hora de la tarde. ¿Nos vemos en la comisaría mañana por la mañana para hablar del tema o prefieres que vaya derecho a la escena del crimen?

—Será mejor que vayas directamente allí, a presentarte al inspector que lleva el caso. Se llama Dave Robbins. Probablemente los forenses y los de la científica sigan en la casa. Luego te mando un mensaje de texto con la dirección. Pásate a verme por la tarde. —A continuación hizo una pausa y añadió—: Pareces un poco tenso, Chris. ¿Te pasa algo?

—He tenido una noche bastante movidita. Ya te contaré mañana.

Bronson cerró de golpe su teléfono móvil y se giró hacia Ángela.

—Era mi jefe —dijo con gesto sombrío—. Y no llamaba precisamente para darme buenas noticias. Han asesinado a Kirsty Philips.

—¡Oh, Dios mío! Seguro que tiene que ver con la tablilla de barro, ¿verdad?

Bronson arrancó de nuevo y se incorporó a la carretera.

—Sí —dijo—. Y, de hecho, los dos sabemos que la gente que la busca está dispuesta a cualquier cosa. —Tras una breve pausa preguntó—: ¿Qué vas a hacer ahora? No creo que estés en peligro ahora que el hombre alto, el que Talabani llamó Yacoub, está muerto. Pero puedes mudarte a mi casa si te preocupa quedarte en tu piso.

Ángela se lo quedó mirando durante un buen rato; luego suspiró y se retiró el pelo de los ojos.

—Gracias. Me encantaría —dijo simplemente—. Pero ¿sabes? Todavía no he finalizado la búsqueda. Cuando aquel tipo estaba a punto de cortarme la cara a rebanadas, el otro, el tal Yacoub, dijo algo que no puedo pasar por alto. Dijo que, según él, la inscripción de las tablillas podía revelar el paradero del rollo de plata y de la alianza mosaica.

—¿Te acuerdas de eso?

—Créeme, Chris. Recuerdo cada segundo de lo que pasó en aquel sótano y todo lo que allí se dijo.

—Nunca he oído hablar del rollo de plata —dijo Bronson—. ¿Y qué es eso de la alianza mosaica?

—En 1952, los arqueólogos que excavaban en Qumrán encontraron un rollo hecho de cobre, lo que de por sí ya era bastante inusual. Lo realmente extraordinario era que, aunque casi todos los rollos del mar Muerto contenían textos religiosos, el rollo de cobre era simplemente una lista de lugares donde se habían enterrado unos tesoros. El problema radica en que las indicaciones no tenían ningún sentido porque eran muy vagas. Pero una de las listas hacía referencia a un segundo rollo que había sido escondido en algún otro lugar, un rollo que proporcionaba más detalles de dónde se escondieron los tesoros. A ese documento, que nadie ha encontrado todavía, se le conoce como el rollo de plata.

—¿Y la alianza mosaica?

Ángela asintió con la cabeza.

—La palabra «mosaico» tiene varios significados, que incluyen el concepto de taracea de múltiples colores y componentes. Pero también significa otra cosa: «perteneciente a Moisés».

—¿Moisés? ¿Te refieres al de los diez mandamientos?

—Exactamente. El profeta Moisés. El autor de la Tora y líder de los israelitas. Ese Moisés.

—¿Y eso de la alianza? —preguntó Bronson—. ¿No estaremos hablando de los diez mandamientos?

Ángela asintió lentamente con la cabeza.

—Ese el significado exacto de la alianza mosaica. Lo que quiero decir es que te olvides del arca de la alianza. Era simplemente una caja de madera cubierta de placas

de oro que se usaba para trasladar la alianza de un lado a otro. El arca probablemente se pudrió hace siglos y se quedó en nada. Pero esta es una posible pista del paradero de la alianza en sí: las tablas para las que se construyó el arca que las albergaría.

—No puedes hablar en serio, Ángela. ¿Existe alguna evidencia tangible de la existencia de Moisés?

—Ya hemos hablado de este tipo de cuestiones en otras ocasiones, Chris —dijo con una leve sonrisa— y creo que sabes lo que opino. Como de Jesús, no existe ninguna evidencia física de que Moisés fuera una persona real pero, a diferencia de éste, aparece en más de una fuente antigua, así que, solo por eso, tiene más credibilidad. Se le menciona en los escritos de numerosos historiadores griegos y romanos, así como en la Tora, e incluso en el Corán.

»No obstante, tanto si Moisés fue una realidad histórica como si no, eso es lo de menos. Si aquel hombre, Yacoub, tenía razón, la gente que escondió las reliquias y preparó las tablillas hace dos mil años sí que creía poseer algo que perteneció a Moisés. Eso significa que, independientemente de lo que sea la reliquia, ya por entonces era antigua. Y cualquier tablilla de piedra de más de dos milenios de antigüedad tendría un valor extraordinario desde el punto de vista arqueológico.

—Entonces, ¿has decidido emprender la búsqueda?

—Sí. No puedo dejar pasar una oportunidad como esta. Una ocasión así solo se presenta una vez en la vida.

Bronson la miró a la cara. La palidez había dado paso a un rubor de excitación y sus preciosos ojos de color avellana brillaban de ilusión.

—¿A pesar de todo lo que has pasado hoy? Estuviste a punto de morir en aquel sótano.

—No hace falta que me lo recuerdes. Pero Yacoub está muerto, e independientemente de lo que sus hombres planeen hacer a partir de ahora, dudo mucho que perseguirnos para intentar recuperar la tablilla de barro esté entre sus prioridades. En cualquier caso, dentro de un par de horas habré abandonado el país, y no creo que ni el rollo de plata ni la alianza mosaica estén en Marruecos. La referencia a Qumrán es lo suficientemente clara, y tengo el presentimiento de que, independientemente de lo que escondiera la gente que grabó las tablillas, están enterrados en Judea o en algún lugar de esa zona. La tablilla que encontraron los O'Connor debería indicarnos el paradero exacto.

Bronson asintió.

—Bueno, si quieres seguir investigando, mucho me temo que tendrás que hacerlo sola. Tengo que volver a Maidstone para redactar el informe y es posible que me vea envuelto en la investigación del asesinato de Kirsty Philips. Estoy seguro de que no seré capaz de convencer a Dickie Byrd de que, de repente, tengo que largarme a Israel. ¿Estás segura de que merece la pena seguir con esto?

Ángela lo miró.

—Completamente —dijo. A continuación, abrió su bolso, extrajo algunos folios doblados y empezó a observarlos.

—¿Es el texto en arameo? —preguntó Bronson.

Ángela asintió con la cabeza.

—Sí. Todavía no consigo entender cómo funcionaba el código que utilizaron. ¡Estaba tan segura de que constaba de cuatro tablillas! Sin embargo, la posición de las dos palabras «Ir-Tzadok» y «B'Succaca» echan por tierra mi teoría.

Bronson bajó la vista hacia las hojas de papel y luego volvió a la carretera.

—Explícame otra vez cómo crees que prepararon las tablillas —sugirió.

—Ya lo hemos hablado muchas veces, Chris.

—Hazme ese favor —dijo Bronson—. Dímelo otra vez.

Ángela se armó de paciencia y le contó su teoría de que la pequeña línea diagonal que había observado en las fotografías de cada una de las tablillas indicaba que originariamente eran una única plancha de barro, la cual había sido cortada en cuatro cuartos, y que cada línea diagonal formaba los brazos de una cruz, grabada en el centro de la losa para indicar la posición original de esos cuartos.

—Así que tienes cuatro tablillas, cada una cubierta de un texto en arameo, que siempre se lee de derecha a izquierda. Sin embargo, en las dos de abajo el único modo de que Ir-Tzadok y B'Succaca aparezcan en el orden correcto es leer las dos palabras al revés, de izquierda a derecha, ¿estoy en lo cierto?

—Efectivamente —respondió Ángela—. Y esa es la razón por la cual debo de estar equivocada. Lo único que tiene sentido es que las tablillas se lean linealmente de derecha a izquierda. Pero, en ese caso, ¿cuál es la finalidad de las líneas diagonales?

Bronson permaneció en silencio durante un par de minutos, mirando la cinta de asfalto que se desenrollaba delante del coche, mientras su cerebro consideraba ciertas posibilidades que más tarde rechazaba. Luego sonrió levemente y después soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Ángela con expresión irritada.

—Es evidente, evidente a todas luces —dijo—. Hay una manera sencilla de que puedas colocar las tablillas formando un cuadrado, como tú sugieres, y seguir leyendo las dos palabras en el orden correcto. De hecho —añadió—, es tan evidente que me sorprende que no te dieras cuenta tú misma.

Ángela miró el papel y sacudió la cabeza. Luego la giró y miró a Bronson.

—Vale, listillo —dijo—. Ilumíname.

Ángela desplegó sus notas sobre la mesa que tenía ante ella y se inclinó para estudiar lo que había escrito. Se encontraban en el vestíbulo de salidas del aeropuerto Mohammed v, esperando a que anunciaran el vuelo a Londres.

—Creo que tu solución al enigma de las tablillas de barro es la correcta. He anotado todo lo que habíamos descifrado, pero en el orden que tú sugieres, y ahora parece tener mucho más sentido. Solo desearía tener mejores fotografías de las tablillas del museo de El Cairo y de la de los O'Connor. Sería muy útil poder leer unas pocas palabras más de las inscripciones de esas dos.

Bajó la vista de nuevo hacia los papeles que tenía delante. La idea de Bronson era tan simple que ella también estaba sorprendida de que no se le hubiera ocurrido.

El arameo, había dicho él, se escribía de derecha a izquierda, y ambos estaban más o menos de acuerdo en que en un principio existían cuatro tablillas que formaban un cuadrado. Bronson le había sugerido que quizá el texto se podía leer empezando por la primera palabra del extremo derecho de la primera línea de la tablilla situada arriba a la derecha (que, por supuesto, no tenían) y luego leer la palabra en la misma posición en la tablilla situada arriba a la izquierda. Luego debían moverse a la de abajo a la izquierda y, finalmente, a la de abajo a la derecha. A continuación tenían que volver a la de arriba a la izquierda y continuar el proceso siguiendo una especie de círculo en dirección a las agujas del reloj. De ese modo, al menos, las palabras «Ir-Tzadok» y «B'Succaca» podían leerse en el orden correcto.

Pero, aun así, esta técnica no produjo nada que pareciera totalmente coherente (solo formaba unas frases muy cortas e inconexas) hasta que intentaron leer una palabra de cada línea y a continuación la palabra de la línea justo debajo, en lugar de la siguiente palabra de la misma línea. Solo entonces, el texto empezó a cobrar cierto sentido. Lo que en ese momento leyeron fue:

por ----- ben ---- representar el ----- tarea --- el
 completado ----- ahora
 último ----- el ----- rollo ----- cogio de
 tener ----- cueva ----- lugar
 de ----- asentamiento
 Ir-Tzadok B'Succaca ----- rollo ----- plata
 nosotros ----- cisterna ----- lugar de
 fin ----- días -- las tablillas de ----- templo
 Jerusalén ----- el ----- escondidos
 de ----- un ----- cuatro piedras
 el ----- lado - un ----- de ---- altura
 codo a ----- dentro de ----- de
 nuestro ----- y --- ahora ----- nosotros
 nuestro ----- invasores - nuestro

—¿Has intentado rellenar alguno de los espacios? —preguntó Bronson.

—Sí —le confirmó Ángela—. Pero no es tan sencillo como crees, porque se corre el riesgo de acabar adaptando el texto a tu conveniencia. Lo he intentado, y algunas de las palabras que faltan parecen bastante obvias, como por ejemplo, el final de la última línea. La palabra «invasores» destaca por lo diferente que es del resto de la inscripción, de manera que, en mi opinión, podría formar parte de una proclama política, algo así como «nuestra lucha contra los invasores de nuestra tierra». Sería una forma de justificar su oposición, probablemente, a los romanos, que estaban por toda Judea durante el siglo I después de Cristo.

»El resto es más difícil, pero hay un par de cosas de las que podríamos estar seguros. Estas tablillas sí que hacen referencia a Qumrán: las palabras «Ir-Tzadok B'Succaca» así lo confirman. Y en la misma frase, o posiblemente al principio de la siguiente, estoy bastante segura de que esas tres palabras significan «rollo de plata». Eso es lo que realmente me entusiasma. El problema es que, si el autor de este texto poseía el rollo y luego lo escondió en algún sitio, supuestamente en una cisterna, que es lo que espero, seguimos sin saber exactamente dónde debemos comenzar nuestra búsqueda, a excepción de Qumrán, evidentemente. Y el país, por supuesto, estaba lleno de pozos y cisternas en aquel periodo. Cada asentamiento, desde una casa individual hasta los grandes pueblos o ciudades, necesitaba tener una fuente de agua potable cerca. No tengo ni idea de cuántas cisternas había en la Judea del primer siglo después de Cristo, pero supongo que el número superará las mil, tal vez incluso haya decenas de miles.

Seguidamente bajó la vista hacia el texto que habían descifrado y estudió las pocas palabras que habían conseguido traducir. Si al menos pudieran rellenar un

hueco o dos más, quizá tendrían alguna idea de por dónde emprender la búsqueda.

La siguiente pregunta de Bronson se hizo eco de sus pensamientos.

—Suponiendo que el museo te permita viajar a Israel, ¿dónde crees que deberías empezar a buscar?

Ángela suspiró y se frotó los ojos.

—No tengo ni idea, pero la referencia que hemos conseguido descifrar es la primera pista tangible que conduce a una reliquia de cuya existencia se viene sospechando desde hace más de cincuenta años. La mitad de los arqueólogos que se dedican a estas cuestiones con los que he hablado ha pasado algún tiempo investigando el tema del rollo de plata, y la otra mitad lo han descartado por considerarlo un mito. Pero la tablilla de barro de los O'Connor es prácticamente contemporánea a la reliquia y creo que la referencia es una prueba lo suficientemente fiable como para seguirla. Y hay una cosa más.

—¿Qué?

—No conozco lo suficientemente bien la historia de Israel y del pueblo judío, por lo que voy a necesitar la ayuda de un especialista. Alguien que hable hebreo y que conozca el país y su historia.

—¿Has pensado en alguien?

Ángela hizo un gesto de asentimiento y sonrió.

—¡Oh, sí! Sé exactamente con quién debo hablar. Además, reside en Israel, en Jerusalén para ser más exactos. De modo que se encuentra en el lugar exacto.

Bronson estaba agotado. Tenía la sensación de haber pasado todo el día anterior sentado en el avión, y el clima húmedo y los cielos grises eran un desagradable recordatorio de que había vuelto a Inglaterra, en contraposición a los pocos días cálidos y soleados que había pasado en Marruecos. Introdujo la dirección que Byrd le había mandado por SMS en el navegador del coche camuflado y se dirigió a Canterbury.

Cuando llegó a la casa había dos furgonetas de la policía aparcadas en la entrada y un par de coches en la calle, fuera de la propiedad. La puerta delantera estaba entornada y, tras agacharse para pasar por debajo de la cinta que delimitaba el lugar del crimen, se introdujo en la vivienda.

—Usted debe de ser Chris Bronson, ¿verdad? —dijo a modo de saludo un hombre fornido con el rostro enrojecido y que iba vestido con un mugriento traje gris.

Bronson asintió y le mostró su placa.

—Bien. Yo soy Dave Robbins. Venga conmigo al comedor. Así no molestaremos a los de la científica. Acaban de terminar con el salón y luego vendrán aquí fuera. Bueno —dijo cuando los dos hubieron tomado asiento tras la mesa—, sé por Dickie Byrd que usted ha tenido algunos contactos con la víctima.

—Me entrevisté con ella y con su esposo un par de veces en Marruecos —confirmó Bronson. Seguidamente le explicó lo que les había sucedido a los padres de Kirsty Philips.

—¿Cree usted que puede existir alguna conexión entre la muerte de estos y su asesinato? —preguntó Robbins.

Bronson se quedó callado unos instantes antes de contestar. Estaba convencido de que las tres muertes estaban relacionadas, y que la tablilla de barro desaparecida estaba en el meollo de la cuestión, pero no se le ocurría ninguna razón por la que explicárselo hubiera contribuido a encontrar al asesino de Kirsty.

—No lo sé —respondió finalmente—. Si no están conectados, es una sorprendente coincidencia, pero no se me ocurre qué tipo de relación puede haber. ¿Qué pasó aquí exactamente? ¿Cómo murió?

Robbins le explicó a grandes rasgos lo que la policía encontró al llegar a la casa.

Conforme escuchaba, la mente de Bronson se remontó al hotel de Rabat y a la apariencia de Kirsty cuando la vio: era una joven llena de vida y su vivacidad natural solo se veía atenuada por la doble tragedia que había diezmado a su familia. Intelectualmente, él aceptó la verdad de lo que Robbins le había contado, pero desde el punto de vista emocional todavía le costaba aceptar lo que había ocurrido.

—¿Quién dio la alarma? —preguntó.

—A una de las vecinas se le ocurrió pasar a darle el pésame por la pérdida de sus

padres. Fue a la puerta lateral, descubrió a Kirsty tirada en el suelo y, tras cruzar la calle dando voces, llegó a su casa y llamó a la policía. Ya hemos interrogado a todos los vecinos, pero ninguno vio llegar a Kirsty, y solo dos de ellos vieron a la vecina recorrer los cien metros lisos gritando como un alma en pena.

—Entiendo —dijo Bronson—. No veo qué conexión puede tener esto con Marruecos. En mi opinión, lo más probable es que interrumpiera a un ladrón, uno de esos cabrones enfermos que investigan las muertes recientes para asaltar sus casas. Y, dado que la golpeó solo una vez, es posible que ni siquiera tuviera intención de matarla. Si creía que la casa estaba vacía y de repente se dio de narices con ella, es posible que la atizara con la palanca como acto reflejo y que la golpeará más fuerte de lo previsto. Lo más probable es que nos encontremos ante un crimen que no guarda relación con ningún otro hecho.

Robbins asintió con la cabeza.

—Tiene bastante sentido. Y lo más seguro es que nos encontremos ante otro jodido crimen que quedará sin resolver. De momento los forenses no han encontrado pruebas, a excepción de algunas huellas que pueden pertenecer al intruso. O tal vez no. Por lo visto el asesino forzó la cerradura, entró, golpeó a Kirsty Philips en la cabeza y se largó por donde había venido. Es posible que haya alguna otra pista, pero en ese caso, todavía no la hemos encontrado. No hay indicios de que se haya llevado nada, ni siquiera había nada fuera de su sitio. No tenemos pruebas, ni testigos, ni sospechosos, ni un móvil. Es decir, no tenemos nada de nada.

—Sí —coincidió Bronson—. Es la pesadilla de cualquier policía. Mire, a menos que haya alguna otra cosa que pueda contarle, le dejaré hacer su trabajo.

—De acuerdo, Chris. Gracias por todo —dijo Robbins poniéndose en pie—. ¿Le importaría dejar la puerta abierta cuando salga?

Los dos hombres se estrecharon la mano, abandonaron el comedor y se marcharon en direcciones opuestas; Robbins hacia la parte trasera de la casa donde los miembros de la policía científica seguían trabajando, y Bronson hacia la izquierda. Al llegar a la entrada, Bronson miró el felpudo que estaba delante de la puerta de entrada y vio un puñado de sobres tirados. Era evidente que el cartero había pasado por allí mientras conversaban en el salón, y que lo había dejado todo sobre la esterilla en vez de introducirlo por la ranura del correo, simplemente porque la puerta todavía estaba entreabierta.

—¡Ha llegado el correo! —anunció en voz alta, e instintivamente se agachó para recogerlo.

Reparó en el paquete al instante, pues uno de los extremos asomaba por debajo de un sobre blanco de correo basura. Era el más voluminoso, y los sellos marroquíes lo hacían inconfundible.

De pronto supo exactamente cuál debía de ser el contenido del pequeño paquete y

entendió lo que estaba haciendo el supuesto ladrón en la casa. Su problema era que se había presentado con dos días de antelación.

Bronson sabía que no estaba bien, sabía que estaba manipulando pruebas, y que lo que estaba haciendo podía provocar su expulsión inmediata del cuerpo, pero nada de eso lo detuvo. Mientras el inspector Robbins se giraba y caminaba hacia él, Bronson se agachó, agarró el paquete y lo introdujo en el bolsillo de su chaqueta con la mano izquierda. Con la derecha recogió el resto del correo, se incorporó y miró tras él.

Robbins se acercaba, con la mano extendida, y Bronson le entregó el correo y se giró para marcharse.

—Típico —masculló el inspector revisando los sobres—. Por la pinta, diría que se trata de un montón de correo basura. Bueno Chris, ya nos veremos.

Cuando Bronson se sentó en el asiento del conductor de su coche descubrió que, a pesar del frío, tenía la frente cubierta de gotas de sudor. Por unos segundos se preguntó si debía volver y dejar el paquete tirado en el exterior, o tal vez ponerlo sobre la alfombra. Pero entonces se dijo a sí mismo que la presencia o ausencia de una tablilla de barro de dos mil años de antigüedad en la escena de un crimen en Canterbury no tendría ningún efecto sobre el éxito o el fracaso de Robbins en la resolución del crimen. Y también sabía que Ángela estaría encantada de echarle el guante.

Sintiendo un repentino subidón de adrenalina, giró la llave de contacto y se alejó del lugar a toda prisa.

—Tengo algo para ti —dijo Bronson entrando en el salón de su pequeña casa en Tunbridge Wells.

—¿Qué es? —preguntó Ángela, cogiendo el paquete que le entregaba.

Entonces echó un vistazo a los sellos desconocidos que cubrían uno de los extremos mientras lo giraba en sus manos.

—Marruecos —masculló.

A continuación rompió el sobre, examinó el interior, sacó un pequeño objeto envuelto en plástico de burbujas, y lo desenvolvió.

—¡Dios mío, Chris! ¡La has encontrado! —exclamó levantando la voz, presa de la emoción.

—Espero que sea eso —dijo Bronson tomando asiento frente a ella y observando con curiosidad la reliquia. Era mucho menos impresionante de lo que esperaba, un simple pedazo de barro quemado y mugriento de color marrón grisáceo que tenía una de las superficies cubierta de marcas y garabatos que carecían de sentido para él.

Ángela sacó un par de guantes de látex de su bolso antes de tocar la tablilla directamente. Luego la levantó y la examinó con cuidado, casi con reverencia, con la mirada chispeante.

—Tenías razón —dijo observando la dirección del sobre—. Los O'Connor se lo enviaron a sí mismos.

—Sí. Y yo acabo de sustraerlo de la escena de un crimen.

—Pues no sabes cuánto me alegro de que lo hicieras, siempre que no te acarree algún problema.

—No tiene por qué pasarme nada —dijo Bronson encogiéndose de hombros—. Nadie me vio cogerlo y los únicos que conocen su existencia probablemente piensen que sigue en Marruecos. Me juego mi pensión a que, en lo que respecta al resto del mundo, este objeto simplemente ha desaparecido. Mientras nadie sepa que lo tenemos, no corremos ningún peligro. Y, en teoría, tampoco tendría que peligrar mi mísera pensión.

Ángela extendió una toalla sobre la mesa de centro y, con mucho tacto, colocó la tablilla sobre ella.

—No parece gran cosa —dijo Bronson.

—Estoy de acuerdo —contestó Ángela—, pero ten en cuenta que lo importante no es la reliquia en sí, sino el significado de la inscripción. —Las yemas de sus dedos cubiertas de látex se deslizaron suavemente por encima de las incisiones de la superficie de la tablilla, y luego levantó la vista y miró a su ex marido—. No te olvides que ya han muerto varias personas: el mercader, los O'Connor, probablemente Kirsty Philips e incluso Yacoub y sus matones. La razón por la que

están muertos es algo que tiene que ver con este sucio pedazo de barro cocido de dos milenios de antigüedad.

Bronson asintió.

—Dicho así, suena muy diferente. ¿Y ahora?

Ángela volvió a mirar la tablilla.

—Esta podría suponer un giro radical en mi carrera profesional, Chris. Si Yacoub estaba en lo cierto, esta inscripción podría conducirnos al lugar donde se esconden el rollo de plata y la alianza mosaica. Aunque existiera solo una mínima posibilidad de encontrar cualquiera de las dos reliquias, estoy decidida a seguir las pistas, me lleven adonde me lleven.

—¿Y qué has pensado hacer? ¿Vas a proponer al museo que monte una expedición?

—Ni hablar —respondió Ángela con rotundidad—. No te olvides que soy una de las empleadas más jóvenes y con menos experiencia. Si me presento allí y le cuento a Roger Halliwell lo que he descubierto, se mostrará absolutamente encantado y, sin duda, me felicitará. Luego me apartará a un lado cortésmente y, en un par de semanas, la expedición Halliwell-Baverstock llegará a Israel para seguir el rastro de las reliquias perdidas. Si, por casualidades de la vida, consiguiera meter baza, lo más que obtendría es que me dejaran examinar algún resto de cerámica que encontraran.

Bronson la miró con expresión ligeramente socarrona.

—Yo creía que en el mundo académico erais todos hermanos y hermanas de armas y que luchabais juntos en aras del saber y en pos de una mejor comprensión de la historia de la humanidad.

—Pues estabas equivocado. Apenas alguien olfatea la posibilidad de un descubrimiento trascendental, cada uno piensa solo en sí mismo y se abre paso con uñas y dientes por ser la persona a cuyo nombre se atribuya el hallazgo. Todo ese apoyo fraternal se desvanece y el asunto se acaba convirtiendo en una pelea de gallos de alto nivel. Lo sé de sobra. Lo he visto con mis propios ojos. Me limitaré a decirle a Roger que me tomo unos días de permiso para ir a Israel a estudiar unos textos en arameo.

Ángela señaló con la barbilla la tablilla de barro que estaba en la mesa de centro delante de ella.

—Ahora tenemos esta tablilla, lo que significa que podemos leer más de la mitad del texto original. Eso nos dará una oportunidad de oro para averiguar el significado de todo el texto. Me deben más o menos una semana de vacaciones y no se me ocurre ninguna razón por la que no pueda pasarla en Israel, ¿no te parece?

—Supongo que tienes razón, pero ¿estás segura de que Israel es el lugar idóneo para empezar a buscar?

—Sí, por la referencia a Qumrán. Después de todo, ¿quién sabe?

—De acuerdo —concluyó Bronson—. Entonces voy contigo.

—No puedes, Chris. Estás en mitad de una investigación por asesinato.

—No. Ya he redactado el informe sobre lo que sucedió en Marruecos, no tengo nada que ver con el caso de Kirsty Philips y a mí también me deben diez días de vacaciones. Probablemente a Dickie Byrd no le hará ninguna gracia, pero me da lo mismo. —En aquel momento Bronson alargó el brazo por encima de la mesa y cogió la mano de Ángela—. Mira, no me gusta que te largues a Israel tú sola. Quiero estar lo suficientemente cerca para cuidar de ti.

Ángela le apretó la mano con dulzura.

—¿Estás seguro? Eso sería maravilloso, Chris. En realidad, no me apetecía nada seguir investigando por mi cuenta. Y hacemos un buen equipo, ¿no crees?

Bronson la sonrió.

—Y que lo digas —dijo. *Y no solo como entusiastas buscadores de tesoros*, pensó. Pero sabía que no podía precipitar las cosas...

—De acuerdo —dijo Ángela con brío—. Miraré en internet a ver si encuentro vuelos a Tel Aviv. Cuando los tenga, seguiré estudiando un poco mejor la tablilla. Con el texto completo en arameo y los fragmentos que tenemos de las demás, estoy segura de que podremos averiguar adonde conducen las pistas. Necesitamos tener más información que ningún otro sobre estas reliquias. Solo así podremos entrar a matar.

—Espero que se trate solo de una forma de hablar —respondió Bronson.

Tony Baverstock estaba mirando una nueva lista de tablillas de barro en la pantalla de su ordenador preguntándose, como ya le había sucedido otras veces, si realmente merecía la pena continuar la búsqueda. Debía de haber estudiado varios cientos de ellas, y ninguna, al menos por el momento, se parecía en lo más mínimo a la que estaba buscando.

Por si eso no bastara, había aproximadamente medio millón de tablillas de barro en los sótanos y depósitos de los museos que nunca habían sido traducidas. Por lo general, la única información disponible sobre este fondo de tablillas era una o dos fotografías de mala calidad y tal vez una breve descripción de la procedencia del objeto: dónde se encontró, la fecha aproximada y ese tipo de cosas.

Había dos razones por las que tenía que llevar a cabo esa precipitada búsqueda. La primera, que Charlie Hoxton le había llamado el día anterior y le había dicho que lo hiciera, lo que ya de por sí era un incentivo suficiente; y la segunda, que su tarea se había vuelto crucial de forma repentina la tarde anterior, cuando se había cruzado con Roger Halliwell en el pasillo, justo delante de su despacho. El jefe del departamento le había parecido más irritado de lo habitual.

—¿Algo va mal, Roger? —le había preguntado Baverstock.

—Se trata de Ángela. Se ha vuelto a largar para embarcarse en otra de sus estúpidas búsquedas sin futuro —le había soltado Halliwell—. Acabo de enterarme de que se ha pasado los dos últimos días en Marruecos y ahora va y se toma otro permiso para irse a Israel a estudiar no sé qué texto en arameo. ¡Por el amor de Dios! Ni siquiera es su campo. Debería ceñirse a lo que realmente se le da bien.

Baverstock no había hecho ningún comentario, pero de repente estuvo seguro de que, o bien Ángela se las había arreglado para encontrar la tablilla desaparecida, o había conseguido una fotografía decente de la inscripción. Eso había sido suficiente para que redoblara sus esfuerzos.

No obstante, a pesar de su búsqueda exhaustiva, no había conseguido anotarse su primer tanto hasta la mañana siguiente. La foto de la tablilla era de una calidad bastante pobre, y había pasado casi veinte minutos estudiando la inscripción en arameo hasta que finalmente se dio cuenta de que estaba observando la tablilla que Charlie Hoxton ya tenía en su poder, y que Dexter le había «conseguido» de un museo de El Cairo.

Con un bufido cerró la ventana de la pantalla de su ordenador y reanudó la investigación. Dos horas más tarde, tras haber cambiado los parámetros de búsqueda en cinco ocasiones con la intención de reducir el disparatado número de reliquias que habría tenido que comprobar, acabó topándose con la tablilla de París. Imprimió todas las imágenes disponibles en la base de datos en la impresora láser a color de su

despacho y pasó unos minutos estudiando cada una de ellas con la lente de aumento de su mesa hasta que, finalmente, decidió cerrar la conexión con la intranet del museo.

A continuación salió de su despacho, cerró con llave y abandonó el edificio diciendo a su ayudante que le había surgido un imprevisto y que estaría unos días fuera. Luego caminó por la calle Great Russell, se detuvo en el mismo teléfono público que había usado en otras ocasiones y llamó a Hoxton.

—Me he pasado las últimas doce horas buscando esas malditas tablillas —comenzó.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Hoxton.

—He perdido como media hora estudiando tu tablilla, la que me pediste que tradujera, hasta que he caído en la cuenta de cuál era. Las fotografías eran de una calidad pésima. Pero al final he tenido suerte. Hay una tablilla en el depósito de un museo de París que, sin lugar a dudas, forma parte del conjunto. Por la marca que presenta en una de las esquinas, sería la que se sitúa en la parte inferior derecha del bloque.

—¿Crees que podrías traducir el texto a partir de la fotografía? —preguntó Hoxton.

—No va a hacer falta —respondió Baverstock—. Por suerte los franceses ya tuvieron la amabilidad de hacerlo por nosotros. Evidentemente, lo tradujeron al francés, pero, como comprenderás, eso no va a ser ningún problema. Solo necesito un poco de tiempo para averiguar la exacta equivalencia de las palabras en inglés.

—Bien —dijo Hoxton—. Espero que ya hayas hecho las maletas.

—Por supuesto. No me perdería este viaje por nada del mundo. Seguimos teniendo la reserva para el vuelo de esta tarde, ¿verdad?

—Sí. Te veré en Heathrow, como acordamos. Tráete todas las fotos de la tablilla de París, la traducción francesa del arameo y tu versión en inglés. Este va a ser el viaje de tu vida.

. Tercera parte

Israel

A pesar de que no tuvieron problemas con el vuelo, Bronson y Ángela tardaron varias horas en llegar a Israel, y eso que ya habían desembarcado del avión. El problema era el pequeño cuadrado azul estampado en sus pasaportes con la palabra «*Sortie*» impresa en una línea vertical en el lado izquierdo, una fecha en el centro y unas palabras escritas en árabe que cruzaban desde la parte superior hasta el lado derecho: los sellos de salida de Marruecos.

Las autoridades israelíes desconfían particularmente de los visitantes que llegan a cualquiera de sus fronteras tras haber estado recientemente en algún país árabe, incluso en uno tan distante como Marruecos. Apenas el oficial de inmigración descubrió los sellos, apretó un botón escondido y, en solo unos minutos, Bronson y Ángela fueron llevados rápidamente a sendas salas de interrogatorio, mientras alguien se encargaba de localizar sus equipajes y registrarlos exhaustivamente.

Bronson ya contaba con este tipo de recibimiento, y ambos habían tomado las precauciones necesarias para que ninguna de las fotografías de las tablillas de barro o de sus traducciones de los textos del arameo permanecieran en el portátil de Ángela, por si acaso a los israelíes se les ocurría inspeccionar el contenido del disco duro. Ella había traspasado todos esos archivos a un par de memorias USB de alta capacidad; uno estaba metido en el bolsillo de los pantalones vaqueros de Bronson y el otro escondido en la caja de maquillaje que Ángela llevaba en el bolso. Durante su breve estancia en Londres habían acudido al banco de Ángela, donde tenía una caja de seguridad en la que guardaba las escrituras de su piso y otros documentos importantes. Fue allí donde depositaron la tablilla de barro, porque no querían arriesgarse a viajar con la reliquia.

El interrogatorio fue minucioso y muy profesional, y no les permitieron ni siquiera una pausa. ¿Qué habían estado haciendo en Marruecos? ¿Cuánto tiempo habían estado? ¿Habían visitado el país anteriormente? En caso afirmativo, ¿por qué? El proceso se repitió de principio a fin una y otra vez, siempre con las mismas preguntas, aunque la forma de expresarlas cambiaba con frecuencia con el fin de descubrir discrepancias o modificaciones en las respuestas. A Bronson, que poseía una experiencia considerable al otro lado de la mesa, interrogando sospechosos, le sorprendió su minuciosidad. Esperaba que su placa policial y el carné que identificaba a Ángela como empleada del museo Británico contribuyeran a verificar sus referencias.

Solo hacia el final de los interrogatorios, cuando aparentemente estaban satisfechos con lo que habían estado haciendo en Marruecos, comenzaron a interesarse por los motivos que les habían llevado a Israel. Bronson había discutido esta cuestión con Ángela durante el viaje, y habían decidido que la única respuesta

adecuada para esa pregunta tenía que ser «de vacaciones». Cualquier otra les habría causado problemas y, sin duda, habría generado más preguntas.

El interrogatorio se prolongó hasta bien entrada la noche, cuando finalmente los adustos israelíes les permitieron abandonar las salas donde los habían retenido.

—No me importan los controles de seguridad que se llevan a cabo aquí —dijo Ángela—. Al menos, te hacen sentir bastante seguro de viajar con El Al.

—Nosotros veníamos con British Airways —puntualizó Bronson.

—Lo sé. Me refiero a que, cuando coges un avión que sale de un aeropuerto israelí, las posibilidades de que alguien consiga pasar los controles con un arma o una bomba son prácticamente nulas. ¿Sabías que someten todo el equipaje de mano a una bajada de presión en una cámara sellada a prueba de bombas? Esta simula la altitud que alcanzan los aviones por si en alguna maleta hubiera una bomba conectada a un interruptor barométrico. Y eso, después de que hayan pasado todo por un aparato de rayos X y por una manada de perros entrenados para rastrear explosivos.

—No —admitió Bronson—. No tenía ni idea. Y tengo que admitir que es muy reconfortante, especialmente si lo comparas con otros aeropuertos tan chapuceros y con tantas goteras como Heathrow. La seguridad allí es de chiste.

Ángela lo miró con expresión burlona.

—Me alegro de que no me lo dijeras antes de despegar.

El aeropuerto internacional de Ben Gurión estaba cerca de la ciudad de Lod, a unos quince kilómetros al sudeste de Tel Aviv, de manera que el viaje en tren les llevó solo unos minutos. La línea de ferrocarril seguía la misma ruta que la principal vía de acceso a la ciudad (de hecho, durante algunos tramos circulaba entremedias de las dos autopistas), y Bronson y Ángela se bajaron en la estación HaShalom, junto a la zona industrial y casi a la sombra del descomunal Azrieli Center.

Como era de esperar, la mayor parte de los hoteles de Tel Aviv se encontraban frente a la costa del Mediterráneo, pero los precios eran prohibitivos, así que Bronson había reservado dos habitaciones en uno algo más modesto escondido en una de las calles laterales cercanas a la plaza Zina, no muy lejos de una oficina de turismo.

Una vez en HaShalom cogieron un taxi hasta la plaza Zina, se registraron en el hotel, dejaron su equipaje y recorrieron a pie la corta distancia que les separaba del paseo marítimo de Lahat que bordeaba la playa de Frishman, donde encontraron un restaurante y disfrutaron de una cena bastante decente. A Bronson se le pasó por la mente la idea de compartir habitación, pero decidió no forzar las cosas. Estaban en Israel trabajando juntos. Y, de momento, tendría que conformarse con eso.

El vuelo de BMI había aterrizado en Tel Aviv puntualmente a última hora de la tarde. Dos de los tres pasajeros que viajaban juntos con pasaportes británicos cruzaron la aduana de inmigración sin apenas demoras. El tercero, Alexander Dexter, fue apartado y sometido a aproximadamente una hora de detalladas preguntas antes

de que se le permitiera continuar. Pero a él no lo cogió de sorpresa: sabía que se debía al sello de salida de Marruecos, así que no le molestó.

Una vez en el exterior del aeropuerto, se reunió de nuevo con Hoxton y Baverstock, que ya habían recogido el Fiat Punto de alquiler que habían reservado con anterioridad. Luego se dirigieron juntos a su hotel en el centro de Tel Aviv.

Algo más de dos horas después de que el vuelo de BMI aterrizara en Ben Gurión, llegó un vuelo de París. A bordo se encontraban cuatro hombres cuyo aspecto árabe era innegable. Sus pasaportes franceses, en los que no había nada que indicara que hubieran pasado por Marruecos, no levantaron ninguna sospecha, aunque su equipaje fue sometido a un control exhaustivo por parte de los oficiales de aduanas israelíes.

Una vez dejaron el aeropuerto en su Peugeot de alquiler, en dirección a un hotel que ya habían reservado en las afueras de Jerusalén, el hombre sentado en el asiento del copiloto hizo una llamada de teléfono a un número de la ciudad, utilizando un móvil con tarjeta prepago que había comprado en París justo antes de embarcar. Una vez acabó la llamada, se recostó y miró con indiferencia por el parabrisas.

—¿Todo bien? —preguntó el conductor.

—Sí —respondió escuetamente el hombre alto conocido solo por Yacoub—. Sé exactamente dónde están.

El sol matutino hizo que los dos se despertaran temprano (sus habitaciones estaban la una junto a la otra y orientadas hacia el este, hacia el distrito de Tel Aviv conocido como Haqiryá, en vez de hacia la costa), y Bronson y Ángela bajaron a desayunar poco antes de las ocho.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —preguntó Bronson mientras disfrutaban de un café.

—Debería llamar a Yosef para ver si podemos vernos hoy.

—¿A quién? —preguntó Bronson.

—Yosef ben Halevi. Trabaja en el museo de Israel, en Jerusalén. Lo conocí hace unos años, cuando trabajaba en un proyecto conjunto con el museo Británico.

—¿Y para qué lo necesitamos, exactamente?

—Principalmente porque es experto en historia judía y yo no. Tengo ciertos conocimientos de la zona (de Qumrán, por ejemplo), pero no domino lo suficiente la historia de Israel como para interpretar todo lo que hay en la tablilla. Necesitamos a alguien como él, y es la única autoridad en la materia que conozco en este país.

Bronson se mostró algo indeciso.

—Bueno, de acuerdo —dijo—. Pero, teniendo en cuenta que no lo conoces lo suficiente, será mejor que no le muestres las fotografías de la tablilla ni tampoco la traducción. Creo que, al menos de momento, deberíamos mantenerlo en secreto.

—Sí, esa era mi intención —dijo Ángela—. Lo llamaré ahora mismo —añadió.

A continuación se dirigió a la recepción del hotel. Unos minutos después regresó a la mesa.

—Estará todo el día ocupado, pero ha aceptado venir a vernos esta noche. Ahora, obviamente, necesitaríamos intentar traducir la tablilla, pero tampoco nos vendría mal visitar Qumrán. Es el único emplazamiento que sabemos con seguridad que se menciona en la combinación de inscripciones, de manera que es un buen punto de partida. No es que espere encontrar muchas cosas de interés allí pero, al menos, nos dará una idea del tipo de terreno en el que tenemos que buscar aquí, en Israel.

—¿Es difícil llegar?

—No tiene por qué. Al igual que Masada, es un yacimiento arqueológico de renombre, de modo que no me extrañaría que hubiera algún tipo de transporte regular de visitas.

—Hay una oficina de turismo a pocos metros de aquí —dijo Bronson—. Pasamos por delante anoche, cuando íbamos hacia la playa. Será mejor que nos acerquemos a ver si podemos comprar billetes para algún viaje organizado.

En realidad, no había ninguna visita guiada para Qumrán. O mejor dicho, los había, pero solo en determinados días de la semana, y el siguiente con disponibilidad

estaba programado para tres días después.

—No pasa nada —dijo Bronson mientras salían de la oficina de turismo—. Alquilaremos un coche. Necesitaremos movernos por ahí durante nuestra estancia. ¿Quieres que vayamos ahora?

Ángela negó con la cabeza.

—No. Antes prefiero trabajar en la inscripción. Iremos esta tarde.

—No quiero que pienses que soy un paranoico —dijo Bronson—. No se me ocurre cómo hubieran podido seguirnos hasta aquí, pero sigo pensando que deberíamos pasar lo más desapercibidos posible, así que preferiría que no trabajáramos ni en el vestíbulo del hotel ni en ninguna de las salas comunes.

Ángela se agarró de su brazo.

—Estoy de acuerdo, especialmente después de todo lo que hemos pasado. Mi habitación es un poco mayor que la tuya, ¿por qué no nos instalamos allí?

De vuelta a la habitación, Ángela sacó un voluminoso libro de tapas blandas de la bolsa de su ordenador.

—Encontré este diccionario de arameo en Londres, en una librería especializada cerca del museo. Me pareció bastante decente. Entre esto, y la página de traducción en línea, creo que podemos arreglárnoslas.

—¿Puedo hacer algo?

—Sí. Puedes ir comprobando las palabras en el diccionario mientras yo las introduzco en la página web; así podremos hacer una especie de verificación que nos confirme que lo estamos haciendo bien. Es fundamental hacerlo despacio y prestando mucha atención, porque no solo no estamos familiarizados con el idioma, sino tampoco con los caracteres individuales. Algunos son muy similares, y tenemos que estar completamente seguros de que hemos reconocido el símbolo correcto de las fotografías. Déjame que te enseñe a lo que me refiero.

Agrandó la imagen que había en la pantalla de su portátil y fue marcando uno por uno cinco símbolos que, a los ojos de Bronson, eran sorprendentemente similares. Luego los copió en una línea horizontal en un trozo de papel. En ella se podía leer:

—La primera letra —dijo— se llama *dalet*, y se corresponde, más o menos, con los sonidos «d» o «dh». La segunda es la *kafo* «k»; la tercera, *nun* o «n», la cuarta *resh* o «r» y la última la *vav*, que se corresponde con la «w». Estoy relativamente familiarizada con la apariencia del idioma pero, por lo general, no me ocupo de traducirlo. Para mí y, ni qué decir para ti, estos caracteres parecen prácticamente idénticos. Pero obviamente el significado de una palabra cambiaría completamente si pones la letra equivocada. Y, sin olvidar que también debemos tener presentes las posibles idiosincrasias de la caligrafía de la persona que preparó la tablilla, considero que esto nos va a llevar bastante tiempo.

Ángela no se había equivocado. Tardaron más de una hora solo en completar la

traducción de la primera línea de la tablilla, aunque al final idearon una técnica que parecía que les funcionaba. Cada uno de ellos debía mirar por separado cada palabra y decidir de qué letras estaba compuesta. A continuación debían apuntarlas en un papel y, finalmente, intercambiarlos para ver si coincidían. Si habían llegado a conclusiones diferentes, estudiaban de nuevo la letra. Para ello Ángela agrandaba la imagen de la pantalla (había utilizado una cámara de ocho megapíxeles para asegurarse la máxima definición) y así podían examinar cada carácter con todo lujo de detalles. Solo cuando ambos estaban convencidos de que las letras eran las correctas, volvían a echar mano de los diccionarios.

No obstante, a pesar de las precauciones, seguían resistiéndoseles las tres primeras letras de la primera línea de la tablilla aunque, al menos, no eran las que iniciaban el texto. Volvieron a revisar una por una todas las letras, buscando diferentes alternativas, y al final llegaron a la conclusión de que la segunda y la tercera palabra significaban «cobre» y «el», pero la primera, independientemente de las combinaciones de caracteres que intentaran introducir, no aparecía ni en el diccionario impreso ni en ninguna de las versiones en línea.

—De acuerdo —dijo Ángela sin poder ocultar su frustración—. Ya volveremos a estudiarla más tarde. Pasemos a la siguiente línea.

Hassan estacionó el coche de alquiler en un aparcamiento (que en realidad no distaba mucho de ser un descampado) que se encontraba en las afueras de Ramala, una pequeña población al norte de Jerusalén y dentro del territorio de Cisjordania. Casi en el mismo instante que detuvo el coche, otros dos vehículos aparecieron en el lugar y frenaron a poca distancia. Cuando Hassan y Yacoub se apearon de su coche, cuatro hombres, todos ellos vestidos con vaqueros y camisetas, descendieron de los otros vehículos y caminaron hacia donde se encontraban.

—*Salam aleikom* —dijo Yacoub formalmente—. La paz sea con vosotros.

—Y contigo —respondió el que parecía el líder del grupo. A continuación preguntó—: ¿Tienes el dinero?

Yacoub se giró hacia Hassan, que metió la mano lentamente en el bolsillo exterior de su chaqueta, sacó un fajo de billetes y dio unos pasos hacia delante. Yacoub levantó el brazo para evitar que siguiera avanzando.

—¿Y vosotros? ¿Habéis traído la mercancía? —preguntó—. Quiero verla.

El hombre asintió con la cabeza y se dirigió a uno de los coches. Cuando él y Yacoub llegaron, uno de sus acompañantes abrió el maletero y los tres se asomaron al interior. En el fondo había dos maletines negros de piel llenos de marcas y arañazos. El hombre miró a su alrededor y luego se inclinó, soltó los cierres y levantó las tapa. Cada maletín contenía media docena de pistolas semiautomáticas de varios tipos, cada una de ellas con dos o tres cargadores. Los innumerables golpes y muescas evidenciaban que habían sido usadas en múltiples ocasiones, pero estaban limpias y engrasadas, lo que sugería que las habían cuidado con esmero.

Yacoub se inclinó hacia delante y cogió varias armas para inspeccionarlas.

—Nos quedamos con las dos CZ-75 y dos Brownings —dijo—. Y también dos cargadores para cada una. ¿Tienes munición suficiente?

—Por supuesto. ¿Cuántas cajas necesitas?

—Cuatro bastarán —dijo Yacoub.

El hombre abrió otro maletín, esta vez más pequeño, sacó tres cajas de cartuchos de 9 mm Parabellum y se las entregó a Hassan, que les pasó el dinero que tenía en la mano.

—Gracias, amigo —dijo Yacoub—. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

—En cuanto a las armas... —dijo el hombre tras comprobar el dinero y cerrar el maletero de golpe—. Cuando hayáis acabado con ellas, llamadme. Si están intactas os las compraremos por la mitad de lo que habéis pagado.

—¿Solo la mitad?

—Ese es nuestro precio. O lo tomas o lo dejas. Ya tienes mi número.

Conforme Ángela y Bronson avanzaban con la traducción, más fácil les resultaba y, aunque les había llevado más de una hora desentrañar la primera línea, consiguieron acabar toda la inscripción en poco menos de tres horas. A Ángela le pareció que no estaba nada mal, a pesar de que seguía habiendo tres palabras que se resistían a revelar su significado.

Para recompensar su esfuerzo, decidieron tomarse un par de bebidas del minibar antes de empezar con la fase más complicada de la operación, intentar descifrar el significado real del texto en arameo. Tal y como había hecho en las ocasiones anteriores, Bronson anotó todas las palabras que habían traducido en el orden en que aparecían en la tablilla de barro:

tierra cavidad describe de el cobre
de cuatro tablillas Ir-Izadok coger representar
creencia sur de de nosotros de
seguro anchura ----- el tener
a v nosotros el el v
el codo altar lugar rollos el

A continuación, invirtió el orden para que se pudieran leer en la secuencia correcta:

cobre el de describe cavidad tierra
representar coger Ir-Tzadok tablillas cuatro de de nosotros de de sur creencia
tener el ----- anchura seguro
y el el nosotros y a el rollos lugar altar codo el

Bronson observó lo que había escrito y luego volvió a hojear los folios que tenía delante.

—De acuerdo —dijo—. Ahora incorporaré estas palabras al resto de la traducción y tal vez podamos empezar a ver el bosque en lugar de solo los árboles.

Trabajó durante unos minutos y luego pasó a Ángela la versión definitiva, o al menos la definitiva con la información disponible:

por ----- ben ---- represntar el ----- misión de
el ----- tener completado ----- y ahora
el último ----- el rollo de cobre ----- coger de
nosotros tenemos la cueva ----- el lugar
rollos de ----- el asentamiento
Ir-Tzadok B'Succaca ----- rollo de plata ----- nosotros
la cisterna ----- lugar de ----- final de días
las tablillas de ----- templo de Jerusalén
el ----- nosotros escondidos ----- altar de
describe un -- cuatro piedras ---- la cara sur
una anchura de ----- y altura ----- codo a
cavidad dentro desde nuestra ----- creencia
ahora ----- seguro nosotros ---- a nuestro ---- los
invasores ----- nuestra tierra

—Probablemente podría rellenar un par de huecos con palabras que no hemos conseguido descifrar —dijo Ángela señalando la tercera y la cuarta línea—. Creo que en este fragmento pone «el asentamiento conocido como Ir-Tzadok B'Succaca». Lástima que no tengamos algunas más...

Su voz se fue apagando mientras contemplaba la página y Bronson la miró de repente.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Las líneas justo antes —dijo—. Por el tono de la traducción, ¿cómo describirías a la persona que lo escribió?

—No te sigo.

—A ver si me explico, ¿crees que era una especie de sacerdote? ¿O quizá un guerrero?

Bronson releyó el texto y se quedó pensativo.

—No hay mucho en qué basarse a parte del último fragmento, donde parece como si estuviera justificándose por luchar contra los invasores. De manera que, si tuviera que intentar adivinar, diría que probablemente se trata de un guerrero, tal vez un miembro de la resistencia judía o lo que fuera que existiera en aquella época.

—Exactamente. Ahora mira esta parte, desde donde dice «el rollo de cobre» hasta «la cueva». Recuerda que alrededor del inicio del primer milenio los judíos no tenían un ejército. No estaban organizados del mismo modo que los romanos, en unidades militares con carácter formal. Eran más bien cuadrillas de guerreros que, cuando les venía bien, se unían para combatir al invasor. El resto del tiempo luchaban entre sí, cuando no se dedicaban a asaltar asentamientos para robar comida, dinero y armas.

—¿Como las guerrillas? —sugirió Bronson.

—Exacto. Teniendo en cuenta este hecho, creo que podemos dar algo más de sentido a esta parte del texto. Si ponemos las palabras «que nosotros» delante de «cogimos de», podríamos encontrarnos ante la descripción de un asalto. Atacaron algún asentamiento y una de las cosas que se llevaron fue un rollo de cobre.

—¿Y?

—Pues que obviamente se percataron de que no era un simple rollo de cobre, porque, según parece, decidieron esconderlo en una cueva, y que probablemente esta se encontraba en Qumrán, ya que la referencia a Ir-Tzadok B'Succaca aparece muy poco después. —Ángela hizo una pausa y miró a Bronson—. ¿Qué sabes de Qumrán? —preguntó.

—No mucho. Sé que allí se encontraron los manuscritos del mar Muerto y, por lo que tengo entendido, los escribió una tribu conocida como los esenios, que los escondió en las cuevas cercanas.

Ángela asintió con la cabeza.

—Esa es una de las teorías, pero lo más probable es que sea errónea. Es cierto que existía una comunidad en Qumrán, y también que los manuscritos del mar Muerto se encontraron en once cuevas situadas justo al oeste del asentamiento. Estos contienen múltiples copias de los libros del Antiguo Testamento e incluyen todos los libros de la Biblia hebrea a excepción del libro de Ester. Alrededor de un ochenta por ciento fueron escritos en pergamino y el resto, con una excepción, en papiro. Esos son los hechos, el resto no son más que meras conjeturas.

»Uno de los problemas es que el arqueólogo que excavó por primera vez en Qumrán en 1949, el fraile dominico Roland De Vaux, de la École Biblique de Jerusalén, que partió de las cuevas y los rollos, dio por sentado que la comunidad de Qumrán los había preparado y utilizó esto como base para sus deducciones sobre los habitantes de la comunidad. En cierto modo es como si, dentro de mil años, alguien excavara los restos de la biblioteca Bodleiana y, tras encontrar tan solo algunos de los antiguos textos romanos que allí se conservan, diera por sentado que la gente de Oxford hablaba latín y que eran aficionados a las luchas de gladiadores.

—A decir verdad, mucha gente en Oxford habla latín —señaló Bronson—, y no me extrañaría que algunos de ellos también se dedicaran a jugar a los gladiadores.

Ángela sonrió.

—No te digo que no, pero sabes perfectamente adonde quiero llegar. El hecho es que el padre De Vaux dio por sentado que, ya que los rollos habían sido escondidos cerca de la comunidad de Qumrán, tenían que haberlos escrito los miembros de la comunidad, a pesar de que no existía ni la más mínima prueba empírica que apoyara esta hipótesis. Además, si los esenios hubieran escrito los manuscritos, ¿por qué eligieron esconderlos tan cerca del lugar donde residían? Como método de ocultación, no tiene desperdicio. Sin embargo, una vez que De Vaux se fijó esta idea

en mente, esta condicionó su opinión sobre todas y cada una de las pruebas que con las que se topaba.

»Llegó a la conclusión de que las gentes de Qumrán eran miembros de una secta judía llamada los esenios, un grupo muy religioso. Cuando, finalmente, empezó a investigar el asentamiento en sí, afirmó que había identificado un *scriptorium* (el lugar donde los monjes o escribas habrían copiado o preparado los manuscritos), basándose simplemente en el descubrimiento de un banco, dos tinteros y un puñado de utensilios para escribir.

»No obstante, existen muchas otras posibles interpretaciones. Podía haberse tratado de una escuela, o una oficina comercial o militar, por ejemplo. Además, nunca se ha encontrado ni el más ínfimo fragmento de rollo en el supuesto *scriptorium*, lo que es sencillamente ridículo porque, si realmente se hubiera tratado de una sala que se usaba solo para ese propósito, hubiera estado llena de herramientas y materiales propios de los escribas. Como mínimo, cabía esperar que en las ruinas se encontrara algún pedacito de papiro sin escribir o los restos de algún rollo.

»Para apoyar su creencia de que los esenios eran una especie de congregación religiosa, también identificó varias cisternas del lugar como espacios donde se realizaban baños rituales judíos o *miqva'ot*. Si hubiera estudiado Qumrán de forma aislada, sin conocimiento de los rollos, probablemente habría asumido que se trataba de simples depósitos de agua, que hubiera sido la deducción obvia y lógica. Asimismo, De Vaux ignoró muchos otros vestigios que fueron recuperados en el lugar. No olvides que los arqueólogos son expertos en hacer caso omiso de los hechos que no se ajustan a sus necesidades. Llevan años y años de práctica.

—Pero yo creía que la arqueología era una ciencia —dijo Bronson—. ¿Qué fue del método científico, el proceso de revisión contrastado por sus pares, la datación por carbono y todo lo demás?

—Sigue soñando. Como le sucede a la mayoría de la gente, los arqueólogos son famosos por manipular los resultados o pasar por alto todo aquello que no encaja. En fin, el caso es que, si la teoría del padre De Vaux fuera acertada, los esenios deberían haber llevado una vida austera, en la más pura miseria, pero excavaciones posteriores en el yacimiento recuperaron dinero, cristalería, piezas de cerámica, utensilios de metal, ornamentos y un sinnúmero de reliquias similares, que parecían indicar que los habitantes del lugar eran laicos y llevaban una existencia acomodada.

—Pero si Qumrán no era un emplazamiento religioso, ¿qué era?

—Existen diversas teorías mucho más fiables. Algunos estudiosos sugieren que se trataba de una próspera finca agrícola, otros que debía de ser la residencia principal de una importante familia local o incluso su segunda casa, y también se ha hablado de una supuesta posada para los fieles que peregrinaban a Jerusalén, una fábrica de alfarería, una fortaleza militar o una especie de mercado fortificado.

»Otra de las cosas que hizo De Vaux, fue impedir el acceso a los rollos a todo aquel que no perteneciera a su selecto grupo de investigadores, e incluso impidió la distribución de fotografías. Al menos en lo que respecta a los que se encontraron en la cueva 4, que representan aproximadamente el cuarenta por ciento de todo el material recuperado.

—Pero imagino que se publicarían detalles de algunos de ellos, ¿no?

—Sí, pero solo de los objetos menos importantes. Los textos encontrados en la cueva uno vieron la luz entre 1950 y 1956. Posteriormente, en 1963, se publicaron en un único volumen los escritos de otras ocho cuevas, y dos años más tarde se empezaron a conocerlos detalles del llamado «rollo de los salmos», encontrado en la cueva 11. Y, por supuesto, estudiosos de todo el mundo se apresuraron a realizar traducciones de todos estos textos.

»No obstante, el material encontrado en la cueva 4 no se publicó hasta 1968 y, aun así, se trataba solo de una pequeña parte. Por aquel entonces parecía como si la última voluntad del padre De Vaux hubiera sido negar el acceso a los rollos a todos los demás investigadores e imponer un estricto secretismo que permitía que trabajaran en ellos solo los miembros de su equipo original o las personas designadas por él. De Vaux murió en 1971, pero su muerte no cambió nada: los expertos seguían sin tener acceso al material de la cueva 4, ni tan siquiera a las fotografías de los rollos. Esta situación se prolongó hasta 1991, es decir, hasta medio siglo después de su descubrimiento, cuando, casi accidentalmente, se encontró un set completo de fotografías de los materiales de la cueva 4 en una biblioteca de San Marino, en California, que posteriormente fue publicado.

—Pero si los esenios, o quienesquiera que vivieran en Qumrán, no escribieron los manuscritos, ¿quién lo hizo? —preguntó Bronson.

—Nadie lo sabe. La explicación más probable es que los elaborara alguna secta religiosa de Jerusalén y que un grupo de judíos, que huía de las tropas romanas durante uno de los frecuentes periodos de agitación política, los depositara en las cuevas de Qumrán.

—¿Y qué contienen exactamente? —preguntó Bronson.

—La mayor parte de ellos son copias manuscritas de conocidos textos literarios, principalmente material bíblico del Antiguo Testamento, pero, obviamente, se trata de modelos anteriores a los que existían hasta aquel momento. Por ejemplo, hay treinta y tantas copias del Deuteronomio. También se encontraron muchos textos seculares, la mayoría de ellos desconocidos, que arrojaban nueva luz sobre la forma de judaísmo que se practicaba durante lo que se conoce como el periodo del Segundo Templo. Este se corresponde con la época en que se reconstruyó el templo de Jerusalén a imagen del original, el templo de Salomón, que fue destruido en el año 516 antes de Cristo. El periodo del Segundo Templo se extendió desde entonces hasta el año 70

después de Cristo, cuando los romanos saquearon Jerusalén, destruyeron el templo y acabaron con la gran revuelta judía que había empezado cuatro años antes.

»Además, el rollo de cobre no encaja con nada de lo que se encontró en Qumrán. En 1952 una expedición financiada por el departamento de Antigüedades de Jordania, que trabajaba en la cueva 3, encontró un objeto único en su género denominado 3Q15, que simplemente indica que es la reliquia número 15 encontrada en la cueva 3 de Qumrán. Se trataba de una delgada lámina, de unos dos metros de largo, compuesta casi exclusivamente de cobre y que, aparentemente, se partió en dos durante su preparación. Como era de esperar, después de dos mil años en la cueva, presentaba altos niveles de oxidación, estaba muy deteriorada y era increíblemente frágil. Evidentemente, todo esto hacía que no se pudiera desenrollar así como así. Por lo demás, era diferente de cualquier otro rollo jamás encontrado, tanto en Qumrán como en cualquier otro yacimiento arqueológico, ya fuera por su tamaño (era la pieza más grande de texto arcaico grabado en metal jamás conocida), como por su contenido.

»El problema al que se enfrentaron los arqueólogos era decidir la forma más adecuada de abrirlo. Tras pasar casi cinco años estudiándolo, finalmente tomaron la decisión menos adecuada. Lo enviaron a la facultad de Tecnología de la universidad de Manchester para que lo cortaran en secciones longitudinales utilizando una cuchilla extremadamente delgada. Esto permitió abrir el rollo completamente y dar a los investigadores una serie de tiras de cobre curvadas que podrían ser estudiadas. Desgraciadamente, los expertos de Manchester (y casi todo el mundo) pasaron por alto dos cosas sobre el rollo: cuando lo diseccionaron, se descubrió que los espacios entre las láminas de cobre enrollado estaban llenos de un material compacto similar al barro cocido. En un principio se dio por hecho que no eran más que restos de polvo y otros detritos que se habían ido acumulando a lo largo de los siglos, pero no era así. A nadie se le ocurrió analizar las condiciones de la cueva de Qumrán donde fue encontrado. Si lo hubieran hecho, habrían descubierto que la tierra de aquellas cuevas era muy fina, casi polvo, y que carecía del silicio necesario para solidificarse. Incluso si se humedece, esta tierra vuelve a convertirse en polvo apenas se seca. Quienquiera que escribiera el rollo, cubrió una de sus caras con una capa de arcilla antes de enrollarlo y, seguidamente, lo coció en un horno para endurecerla.

—¿Para qué? ¿Para proteger el cobre?

—Por extraño que parezca, lo más probable es que pretendiera precisamente lo contrario. Hoy en día la mayor parte de los investigadores opina que los autores del rollo de cobre esperaban que el metal se corroyera y que el texto del rollo quedara impreso en la arcilla. Esa es la otra cosa de la que el equipo de Manchester no se percató.

»El texto estaba escrito principalmente en hebreo misnaico, acompañado de un

puñado de letras griegas cuya finalidad y significado todavía se desconocen. De hecho, en el rollo aparecen catorce letras griegas y, de ellas, las diez primeras corresponden al nombre de «Akenatón». Era un faraón que reinó en Egipto alrededor del año 1350 antes de Cristo que, entre otras razones, pasó a la posteridad por fundar la que probablemente fue la primera religión monoteísta de la historia. Sin embargo, el rollo de cobre se realizó al menos un milenio más tarde, por lo que la presencia de su nombre se considera un misterio.

—¿Y por qué se tomaron tantas molestias los autores del rollo?

—Probablemente —explicó Ángela—, debido a su contenido. Da la sensación de que quisieran asegurarse de que el documento sobreviviera el mayor tiempo posible, por ejemplo, mucho más de lo que lo hubiera hecho un rollo de papiro. Y la razón era que casi todo lo que hay en el rollo es una lista de un tesoro, probablemente el del Primer Templo de Jerusalén. Si las cantidades listadas son correctas, su valor actual ascendería a más de dos billones de euros.

—Entonces, ¿el rollo de cobre es, en realidad, un mapa del tesoro? —preguntó Bronson.

—No. No se trata exactamente de un mapa. Es un listado de sesenta y cuatro emplazamientos donde, supuestamente, se esconden grandes cantidades, en ocasiones toneladas, de oro y plata. Sin embargo, el número 74 indica la localización de un duplicado del documento que, aparentemente, aportaría nuevos detalles de los tesoros y el lugar donde se esconden. Algunos piensan que podría tratarse del denominado rollo de plata.

»La única pega es que nadie tiene ni idea de si el rollo de plata existe ni, en el caso de que así sea, dónde encontrarlo. La indicación del rollo de cobre dice, simplemente, que este documento acreditativo se encuentra «en el pozo colindante al norte, en un agujero excavado hacia el norte, y enterrado en la entrada». No hace falta que te diga que no es, precisamente, una ubicación muy concreta.

—¿Y qué pasó con el rollo de cobre? —inquirió Bronson.

—Cuando el padre De Vaux se enteró de su existencia, se percató enseguida de que entraba en contradicción con todo lo que él y su equipo habían sostenido hasta el momento. Una comunidad religiosa que practicaba el ascetismo no podía ser la depositaria de unas veintiséis toneladas de oro y sesenta de plata (siempre que las cantidades se hayan traducido correctamente). En consecuencia, hizo lo que los científicos y los académicos acostumbran a hacer cuando se les presentan pruebas plausibles que ponen en duda su cómoda teoría: declarar que el rollo de cobre era una patraña, una falsificación o una broma.

»Ninguna de estas propuestas resultaba convincente. Si no se trataba de un documento genuino, había que preguntarse por qué sus creadores se tomaron tantas molestias en su elaboración. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía? A pesar de que no sabemos prácticamente nada de las comunidades que existían en Judea durante este periodo, nunca nadie ha sugerido que ninguna de ellas fuera aficionada a gastar bromas. Además, aunque lo hubieran sido, ¿por qué se habrían esforzado tanto en crear el rollo para luego esconderlo en una cueva remota donde probablemente nadie lo encontraría durante cientos o, tal vez, miles de años? Conviene recordar que los manuscritos del mar Muerto se encontraron accidentalmente.

»En todo caso, lo realmente importante es que el listado del rollo de cobre es nada más y nada menos que eso: un listado. Junto a cada uno de los artículos enumerados aparece su ubicación, pero sin ningún tipo de adorno. Es un mero catálogo de bienes, y eso le confiere cierta credibilidad.

—¿Y esos tipos de Manchester lo hicieron pedazos? —preguntó Bronson.

—Así es. No fueron capaces de comprender que la arcilla era, al menos, tan

importante como el cobre, y lo primero que hicieron fue retirarla. Desconozco qué método emplearon pero, independientemente de la técnica, también dañaron el cobre, es decir, metieron la pata doblemente. Probablemente hubiera sido mucho mejor dejar intacta la arcilla y retirar el metal pieza a pieza. En vez de eso, cubrieron el exterior del rollo con una capa de una potente sustancia adhesiva y lo cortaron de arriba abajo con una sierra provista de una delgada cuchilla. Como resultado obtuvieron unas dos docenas de láminas de cobre curvadas que permitían a los investigadores comenzar con la traducción. Sin embargo, como era de esperar, el simple hecho de cortarlo destruyó una parte del texto.

—¿Se ha encontrado alguno de los tesoros? —preguntó Bronson—. Si así fuera, el rollo cobraría validez, ¿no? Se demostraría que el listado es auténtico.

Ángela suspiró.

—¡Ojalá fuera tan sencillo! Los emplazamientos que se especifican en el rollo probablemente significaban algo al inicio del primer milenio, pero hoy en día no tienen prácticamente ningún sentido. El listado dice cosas como: «En la cueva junto a la fuente, propiedad de la casa de Hakkoz, excavar seis codos: seis barras de oro». No está mal, si sabes quién era Hakkoz y dónde se encontraba su fuente, pero después de dos mil años, las posibilidades de hallar un tesoro con unas indicaciones tan vagas son prácticamente nulas. De hecho, sabemos algo de esta familia en concreto, que es más de lo que podemos decir de la mayoría de los nombres que se citan en el rollo, porque aparece en algunos documentos históricos. Los miembros de una familia con ese nombre fueron los tesoreros del Segundo Templo de Jerusalén aunque, para ser sincera, ese dato no ayuda mucho, porque desconocemos dónde vivían e, indudablemente, es posible que el rollo se refiera a otra familia completamente diferente que llevaba el mismo apellido.

Bronson se puso en pie, intentó distender su espalda dolorida y se acercó al minibar a cogerse otra bebida.

—Lo que no entiendo es qué tiene que ver todo esto con el rollo de plata y las tablas de Moisés.

Ángela cogió el vaso que Bronson le ofrecía.

—Echa un vistazo a lo que dice la inscripción. En la referencia al rollo de plata se da a entender que lo escondieron en una cisterna en alguna parte. Más adelante, el texto dice que, en algún lugar, se ocultaron unas tablas. Sin embargo, no se trata de unas viejas tablas cualesquiera. Eran las tablas del Templo de Jerusalén, y eso es apasionante. Significa, también, que tal vez Yacoub estuviera en lo cierto y que existe una posibilidad, por remota que sea, de que estemos hablando de la alianza mosaica. En conclusión, este texto en arameo, una parte del cual se encontraba en la tablilla de barro de Margaret O'Connor, nos habla de tres reliquias independientes que fueron escondidas: un rollo de cobre, un segundo rollo hecho de plata y estas tablas

mosaicas. Y ahora creo saber por qué y también cuándo. Acabo de caer en la cuenta de la importancia de una palabra muy concreta del texto.

—¿Cuál? —preguntó Bronson inclinándose hacia delante.

—Esta —dijo Ángela señalándola con el dedo.

—¿Ben? —preguntó Bronson.

—Sí. No muy lejos de aquí hay una famosa fortaleza llamada Masada que, tras un largo asedio, acabó sucumbiendo a los romanos en el año 73 después de Cristo. A los rebeldes que se refugiaban allí se les conocía como los sicarios, y su líder era un hombre llamado Elazar ben Yair. ¿Te das cuenta? ¡Ben! —enfaticó—. Ninguno de los diccionarios que hemos utilizado incluye nombres propios, y eso explicaría por qué no conseguíamos traducir esta palabra —añadió indicando una serie de caracteres arameos en la pantalla de su portátil—. Es posible que nos encontremos ante el relato de cómo un puñado de sicarios escaparon de Masada poco antes de la caída de la ciudad y escondieron el rollo de cobre en una cueva de Qumrán. Eso también explicaría por qué es tan diferente del resto de manuscritos del mar Muerto. No se escribió para que formara parte de la misma colección.

»Piensa un poco, Chris. —Sus ojos color avellana brillaban de emoción—. El rollo de cobre no se parece en nada a los otros manuscritos del mar Muerto. Es el inventario de un tesoro escondido. El resto de rollos se ocupa casi exclusivamente de cuestiones religiosas, y la gran mayoría son, en realidad, textos bíblicos. La única característica común es el idioma en que se escribieron, el hebreo, e incluso eso resulta extraño. La inscripción del rollo de cobre está en hebreo misnaico, una variedad de este idioma que se utilizaba para poner por escrito las tradiciones orales de la Tora, los cinco libros de Moisés. —Seguidamente se recostó en la silla y se quedó pensando unos segundos—. La única explicación plausible es que este rollo, el rollo de cobre, procediera de una fuente completamente diferente.

Bronson asintió con la cabeza. Como casi siempre, la lógica de Ángela era aplastante.

—Ya sé lo que me has dicho antes, pero ¿crees que es posible que los otros objetos, el rollo de plata y las tablas del Templo, se escondieran también en Qumrán?

Ángela negó con la cabeza.

—No lo creo. Si lo hubieran escondido todo en un solo lugar, esperaríamos que la inscripción dijera algo como «y en Qumrán escondimos dos rollos y las tablas», pero el texto habla de que escondieron el primer rollo y, más adelante, relata que ocultaron los otros objetos. Eso da a entender que allí escondieron una reliquia y que después se trasladaron a otro lugar a esconder el resto.

Dicho esto, Ángela se quedó mirando a Bronson. Su determinación para resolver el misterio era tal, que casi se podía tocar con las manos.

—Y ahora nos corresponde a nosotros averiguar dónde los pusieron —concluyó.

—¡Ya lo tengo! —masculló Tony Baverstock mientras sus ojos repasaban la hoja de papel que tenía delante.

Los tres hombres estaban sentados en su habitación en el hotel Tel Aviv. Desde su llegada a Israel, Baverstock había estado enfrascado en la traducción de los textos en arameo que había copiado de las tablillas de barro.

—¿Has conseguido descifrarlo? —preguntó Charlie Hoxton colocando sobre la mesa una botella de cerveza Dancing Camel que había comprado esa misma tarde. A continuación, se dirigió hacia la mesa donde Baverstock había estado trabajando.

—Al principio, me preguntaba si en vez de una tablilla, nos faltaban tres pero, en ese caso, las líneas de las esquinas no hubieran tenido sentido.

Entonces intenté unir las tablillas formando un cuadrado y volver a examinar la inscripción. La solución era tan sencilla que hasta un niño podría haberla descubierto. Hay que empezar por la primera palabra de la derecha de la primera línea de la primera tablilla que, por supuesto, es la que nos falta.

Baverstock indicó con la barbilla los papeles desperdigados por la mesa. Había preparado cuatro hojas tamaño folio y, en tres de ellas, había escrito las versiones en inglés de las inscripciones en arameo que había conseguido traducir, y luego las había colocado en posición. El cuarto folio, el que estaba en la parte superior derecha, estaba prácticamente vacío, a excepción de una pequeña raya en la parte inferior izquierda que coincidía con otras líneas similares dibujadas en las otras tres páginas.

—A continuación —prosiguió Baverstock—, hay que leer la palabra que se encuentra en la misma posición en el resto de tablillas siguiendo, por supuesto, la dirección de las agujas del reloj. De esta manera, tenemos «por Elazar ben», por lo tanto la primera palabra, la que falta, probablemente será «seleccionó», «ordenó» o algo similar. La siguiente palabra de la tablilla que no tenemos es, casi con toda seguridad, «Yair», lo que completaría el nombre del líder de los sicarios de Masada. Sin embargo, esa palabra no aparece en la primera línea de la inscripción. En vez de eso, hay que coger la primera palabra de la línea inferior, y repetir el proceso con cada una de las tablillas. Es un sistema muy elemental, pero increíblemente ingenioso.

—Vale, creo que lo he pillado —masculló Hoxton con impaciencia—. Muy ingenioso. Pero a mí lo que me interesa es saber qué narices dicen las malditas tablillas.

—Ya sé lo que dicen —dijo Baverstock bruscamente, entregándole otro folio.

Hoxton leyó detenidamente lo que el experto en lenguas arcaicas había escrito en letras mayúsculas.

—Impresionante, Tony —concluyó Hoxton asintiendo con la cabeza—. Y ahora

explícame de qué va todo esto. ¿Qué es exactamente lo que estamos buscando?

—Hubiera jurado que está bastante claro a qué se refiere la inscripción —replicó Baverstock con acritud—. El texto codificado menciona explícitamente el «rollo de cobre» y «el rollo de plata perdido».

—Pero, a menos que haya dos rollos de cobre, esa reliquia ya ha sido encontrada —dijo Dexter.

Baverstock resopló.

—Por eso mismo. Si miras la inscripción, verás que el descubrimiento del rollo de cobre en Qumrán confirma lo que está escrito en estas tablillas. Esa reliquia se encontró en la cueva 3 en 1952, porque la gente que preparó estas tablillas la puso allí. Lo dice aquí.

Baverstock subrayó el pasaje relevante con un lápiz.

—Déjame completar algunos de los espacios en blanco con algunas de mis mejores conjeturas —dijo garabateando algunas palabras en el folio—. De acuerdo. Más o menos quedaría así: «El rollo de cobre que cogimos de Ein-Gedi lo hemos escondido en la cueva de Hammad, el lugar de los rollos de...». Nos falta la siguiente palabra porque está en la cuarta tablilla. Luego el texto continúa: «... junto al asentamiento conocido como Ir-Tzadok B'Succaca». Es la afirmación más clara que jamás encontrarás sobre dónde se escondió el rollo de cobre.

»Desconozco cual es esta palabra de aquí, la que se encuentra entre «de» y «junto a», pero lo más probable es que se refiera a un lugar o a una persona. Tal vez se trate de Jericó o de Jerusalén, o quizá de la persona o la tribu que poseía los otros rollos. Es una lástima que no lo sepamos —reflexionó Baverstock—, porque nos revelaría de una vez por todas quién escribió realmente los manuscritos del mar Muerto. A pesar de todo, resulta muy interesante que la inscripción indique expresamente que el rollo de cobre provenía de Ein-Gedi.

—¿Y dónde está eso?

—Ein-Gedi era un importante asentamiento judío construido alrededor de un oasis cercano a la costa oeste del mar Muerto. De hecho, está muy cerca de Qumrán. Y eso nos da otra pista, o más bien la confirmación de que la gente que preparó estas tablillas pertenecía a la secta de los sicarios. Según la información que he encontrado en internet, el único asalto significativo a Ein-Gedi se produjo en el año 72 o 73 después de Cristo, y lo llevó a cabo un destacamento de sicarios de Masada. Eso concuerda a la perfección con las primeras palabras de la inscripción, porque en aquella época su líder era Elazar ben Yair. En la masacre murieron cerca de setecientos habitantes de Ein-Gedi y los asaltantes se apoderaron de todo lo que cayó en sus manos. Por lo visto, entre los objetos que encontraron estaban los rollos de cobre y plata.

Mientras Baverstock exponía su teoría, Hoxton y Dexter estudiaban la

inscripción.

—¿Y qué me dices de estas «tablas del Templo»? —inquirió Hoxton—. ¿También procedían de Ein-Gedi? ¿Y qué son, exactamente?

Baverstock sacudió la cabeza.

—La inscripción no dice que formara parte del botín de los sicarios, de manera que, tal vez, se encontraban ya en su poder. La frase completa probablemente sea «las tablas del Templo de Jerusalén». Quizá se refiera a algún tipo de placa decorativa o, tal vez, eran unas tablillas en las que había grabada alguna plegaria o algo similar. Independientemente de lo que sean, a nosotros no nos interesan. Nuestro objetivo es el rollo de plata.

—Y, por supuesto, la cuestión principal —intervino Hoxton— es dónde empezar a buscar. Esta inscripción dice que el rollo de cobre estaba escondido en Qumrán. ¿Significa eso que también pusieron allí el rollo de plata?

—No —dijo Baverstock—. El texto se refiere a las dos reliquias por separado. El rollo de cobre fue depositado en la cueva Qumrán, pero el otro lo escondieron en una cisterna en algún otro lugar. De momento no estoy muy seguro de a qué se refiere la inscripción cuando habla de «el lugar del *nosequé* fin de los días». La interpretación más simple sería «el lugar del fin de los días», pero necesito investigar algo más antes de darte una respuesta definitiva. Mientras tanto, será mejor que empecéis a buscar el equipamiento necesario. Una vez nos pongamos en marcha, lo más probable es que tengamos que actuar con rapidez.

Bronson y Ángela se dirigían en dirección sudeste hacia el mar Muerto, para lo cual tuvieron que atravesar Jerusalén.

Bronson no estaba del todo seguro de qué idea previa se había hecho del lugar, pero se sorprendió al ver lo fértil que parecía la tierra que atravesaban, al menos la franja que se extendía a lo largo de la costa mediterránea. Probablemente esperaba encontrar un paisaje mucho más árido, casi desértico, pero en realidad la única zona de Israel a la que podía llamarse desierto era el limitado triángulo de tierra que se extendía al sur del punto más ancho del país hasta el golfo de Aqaba. Esa área, limitada por Rafah en la costa mediterránea, el extremo sur del mar Muerto y el centro turístico israelí de Elat, comprendía el desierto de Negev, una extensión desolada, tórrida y prácticamente deshabitada.

—Según el mapa —anunció Ángela, que se encontraba en el asiento del copiloto, con el documento en cuestión desplegado sobre su regazo—, deberíamos llegar a la frontera de Cisjordania en unos diez minutos.

—¿Crees que va a suponer algún problema cruzarla?

—No debería. Solo tenemos que estar atentos a los controles de carretera y a los pasos fronterizos. No tenemos más remedio que atravesar algunos de ellos.

Llevaban algo de retraso por culpa del tráfico de Jerusalén, lo que no era de extrañar, teniendo en cuenta que en el área relativamente pequeña que ocupaba la ciudad residía casi un millón de personas. Una vez fuera de los límites de la metrópolis, la carretera giraba hacia el nordeste y pasaba justo al sur de Jericó (la ciudad fortificada más antigua del mundo), antes de virar hacia el Este, hacia la frontera con Jordania. Una vez en el extremo más septentrional del mar Muerto, Ángela indicó a Bronson que girara a la derecha y luego condujeron hacia el sur, atravesando el kibutz de Nahal Kalya y adentrándose en la costa occidental del mar Muerto, la superficie terrestre de menor altitud de la Tierra. A poca distancia de allí estaba Qumrán.

El tráfico seguía siendo bastante denso, e incluso después de haber dejado atrás los terribles atascos que atestaban las concurridas calles de Jerusalén, tenían varios coches tanto delante como detrás. Lo que Bronson no advirtió, es que uno de estos vehículos (un Peugeot con dos ocupantes), llevaba detrás de ellos desde que habían dejado Tel Aviv, sin aproximarse nunca a más de unos setenta metros, pero sin perderlos de vista.

Una vez se adentraron en los territorios de Cisjordania, el paisaje cambió significativamente y la tierra, por lo general fértil, de la zona oeste de Jerusalén dio paso a un paisaje más escarpado e inhóspito que, conforme se acercaban a Qumrán, mutó una vez más para dar paso a una cadena de colinas rocosas salpicadas por

profundos barrancos.

El mismo Qumrán se encontraba en parte sobre la ladera de una colina, en una meseta a un kilómetro y medio al oeste de la costa del mar Muerto, que ofrecía unas vistas espectaculares de la llanura desértica a sus pies. El antiguo asentamiento estaba parcialmente rodeado de unas colinas de color marrón claro, ribeteadas con sutiles sombras que indicaban los diferentes estratos de tierra. Algunas de ellas estaban salpicadas de orificios oscuros, la mayoría de ellos con forma de óvalo irregular. Bronson pensó que era un escondite extraordinario.

—¿Son esas las cuevas? —preguntó señalando hacia el oeste cuando llegaron a la llanura.

—Sí, las famosas cuevas —confirmó Ángela—. En total hay doscientas ochenta, y la mayoría se encuentran entre cien metros y un kilómetro y medio de distancia del asentamiento. Se han encontrado restos arqueológicos en casi sesenta de ellas, pero la mayor parte de los manuscritos del mar Muerto provienen solo de once.

»La más cercana está a solo quince metros del borde de la meseta, lo que probablemente es una de las razones por las que el padre Roland de Vaux creyó que los habitantes de Qumrán eran los autores de los rollos. Simplemente no creía que los esenios (o quienesquiera que se asentaran allí) vivieran ajenos a la existencia de las cuevas y a lo que había en su interior. En una de ellas se encontraron lo que parecían los vestigios de una serie de estanterías, y eso condujo a la teoría de que los habitantes de Qumrán las usaban como biblioteca. No obstante, como ya te expliqué antes, toda la hipótesis de Qumrán y los esenios presenta muchas lagunas.

A continuación se quitó el sombrero y se secó la frente con un pañuelo, que estaba ya húmedo. El calor era insoportable. Tras el ascenso desde el lugar donde habían aparcado el coche, los dos sudaban copiosamente y Bronson se alegró de que se les hubiera ocurrido pasarse por una tienda, cerca del hotel Tel Aviv, para comprar un par de sombreros de ala ancha y varias botellas de agua. Si no tenían cuidado, corrían el riesgo de deshidratarse.

—En realidad, teniendo en cuenta lo cerca que están las cuevas —dijo Bronson—, resultaría sorprendente que la gente que vivía aquí no supiera lo que había en ellas.

—Estoy de acuerdo, pero eso no significa que fueran los responsables de escribirlos. Como mucho, es posible que se consideraran a sí mismos los guardianes de los rollos.

Bronson miró hacia la desolada llanura que se extendía bajo la meseta y contempló el monótono desierto, aliviado solo por cúmulos aislados de vegetación, donde pequeños grupos de árboles de algún tipo luchaban por sobrevivir. A media distancia, el mar Muerto parecía una hendidura azul brillante, una intensa banda de color que ocultaba la desolada realidad de sus aguas sin vida.

—Es como estar en el mismísimo infierno —farfulló secándose la frente—. ¿Por qué motivo querría alguien vivir en un lugar como este?

Ángela esbozó una sonrisa.

—Al inicio del primer milenio esta era una zona extremadamente fértil y próspera —dijo—. ¿Ves aquellos árboles de allí? —preguntó señalando las pequeñas manchas verdes dispersas en el suelo del desierto que Bronson ya había notado—. Aquellos pocos árboles son lo único que queda de las antiguas plantaciones de dátiles. Existen documentos, que datan de tiempos bíblicos, que cuentan que toda la zona que se extiende desde las costas del mar Muerto hasta más allá de Jericó estaba completamente cubierta de plantaciones de dátiles. De hecho, Jericó era conocida como «la ciudad de los dátiles» y los dátiles de Judea eran un fruto muy codiciado, tanto como producto comestible como por sus propiedades medicinales. De hecho, la palmera datilera se convirtió en una especie de símbolo nacional de Judea hasta el punto de aparecer en las monedas conocidas como *Iudaea capta*, que acuñaron los romanos tras la caída de Jerusalén y la conquista del país. En todas ellas aparece una palmera como parte del dibujo del dorso. Esta zona también producía balsamina, por lo visto la mejor de la región.

—¿Y qué es exactamente la balsamina?

—Puede referirse a muchas cosas, desde una flor a un árbol, pero en Judea la palabra hacía referencia a un gran arbusto. Producía una resina de un aroma dulzón que tenía muchas aplicaciones en el mundo antiguo y que se utilizaba tanto en medicina como en la elaboración de perfumes. Además, la región era también una importante fuente natural de betún. Uno de los antiguos nombres del mar Muerto era *Lacus Asphaltites*, o lago del asfalto. Es un nombre algo extraño para cualquier masa de agua, y la razón por la cual lo llamaban así es que el agua estaba cubierta por grandes cúmulos de alquitrán, también conocido como asfalto.

—¿Te refieres al asfalto como el que se emplea para las carreteras? ¿Esa cosa negra y pringosa que se utiliza por sus propiedades aglutinantes? ¿Para qué demonios lo usaban hace dos mil años?

—Para una nación que se dedicaba casi exclusivamente a la pesca, era un producto fundamental, porque les servía para impermeabilizar el fondo de sus embarcaciones y protegerlas de posibles fisuras. Sin embargo, los principales consumidores del betún de Judea eran los egipcios, y ellos hacían un uso muy diferente.

—¿Cuál? —preguntó Bronson.

—Durante el proceso de momificación, el cráneo de los difuntos se rellenaba de betún líquido y resinas aromáticas. Teniendo en cuenta que en el siglo III antes de Cristo la población de Egipto rondaba los siete millones, había muchos cadáveres que embalsamar y el comercio de betún era altamente lucrativo.

Bronson miró con incredulidad el extraño paisaje circundante. Para sus ojos no adiestrados Qumrán no era más que un enorme pedregal y solo algunas de las piedras parecían formar muros. Entonces pensó en la turbulenta historia de la región, en las terribles privaciones que tuvieron que sufrir los esenios para intentar combatir las temperaturas extremas y la ausencia de agua fresca en lo que tuvo que ser uno de los hábitats más hostiles del planeta. Para él, y a pesar del espléndido sol, Qumrán y todo el perímetro tenían un aspecto siniestro, tal vez incluso peligroso, de una forma difícil de explicar. En ese momento, y a pesar del calor asfixiante, un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Bueno —dijo—, cuando quieras nos vamos. No veo la hora de volver a las comodidades del mundo civilizado.

Ángela frunció el ceño y le puso la mano sobre el brazo.

—Entiendo cómo te sientes. A mí tampoco me gusta mucho este lugar pero, si no te importa, me gustaría echar un vistazo a un par de cuevas.

—¿Es realmente necesario?

—Mira, si quieres puedes esperarme en el coche con el aire acondicionado encendido, pero yo voy a subir. He leído prácticamente todo lo que se ha publicado sobre estas cuevas y los manuscritos del mar Muerto y la mayor parte de mi trabajo guarda relación con esta zona. Sin embargo, es la primera vez que tengo ocasión de visitar un antiguo asentamiento judío. Ya que hemos llegado hasta aquí, me gustaría echar un vistazo al interior de un par de ellas, solo para ver cómo son. No tardaré mucho, Chris, te lo prometo.

Bronson suspiró.

—Había olvidado lo decidida que podías llegar a ser —dijo con una sonrisa—. Voy contigo. No me vendrá mal pasar un rato a la sombra, aunque sea en el interior de una cueva.

Yacoub tenía el teléfono móvil apoyado en su oreja y escuchaba a Asan, que le iba informando mientras seguía a Bronson y a Ángela por el asentamiento. Aunque estaba acostumbrado a las altas temperaturas de Marruecos, y a pesar de que llevaba los pantalones y la chaqueta más ligeros que había podido encontrar, el calor le resultaba agobiante. Hubiera preferido llevar una chilaba y una *kufiyya*, pero ese tipo de indumentaria lo habría identificado como árabe, y eso era algo que quería evitar a toda costa porque, precisamente en Israel, habría llamado demasiado la atención.

—Se están comportando como simples turistas —informó Hassan—. Han dado un paseo por las ruinas, pero ahora parece que se marchan.

Durante unos segundos se hizo el silencio, pero luego el hombre habló de nuevo.

—No, espera. No se dirigen al aparcamiento. Parece que van a subir a las cuevas.

—Bien —dijo Yacoub—. En mi tablilla hay una referencia a Qumrán. Es posible que piensen que las reliquias estén escondidas aquí. Síguelos e intenta acercarte lo máximo posible. A ver si consigues oír lo que dicen. Si entran en alguna cueva, síguelos, siempre, claro está, que no sea demasiado pequeña. Tú eres un turista más, y no te conocen, así que no debería haber problemas.

—¿Y si encuentran las reliquias?

—Es obvio —dijo Yacoub—. Acabas con ellos y luego me llamas.

—No es muy profunda —comentó Bronson tras detenerse a la entrada de una de las cuevas cercanas a la llanura de Qumrán—. Más que una cueva, parece una grieta en la montaña.

La abertura tenía un metro de ancho por metro y medio de alto, pero la cueva en sí tenía una profundidad de unos cinco metros y estaba completamente vacía.

—Tienes razón —convino Ángela—, pero hay otras por aquí que son mucho mayores. Vamos a echar un vistazo a una más. Luego nos vamos.

—Por mí, perfecto —dijo Bronson tomando la delantera.

Una vez en el exterior miró a su alrededor y señaló hacia la parte superior de la colina.

—Aquella parece algo mayor —sugirió, indicando un óvalo mucho más ancho, abierto en la roca, a unos ochenta metros de distancia—. ¿Te parece bien?

Ángela miró hacia arriba y asintió con la cabeza. A ambos les costaba hablar por el calor sofocante.

Cuando se pusieron en camino, eligiendo con cuidado el sendero que debían seguir, Bronson miró hacia atrás y divisó a un hombre que subía la ladera hacia donde se encontraban, aparentemente en dirección a una de las cuevas. En realidad, desde aquel lugar se veía bastante gente en Qumrán y en las colinas de los alrededores y, aunque ese turista en particular no parecía muy diferente de todos los que pululaban

por allí, no pudo evitar que su presencia lo inquietara.

Cuando habían salido de la primera cueva pequeña, el hombre se dirigía directamente hacia ellos, o quizá hacia la cueva en sí, pero en ese momento había cambiado de dirección y una de dos, o caminaba hacia la gran cueva que él y Ángela habían elegido, o intentaba cortarles el paso. Fuera como fuera, Bronson decidió no quitarle ojo.

Ángela fue la primera en llegar a la cueva y entrar en el interior. Bronson lo hizo poco después, no sin antes echar un último vistazo hacia la pendiente. El hombre se encontraba a unos cincuenta metros de distancia, y seguía caminando tranquilamente hacia ellos, en apariencia, sin ninguna mala intención.

Bronson hizo una señal a Ángela para que guardara silencio, volvió a la entrada y se asomó al exterior con cuidado de permanecer en la sombra. La figura que se acercaba se detuvo a unos treinta metros y Bronson vio que se metía un teléfono móvil en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Mierda! —masculló Bronson al verlo sacar una pistola semiautomática de su cinturón, extraer el cargador de la culata para revisarlo, colocarlo en su lugar y amartillar el arma—. Ahí fuera hay un tipo que se acerca con una pistola.

—¿No será un policía? —preguntó Ángela esperanzada.

—Ya me gustaría a mí —dijo Bronson—. Pero la policía no lleva ese tipo de armas.

En ese momento echó un vistazo a la cueva. Había solo dos pasillos cortos, uno a cada lado de la entrada, y ambos estaban parcialmente cubiertos por rocas desprendidas. Los dos podían suponer una trampa mortal, pero solo si el hombre que se acercaba sabía que había alguien escondido.

—¡Deprisa! —dijo Bronson apuntando a su derecha—. Corre a ese pasillo y escóndete detrás del montón de rocas.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Estaré allí, al fondo. Intentaré atraer su atención haciendo un poco de ruido. En cuanto pase por delante de ti, sal y vuelve al coche.

—No, Chris —dijo Ángela con voz temblorosa—. No pienso dejarte aquí solo.

—Por favor, Ángela. Tienes que hacerlo. Estaré mucho más tranquilo cuando sepa que estás a salvo. Bajaré en cuanto pueda.

Bronson se dio la vuelta y se adentró en la húmeda oscuridad. No llevaba pistola, pero tenía una linterna que había recordado comprar por si acaso entraban en las cuevas. En ese momento la encendió dando gracias a Dios por tenerla. Tras él oyó los pasos de Ángela que corría, miró atrás y la vio desaparecer en el túnel lateral.

Seguidamente, el brillante óvalo de luz que indicaba la entrada de la cueva se oscureció parcialmente con la sombra de una figura que entraba.

Bronson avanzó en la oscuridad.

La cueva parecía adentrarse bastante en la pared de la montaña, tal vez treinta o cuarenta metros, y el espacio entre las paredes se estrechaba bruscamente conforme se alejaba de la entrada. El suelo rocoso era irregular y estaba lleno de surcos, piedras sueltas y algunas zonas arenosas. Las paredes, por su parte, eran bloques de piedra agrietados y con fisuras, con frecuentes pasillos sin salida de apenas un metro de longitud. Y hacía calor.

Mucho calor, ya que, además de las altas temperaturas, no corría ni una pizca de aire.

En aquel momento se giró y miró hacia la entrada. La figura parecía inmóvil, justo a la entrada de la cueva, probablemente intentando acostumbrarse a la oscuridad. Pero cuando Bronson miró, el hombre se dio la vuelta y dio un par de pasos hacia el pasillo donde Ángela se había refugiado. Rápidamente Bronson pegó una patada, lanzó unas pocas piedras rodando por el suelo rocoso y encendió de nuevo la linterna.

—¡Interesante! —dijo alzando la voz a propósito, mientras dirigía la luz hacia el interior de la cueva—. Será mejor que echemos un vistazo.

Al oír su voz la figura se detuvo, se dio la vuelta, dirigió la atención hacia el haz de luz y hacia la voz de Bronson, y dio unos pasos intentando no hacer ruido.

Bronson vio que la figura sacaba la pistola, y divisó la inconfundible silueta negra que parecía una siniestra extensión de su brazo derecho. La buena noticia era que el hombre se había alejado del lugar donde se escondía Ángela, pero, la mala, e igualmente obvia, es que se dirigía directamente hacia él. Consciente de que sus opciones y su libertad de movimiento eran cada vez más reducidas, Bronson avanzó hacia el interior de la cueva y hacia la angosta oscuridad que tenía delante.

Después apuntó con la linterna hacia el final de la cueva en busca de inspiración. Intentaba descubrir o bien un escondite, o algún modo de distraerlo. No obstante, prácticamente no había ningún lugar donde ocultarse y las pocas opciones no le gustaron demasiado.

—Creo que podría ser eso de ahí —dijo en voz alta, fingiendo que Ángela seguía a su lado—. Quédate aquí y sujeta esto.

Bronson colocó la linterna sobre una roca iluminando un pequeño grupo de piedras situado a un lado de la cueva que casi parecía que habían sido apiladas a propósito con la intención de que sirvieran de mojón.

A continuación pasó por delante del haz de luz cerrando los ojos para conservar su visión nocturna. Al hacerlo proyectó una sombra enorme en la pared rocosa del final de la cueva que, con un poco de suerte, serviría para que el inoportuno visitante

creyera que se encontraba lejos de la linterna buscando algo en la penumbra.

Pero en realidad no era allí donde iba a estar. En cuanto se encontró fuera de la influencia de la linterna, se agachó y se dirigió de nuevo hacia la entrada de la cueva. Sin separarse de la pared, observó a la figura acercarse, que se encontraba ya a unos cinco o seis metros de él.

La atención del hombre parecía centrarse en la luz de la linterna, que seguía encendida sobre el montón de rocas. Se movía despacio y con sigilo hacia la luz, manteniéndose en el centro de la cueva y, obviamente, intentando no hacer ruido.

Bronson necesitaba mantener la atención de su enemigo justo allí, mirando hacia el fondo de la cueva. Entonces agarró un par de guijarros y, con cuidado, los lanzó por los aires hacia atrás, un truco viejo pero muy efectivo. Las piedras rebotaron contra el suelo de la cueva en algún lugar cercano a la linterna.

La figura continuó caminando, acercándose lentamente, y Bronson pudo distinguir claramente la pistola que empuñaba firmemente en su mano derecha.

De repente se oyó una especie de fricción, seguido de un repiqueteo que procedía de la entrada de la caverna. Se trataba de Ángela, que había salido como pudo de su escondite y se precipitaba hacia la entrada de la cueva.

En aquel momento el hombre se dio la vuelta, levantó la pistola y apretó el gatillo.

El sonido del disparo resonó como un trueno en el reducido espacio y Bronson no tuvo tiempo de comprobar si la bala había alcanzado a Ángela pues, por aquel entonces, ya se estaba moviendo rápidamente.

Justo en el preciso instante en que la figura no identificada disparó su pistola, Bronson echó a correr. Se apartó del muro de la cueva, cruzó a toda prisa el suelo rocoso y se abalanzó sobre el hombre, golpeándolo con el hombro en el estómago. Este, sorprendido, emitió un grito ahogado de dolor y se desplomó contra el suelo, soltando la pistola, que aterrizó con un ruido metálico a cierta distancia.

Bronson no le dio tiempo a reaccionar. Mientras ambos forcejeaban sobre el suelo de piedra de la cueva consiguió liberar su brazo derecho y propinarle un puñetazo en el plexo solar que le obligó a expulsar todo el aire que le quedaba en los pulmones. A continuación, le hundió la rodilla en la entrepierna y presionó con todas sus fuerzas. Tal vez no fue una buena idea porque, al hacerlo, la rótula de Bronson se raspó contra las rocas, provocándole un dolor punzante que le recorrió toda la pierna derecha.

Pero el hombre al que había atacado se tensó, y se agarró la entrepierna con sus manos. Bronson supo que lo había dejado fuera de juego, al menos por unos instantes.

Entonces consiguió a duras penas ponerse en pie y se quedó mirando la figura hecha un ovillo que gemía en el suelo. La pistola. Sabía que tenía que apoderarse como fuera del arma del hombre, aprovechar la oportunidad, pero no conseguía verla

por ninguna parte. Corrió a toda prisa hacia el fondo de la cueva, agarró la linterna y regresó hacia su víctima. Apuntó con la luz a su alrededor, buscado el brillo revelador del metal. Nada. Entonces divisó un objeto, algo que emitía un destello pálido, y se acercó para estudiarlo.

Efectivamente, se trataba de la pistola, pero había aterrizado entre dos rocas, en el interior de una grieta prácticamente vertical solo un poco más ancha que el arma, y no podía introducir la mano lo suficiente para, ni siquiera, tocarla. Para sacarla habría necesitado o mover una de las rocas, algo que no parecía demasiado sencillo, o encontrar un palo o algo similar que pudiera usar como palanca. Aun así no hubiera tenido tiempo, porque el hombre al que había atacado se encontraba ya de rodillas.

Cuando se puso en pie, Bronson intentó golpearle en la mandíbula, pero erró el golpe cuando su objetivo se apartó hacia atrás. Entonces oyó un chasquido que no auguraba nada bueno y vio el brillo del metal de una navaja automática cuando esta se abrió de golpe. Bronson se retiró justo en el momento que el individuo intentaba clavársela en el estómago, y luego se abalanzó sobre su agresor con la única arma que tenía a su disposición: la linterna.

Aquella mañana, en la tienda, había estado mirando varios modelos, pero él era de los que pensaban que, ante la duda, era preferible decantarse por la calidad, y había elegido una pesada linterna de aluminio en forma de tubo, para uso industrial, que contenía tres pilas de tamaño considerable. En aquel momento se alegró de haber gastado algo más de dinero.

La linterna se estrelló contra el lateral de la cabeza del hombre y éste cayó de bruces contra el suelo. Para sorpresa de Bronson, seguía funcionando, aunque sentía que presentaba una enorme abolladura en un lateral.

Se quedó mirando unos segundos la figura inmóvil y luego estiró el brazo, la cogió del hombro y la volteó. Apuntó con la luz a la cara por un momento y luego asintió lentamente con la cabeza.

—¡Vaya, vaya! —musitó—. ¿Por qué no me sorprende?

Entonces hizo un último intento por recuperar la pistola de la grieta entre las rocas, y salió de la cueva. Ángela lo esperaba unos veinte metros más abajo, escondida detrás de un montón de rocas con una piedra del tamaño de una pelota de criquet en su mano derecha.

—¡Gracias a Dios! —dijo poniéndose en pie para recibir a Bronson—. ¿Estás bien?

Él le posó la mano sobre el hombro y le frotó suavemente la mejilla, que presentaba un pequeño tiznajo.

—Sí. ¿El disparo no te ha alcanzado?

Ángela negó con la cabeza.

—En realidad creí que te disparaba a ti —dijo—. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

Bronson esbozó una sonrisa burlona.

—Hemos tenido una pequeña diferencia de opinión pero, afortunadamente, yo contaba con un elemento sorpresa.

—¿Está muerto?

—No. Solo está echando un sueñecito. Menos mal que tenía la linterna.

A continuación señaló al arma improvisada que Ángela acababa de lanzar y que rodaba por la ladera de la colina.

—¿Qué pensabas hacer con eso? —preguntó.

—No tengo ni idea pero, como comprenderás, no iba a dejarte aquí solo.

—Bueno. Será mejor que nos vayamos. El hecho de que haya conseguido deshacerme de un hombre no quiere decir que no haya más observándonos. Tenemos que darnos prisa.

—Entonces, ¿quieres seguir con esto? —inquirió Bronson mientras conducían de regreso a Tel Aviv.

Habían recorrido la distancia que les separaba del aparcamiento en un tiempo récord y en aquel momento conducía todo lo deprisa que le permitían las condiciones de la carretera. Era evidente que alguien los había seguido hasta Qumrán desde el hotel Tel Aviv y, en ese momento, su principal objetivo era regresar a la ciudad y encontrar lo antes posible un nuevo alojamiento.

—Sí —respondió Ángela—. Para serte sincera, estoy aún más interesada en encontrar el rollo de plata y la alianza mosaica, especialmente ahora que hemos descubierto que no somos los únicos interesados. Creo que no queda ninguna duda al respecto, ¿no te parece?

Bronson asintió sin apartar la vista de la carretera.

—Aun así —continuó Ángela—, no consigo imaginar quién más puede estar buscando estas reliquias.

—No lo sé, pero cuando vi la cara de ese hombre de la cueva supe de inmediato que lo había visto antes. No suelo olvidar una cara, y estoy seguro de que era uno de los que aparecían en las fotografías que Margaret hizo en el zoco de Rabat, lo que significa que pertenece a la banda de los marroquíes. Imagino que tenía órdenes de seguirnos e intentar recuperar la tablilla de barro que Yacoub pensaba que estaba en nuestro poder.

—Deberías haberlo matado y haberte quedado con la pistola.

Bronson sacudió la cabeza.

—No te creas —respondió—. Es lo peor que podría haber hecho. Dejarlo solo con un fuerte dolor de cabeza implica que la policía israelí no se verá involucrada y eso nos viene de perlas. Quise coger la pistola, pero se cayó en una grieta entre las rocas y no pude sacarla. —Seguidamente hizo una pausa y añadió—: Si continuamos con esto, la cosa puede volverse muy peligrosa para ambos. ¿Estás lista para algo así?

—Sí —respondió Ángela con resolución—. Tenemos que encontrar el rollo.

Aquella noche Bronson y Ángela cenaron pronto en la habitación de ella, en el pequeño hotel al que se habían trasladado a toda prisa apenas regresaron de Qumrán. Bronson había elegido un lugar bastante alejado del centro de Tel Aviv, con la esperanza de que hubiera menos posibilidades de que sus posibles perseguidores les localizaran y donde le sería mucho más fácil detectar si estaban siendo vigilados. Cuando terminaron de cenar disponían todavía de una hora antes de su cita con Yosef ben Halevi, de manera que echaron otro vistazo a la traducción de la inscripción.

Ángela se conectó a la página web que permitía traducir del arameo, que había encontrado anteriormente, y comenzó a introducir todas las palabras que podía leer,

incluyendo las de la tablilla del museo de París, por si había algún error de traducción, mientras Bronson buscaba las mismas palabras en el diccionario impreso.

Una media hora más tarde se recostó en el respaldo de su silla.

—Aparentemente, solo tenemos que hacer algunos cambios —dijo— y, por lo que he podido comprobar, ninguno de ellos es determinante. En la primera línea habíamos escrito «asentamiento», aunque también podría significar «aldea» o «agrupación de viviendas». En la tercera línea «oculto» también podría ser «escondido» y en la cuarta, la página web sugiere «caverna» en vez de «cueva». Por último, en la quinta sería más adecuado traducir «pozo» en vez de «cisterna». No obstante, siguen siendo palabras diferentes que tienen un significado muy similar. Es simplemente una cuestión de interpretación.

Bronson abrió dos botellines de ginebra que había sacado del minibar, añadió tónica y dio uno de los vasos a Ángela.

—¿Ha habido suerte con las palabras que no conseguiste traducir la otra vez? —preguntó.

—Con algunas sí. Me juego lo que quieras a que la primera palabra de la derecha de la primera línea es «Elazar», que formaría parte del nombre Elazar ben Yair. Y por fin he logrado traducir esta.

A continuación señaló la palabra «Gedi», que había escrito en la cuarta línea de su traducción de la tablilla de Rabat, sustituyendo el espacio en blanco que había anteriormente.

—¿De dónde la has sacado?

—Como no aparecía en ningún diccionario, pensé que podía tratarse de un nombre propio, como «Elazar». Entonces empecé a buscar versiones en arameo de apellidos y topónimos y encontré esto.

—¿Gedi? —preguntó Bronson pronunciándola como «Jedi», el de *La guerra de las galaxias*.

—Sí. Pero no conozco ningún emplazamiento relevante cerca de Qumrán con esa denominación. Espero que Yosef pueda proporcionarnos alguna idea.

—¿Y qué me dices de la palabra de al lado? ¿Has conseguido algo?

Ángela asintió lentamente.

—Sí —dijo—. Se traduce «Mosheh», que es la versión en arameo de Moisés. Y eso significa que ahora la frase se leería: «Las tablas de Templo de Jerusalén - - Moisés el ->». Considerando la información de que disponemos, me atrevería a decir que el original probablemente dice algo así como: «Las tablas del Templo de Jerusalén y de Moisés, el gran líder» o, tal vez, «el famoso profeta».

Ángela hizo una pausa y miró a Bronson.

—Es evidente que Yacoub tenía razón —dijo—. Es casi seguro que «las tablas del Templo» se refiere a la alianza mosaica, las tablas del profeta Moisés, la alianza

original sellada entre Dios y los israelitas.

Bronson sacudió la cabeza.

—No puedes hablar en serio.

—En realidad no —dijo Ángela—, pero quienquiera que elaborara esta tablilla, estaba convencido de ello.

—Los diez mandamientos.

—No. Todo el mundo piensa que había diez mandamientos, pero no es del todo exacto. Todo depende de la parte de la Biblia que tomes, pero las listas más fiables aparecen en el capítulo 20 del Éxodo y en el 5 del Deuteronomio. En ambas fuentes se afirma que Moisés bajó del monte Sinaí con catorce mandamientos.

—¿Los catorce mandamientos? La verdad es que no suena igual de bien.

Ángela esbozó una sonrisa.

—Tienes toda la razón, pero si estudias detenidamente el Éxodo se pueden encontrar más de seiscientos, incluidas algunas perlas como «No dejarás con vida a los que comentan brujería» o «No afligirás al forastero».

—¿Y en qué época vivió Moisés? Suponiendo, claro está, que realmente existiera.

—Como suele suceder en este tipo de asuntos, la respuesta varía dependiendo de qué fuente prefieras. Según el Talmud nació aproximadamente en el año 1400 antes de Cristo, de una mujer judía llamada Jochebed. Cuando el faraón Feraz ordenó que se matara a todos los hebreos recién nacidos, su madre lo colocó en una cesta de juncos y lo dejó a la deriva en las aguas del Nilo. Fue encontrado por miembros de la familia real egipcia, que lo adoptaron. Esa es la historia que la mayoría de nosotros conoce, y es más o menos la misma que la del rey Sargón de Acad, que vivió en el siglo XXIV antes de nuestra era, excepto que el río en el que él flotaba era el Éufrates.

»Existen muchas versiones diferentes de los mitos y leyendas que rodean a Moisés, pero la mayoría de los cristianos y judíos creen que fue el hombre que guio a los israelitas desde la esclavitud en Egipto hasta la Tierra Prometida, en la actual Israel. Lo realmente interesante es la frecuencia con que Moisés aparece en las sagradas escrituras de las diferentes religiones. En el judaísmo, por ejemplo, aparece en una gran cantidad de historias de los apócrifos judíos, así como en la Mishnah y en el Talmud. En la Biblia cristiana aparece tanto en el antiguo Testamento como en el nuevo, y también es uno de los personajes más relevantes del Corán. Los mormones incluyen el libro de Moisés (la supuesta traducción de sus escritos personales) en su canon de escrituras sagradas. Por último, si queremos aportar una nota algo más desenfadada, L. Ron Hubbard, el fundador de la cienciología, afirmaba que Moisés poseía una pistola desintegradora con la que combatía a los extraterrestres que habían invadido el antiguo Egipto.

Bronson sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir con todo esto? ¿Que existió o que no? Y en caso de que

existiera, ¿cómo es posible que existiera la alianza mosaica?

—Nadie sabe si Moisés fue un hombre de carne y hueso —respondió Ángela—, pero la validez histórica de la alianza mosaica es algo muy difícil de rebatir, principalmente porque existen innumerables referencias de la época al arca, la caja dorada en la que se guardaba. Los judíos trasladaron algo en su interior, algo de crucial importancia para su religión.

En aquel momento, Ángela miró su reloj y se puso en pie.

—Tenemos que irnos ya. No quiero hacer esperar a Yosef. —Seguidamente, tras una breve pausa, añadió—: Escucha, Chris. No debemos mencionar las tablillas de barro y mucho menos la alianza mosaica. De hecho, preferiría que me dejaras hablar a mí.

Su nuevo hotel se encontraba cerca de Namal Tel Aviv, el puerto en el extremo norte de la ciudad, un laberinto de calles de una sola dirección, pero cerca de la avenida Rokach, que Bronson esperaba que les sirviera como ruta rápida para salir de la ciudad si surgía la necesidad. Ángela había quedado con Yosef ben Halevi en un bar, justo a la salida de Jabotinsky, cerca de los jardines de Ha'Azma'ut y del Hilton Beach.

Era un corto paseo en el relativo fresco de la noche, pero Bronson decidió tomar la ruta más agradable simplemente para comprobar que nadie les seguía, de modo que, en vez de bajar directamente por Hayark o por Ben Yehuda, siguieron el paseo peatonal que pasaba por delante del Seraton Beach y luego atravesaron el hotel Hilton.

La ciudad era un hervidero de gente, y encontraron numerosas parejas elegantemente vestidas que paseaban junto a las profundas aguas azules del Mediterráneo, mientras el sol se sumergía en el horizonte formando una caótica paleta de colores primarios, que iban del rojo al azul, pasando por el amarillo. No obstante, apenas entraron en el laberinto de estrechas callejuelas situadas al Este de los jardines de Ha'Azma'ut, muchas de las cuales llevaban el nombre de grandes ciudades como Basilea, Fráncfort y Praga, la escena cambió radicalmente. Los hoteles dieron paso a edificios de apartamentos pintados de color blanco, de no más de cuatro o cinco pisos de altura, cuyas fachadas estaban tachonadas de aparatos de aire acondicionado y donde las plantas bajas estaban sembradas de bares y tiendas blasonadas con exóticos carteles escritos en hebreo. Por lo visto, no quedaba ni un solo hueco para aparcar, y los conductores, frustrados, intentaban abrirse paso con sus vehículos, que se desplazaban lentamente a través de las multitudes de peatones, buscando un sitio donde estacionar.

—¡Ahí está! —dijo Bronson ayudando a Ángela a cruzar la calle en dirección al bar. Hasta ese momento no había detectado a nadie que mostrara el más mínimo interés por ellos.

Por alguna razón, Bronson se había hecho a la idea que Yosef ben Halevi sería un venerable profesor universitario encorvado, con el pelo cano y probablemente cercano a los setenta. Sin embargo, el hombre que se alzó para saludarles apenas entraron en el pequeño y tranquilo bar no era ninguna de estas cosas. Rondaba la treintena, era alto, esbelto y atractivo, con una abundante mata de pelo negro y ondulado y con un peinado que le hacía parecer un héroe romántico.

—¡Ángela! —exclamó mostrando una perfecta dentadura de un intenso color blanco que contrastaba con su tez bronceada.

Bronson le cogió manía inmediatamente.

—¡Hola, Yosef! —dijo Ángela poniendo la mejilla para que éste la besara—. Te presento a Chris Bronson, mi ex marido. Chris, este es Yosef ben Halevi.

Apenas tomaron asiento, Ben Halevi se giró hacia Ángela.

—Tu llamada me ha dejado muy intrigado —dijo—. Dime, ¿qué estás haciendo aquí y en qué puedo ayudarte?

—Es algo complicado... —comenzó Ángela.

—¿No lo es siempre? —interrumpió Ben Halevi con otra sonrisa cautivadora.

—Estamos de vacaciones, pero también me han encargado que investigue algunos aspectos de la historia de los judíos del siglo I, a propósito de unas inscripciones que han aparecido en Londres.

—Unas vacaciones de trabajo, entonces —sugirió Ben Halevi echando un vistazo a Bronson.

—Efectivamente. En concreto, estoy recabando información sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en las inmediaciones de Qumrán a finales del siglo I después de Cristo.

Yosef ben Halevi asintió con la cabeza.

—Imagino que te refieres a los esenios y a los sicarios, ¿verdad? Sin olvidarnos de las legiones romanas y los emperadores Nerón, Vespasiano y Tito.

Era evidente que sabía de lo que hablaba y Bronson se alegró de que Ángela hubiera elegido un sitio tan tranquilo para encontrarse con él. Había solo un puñado de clientes en el bar, y podían hablar con toda libertad en la esquina donde se encontraban sin miedo a que los oyeran.

Ángela asintió.

—Una de las cosas que me desconciertan es la palabra «Gedi». He pensado que podría tratarse de un nombre propio o parte de uno. ¿Te suena de algo?

—Por supuesto. Obviamente, dependerá del contexto, pero lo más probable es que se trate de una referencia a Ein-Gedi. Además, en ese caso, es probable que guarde relación con los sicarios. ¿Dónde lo encontraste?

—Aparece en una inscripción que hemos descubierto —dijo Ángela con soltura.

—Bien —dijo Ben Halevi—. Ein-Gedi es un oasis muy fértil situado al oeste del mar Muerto, el que los antiguos solían denominar lago *Asphaltites*, no muy lejos de Qumrán y de Masada.

—¿Eso es todo? ¿Un oasis? —dijo Bronson—. No parece muy emocionante, que digamos.

—No se trata de un simple oasis. Se le menciona en numerosas ocasiones en la Biblia, especialmente en las Crónicas y en los libros de Ezequiel y Josué. Aparece incluso en el Canto de Salomón (Ein-Gedi es la interpretación más obvia de la palabra «Engaddi» que aparece en un verso) y, según se dice, el rey David se escondió allí cuando era perseguido por Saúl. Fue un lugar muy importante durante

un largo periodo de la historia del pueblo judío.

—¿Y los sicarios?

—Estaba a punto de llegar a ellos. Según Josefo (espero que hayas oído hablar de él), mientras los romanos asediaban Masada, algunos miembros de la guarnición de sicarios se las arreglaron para escapar y saquear el asentamiento judío de Ein-Gedi. Fue un ataque en toda regla y asesinaron a más de setecientas personas. Es importante recordar que, en aquella época, los enfrentamientos entre judíos no eran tan infrecuentes.

»No se sabe gran cosa de los habitantes de Ein-Gedi de la época, pero debía de tratarse de un oasis bastante próspero para poder sustentar a tanta gente. Probablemente los sicarios buscaban víveres y armas que les permitieran continuar la lucha contra las huestes romanas que cercaban Masada. Por supuesto —concluyó Ben Halevi—, no les sirvió de mucho, porque la ciudadela sucumbió poco después y todos los sicarios perecieron.

—Eso es muy interesante, Yosef —dijo Ángela tomando nota mentalmente. A continuación, cambiando de tema, añadió—: Nos interesa mucho el trasfondo histórico del arca de la alianza. ¿Te importaría explicarlo también? A Chris no le vendría mal conocerlo.

—¿El arca de la alianza? —inquirió Ben Halevi acercándose un poco más a Ángela. Demasiado, para el gusto de Bronson—. Muy bien. De acuerdo con vuestra Biblia (con el Antiguo Testamento, obviamente), uno de los objetos más sagrados para los israelitas fue el arca de la alianza, que durante años se conservó en diferentes santuarios de Judea, incluidos los de Siló y Shechem. Cuando el rey David conquistó Jerusalén, decidió construir un lugar permanente para albergar la reliquia y, por razones obvias, el Monte del Templo, situado en la parte antigua de la ciudad, pareció la opción más acertada.

»Salomón era el segundo hijo del rey David, y ascendió al trono de Israel en el 961 antes de Cristo. Durante su reinado continuó la labor que había iniciado su padre y completó el Templo en el 957 antes de Cristo. El edificio no solo sirvió para albergar el arca, que tenía una cámara especial llamada *devir*, que significa sanctasanctórum, sino también como lugar de oración. Según cuenta la leyenda, aunque las dimensiones del Templo eran bastante reducidas, tenía un patio lo bastante grande para dar cabida a un gran número de fieles. Aparentemente, en un principio se construyó con madera de cedro, pero con numerosos adornos de oro en el interior. Este pasó a llamarse el Templo de Salomón y, posteriormente, sería conocido como el Primer Templo. Se mantuvo en pie unos trescientos setenta años hasta que Nabucodonosor, rey de Caldea, arrasó Jerusalén y destruyó el edificio. Por aquel entonces, y durante un largo periodo, el arca de la alianza no volvió a mencionarse en las fuentes escritas.

—¿De qué material estaba hecha el arca? —inquirió Bronson—. De oro, supongo.

Ben Halevi negó con la cabeza.

—La mayoría de las fuentes coinciden en que parecía de oro, pero actualmente se cree que, en realidad, estaba hecha de madera de acacia y cubierta de láminas de oro. Por lo visto estaba profusamente decorada, con una llamativa tapa ornamental y unas anillas en los laterales que permitían trasladarla introduciendo unas barras. Si la descripción es correcta, lo más probable es que la madera acabara pudriéndose y que el arca se desintegrara hace tiempo, de manera que no necesariamente fue robada.

»En cualquier caso —continuó Ben Halevi— aproximadamente un siglo después comenzaron las obras para erigir el Segundo Templo, que probablemente tenía un diseño similar al del Templo de Salomón, pero a una escala más modesta. Los romanos lo destruyeron en el año 70 después de Cristo y, como seguramente sabes, desde entonces no existe ningún templo judío en el monte y este hecho se ha convertido en el problema principal de muchos judíos.

Ben Halevi hizo un gesto al camarero, que trajo una botella de vino tinto y rellenó los vasos.

—¿Porque carecen de un lugar donde officiar sus ritos religiosos? —preguntó Bronson.

Ben Halevi sacudió la cabeza.

—No solo por eso, aunque, indudablemente, es un punto importante. En realidad, para comprender del todo hasta qué punto resulta crucial la ausencia de un templo, es necesario hurgar en vuestro Antiguo Testamento. En el libro del Apocalipsis, para ser más exactos. Imagino que estaréis familiarizados con él —añadió mientras una leve sonrisa asomaba en sus labios.

Bronson y Ángela negaron con la cabeza.

—¡Qué vergüenza! —dijo con un tono algo paternalista—. Dejadme que os lo explique. Presuntamente el Apocalipsis, también conocido como el libro de la Revelación, fue escrito por un hombre llamado Juan de Patmos. Es posible que se trate del apóstol san Juan, pues se cree que se exilió en la isla del mismo nombre del mar Egeo, a finales del siglo I después de Cristo. Probablemente, dentro de los libros que componen vuestra Biblia, este sea el más difícil de interpretar, ya que tiene un carácter enteramente profético y todo él tiene que ver con la segunda llegada y el fin del mundo. Esta es la razón por la cual se le denomina el Apocalipsis de san Juan. A decir verdad, nadie sabe si el autor fue realmente el apóstol san Juan o algún otro, del mismo modo que nadie sabe si el hombre que lo escribió era un verdadero visionario, alguien que describía con precisión una serie de imágenes que Dios le enviaba, o si se trataba de un pobre chiflado que perdió la cabeza a fuerza de estar expuesto al sol del Egeo, pasando las horas sobre una roca y rodeado de cabras.

»El problema es que mucha gente ha tomado todo lo que está escrito en el Apocalipsis como la palabra de Dios, y han creído a pies juntillas todo lo que en él se cuenta. Como era de esperar, la mayor parte de estos fundamentalistas vive en Estados Unidos, lo suficientemente lejos de Israel, pero muchos de mis compatriotas comparten las mismas creencias. Y una de las ideas principales que se exponen en él es que se producirá una segunda llegada, un día del Apocalipsis, en el que Jesús regresará a la Tierra. Sin embargo, en esta ocasión no vendrá como un mesías, sino como un guerrero, y su llegada anunciará la batalla final entre el bien y el mal. Tras el combate, cuando, como no podía ser de otra manera, los ejércitos del bien resulten vencedores, Jesús reinará en un mundo pacífico durante mil años.

—¿Tú crees en todos esos cuentos? —preguntó Bronson con una expresión claramente escéptica.

—Yo soy judío —contestó Ben Halevi—. Me limito a recordaros lo que cuenta vuestra Biblia. Lo que yo crea carece de importancia.

—¿Pero lo crees o no? —insistió Bronson.

—Ya que me lo preguntas, te diré que no, pero lo que importa es lo que cree la mayoría y te sorprendería cuánta gente piensa que el mundo acabará tal y como predice el Apocalipsis.

—¿Y todo esto guarda relación con el Tercer Templo? —sugirió Ángela.

—Efectivamente. Según una de las interpretaciones del Apocalipsis (aunque no todo el mundo la comparte), Jesús no regresará a la Tierra hasta que los judíos se hayan apoderado de toda la Tierra Santa. Lo más cerca que estuvimos fue en 1967, cuando nuestros soldados capturaron Jerusalén y, por primera vez en casi dos mil años, recuperamos el control del muro occidental y del Monte del Templo. Sin embargo, Moshe Dayan decidió, casi de inmediato, devolver el control del Monte a los musulmanes.

—¿Y por qué diantre hizo algo así?

—Bueno, por aquel entonces Dayan era ministro de Defensa, así que la decisión le correspondía a él e incluso podría decirse que tal vez tomó la decisión acertada. El Monte del Templo ya estaba ocupado por la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al Aqsa, dos de los lugares más sagrados para los musulmanes. Si Israel se hubiera quedado con el control del Monte, hubiera recibido una enorme presión para que se destruyeran estos edificios con el fin de erigir el Tercer Templo. En ese caso, nos abríamos visto envueltos en una guerra contra todo el mundo musulmán, una guerra que, casi con toda probabilidad, habríamos perdido. La decisión de Dayan nos trajo cierta paz o, al menos, la esperanza de que algún día lleguemos a conseguirla.

Ben Halevi lanzó un suspiro y Bronson intuyó que estaba pensando en los recientes disturbios y en los continuos enfrentamientos entre palestinos e israelíes.

Ángela se inclinó ligeramente hacia delante y miró a su colega.

—Una última cosa, Yosef. ¿Qué opinas del rollo de cobre? ¿Se trata realmente de un listado de tesoros o de un engaño?

El israelí esbozó una tímida sonrisa.

—La respuesta a esa pregunta es muy sencilla —dijo—. La mayoría de los investigadores concuerdan en que se trata de un listado auténtico y que los tesoros existieron realmente. También se ha sugerido que su intención era registrar los escondites de un tesoro durante un corto periodo de tiempo, y que la idea era recuperarlos en algunos meses o, como mucho, unos años después de ocultarlos. Pero en ese caso, ¿por qué no lo escribieron en papiro? ¿Qué necesidad había de tomarse tanto tiempo y trabajo en preparar un documento que podía durar una eternidad si el texto solo sería aplicable durante unos años?

»Además, si el rollo de cobre es realmente un listado, eso sugiere que la referencia a otro documento, el conocido como rollo de plata, también es real, en cuyo caso la teoría de que se trataba de un escondite temporal se encuentra con otro escollo. ¿Para qué elaborar el rollo de cobre y luego otro, posiblemente de plata, para registrar algo tan efímero? Hasta ahora nadie ha sido capaz de dar una explicación convincente a esa incongruencia.

»De todas las teorías que he oído, la única creíble es que los dos rollos tenían que leerse juntos para descifrar lo que decían. En otras palabras, el rollo de plata serviría para identificar de forma concluyente el área donde se escondió algo, y luego la referencia detallada del rollo de cobre serviría para guiar al escondite exacto. En ese caso, tendría sentido esconder los dos rollos separadamente, lo que sabemos que se hizo, porque en Qumrán no se escondió nada parecido al rollo de plata.

Bronson y Ángela se miraron. Era una especie de confirmación de lo que habían deducido de la inscripción de las tablillas.

—En cierta medida —concluyó Ben Halevi—, el hecho de que el rollo de cobre no estuviera realmente escondido confirma esta teoría. En realidad, estaba simplemente almacenado en una cueva junto a otros muchos rollos. Y sí que habla de que el rollo de plata se ocultó debidamente en algún lugar. La pregunta es: ¿significa eso que existe realmente? No tengo ni idea, pero sabemos que el rollo de cobre es real y la mayor parte de los estudiosos coinciden en que el listado es auténtico, lo que me hace pensar que es muy posible que exista otro documento escondido en algún lugar. Desgraciadamente, no tenemos ni la menor idea de dónde.

Seguidamente echó un vistazo a su reloj y se puso en pie. Luego le dio la mano a Bronson y se despidió de Ángela con un par de besos.

—Se ha hecho un poco tarde, y mañana tengo que trabajar —se excusó—. Leyendo entre líneas, tengo la impresión de que andas tras la pista de algo muy interesante, por no decir de gran importancia. Por favor, mantenme informado y, si necesitas algo, haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

—¿Dónde están? —preguntó Yacoub con voz tranquila y controlada.

—Han dejado el hotel.

—Eso ya lo sé, Musab —dijo el hombre del rostro paralizado, sin alzar la voz—. No te he preguntado eso. Quiero saber dónde están ahora.

Musab, uno de los hombres que Yacoub había escogido para que le acompañaran a Israel para la operación, desvió la mirada, incapaz de sostener la de su jefe.

—No lo sé, Yacoub —admitió—. No me esperaba que dejaran el hotel. Habían reservado para una semana.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Uno de nuestros contactos está comprobando todos los hoteles de Tel Aviv. Los encontraremos, te lo prometo.

Durante unos segundos Yacoub no respondió y se limitó a dirigir su mirada sesgada a su subordinado.

—Sé muy bien que lo haréis —dijo por fin—. Lo que me preocupa es cuánto tiempo vais a necesitar. No sabemos dónde están, ni lo que están haciendo y hemos llegado demasiado lejos para perderlos ahora.

—En cuanto sepa algo, te lo diré.

—¿Y si se han trasladado a Jerusalén? ¿O a Haifa? ¿O a alguna otra ciudad de Israel? O lo que es peor, ¿y si se han ido a algún otro lugar de Oriente Medio?

Musab se iba poniendo pálido por momentos. Era evidente que no había considerado ninguna de esas posibilidades.

—Quiero que los encuentres, Musab. Y que lo hagas ya mismo. En cuanto lo consigas los cogemos, porque es posible que, para entonces, ya hayan encontrado las reliquias. Y aunque no fuera así, ha llegado la hora de que nos cuenten lo que saben. ¿Has entendido?

El otro hombre asintió con entusiasmo.

—Le pediré a mi hombre que empiece a buscar en otros lugares inmediatamente.

Yacoub se giró hacia el individuo que estaba de pie junto a la puerta de su habitación de hotel.

—¡Ve a por el coche! —ordenó—. Daremos una vuelta por la ciudad para ver si los encontramos. La mayoría de los hoteles están en la zona oeste de la ciudad, cerca del mar.

—¿Quieres que vaya con vosotros? —preguntó Hassan, que estaba tumbado en la cama con una bolsa de hielo en el lado de su cabeza donde Bronson le había golpeado con la pesada linterna.

—No —respondió Yacoub—. Tú quédate aquí. —Seguidamente, dirigiéndose a Musab, añadió—: Cuando los localices, llámame al móvil.

—Te diré algo en menos de una hora. Te lo prometo.

—Eso espero. De lo contrario, eres hombre muerto. Sin embargo, seré generoso. Te concedo noventa minutos.

Cuando Musab se dio la vuelta para coger el teléfono, apenas podía controlar el temblor de sus manos.

—¿Ha sido útil? —preguntó Bronson.

Habían salido del pequeño bar y caminaban sin prisa por las calles de Tel Aviv en dirección a su hotel. La noche era cálida y la ciudad estaba a rebosar de gente que caminaba a buen ritmo por las aceras o conversaba animadamente en la entrada de los bares. Por un instante Bronson deseó que su estancia en Israel fuera solo para pasar unas relajadas vacaciones, y que él y Ángela caminaran despreocupadamente hacia su hotel después de haber disfrutado de una cena romántica. En vez de eso, escudriñaba entre las sombras cualquier indicio de hombres armados, mientras los dos se devanaban los sesos intentando averiguar por dónde debían empezar a buscar un par de reliquias casi míticas de las que nadie sabía nada desde hacía más de dos milenios.

—Ahora empieza a cobrar algo más de sentido —dijo Ángela—. Creo que, cuando los sicarios arrasaron Ein-Gedi, encontraron algo más que víveres y provisiones, y precisamente es de eso de lo que trata la inscripción. Incluso existe la posibilidad de que, durante el asalto, encontraran todas y cada una de las reliquias a las que se refieren las tablillas de barro. Existen testimonios escritos de la época que mencionan que, durante las guerras con los romanos, se sacaron de Jerusalén importantes tesoros para ponerlos a buen recaudo. Como bien dice Yosef, Ein-Gedi era uno de los asentamientos más importantes en las cercanías de la ciudad, tal vez incluso el más importante, de manera que, es posible que fuera el lugar elegido para mantener a salvo varios objetos. Pero antes de que pudieran restituirse al Templo de Jerusalén, o a dondequiera que provinieran, los sicarios asaltaron el oasis y se apoderaron de todo lo que encontraron. Además, si hacemos caso a la parte del texto que hemos conseguido descifrar hasta ahora, eso incluía explícitamente el rollo de cobre, el de plata y las tablas del Templo de Jerusalén.

—Entonces, ¿estamos en el buen camino? —preguntó Bronson.

—Sin duda. Pero ahora hay que averiguar dónde debemos iniciar la búsqueda.

Durante algo más de un minuto caminaron en silencio, Ángela absorta en sus pensamientos y Bronson explorando la zona, intentando descubrir si alguien los vigilaba o algo peor. Pero allá donde mirara, la gente parecía normal e inofensiva, algo bastante tranquilizador, y poco a poco comenzó a relajarse. Tal vez su idea de cambiar de hotel de forma inesperada había funcionado y habían conseguido despistar a los hombres de Yacoub, puesto que Bronson estaba seguro de haber reconocido a su agresor en Qumrán.

Esta sensación de seguridad se prolongó solo hasta que llegaron a la avenida Nordau, el amplio bulevar que corría en dirección este desde el extremo norte de los jardines de Ha'Azma'ut.

Tras cruzar la calle para llegar al paseo central flanqueado de árboles, se vieron

obligados a detenerse al borde de la calzada para dejar paso a unos cuantos coches. El último de ellos era un Peugeot blanco que avanzaba lentamente, lo que permitía que, gracias a la suave iluminación de la calle, se entrevieran las siluetas del conductor y de la persona sentada en el asiento del copiloto.

Cuando el vehículo pasó justo delante de ellos, Bronson miró con indiferencia al conductor, un hombre de pelo negro y tez morena que jamás había visto antes. Luego, el pasajero, que hablaba animadamente por el móvil, se inclinó hacia delante. Bronson vio su rostro con claridad en el mismo instante en que el hombre del coche lo reconoció, y, por una fracción de segundo, sus miradas se cruzaron. Seguidamente el coche pasó de largo por delante de ellos.

—¡Dios! —dijo Bronson tambaleándose hacia atrás y agarrando el brazo de Ángela—. ¡Ese era el maldito Yacoub!

—¡No puede ser! —protestó Ángela—. Está muerto.

Justo en el momento en que se daban la vuelta y echaban a correr, Bronson oyó tras ellos el chirrido de los neumáticos que indicaba que el Peugeot había girado bruscamente. Entonces escuchó unos gritos en árabe y el sonido de unas pisadas que golpeaban la acera en dirección a ellos.

—¡Espera! —gritó Ángela al llegar al extremo sur de la avenida Nordau.

—¿Qué pasa? —Bronson la miró y luego observó el camino que habían recorrido. Su perseguidor (solo podía distinguir una figura y estaba seguro de que no se trataba de Yacoub) estaba apenas a unos cincuenta metros de donde se encontraban.

Ángela lo agarró del brazo, se desprendió de uno de los zapatos de tacón, y después se inclinó y se quitó el otro.

Mientras lo hacía se oyó un disparo, y una bala se estrelló contra la pared del edificio que tenían detrás, a solo unos centímetros por encima de sus cabezas, y luego rebotó en la oscuridad. El rotundo chasquido del disparo retumbó en los bloques de cemento que los rodeaban y pareció silenciar los ruidos de la ciudad.

—¡Mierda! —farfulló Bronson.

—¡Vámonos! —gritó Ángela abandonando el zapato en la acera.

A algunos cientos de metros detrás de ellos, Yacoub rodeó corriendo el Peugeot y se lanzó sobre el asiento del conductor. Cerró la puerta de un portazo, metió la primera y pisó con fuerza el acelerador. Al llegar al primer cruce giró el volante a la izquierda, obligando a salirse de la calzada a un coche que se acercaba y cuyo conductor, irritado, apretó el claxon con todas sus fuerzas. Yacoub ignoró el ruido mientras salía disparado por Dizengoff, con su atención centrada exclusivamente en encontrar el primer cruce a la izquierda para poder interceptar la huida a la pareja.

Musab había cumplido su palabra. Su contacto había averiguado en qué hotel se habían registrado Bronson y la mujer, y había llamado a Yacoub para darle la información justo antes de que se cumpliera el plazo que le había dado.

Curiosamente, Yacoub se dirigía hacia el hotel mientras hablaba con Musab al teléfono, cuando miró por el parabrisas y los descubrió de pie, al borde de la acera, justo delante de él.

Yacoub no conocía la zona, pero suponía que, si torcía tres veces a la izquierda, acabaría delante de su presa. La primera calle a la que llegó, Basilea, era dirección prohibida, con una fila de coches que esperaban para salir de ella, pero la siguiente era Jabotinsky, otro amplio bulevar. Giró a la izquierda reduciendo la velocidad y luego viró una vez más, entrando en el laberinto de calles estrechas que discurrían detrás de las calles principales.

Tenían que estar por allí.

El ruido del disparo fue recibido por gritos y alaridos y, mientras Bronson y Ángela corrían por Zangwill, la gente chillaba y echaba a correr. La confusión y el pánico se propagaron por la multitud y Bronson confió en que eso les facilitaría la escapada. Una cosa era perseguir a dos figuras que corrían por una calle concurrida, y otra muy diferente era hacerlo con toda una muchedumbre desfilando despavorida.

Zangwill era una calle de una sola dirección y tres coches bajaban por ella directamente hacia donde se encontraban, pero estos se vieron obligados a reducir la marcha bruscamente cuando los asustados transeúntes empezaron a invadir la calzada, intentando averiguar de dónde provenían los disparos.

—¡Por aquí! —dijo Bronson señalando. Se abrieron camino por delante del primer coche que acababa de detenerse y subieron a la acera izquierda. Justo en ese momento un grupo de personas salió a empujones de un bar delante de ellos atraídos por el jaleo del exterior. Bronson se chocó contra un hombre y lo tiró al suelo, pero apenas se detuvo y se limitó a echar la vista atrás para comprobar que Ángela conseguía seguir el ritmo.

El hombre que les perseguía iba armado y ya había demostrado que no tenía reparos en disparar. Bronson sabía que la única posibilidad que tenían de salir con vida era seguir corriendo y mantenerse lo más lejos posible de él. Era consciente de que, como plan, dejaba mucho que desear, pero en aquel momento no se le ocurría nada mejor. Además, estaba preocupado por Ángela. Hasta aquel momento conseguía seguirlo pero, teniendo en cuenta que iba descalza, bastaría que pisara una piedra algo afilada o un trozo de cristal para que se cayera. Tenía que hacer algo, o bien para librarse del hombre de Yacoub o para desarmarlo.

Al menos su perseguidor no había vuelto a dispararles. Tal vez el hecho de encontrarse entre la multitud les proporcionaba una cierta seguridad. Tal vez no quería arriesgarse a alcanzar a un inocente viandante o, con mayor probabilidad, había escondido la pistola para evitar que le identificaran como el pistolero. Podía haber policías o militares en la zona que no tendrían reparos en cargarse a un hombre que se paseaba con un arma en ristre por una calle concurrida.

Bronson miró hacia atrás buscando a su perseguidor, pero en ese momento el tumulto de figuras corriendo por la calle era tal, que no consiguió verlo. Eso podía suponer una ventaja, o al menos darle un respiro.

—¡Por aquí! —dijo Bronson jadeante, con la voz áspera y crispada. En ese momento agarró a Ángela por el brazo y la arrastró hacia un bar.

Una docena de jóvenes israelíes, entre los que había tanto hombres como mujeres, se quedaron mirándolos con asombro al verlos irrumpir en el local.

Ángela se inclinó, apoyó las manos sobre sus muslos y empezó a boquear intentando recuperar el aliento. Bronson se giró y miró hacia la calle por las ventanas delanteras del bar, intentando divisar a su perseguidor. En el exterior la escena era un completo caos. La gente corría en todas direcciones y, por un momento, creyó que habían conseguido darle esquinazo.

Entonces lo vio, a apenas treinta metros, corriendo directamente hacia la puerta del bar y esbozando una sonrisa nada más divisó a Bronson.

Bronson se dio la vuelta, agarró a Ángela y echó a correr, llevándola casi a rastras hacia la parte trasera del bar. A su derecha había un pasadizo abovedado con una placa esmaltada atornillada al muro lateral en el que había dos palabras: una estaba escrita claramente en hebreo, la otra parecía árabe. No entendía lo que ponía, pero justo debajo había otra placa, mucho más pequeña, en la que se veían dos figuras, una de ellas con un vestido. El signo universal que indicaba que allí estaban los servicios.

—¡Métete ahí! —le apremió—. Y echa el pestillo.

Ángela negó con la cabeza.

—No —dijo jadeante—. Yo voy contigo.

—No discutas. Sin ti puedo correr más deprisa. Saldré por la puerta de atrás. Cuando se haya tranquilizado todo, vete corriendo al Hilton. Nos veremos allí.

Luego le dio un empujón hacia el pasillo y echó a correr hacia la puerta trasera del bar. Al llegar golpeó la barra de seguridad con el pie, que se abrió de golpe con un chirrido de las bisagras. La atravesó y se precipitó hacia la parte posterior del edificio. Era un pequeño patio con muros descoloridos en tres de sus lados y con cajas de botellas vacías apoyadas en ellos. A su derecha había una puerta entreabierta que daba a un callejón. Justo antes de dirigirse hacia ella, echó un vistazo al interior del bar.

La puerta del bar se abrió de par en par y el hombre de pelo negro entró con decisión, metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta.

Bronson se agachó instintivamente y se decidió por ir hacia la derecha. En ese mismo instante una bala atravesó el cristal de la puerta, y lo hizo estallar en mil pedazos, pero el ruido de los vidrios rotos apenas se oyó por el retumbar del disparo. Los gritos y alaridos de terror recorrieron el bar. Bronson se arriesgó a echar un último vistazo para asegurarse de que el hombre corría hacia él y luego salió

disparado. Tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para alejar a aquel tipo de Ángela.

Se precipitó hacia la puerta del muro lateral y miró a ambos lados. No tenía elección. Era un callejón sin salida que recorría el lateral del bar y acababa en un muro de ladrillos de unos tres metros. Bronson corrió hacia la derecha, de vuelta a la calle. Tras él se oyó otro disparo en el momento en que su perseguidor cruzó la puerta trasera del bar, y la bala alcanzó el muro tan cerca de su cabeza que una lluvia de piedrecillas cayó sobre él.

Una vez en la calle, la gente escapaba en todas direcciones, pero Bronson sabía que no podía arriesgarse a ocultarse en ningún grupo. No tenía ninguna duda de que el esbirro de Yacoub no dudaría en dispararle y, probablemente, también a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Se introdujo entre la multitud serpenteando a izquierda y derecha y, al final, consiguió abrirse paso corriendo hacia el final de la calle.

Yacoub oyó con claridad el sonido de dos disparos bastante seguidos, mientras entraba con su Peugeot en la calle Basilea para volver en dirección a la costa. Delante de él vio un sinnúmero de figuras moviéndose en tropel, hombres y mujeres que corrían aterrorizados hacia la calle que tenía a su derecha, esquivando los coches en busca de un lugar donde refugiarse.

A lo lejos se oyó el enervante sonido de las sirenas. Alguien, probablemente el personal de algún bar o restaurante, había llamado a la policía y Yacoub supo que disponía solo de algunos minutos para acabar con todo antes de que la escena se llenara de agentes.

Allí debían de haberse refugiado Bronson y Ángela. Con un poco de suerte, su hombre actuaría como un batidor empujando la presa hacia el cazador. Todo lo que tenía que hacer era esperar sentado a que aparecieran. Como ya se había encargado de advertir a su hombre, Bronson era prescindible, pero quería capturar a la mujer con vida. Estaba seguro de que podía convencerla para que le contara todo lo que quería saber. Esa agradable perspectiva hizo que una sonrisa ladeada y cruel se dibujara en su rostro, pero rápidamente se desvaneció. Antes tenían que encontrarla y capturarla.

Aminoró la marcha, como los conductores de los vehículos que tenía delante, y se apartó a un lado de la calle, pero sin salir del coche. Sabía de sobra que, con su aspecto peculiar, resultaba fácil de recordar. Solo se dejaría ver en caso de que fuera indispensable.

Casi de forma inconsciente, mientras seguía escudriñando a la gente que pasaba por delante de él, Yacoub bajó la ventanilla del conductor, rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pistola. A continuación, retiró la corredera y sacó el primer cartucho del cargador. Luego quitó el seguro que se encontraba en el lado izquierdo del bastidor, sujetó el arma con su mano derecha por debajo de la ventana y aguardó.

Bronson llegó al cruce en forma de «te» al final de la calle, y torció a la derecha en dirección a Hayark, una calle paralela a la costa. A su alrededor la gente corría despavorida, pero no podía arriesgarse a aminorar la marcha. No tenía ni idea de a qué distancia se encontraba su perseguidor, y no se atrevía a mirar por miedo a perder el equilibrio o, simplemente, a tropezar con algo o con alguien.

Bordeó a un grupo de adolescentes que estaban de pie mirando hacia la calle, cruzó a la otra acera y aceleró.

Yacoub vio a Bronson aparecer por la calle de la derecha y echar a correr por ella. Entonces levantó la pistola, pero la bajó de nuevo al darse cuenta de que su objetivo estaba demasiado lejos como para arriesgarse a disparar.

Luego miró a la derecha confiando en ver a Ángela Lewis siguiendo a Bronson, pero no había ni rastro de ella. En ese momento vio aparecer a su hombre corriendo a toda velocidad a unos cincuenta metros, empuñando la pistola, y Yacoub intuyó lo que había sucedido. Lewis había conseguido darle esquinazo, pero era a ella a quien querían, no a Bronson.

El marroquí se asomó por la ventanilla y empezó a hacer señas con el brazo mientras tocaba el claxon y encendía y apagaba las luces. El hombre miró a la izquierda, vio el coche, e inmediatamente cambió de dirección, escondiendo al mismo tiempo la pistola. Luego se detuvo delante del coche, respirando con dificultad, y se agachó.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Yacoub.

—La estaba persiguiendo. Estaba con Bronson.

—¡Serás imbécil! Acabo de ver a Bronson y te puedo asegurar que estaba solo. Vuelve por dónde has venido. Ha debido de esconderse en algún sitio de esa calle.

—¡El bar! La última vez que los vi juntos estaban entrando en un bar.

—¡De acuerdo! Vuelve allí y encuéntrala —ordenó Yacoub.

—¿Y qué hacemos con Bronson?

—¡Déjalo! Quiero que me traigas a la mujer.

En esa misma calle, unos sesenta metros más adelante, Bronson estaba agazapado entre dos coches estacionados, mirando hacia donde había venido. Por fin se había atrevido a mirar hacia atrás y, por primera vez desde que había echado a correr, no vio nada que indicara que le estaban siguiendo. La calle estaba llena de gente, pero no se divisaba por ninguna parte al hombre que le había estado persiguiendo.

Estaba seguro de que iba tras él al salir del bar. A no ser que hubiera conseguido despistarlos entre la multitud, solo había una explicación posible. Querían cargárselo, pero estaban intentando capturar a Ángela. El hombre de la pistola debió de darse cuenta de que ya no estaban juntos y había vuelto en su búsqueda.

Durante unos segundos Bronson se quedó allí vacilante, sin saber cómo actuar. Le había dicho a Ángela que saliera del bar y fuera al hotel Hilton, pero ¿y si no había

conseguido huir? ¿Y si en aquel mismo instante Yacoub y su hombre la estaban sacando a rastras del bar para introducirla en un coche?

Solo había una cosa que pudiera hacer.

Bronson echó un último vistazo a la calle, se puso en pie y empezó a correr todo lo deprisa que pudo en dirección a la calle Zangwill y al bar donde había dejado a Ángela.

Yacoub miraba en la dirección equivocada, observando a su hombre corriendo por donde había llegado, y no vio a Bronson cruzar la calle a toda velocidad.

En aquel momento, el ruido de las sirenas era mucho más alto y, cuando miró por el espejo retrovisor, vio el primer coche de policía que giraba en redondo y entraba en la calle detrás de él, con las luces azules encendidas. Entonces soltó el freno del Peugeot y condujo con calma hasta el final de la calle Basilea, donde torció a la izquierda alejándose del tumulto.

Bronson aminoró la marcha conforme se acercaba al bar. Habían pasado unos minutos desde que se produjo el último disparo y la gente parecía más calmada una vez se hubo marchado el único hombre armado y parecía haber pasado el peligro. Bronson no quería llamar la atención corriendo, aunque hasta la última fibra de su cuerpo le impulsaba a apresurarse.

En ese mismo instante, dos coches de policía se detuvieron en seco con un chirrido, bloqueando la calzada. De su interior surgieron un montón de agentes, vestidos con uniformes azules y empuñando sus armas, e inmediatamente los vehículos fueron rodeados de gente que gesticulaba. Bronson los ignoró y pasó caminando despacio, deteniéndose a unos metros del bar.

El establecimiento parecía casi vacío y solo había un par de personas de pie cerca de la puerta, mirando hacia el interior. Pero entonces Bronson divisó al matón de Yacoub saliendo del callejón con las manos vacías. Justo en ese momento el marroquí lo descubrió, al mismo tiempo que vio a la policía a pocos metros de distancia.

Durante un buen rato los dos hombres se miraron fijamente a los ojos. Entonces alguien gritó señalando al marroquí y Bronson lo vio sacar la pistola y descubrió el cañón negro que apuntaba hacia él.

La gente, al ver la pistola automática, echó a correr aterrorizada. Bronson se giró y se escondió detrás de un coche, aun a sabiendas de que la delgada chapa no frenaría mucho la gran velocidad del proyectil. Entonces se tiró al suelo, haciendo lo posible por reducir al máximo las posibilidades de resultar alcanzado.

El marroquí disparó y la bala cubierta de cobre atravesó la luna trasera y la puerta, golpeó el asfalto a menos de treinta centímetros de la cabeza de Bronson y se perdió silbando en la oscuridad de la noche.

Incluso antes de que el ruido del disparo se desvaneciera, el hombre volvió a disparar, esta vez por encima de las cabezas de los viandantes, que seguían agrupados

alrededor de los coches de policía. Todo el mundo se agachó para protegerse, incluidos los policías armados y, para cuando se hubieron recuperado, el hombre se encontraba a unos cincuenta metros de distancia y seguía alejándose a toda prisa por la calle.

Los agentes no podían dispararle a causa del gran número de civiles que abarrotan la vía y, en cualquier caso, se hallaba demasiado lejos para alcanzarle. Los coches de la policía israelí estaban dirigidos en la dirección equivocada y los tres agentes que pretendían darle caza iban cargados de chalecos antibalas y de pesados cinturones con munición. Iba a ser una carrera bastante desequilibrada.

Pero cuando el marroquí llegó al final de la calle, otro coche de policía apareció por la curva y paró en seco. Bronson vio al pistolero levantar a la carrera la pistola y disparar al vehículo, pero entonces dos agentes de policía israelí salieron del coche con las armas en ristre y se oyó una fuerte descarga. El marroquí pareció tropezar y cayó de bruces sobre la rígida superficie del asfalto y se quedó tendido, completamente inmóvil.

Los agentes se aproximaron con cautela apuntando con sus pistolas a la figura inerte. Uno de ellos apartó de una patada un objeto que se encontraba junto al marroquí (presumiblemente su pistola) y luego presionó su arma contra su espalda, mientras sus compañeros lo esposaban. A continuación, se retiraron y enfundaron las pistolas. Por la forma de actuar de los policías, Bronson supo que, o bien estaba muerto, o se encontraba gravemente herido.

Desde la posición estratégica que había elegido, a unos cien metros en el extremo Este de la calle de Basilea, Yacoub estaba sentado en el Peugeot de alquiler y observaba desapasionadamente el último acto de la terrible escena. En el momento en que su hombre apuntó con el arma al coche de policía, Yacoub supo que su suerte estaba echada. Debería haber pasado de largo y mantener la pistola fuera de la vista. Fue un error estúpido y lo pagó con su vida.

Además, después de lo sucedido, estaba claro que Bronson y la mujer volverían a cambiar de hotel. Musab y sus contactos tendrían que averiguar de nuevo su paradero. No obstante, reflexionó Yacoub, parecía que no se les daba nada mal.

A Bronson no le preocupaban ni Yacoub ni su esbirro. Lo único que de verdad le importaba era Ángela.

Se abrió paso hacia el bar. Los dos israelíes del interior se lo quedaron mirando, pero no hicieron nada por detenerlo. Probablemente dedujeron, por la expresión de su cara, que no habría sido una buena idea. Caminó hacia los servicios y abrió todas las puertas. No había nadie, pero en el suelo de uno de los cubículos de las señoras, había una mancha de sangre.

Bronson se dio la vuelta y salió del bar, de vuelta a la calle, preguntándose si habría conseguido escapar y lo esperaba en el hotel Hilton, o si el esbirro de Yacoub

la habría encontrado, la había matado y había arrojado su cuerpo en el patio trasero. Esa espantosa idea lo acompañó mientras caminaba por el callejón adyacente y entraba en el patio.

El suelo estaba cubierto de cristales rotos que brillaban como si fueran joyas por el reflejo de la luz del bar pero, por lo demás, el pequeño espacio cerrado tenía el mismo aspecto que anteriormente. Bronson suspiró aliviado. Había visto al hombre de Yacoub salir del callejón de manera que, si el cuerpo de Ángela no estaba en el bar ni en el patio trasero, tenía que estar viva en algún lugar.

Corrió de nuevo hacia la calle y volvió a mirar a su alrededor. Tenía que ir al Hilton lo antes posible.

Apenas había dado una docena de pasos cuando oyó que alguien lo llamaba por su nombre.

—¡Chris!

Entonces se giró y la vio. Llevaba la ropa revuelta, la cara llena de polvo, sudor y lágrimas, e iba descalza, pero seguía siendo la cosa más bonita que había visto en su vida.

—¡Dios mío, Ángela! —exclamó acercándose y atrayéndola hacia sí—. ¡Estás bien!

—Ahora sí —musitó hundiendo la cara en su hombro. Durante unos instantes permanecieron abrazados fuertemente, ajenos a la multitud que se agolpaba a su alrededor.

—¿Qué haces que no estás en el Hilton? —preguntó Bronson con dulzura, cuando Ángela se apartó de él, mucho más tranquila.

—No conseguí llegar —explicó—. Creo que he pisado un trozo de cristal. Me duele horrores el pie.

Eso explicaba la mancha de sangre del cubículo.

—¿Puedes andar?

—No demasiado —dijo Ángela.

Bronson echó un vistazo a su alrededor. La calle estaba a rebosar de gente y en ese momento había cuatro coches de policía y al menos una docena de agentes armados. Si quería proteger a Ángela, probablemente aquel era el lugar más seguro de todo Tel Aviv.

—Vamos allí —dijo Bronson indicándole un bar que seguía abierto y que tenía varias mesas vacías en el interior.

Ángela le echó el brazo por encima del hombro y empezó a cojear hacia la puerta. Él la abrió de un empujón y le acercó una silla para que tomara asiento. Cuando llegó el camarero, Bronson pidió un coñac.

—Quédate aquí —le ordenó poniéndose en pie—. Yo voy a por el coche.

—De acuerdo. No veo el momento de meterme en la cama.

Bronson sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero esta noche no podemos quedarnos en Tel Aviv. Tenemos que largarnos cuanto antes. Yacoub y su obediente esbirro no han aparecido aquí por casualidad. No sé cómo, pero está claro que han conseguido averiguar dónde nos alojábamos. Tengo que volver al hotel, coger nuestras cosas y salir pitando. Espérame aquí —añadió—. Volveré en cuanto pueda y nos largaremos.

—Pero Chris, ¿cómo es posible que siga vivo? —preguntó Ángela, retomando una vez más un tema que ya había sacado a relucir en varias ocasiones durante lo que resultó ser una larga e incómoda noche—. ¿Estás seguro de que era Yacoub?

Estaban sentados en el coche de alquiler en el aparcamiento de un restaurante de horario continuo a las afueras de Jerusalén, esperando que abrieran para poder desayunar.

Bronson no había visto a ningún sospechoso, ni en el interior del hotel ni en los alrededores, cuando había corrido hasta allí después de dejar a Ángela en el bar. Había revisado exhaustivamente el exterior del edificio y luego había entrado, había recogido sus escasas pertenencias, había pagado la cuenta entregando un puñado de billetes al desconcertado recepcionista del turno de noche y se había largado. Llevaban en el coche prácticamente desde entonces, porque sus intentos de encontrar un hotel que aceptara nuevos huéspedes después de la media noche habían resultado infructuosos. Al final, Bronson había claudicado y se había dirigido a Jerusalén y el aparcamiento del restaurante le había parecido un lugar tan bueno como cualquier otro para pasar el resto de la noche.

Una vez estacionaron, había limpiado con cuidado el corte que Ángela se había hecho en la planta del pie izquierdo. No era muy profundo, pero era evidente que tenía que ser muy doloroso. Le había puesto un trozo de gasa y unas tiras de esparadrapo que había comprado en una farmacia de guardia en Tel Aviv. Ángela se había puesto un par de zapatillas de deporte y había intentado dar algunos pasos. No era muy elegante, pero al menos podía volver a caminar, pues, por algún tiempo, no podría correr.

Bronson suspiró.

—Mira —dijo—. La cara de Yacoub no es, precisamente, fácil de olvidar. Y no te lo dije antes, pero lo que hizo Jalal Talabani cuando nos rescató me pareció demasiado sencillo. Aun contando con el elemento sorpresa, a un hombre solo le resultaría muy difícil deshacerse de tres hombres armados, especialmente teniendo en cuenta que se encontraba en una casa en la que no había estado antes. Creo que contó con ayuda y la única explicación posible es que Yacoub lo organizara todo.

—Pero Talabani mató a aquellos hombres, ¿no es cierto? —preguntó Ángela.

—No tengo ninguna duda al respecto. Yo mismo examiné el cadáver de Ahmed.

Ángela sintió un escalofrío.

—Entonces Yacoub no dudó en sacrificar al menos a tres de sus hombres, Ahmed y los dos de arriba. Y todo eso, ¿para qué?

—Para convencernos de que él, Yacoub, había muerto, y así poder seguir el plan que había tramado. La palabra «despiadado» se queda corta para describir lo que está

dispuesto a hacer. Quería que nosotros, mejor dicho, tú, estuvieras tan decidida a encontrar el rollo de plata y la alianza mosaica que vinieras a Israel y lo guiaras hasta las reliquias. En realidad el plan no estaba mal, porque tú cuentas con los conocimientos y los contactos para desentrañar el misterio. Lo único que tenía que hacer era seguirte, y eso es lo que ha estado haciendo hasta ahora.

—Pero el tipo de la pistola intentó matarte, Chris.

Bronson asintió con la cabeza.

—Lo sé. Supongo que está perdiendo la paciencia. Probablemente me quiere muerto para poder raptarte. Entonces intentaría convencerte de que le indiques dónde buscar las reliquias.

A la luz del amanecer, el rostro de Ángela parecía especialmente pálido.

—¡Santo Dios! Me alegro mucho de que vinieras conmigo, Chris. Le tengo verdadero terror a Yacoub. Ni siquiera tendría que torturarme. Bastaría que me mirara y se lo soltaría todo.

Bronson echó un vistazo a la carretera que había más allá del aparcamiento. Controlaba todos los vehículos desde que habían llegado, por si tenían que salir corriendo. A continuación miró de nuevo a Ángela.

—Mira —dijo—, si quieres dejarlo todo, lo entenderé. En unas pocas horas podemos estar en un avión que salga del aeropuerto de Ben Gurión en dirección a Gran Bretaña, no volver nunca más a Israel y olvidar toda la historia de las reliquias perdidas. Tú decides. Yo estoy aquí por ti.

Ángela permaneció en silencio unos instantes con la cabeza ligeramente inclinada y las manos en el regazo. Casi parecía la imagen de una virgen. Luego sacudió la cabeza y giró la cara hacia Bronson.

—No —dijo con firmeza—. Si me fuera ahora, me arrepentiría toda la vida. Es la mayor oportunidad de mi carrera, de la de cualquier arqueólogo, de hecho, y no estoy dispuesta a rendirme. Basta que nos aseguremos de mantenernos siempre un paso por delante de Yacoub y de sus matones pistoleros. Y ese es tu trabajo, Chris —añadió con una leve sonrisa.

—Entonces, no me presiones —respondió Bronson devolviéndole la sonrisa—. De acuerdo, si lo tienes claro, tenemos que decidir qué hacemos a partir de ahora. Me refiero a cuando este sitio haya abierto de una vez y nos hayamos metido algo en el estómago.

Mientras hablaba, los carteles luminosos del restaurante se encendieron de repente y Bronson vio algunas figuras que se movían en el interior del edificio.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Vamos a comer algo!

Una hora más tarde regresaron al coche.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Bronson, acomodándose en el asiento del conductor. Ángela se había llevado al restaurante varios folios con notas y había

estado leyéndolas mientras desayunaban sin apenas abrir la boca.

—Es posible. Dame un par de minutos más. Bronson hizo un gesto con la cabeza como si acabara de tomar una decisión y se inclinó hacia Ángela.

—¿Puedo preguntarte una cosa? Se trata de algo personal.

—Sí —respondió ella con cautela alargando un poco la palabra—. ¿Qué quieres saber?

—Se trata de Yosef ben Halevi. Trabajasteis juntos, ¿no es así?

—Sí. Creo que fue hace unos cinco años. ¿Por qué?

—Entonces, se podría decir que no lo conoces demasiado, ¿verdad?

Ángela se encogió de hombros.

—Supongo que no. Era solo un compañero de trabajo.

—De acuerdo. Te lo digo porque... No sé... Hay algo en él que no me acaba de gustar. Tengo la impresión de que nos oculta algo. Y tampoco me hizo mucha gracia la manera en que te tanteaba. Está claro que intentaba averiguar lo que estamos buscando.

Ángela sacudió la cabeza.

—Tienes que entender que es especialista en lenguas arcaicas e historia de Israel. Es normal que nuestras preguntas lo dejaran intrigado. Probablemente intuyó que nos encontramos tras la pista de algo y le gustaría estar en el ajo. Estoy segura de que no se trata de nada más. —Seguidamente preguntó con una tímida sonrisa—: No estarás celoso, ¿verdad? Bronson negó firmemente con la cabeza.

—No, para nada. Es solo que, a partir de ahora, preferiría dejarlo a un lado. No me fío de él.

Ángela volvió a sonreír, preguntándose si la repentina desconfianza de Bronson se debía exclusivamente a su instinto policial, que trabajaba a toda máquina o si, en cierta medida, guardaba alguna relación con el innegable atractivo de Ben Halevi. Por su parte, no creía que hubiera motivo alguno para pensar que el israelí se traía algo entre manos, pero quizá no era una mala idea mantenerlo al margen, sobre todo en un momento en el que, en su opinión, se encontraban tan cerca de su objetivo.

—De acuerdo —dijo concentrándose de nuevo en sus notas—. Volviendo al año 73 después de Cristo, he intentado imaginar qué hubiera hecho yo si hubiera formado parte del grupo de sicarios. Tenían que esconder tres importantes reliquias judías. Una de ellas la depositaron en Qumrán (tal vez no era el emplazamiento más seguro pero, fíjate por dónde, que el rollo de cobre permaneció escondido durante dos milenios) y luego se desplazaron a otro sitio con las otras dos, el rollo de plata y la alianza mosaica. Se me ocurre que, ya por aquel entonces, Jerusalén era la ciudad más importante de Judea, y tal vez no resulta tan descabellado que las escondieran allí.

—Pero, en ese caso —objetó Bronson— estoy seguro de que ya las habrían

encontrado. Jerusalén ha estado ocupada y se han librado batallas por su control durante, al menos, los últimos dos mil años. ¿Cómo es posible que el rollo de plata haya permanecido oculto todo este tiempo?

—En realidad —aclaró Ángela—, los primeros pobladores se establecieron allí alrededor del año 3500 antes de Cristo, pero yo no me refería a Jerusalén en sí. Lo más probable es que eligieran un escondite debajo de ella. El subsuelo de toda la ciudad, incluido el Monte del Templo, es como un panal de abejas. Hay túneles por todas partes. En el año 2007, durante unas excavaciones arqueológicas que pretendían encontrar la antigua vía que salía de la ciudad, revelaron la existencia de un pequeño canal de aguas residuales que desembocaba en un enorme túnel que partía desde el Monte del Templo y que pudo llegar hasta el lejano río Cedrón, o incluso hasta el estanque de Siloé, en el extremo sur de Jerusalén. Es posible que los habitantes de la ciudad lo utilizaran para huir durante el asedio romano en el año 70, y también que se usara para sacar algunos tesoros del Templo. El río Cedrón discurre en dirección Este de la ciudad, pero a medio camino del mar Muerto se divide en dos y, mientras uno de los brazos desemboca en el mar Muerto, el otro se dirige directamente a Khirbet Qumrán.

—Una vez más, Qumrán —observó Bronson.

—Sí —dijo Ángela—. Algunos consideran que, al inicio del asedio, varios sacerdotes judíos y guerreros de confianza reunieron todos los rollos del Segundo Templo y escaparon por el túnel hasta Qumrán, donde los escondieron en las cuevas cerca del asentamiento, dando lugar a lo que más tarde se conocería como los manuscritos del mar Muerto. En mi opinión, es una teoría tan convincente como cualquier otra.

—¿Y qué me dices de las reliquias que estamos buscando? ¿Dónde crees que pueden estar?

—Tengo una idea. Obviamente la gente que enterró el rollo de plata no imaginaba, ni por lo más remoto, la tormentosa historia que finalmente se desplegaría alrededor del Monte del Templo, pero creo que no resulta descabellado que eligiera uno de los túneles ya existentes cerca de la roca como lugar seguro para las reliquias. El problema es que, con la actual situación política de la ciudad, no tenemos ninguna posibilidad de acceder a los túneles. Ni siquiera se les permite a los arqueólogos israelíes que actúan de buena fe.

»No obstante, la inscripción de las tablillas de barro se refiere explícitamente a un tipo muy concreto de espacio subterráneo: una cisterna. Creo que en el último recuento se identificaron alrededor de cuarenta y cinco cisternas diferentes en las diversas cuevas y cámaras que discurren por debajo del Monte del Templo, así que tiene sentido. Creo que los sicarios que escondieron las reliquias escogieron deliberadamente un escondite debajo del lugar que las tres religiones principales (el

judaísmo, el cristianismo y el islam) consideran el lugar más sagrado de Jerusalén y, posiblemente, del mundo entero.

—Vale, ¿pero en cuál de ellas? —preguntó Bronson—. Si, como dices, hay más de cuarenta, y además no podemos acceder a ellas, no hay nada que hacer. Aunque averiguáramos dónde está escondida la reliquia, no habría manera de recuperarla.

—No necesariamente —respondió Ángela esbozando una sonrisa—. He estado estudiando nuestra traducción de la inscripción y he descubierto algo. La inscripción no dice «una cisterna», sino «la cisterna», lo que significa que se refiere a una cisterna muy concreta, una cuya existencia fuera sobradamente conocida, y alrededor del inicio de nuestra era había un lugar cerca del Monte del Templo que todo el mundo conocía como cisterna. El escritor de las tablillas sin duda tenía que estar familiarizado con ella.

—¿Y bien?

—El túnel de Ezequías —respondió Ángela—. Espero que te guste el agua.

—¡Ahí están!

La joven, que estaba sentada en el vestíbulo del hotel Tel Aviv, bajó el periódico e inclinó ligeramente la cabeza hacia delante, para acercar sus labios al diminuto micrófono situado bajo la solapa de su chaqueta.

—Los tres están saliendo del hotel. Los tengo justo delante.

El hotel estaba siendo sometido a una estricta vigilancia por parte del equipo del Mosad desde que Hoxton, Dexter y Baverstock pusieron pie en tierras israelíes.

—Recibido. A todas las unidades móviles. Estad atentos y permaneced en vuestros puestos. Corto y cambio.

Una ristra de mensajes de radio confirmó que todos los miembros del equipo de vigilancia del Mosad estaban conectados y preparados para intervenir.

Levi Barak, que se encontraba en el asiento del copiloto de un turismo aparcado a unos sesenta metros de la entrada del hotel, apuntó con sus prismáticos al edificio. Justo en ese momento aparecieron tres hombres que empezaron a caminar por la calle en dirección opuesta. Unos segundos después, una mujer baja, de cabello oscuro, abandonó el hotel con un periódico debajo del brazo y comenzó a caminar tras ellos a unos cuarenta metros de distancia.

—De acuerdo. Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Barak—. Manténme informado —añadió mientras salía del coche.

Los tres hombres parecían ajenos al hecho de que les estaban vigilando y caminaban con paso firme hacia un pequeño aparcamiento, pues el hotel carecía de garaje propio.

Barak se quedó de pie en la acera durante unos segundos, observando a sus hombres, que tomaban posiciones disimuladamente para cubrir todas las posibles salidas del aparcamiento.

Minutos después, un coche blanco salió del lugar y accedió a la calle. Segundos más tarde una gran motocicleta y un turismo de aspecto anodino comenzaron a circular lentamente detrás. Tan pronto como los tres vehículos desaparecieron de su campo de visión, Barak cruzó la calle y se dirigió a la entrada del hotel.

Menos de cinco minutos más tarde, un técnico cargado con un voluminoso maletín entró en el vestíbulo. Barak le hizo un gesto con la barbilla y luego se acercó a la recepción, donde lo esperaba el director con una llave maestra en la mano. Los tres hombres entraron en el ascensor y el director apretó el botón con el número tres.

Una vez en la habitación de Tony Baverstock, lo primero que vio Barak fue un ordenador portátil sobre el escritorio que estaba junto a la ventana. Entonces hizo un gesto con la barbilla al técnico, y éste se acercó al aparato y lo encendió, pero incluso antes de que se cargara el sistema operativo la pantalla mostró una ventana en la que

se solicitaba una contraseña. El hombre mascullo algo con evidente irritación. Sabía que nunca conseguirían averiguarlo y que el portátil dispondría de un sistema de acceso que registraría cualquier intento fallido, de manera que presionó el botón de inicio y lo mantuvo apretado hasta que se apagó. Tenía una solución mucho más sencilla.

Extrajo un CD de uno de los bolsillos traseros de su maletín y lo introdujo en el lector. Este contenía un programa de arranque que le permitiría iniciar el ordenador independientemente del programa del disco duro y al mismo tiempo evitaría la ventana de la contraseña. A continuación tomó asiento, volvió a encender el aparato y se quedó mirando la pantalla. El programa de arranque le permitió el acceso a todas las carpetas del disco duro y, tan pronto como el sistema terminó de cargarse, introdujo una clavija en uno de los puertos USB, conectó un disco duro externo de alta capacidad y copió todos los archivos del ordenador, así como los correos electrónicos y la lista de páginas web que el usuario había visitado recientemente. Mientras se llevaba a cabo el proceso de copiado, echó un rápido vistazo a las carpetas que imaginaba que podían contener detalles o fotografías de las tablillas (principalmente carpetas de documentos e imágenes), pero no encontró nada útil o revelador.

—¿Hay algo ahí? —preguntó Barak, que sujetaba varios folios entre las manos.

—En principio no —respondió el técnico encogiéndose de hombros mientras desconectaba el disco duro externo y lo guardaba en su maletín. Sabía que, si la información estaba allí, los expertos de Glilot la encontrarían.

Cuando abandonó la habitación, una vez concluida su misión, Barak le saludó levemente con la cabeza y miró a su alrededor. Su búsqueda no había sido especialmente productiva, pero había encontrado una caja medio vacía de Parabellum de 9 mm en una maleta que había en el armario, lo que había elevado considerablemente su nivel de preocupación por esos tres ingleses. También había encontrado varias páginas con una serie de notas garabateadas y que, tras sus conversaciones con Eli Nahman y Yosef ben Halevi, sabía que podían formar parte de la inscripción de la tablilla de barro que buscaban desesperadamente.

Además, en uno de los folios había tres palabras que le habían llamado poderosamente la atención. Alguien había escrito «túnel de Ezequías», hecho que lo indujo a llamar inmediatamente al jefe del equipo de vigilancia que seguía a los ingleses. Era una posibilidad que había conseguido cubrir.

Ben Halevi le había llamado aquella misma mañana para informarle de lo que los otros implicados, Christopher Bronson y Ángela Lewis, le habían preguntado la noche anterior. Todo parecía indicar que uno de los dos grupos estaba a punto de encontrar las reliquias. Lo único que tenía que hacer el Mosad era sentarse, esperar y actuar en el último momento. Todo estaba saliendo como esperaba.

A continuación, pasó por encima de las páginas que le interesaban un pequeño escáner de bolsillo y luego las colocó en la mesa en el mismo lugar en el que las había encontrado. Echó un último vistazo a la habitación, saludó al director y se marchó.

—¿Es eso de ahí? —preguntó Bronson abanicándose con el sombrero. Habían estado haciendo algunas compras, y Bronson llevaba una bolsa impermeable donde guardaban unas linternas y varias pilas de repuesto. Tanto él como Ángela llevaban pantalones cortos y camisetas y unas chanclas de la marca Croes.

Se encontraban cerca del ángulo más estrecho del valle de Cedrón, que tenía forma de uve, mirando hacia la ciudad palestina de Silwan. Más abajo, a su derecha, había un empinado tramo de escalones de piedra que conducía hasta un arco de mampostería, detrás del cual no se veía absolutamente nada.

—Sí, este es uno de los extremos —le confirmó Ángela—. Se trata de la entrada al manantial de Guijón. Este túnel era una significativa obra de ingeniería, sobre todo si tenemos en cuenta que se construyó hace casi tres mil años. Jerusalén está situada en una colina, y era bastante fácil de defender de posibles atacantes gracias a su situación elevada. El único problema que tenían los defensores era que su principal fuente de agua, que está justo delante de nosotros, estaba aquí fuera, en el valle de Cedrón, a una distancia considerable de las murallas de Jerusalén. De este modo, cuando los enemigos sitiaban la ciudad, que en aquella época era el modo más habitual de hacerse con un objetivo militar, acabaría irremisiblemente con su captura porque, antes o después, se quedaban sin reservas de agua.

»A mediados del siglo XIX, un estudioso norteamericano, llamado Edward Robinson, descubrió lo que actualmente se conoce como el túnel de Ezequías, que toma el nombre del gobernador de Judea que lo mandó construir alrededor del año 700 antes de Cristo. También es conocido como el túnel de Siloé, porque va desde el manantial de Guijón hasta el estanque del mismo nombre. Evidentemente, el túnel se construyó para que actuara de acueducto y que permitiera canalizar el agua hasta la ciudad. Tiene más o menos forma de ese, mide aproximadamente medio kilómetro y presenta una pendiente de algo menos de un grado de inclinación, lo que aseguraba que el agua corriera en la dirección correcta.

»Su construcción debió de suponer una ardua empresa, teniendo en cuenta las herramientas de que disponían los habitantes de la ciudad, y algunas teorías recientes sugieren que en realidad una parte del túnel era una cavidad natural que ocupaba la mayor parte del recorrido. En uno de los extremos se encontró una inscripción que indicaba que lo construyeron dos grupos de obreros que comenzaron en los extremos opuestos. Después bloquearon el manantial y se desviaron las aguas para que llegaran a Jerusalén. Esta es básicamente la leyenda y, más o menos, lo que cuenta la Biblia.

»Sin embargo, en 1867, Charles Warren, un oficial del ejército británico que exploraba el túnel de Ezequías, descubrió otra construcción, mucho más antigua, que actualmente se conoce como el canal de Warren. Este consistía en un reducido

sistema de túneles que comenzaba en el interior de los muros de la ciudad y terminaba en un pozo vertical encima del túnel de Ezequías, cerca del manantial de Guijón. Este permitía a los habitantes bajar cubos que sumergían en el agua del túnel sin necesidad de salir de las murallas. Los intentos de establecer una fecha de construcción lo bastante exacta han sido complicados, pero la mayor parte de los estudiosos coinciden en que probablemente se construyó en el siglo X antes de Cristo.

—¡Guau! —exclamó Bronson—. ¡Hace tres mil años! Eso es mucho tiempo. E imagino que insistirás en explorarlo en profundidad —añadió mirando con escaso entusiasmo la abertura que les permitiría acceder al manantial—. Venga. Vamos allá. ¿Dijiste que había mucha humedad?

—Por eso nos hemos vestido así. No se trata de un simple túnel húmedo. Nos encontramos ante un acueducto. Con un poco de suerte nos bastará con meter los pies en el agua, pero es posible que incluso tengamos que nadar.

—¡Qué bien! —dijo Bronson entre dientes mientras se dirigían a los escalones.

Una vez descendieron el tramo de escaleras y pasaron bajo el arco, se detuvieron unos segundos para acostumbrar sus ojos a la oscuridad.

—Parece bastante profundo —dijo Bronson mirando fijamente el agua, que se veía casi negra en el sombrío interior—. Y frío —añadió.

A continuación abrió la bolsa impermeable y sacó dos linternas. Comprobó que ambas funcionaran correctamente, entregó una a Ángela y cerró herméticamente la bolsa, que todavía contenía las pilas de repuesto.

—Espero que el tipo de la tienda no nos engañara cuando dijo que las linternas eran sumergibles —dijo.

—Yo me conformo con que al menos una de ellas funcione. No hay cruces ni túneles secundarios, así que tendremos que caminar hasta llegar al otro extremo.

—Bueno. Pero antes de nada necesito que me recuerdes qué esperas encontrar ahí dentro.

—De acuerdo. El túnel tenía ya casi ochocientos años cuando los sicarios buscaban un lugar donde esconder el rollo de plata —explicó Ángela—. Creo que la referencia a una cisterna en las tablillas de barro significa que lo escondieron aquí, de modo que tenemos que buscar grietas en la roca en las que se pudiera esconder algo, o alguna cavidad que pudieran haber excavado ellos mismos. Si está aquí, espero que los arqueólogos no lo descubrieran, porque todo el mundo cree que se trata de un simple acueducto. Por lo que sé, nadie ha buscado ninguna reliquia, entre otras cosas porque nadie en su sano juicio escondería algo en un pozo o en una cisterna.

—Solo que nosotros sabemos que sí lo hicieron.

—Efectivamente. ¿Quieres que vaya delante? —preguntó Ángela algo dubitativa—. Al fin y al cabo, ha sido idea mía.

Bronson le puso la mano en el hombro e inmediatamente recordó que nunca le

había gustado demasiado la oscuridad ni los espacios cerrados.

—No. Lo haré yo —respondió encendiendo la linterna y entrando en las oscuras aguas.

—Ten cuidado con la cabeza —dijo Ángela, siguiéndolo justo detrás—. En algunos tramos la altura no llega al metro y medio.

Tras unos pocos pasos, el agua les llegaba ya a la altura de las rodillas. Y estaba muy fría. A la luz de las linternas, los muros y el techo, de una roca de un marrón grisáceo, parecían salpicados de pequeños puntos blancos.

—Son las marcas que dejaron los picos y el resto de herramientas que utilizaron los hombres del rey Ezequías cuando excavaron el túnel —explicó Ángela.

—Tienes razón. Debe de haber sido una obra de titanes —dijo Bronson. Su voz retumbó ligeramente conforme penetraban en la oscuridad.

De repente, la luz de su linterna mostró que el túnel se bifurcaba a la izquierda y que la altura del techo disminuía cada vez más. Torció por ahí agachándose y apuntando con la linterna hacia arriba. El breve túnel acababa de forma abrupta, pero justo encima de ellos había una abertura en el techo. Bronson se detuvo y se apartó ligeramente hacia un lado para que Ángela pudiera agacharse junto a él.

—¿Qué es eso? —preguntó—. Parece como si hubiera una especie de túnel o canal que asciende en vertical.

—Es exactamente eso. Lo que tienes justo encima es la parte inferior del canal de Warren. Allí arriba es donde los habitantes de Jerusalén venían con sus cubos para recoger agua. Los bajaban por ese túnel.

Mientras iluminaba las paredes de piedra que tenían sobre sus cabezas, Bronson sintió que se le aceleraba el pulso ante la expectativa de encontrar las reliquias. Sin embargo, no había ni el más mínimo indicio de un posible escondite.

—Me hubiera sorprendido mucho si hubiéramos descubierto algo ahí arriba —dijo Ángela—. Esta zona y el pozo han sido examinados a conciencia en ambas direcciones. Si el rollo está aquí, no se encuentra en un lugar tan obvio como este.

A continuación, volvieron atrás y siguieron hacia delante mientras el nivel del agua, la altura y la profundidad variaban considerablemente a medida que avanzaban. Hacía mucho frío, estaba oscuro y ambos estaban temblando porque sus ropas se hallaban completamente empapadas. Bronson cayó en la cuenta de que, en vez de ponerse pantalones cortos y camisetas, deberían haber llevado trajes de buzo o incluso botas altas de goma. Siguieron caminando y la temperatura siguió descendiendo y el agua se volvió todavía más profunda. Bronson temblaba cada vez más y empezó a preguntarse cuánto tiempo resistirían en esas condiciones.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Dexter moviendo de arriba abajo la luz de la linterna, iluminando las paredes.

Los tres estaban con el agua hasta las rodillas y tenían los pantalones cortos y la parte inferior de las camisetas empapadas. Hasta aquel momento no habían encontrado absolutamente nada.

—¡Ya te he dicho que no lo sé! —dijo Baverstock visiblemente enfadado—. Me pareció la opción más probable, teniendo en cuenta la mención a la cisterna que aparece en las tablillas de barro. El túnel de Ezequías era la fuente de agua potable más importante de las gentes de Jerusalén, de manera que, por lógica, teníamos que buscar aquí. Además, está lo suficientemente cerca del Monte del Templo como para que se corresponda, también, con la referencia a «el fin de los días».

—El problema es que se trata de un túnel excavado en la roca —dijo Dexter—. Por lo que he podido ver hasta ahora, no hay prácticamente ningún lugar que se pueda utilizar como escondite.

—Bueno, lo que está claro es que no vamos a encontrar nada si nos quedamos aquí discutiendo —gruñó Baverstock—. Moveos y seguid buscando. No me gustaría tener que volver otra vez.

Bronson y Ángela llevaban unos veinticinco minutos caminando cuando sus linternas mostraron una sección del techo bastante baja, que tenía forma casi de pagoda. Allí la roca formaba una elegante curva hacia abajo mientras los extremos se extendían ligeramente hacia arriba. Esa parte del túnel era bastante ancha.

—Este es el punto de encuentro —explicó Ángela—. Aquí se reencontraron los dos grupos de excavación en el año 701 antes de Cristo.

—¡Es asombroso! —exclamó Bronson—. Especialmente si pensamos en lo fácil que hubiera sido que no consiguieran coincidir. Piensa en los conocimientos técnicos que se necesitaron cuando construyeron el túnel del canal de la Mancha para asegurarse de que los dos equipos llegaran al mismo lugar en el mismo momento.

Siguieron avanzando y poco después Bronson se detuvo de nuevo.

—Aquí hay otro túnel —dijo—. Es muy corto. Apenas mide unos metros.

—En realidad hay dos —le dijo Ángela—. Parece como si los hubieran empezado los obreros que excavaban en dirección al manantial, pero luego se dieron cuenta de que iban en la dirección equivocada y los hubieran abandonado.

Examinaron centímetro a centímetro del falso túnel, por encima y por debajo del nivel del agua, y luego pasaron al segundo y repitieron todo el proceso.

—Tanto los muros como el techo son bastante toscos en algunas zonas, pero no he notado nada que pudiera servir para esconder ni siquiera una caja de cerillas, ni mucho menos un rollo de más de medio metro —dijo Bronson—. Y doy por hecho

que el objeto que estamos buscando tiene más o menos ese tamaño, ¿no?

—Es probable. Y no descarto que sea aún mayor —dijo Ángela con un tono algo alicaído—. Sigo pensando que este es el escondite más probable, pero tal vez malinterpreté las pistas. De todos modos, ya que estamos aquí, será mejor que sigamos buscando.

Unos minutos más tarde, cuando se aproximaban al estanque de Siloé y la altura del techo se alzó considerablemente, Bronson divisó un óvalo oscuro en lo alto del muro.

—Creo que deberíamos echar un vistazo —dijo moviendo la luz de la linterna alrededor de la abertura, intentando iluminarla mejor—. Creo que es una cavidad.

Ángela la miró detenidamente.

—Puede que tengas razón —dijo en un tono algo más esperanzado.

Bronson encontró un pequeño saliente y apoyó en él su linterna para iluminar mejor el lugar.

—Debe de estar a unos tres metros —dijo—. Si te subes a mis hombros, quizá consigas meter la mano.

Ángela apagó su linterna y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Bronson entrelazó las manos y ella colocó un pie en el estribo que había formado, apoyó la espalda en el muro del túnel y se alzó. Cuando colocó los pies sobre los hombros de Bronson, éste se movió ligeramente hacia delante y apoyó los brazos a ambos lados del túnel.

—¿Llegas? —preguntó.

—Sí. Estoy intentando introducir la mano. —Seguidamente, tras una breve pausa, la voz de Ángela, potente y entrecortada por la emoción, anunció—: ¡Aquí hay algo!

—¿Vosotros también habéis oído voces por allí dentro? —preguntó Dexter.

—Sí, pero no te preocupes —respondió Baverstock, quitándole importancia—. Muchos turistas realizan este recorrido. Creen que les ayuda a estar más cerca de Dios. Sigue buscando.

—No veo la hora de salir de aquí —masculló Hoxton—. Este lugar me pone la carne de gallina.

Bronson sintió que los pies de Ángela se movían ligeramente sobre sus hombros mientras alargaba el brazo para introducirlo en la cavidad.

—¿Qué es? —preguntó.

—No lo sé. Algo redondo y sólido. Espera. Estoy intentando sacarlo.

Se empinó un poco más y tiró del objeto que había palpado con la punta de los dedos. A continuación se oyó una especie de chirrido y luego se le escapó. Entonces algo se desplomó, chocó contra el muro de piedra y cayó al agua, salpicando.

—¡Maldita sea!

A menos de veinte metros detrás de donde se encontraban, Tony Baverstock se detuvo de golpe y se quedó en completo silencio, escuchando. Luego se giró hacia Hoxton.

—Yo conozco esa voz —dijo en un susurro—. Es Ángela Lewis, lo que significa que el hombre, probablemente, es su ex marido. Son los dos de los que te hablé. Eso quiere decir que están siguiendo el mismo rastro que nosotros. Ha estado estudiando las mismas pistas que yo y ha debido de llegar a la misma conclusión.

—Pero ¿ha encontrado el rollo de plata? —preguntó Hoxton—. Lo demás me importa un bledo.

—No lo sé —dijo Baverstock—. Será mejor que nos acerquemos a averiguarlo.

Sin decir ni una palabra, Hoxton y Dexter se pusieron en marcha siguiendo el sonido de las dos voces, mientras el primero sacaba una pistola semiautomática del bolsillo.

—¿Crees que era el rollo? —preguntó Bronson.

—No lo sé, pero estoy segura de que era algo. Espera. Déjame ver si hay alguna otra cosa en el agujero. —Tras una breve pausa añadió—: No. Además, no se trata de una cavidad. Es más bien una especie de cornisa.

Rápidamente bajó de los hombros de Bronson y puso los pies en la superficie del túnel.

—Ha debido de caer por aquí —dijo Bronson iluminando el agua con la linterna.

—¡Bien! —dijo una voz desconocida, mientras se encendían dos linternas que rápidamente deslumbraron a Bronson y a Ángela.

—¿Quién demonios sois? —preguntó Ángela.

Nadie respondió, pero Bronson reconoció el inconfundible chasquido de una pistola automática cuando se retrae la corredera para colocar un nuevo cartucho.

—Ponte detrás de mí, Ángela —dijo.

—¡Muy noble por tu parte! —se burló la voz—. Pero si no os largáis ahora mismo, los dos acabaréis muertos. Tenéis cinco segundos.

—Pero... —empezó a decir Ángela hasta que Bronson la cogió del brazo y empezó a arrastrarla por el túnel.

—Vamos, Ángela —dijo Bronson—. Salgamos de aquí.

Hoxton esperó a que el chapoteo de las pisadas de Bronson y Ángela alejándose por el túnel fuera casi inaudible y se aproximó al estanque de Siloé.

—De acuerdo —dijo volviéndose hacia Dexter y guardando la pistola. Seguidamente apuntó con la linterna hacia la oscura superficie del agua—. Ella dijo que cayó aquí. ¿Por qué no averiguas qué era?

—¿Yo? —preguntó Dexter.

—Que yo sepa, no hay nadie más aquí. Yo haré guardia, para asegurarme de que esos dos no vuelven.

Dexter murmuró algo entre dientes, entregó su linterna a Hoxton, inspiró profundamente y se agachó. A continuación, metió la cabeza bajo la superficie mientras sus manos tanteaban el suelo del túnel y unos segundos después asomó de nuevo sujetando un objeto redondeado.

—¿Qué es? —preguntó impaciente Baverstock acercándose para reunirse con sus compañeros.

Hoxton apuntó al objeto con la linterna y farfulló algo con evidente decepción. Lo que Dexter tenía en sus manos no era más que una roca redondeada de unos diez centímetros de diámetro.

—¿Es eso?

—Es lo único que he podido encontrar ahí en el fondo —dijo Dexter—, pero echaré otro vistazo.

Seguidamente entregó la piedra a Hoxton y se zambulló de nuevo.

—Ahí abajo no hay nada más —dijo unos segundos después, poniéndose derecho y sacudiéndose el agua de la cabeza.

Hoxton alzó la linterna, la pasó a su alrededor y luego se centró en el mismo saliente que Bronson había detectado.

—Seguramente estaba allí arriba —dijo cortante y lleno de resentimiento—. ¡Menudo chasco! Estaba convencido de que lo habíamos encontrado. Imagino que llevaba en ese saliente varios millones de años. Bueno. Vámonos.

Bronson y Ángela atravesaron el oscuro pasadizo abovedado y, con los ojos entrecerrados por la brillante luz del sol, salieron al exterior por el estanque de Siloé. El recorrido por el túnel de Ezequías les había llevado bastante más de una hora, pero

habían realizado el último tramo lo más rápido que habían podido, preguntándose quiénes serían aquellos tipos armados y qué querían. Además, seguían con las manos vacías, aparte de la pequeña bolsa impermeable en la que llevaban las pilas de repuesto.

El estanque estaba en la parte inferior de un espacio rectangular entre alguno de los antiguos edificios de piedra de Jerusalén. Casi enfrente del pasadizo había un tramo de escalones de cemento, con el lateral abierto protegido por una barandilla de acero, que conducía a la calle que estaba arriba. Media docena de niños vestidos con pantalones andrajosos jugaban en el agua, salpicándose, riendo y gritando, y su alegría contrastaba con el estado de ánimo de Bronson.

—Ha sido una completa pérdida de tiempo —refunfuñó mientras él y Ángela subían las escaleras. Ambos estaban chorreando y todavía tenían frío, aunque el calor del sol empezaba ya a secar sus ropas.

—No ha sido una de las experiencias más agradables de mi vida —convino Ángela.

—Lo importante es que hemos conseguido salir sanos y salvos. ¿Estás segura de que lo que sacaste del saliente era solo una piedra? ¿No tenía forma de cilindro o de algo parecido?

—Estoy completamente segura. Era redonda y pesada. Por el tacto, era solo una piedra, y el ruido que hizo al golpear contra la pared del túnel me lo confirmó. Y ahora, ¿quién demonios eran esos hombres?

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que nuestra vida corre peligro. Es la segunda vez en dos días que nos enfrentamos a un hombre armado. En los dos casos hemos tenido suerte de escapar, y no sé hasta cuándo nos acompañará la fortuna. Tampoco sé quiénes eran esos hombres (su acento era demasiado inglés para formar parte de la banda de Yacoub), pero es evidente que buscaban lo mismo que nosotros. Mira, creo que ya basta por hoy. No merece la pena morir por ninguna reliquia, ¿no te parece?

—Lo siento, Chris pero si nuestras suposiciones son acertadas, mucha gente ha muerto durante siglos, tanto buscándola, como intentando protegerla. No pienso rendirme precisamente ahora que estamos tan cerca de conseguirla. Estoy dispuesta a llegar hasta el final, cueste lo que cueste.

Bronson y Ángela decidieron pasar la noche en Jerusalén. La opción de alojarse en Tel Aviv se había demostrado demasiado peligrosa, o tal vez demasiado fácil de averiguar por alguien peligroso, así que Bronson decidió que era mejor evitar los lugares más grandes.

Tras dar unas vueltas por las afueras, finalmente escogió un pequeño hotel en el barrio de Giv'at Sha'ul, al noroeste de la ciudad. El distrito estaba situado principalmente en las colinas de Judea y dominado por un enorme cementerio. El hotel se encontraba en una calle lateral, estrecha y en pendiente, cubierta de losas de piedra y en la que apenas había espacio para que pasara un vehículo pequeño. Bronson ni siquiera se molestó en intentarlo y aparcó el coche de alquiler a la vuelta de la esquina. Luego regresó al edificio y cogió dos habitaciones en la tercera planta.

Giv'at Sha'ul era una extraña mezcla de estilos arquitectónicos. A diferencia del antiguo corazón de Israel, donde se podían tocar muros de piedra que llevaban allí varios milenios, la mayoría de los edificios de la zona eran casas pequeñas de una sola planta, la mayor parte de las cuales estaba en condiciones lamentables, a pesar de que no debían de tener más de medio siglo. Intercaladas con estas, había una serie de anodinos bloques de apartamentos, la mayoría de poca altura, aunque algunos tenían cerca de doce pisos o más, y de vez en cuando te topabas con una casa independiente que recordaba a los lejanos días de elegancia y sofisticación. Un puñado de hoteles, cafeterías y restaurantes completaban la imagen.

La predominante arquitectura de bloques de piedra o cemento cuadrados, se aliviaba en algunos puntos por algunas áreas arboladas, pero Giv'at Sha'ul no era un barrio de grandes aspiraciones, sino simplemente un lugar donde la gente vivía, trabajaba y oraba. Era sencillo y funcional y Bronson esperaba que les sirviera para pasar desapercibidos. Su única preocupación era que el recepcionista del hotel había insistido en fotocopiar sus pasaportes porque los hoteles israelíes tenían la obligación de cargar el IVA a todos los clientes que no se encontraran en viaje turístico, y había rechazado la oferta de Bronson de pagar el impuesto y la cuenta del hotel al contado. El empleado le explicó secamente, en un inglés algo precario, que la ley era la ley.

Una vez se registraron, Bronson y Ángela dejaron el hotel. Estaban muertos de hambre, pues no habían probado bocado desde el desayuno, pero todavía faltaba una hora para que abrieran el pequeño comedor del hotel. Caminaron en dirección al centro de Giv'at Sha'ul y rápidamente encontraron una cafetería que ya estaba sirviendo la cena. Ocuparon una mesa justo al fondo, desde donde Bronson pudiera divisar la entrada, y cenaron a toda prisa sin apenas intercambiar palabra.

Al salir estaba oscureciendo y el oeste del cielo estaba decorado con otro de sus espectaculares atardeceres.

—Es precioso, ¿verdad? —murmuró Ángela deteniéndose unos segundos en la acera agrietada para observar las bandas irregulares y las espirales de color que marcaban la posición del sol del crepúsculo.

—Sí —se limitó a responder Bronson, colocándose junto a ella y cogiéndole la mano. Una vez más deseó que fueran unos simples turistas, dos personas disfrutando de sus vacaciones, en vez de estar envueltos en una búsqueda que le parecía que se estaba volviendo más peligrosa cada hora que pasaba.

—Bueno, volvamos al hotel. Tenemos mucho que hacer.

Bronson esbozó una sonrisa irónica cuando se giró para seguir a Ángela. Cinco segundos para disfrutar de la puesta de sol y luego, de vuelta al trabajo. Para ella la búsqueda de las reliquias se había convertido casi en una obsesión.

Las habitaciones del hotel no tenían minibar, así que, mientras Ángela se dirigía a las escaleras, Bronson pidió un par de ginebras y una botella de tónica en el bar para tomarse una copa antes de irse a la cama.

Una vez en la habitación, con las bebidas en la pequeña mesa redonda que tenían delante, Bronson le hizo la pregunta más obvia.

—Bueno, después de la paliza que nos hemos dado en el túnel de Ezequías, ¿qué hacemos ahora?

—Lo que se supone que debería hacer cualquier agente de policía —dijo Ángela mirándole con impaciencia—. Examinar las pruebas. Tenemos que releer el texto y evaluar las posibles opciones. —A continuación, recostándose en el respaldo de su silla, añadió—: En mi opinión, hay solo tres posibilidades. La primera, y más obvia, es que hayamos estado buscando en el lugar adecuado pero que, en algún momento durante los últimos dos milenios, alguien más examinó el túnel de Ezequías, encontró el rollo de plata y lo vendió, lo fundió o vete tú a saber qué. Obviamente, espero que no sea el caso.

—Entonces, ¿es posible que estemos buscando algo que ya no existe?

—En teoría sí, aunque me parece bastante improbable. Lo normal es que algo tan único y robusto como el rollo de plata, haya sobrevivido intacto. Si alguien lo hubiera encontrado, habría imaginado que el valor del metal en sí era muy inferior a la importancia histórica de la inscripción. Y en ese caso, creo que habría algún documento histórico que hiciera referencia al hallazgo.

»La segunda posibilidad es que la reliquia siga oculta en algún lugar cerca del Monte del Templo, pero no en el túnel de Ezequías. En ese caso, la cosa se pondría muy complicada. Sabemos de la existencia de un gran número de túneles bajo el Monte, pero es imposible acceder a ellos porque, o bien han tapiado las entradas, o están bloqueadas por toneladas de escombros. Para colmo, hay más de cuarenta cisternas en el Monte mismo, en lo que se conoce hoy en día como la explanada inferior, y algunas de ellas son enormes.

»Recuerda que el Monte del Templo es uno de los terrenos edificables más antiguos de la historia. Docenas de arquitectos y constructores han dejado su huella en él durante siglos. —En aquel instante hizo una pausa y añadió—: Espera. Lo entenderás mejor si te lo explico sobre el papel.

A continuación sacó un plano del Monte del Templo y empezó a indicarle los puntos más destacados.

—El Monte consta de cuatro muros erigidos alrededor de una colina natural y que forman una estructura de un tamaño considerable culminados por una superficie plana. Los muros del Este y del Sur son visibles, pero el de la cara norte está completamente oculto por casas y otros edificios construidos posteriormente. También el extremo norte del muro occidental está oculto por otras construcciones y, de hecho, una buena parte permanece bajo tierra. Hay otra explanada construida en lo alto del monte, y esta incluye también el lecho de roca de la colina original. Es precisamente allí donde se alza el Domo de la Roca, la espectacular estructura coronada por una cúpula dorada, y que se considera el lugar más sagrado de Jerusalén para los musulmanes.

El edificio se construyó alrededor de una roca desde la cual, según el islam, Mahoma ascendió a los cielos para iniciar su viaje nocturno. Justo debajo hay una pequeña cueva conocida como el Pozo de las Almas, donde, según creen los musulmanes, los espíritus de los muertos se reunirán con Dios el día del Juicio Final.

—De acuerdo —dijo Bronson—. De momento, te sigo.

—Bien. —Ángela esbozó una sonrisa y Bronson tuvo que contenerse para no inclinarse y besarla en los labios.

—Bueno, todo eso está en la explanada superior, pero en realidad es la inferior la que cubre la mayor parte de la superficie del Monte. En un extremo está la mezquita de Al Aqsa, el edificio con la cúpula de color gris. Al oeste y al norte hay jardines y, en el extremo más al norte, una escuela islámica. En esta plataforma hay una fuente conocida como Al Kas, que antiguamente obtenía el agua de los estanques de Salomón, en Belén, alimentado por un acueducto mayor. Hoy en día están conectadas con la principal red de abastecimiento de aguas de Jerusalén.

Ángela indicó un punto en el extremo del plano.

—Los muros tienen diferentes puertas de acceso, pero probablemente la más conocida sea la puerta Dorada. Según la tradición judía, es la que usará el Mesías cuando entre finalmente en Jerusalén, pero más vale que se acuerde de traer un martillo y un cincel, porque actualmente está completamente tapiada. De hecho, todas las puertas están selladas, entre las que se incluyen las puertas de Huida, conocidas como las puertas dobles y las puertas triples, porque tienen dos y tres arcos respectivamente. Antiguamente eran las principales vías de acceso al recinto del Templo desde el Ofel, la parte más antigua de Jerusalén. Luego están las puertas de

Barclay que, por supuesto, no tiene nada que ver con el banco, y la de Warren, llamada así por Charles Warren. Ya te lo he mencionado un par de veces pero, igualmente, deberías saber de sobra quién era.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Has oído hablar de Jack el Destripador?

—¿Ese Charles Warren? ¿El comisario de Scotland Yard? ¿Y qué demonios hacía en Jerusalén?

Ángela sonrió de nuevo.

—Antes de fracasar en su intento de capturar al mayor asesino en serie de la historia británica, sirvió como teniente en el Real Cuerpo de Ingenieros de Gran Bretaña. En 1867 se le encargó que dirigiese una exploración al Monte del Templo financiada por la Fundación para la Exploración de Palestina. La investigación reveló varios túneles que discurrían bajo la ciudad de Jerusalén y bajo el Monte, incluyendo algunos que pasaban directamente bajo el antiguo cuartel general de los caballeros del Temple.

Otros túneles desembocaban en varias cisternas por lo que, supuestamente, eran acueductos que habían caído en desuso.

»Además de explorar estos túneles, también excavó el interior de varias de las puertas selladas. La puerta Dorada, la de Warren y la de Barclay permitían el acceso a pasajes y escaleras que originariamente conducían a la superficie del Monte del Templo. Detrás de las puertas de Huida, había varios túneles que desembocaban a cierta distancia del Monte donde unas escaleras llevaban a la superficie norte de la mezquita de Al Aqsa.

»Lo realmente interesante de todo esto es que, al Este del pasadizo que salía de la puerta triple, había una enorme cámara abovedada, comúnmente conocida como los establos del rey Salomón, aunque en realidad no guardan ninguna relación con el legendario rey de los judíos. La cámara fue construida por Herodes cuando realizaba las obras de extensión, y existen pruebas que demuestran que fue utilizada como establo, probablemente por los cruzados. Warren demostró que una de las funciones de esta sección era la de sostener la esquina del Monte del Templo.

»Asimismo, descubrió que había numerosos túneles que discurrían por debajo del pasadizo de la triple puerta y por debajo del nivel base del Monte. Iban en direcciones diferentes, pero no tenía ni idea de su función ni del propósito con que fueron construidos. Y, por supuesto, desde la investigación llevada a cabo por Warren en el siglo XIX, nadie ha conseguido el permiso para acceder al interior del Monte del Templo para comprobarlo.

—Entonces, ¿no podemos acceder a las puertas o a los túneles?

—No —respondió Ángela—. En 1910, un inglés llamado Montague Parker sobornó a la guardia musulmana que custodiaba el Monte del Templo y una noche

comenzó a excavar cerca del pozo de Warren. Cuando lo descubrieron, hubo grandes protestas, e incluso disturbios, y tuvo suerte de escapar con vida. Fue una historia complicada que incluía a un místico finlandés que aseguraba haber descubierto una serie de pistas codificadas en la Biblia, en concreto en el libro de Ezequiel, que indicaban el lugar donde se escondía el arca de la alianza. Espera —añadió—, te lo enseñaré en internet.

Tras introducir una serie de palabras clave en Google, seleccionó una de las entradas e hizo doble clic en el enlace. La página se abrió, y avanzó por una parte del texto que aparecía en la pantalla.

—Este es Montague Parker —dijo señalando una fotografía de un hombre cuyos rasgos no se apreciaban con claridad y que llevaba lo que parecía una gorra de un oficial de la Marina británica. Estaba de pie en la terraza de un hotel cuyo nombre se leía parcialmente detrás de él.

Seguidamente alargó la mano para hacer clic, pero Bronson se lo impidió con un gesto.

—¿Has leído eso? —dijo apuntando al texto que había debajo de la fotografía.

—No —respondió Ángela acercándose un poco más. Tras un par de minutos se recostó en la silla y exclamó—: ¡Mierda! Ojalá hubiera visto esta página web antes de ir al estanque de Guijón. No sabía que habían hecho eso.

El texto que estaban estudiando explicaba con detalle cómo la expedición de Montague Parker había pasado casi tres años excavando y ensanchando el túnel de Ezequías buscando desesperadamente el arca de la alianza.

—¡No me lo puedo creer! —dijo con gesto de evidente irritación—. Debería haber investigado más. No solo fue una pérdida de tiempo, sino que casi morimos en el intento.

—¿Qué me dices de estas otras cisternas? —preguntó Bronson cambiando de tema con mucho tacto.

—Bueno. La mayoría son de diseños y construcciones variados, probablemente porque fueron construidos por diferentes grupos de personas en épocas diferentes a lo largo de los siglos. Algunas de ellas son simples cámaras excavadas en la roca, mientras que otras fueron construidas con mayor cuidado y atención. Un par de ellas, las conocidas como cisternas 1 y 5, podían haber cumplido alguna función religiosa relacionada con el altar del Segundo Templo, debido a su situación en el monte. La 5 contiene también una entrada bloqueada con tierra, de manera que es posible que exista otra cámara, o quizá más de una, de las que conocemos actualmente.

—¿Y qué capacidad tienen? ¿De algunos litros de agua o son realmente grandes?

—Algunas son enormes. En la cisterna 8 caben varios cientos de litros, y la once tiene un potencial para almacenar casi cuatro mil metros cúbicos. Las demás son más pequeñas, pero todas ellas fueron diseñadas para dar cabida a grandes cantidades de

agua. Ten en cuenta que en la antigüedad las reservas de agua eran esenciales, y la intención de estas cisternas era contener cada gota de lluvia que caía.

—Pero, por lo que dices, no es posible saber con seguridad de qué época datan, de manera que no sabemos cuál de ellas existía ya cuando los sicarios buscaban un lugar en el que esconder sus reliquias.

—Efectivamente.

—Déjame echar otro vistazo a la traducción que hicimos —le pidió Bronson.

Ángela abrió su bolso y sacó media docena de folios doblados por la mitad. Bronson comenzó a hojearlos.

—Lo que imaginaba —dijo—. El texto especifica «la cisterna», y la siguen dos palabras que no hemos conseguido descifrar. A continuación dice «lugar de», después otro espacio en blanco y, finalmente «final de los días». Nosotros interpretamos que ponía «la cisterna en el lugar del final de los días». Si había más de una cisterna en el lugar donde los sicarios escondieron las reliquias, ¿no hubiera tenido más sentido que pusiera «la cisterna en el extremo norte del monte» o algo similar? Creo que lo que escribieron implica que en el lugar que escogieron había solo una cisterna, y sería una cisterna que todo el mundo conocía.

—Esa es la razón por la cual pensé en el túnel de Ezequías. Sabemos con seguridad que existía en aquella época, y era la más conocida y la mayor de todas las cisternas de Jerusalén. Pero esta información echa abajo toda mi teoría.

—Entonces hay solo una conclusión que podemos extraer de todo esto —dijo Bronson.

—¿Cuál?

—Que hemos estado buscando en el lugar equivocado. Independientemente de dónde escondieran las reliquias los sicarios, probablemente no fue en Jerusalén.

Bronson bostezó. Había sido un día muy largo.

—Tenemos que estudiar de nuevo la inscripción.

—Estaba convencida de que estábamos en lo cierto —dijo Ángela—. Todo parecía cuadrar, especialmente teniendo en cuenta que el túnel de Ezequías es la más obvia de todas las cisternas.

Acababa de amanecer en la ciudad más sagrada de todas, y el cielo color salmón presagiaba otro día de calor abrasador. Les habían despertado las llamadas de los muecines, amplificadas electrónicamente, que convocaban a los fieles a orar, un discordante e inolvidable coro matutino que irrumpía en el aire tranquilo desde las mezquitas de Jerusalén.

Estaban sentados una vez más en la habitación de Ángela, bebiendo un pésimo café instantáneo empeorado por la leche en polvo. Bronson había dormido como un tronco, pero el rostro de Ángela estaba pálido y tenía unas oscuras ojeras bajo los ojos. Bronson imaginó que había pasado la mayor parte de la noche en vela, dándole vueltas al significado de la inscripción y al paradero del rollo perdido.

Bronson cogió los folios en los que habían escrito la traducción de la inscripción y pasó la mirada por el texto inconexo en busca de inspiración.

—La expresión «el final de los días» encajaría perfectamente con el Pozo de las Almas, la caverna en el Monte del Templo donde, según los musulmanes, los espíritus se reunirán en día del Juicio Final —dijo. A continuación, tras una breve pausa, añadió—: No. Espera un momento. Los sicarios no eran musulmanes y, de hecho, el islam como religión no existió hasta quinientos años después de la caída de Masada, así que nuestra hipótesis sobre la localización debe de ser errónea.

Ángela sacudió la cabeza.

—No es tan sencillo, Chris. Yo no estaba sugiriendo que el escondite tuviera algo que ver con el Pozo de las Almas. Mi interpretación de la expresión «el final de los días» era que se refería a las creencias judías sobre el Tercer Templo: creen que el fin del mundo se producirá poco después de su construcción. Por si no lo recuerdas, Josef ben Halevi nos habló de esto. Al igual que los musulmanes, los judíos también creen que lo más probable es que «el lugar del fin de los días», el sitio donde acabará el mundo, sea el Monte del Templo.

Bronson parecía alicaído.

—¡Maldita sea! —masculló—. Creí que había descubierto el defecto principal de tu razonamiento. Entonces, si el Armagedón tendrá lugar con toda seguridad aquí, en Jerusalén, los sicarios lo debieron de esconder en algún punto de la ciudad. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que no lo ocultaron en el túnel de Ezequías.

Ángela se lo quedó mirando durante unos segundos con una expresión inescrutable.

—¿Qué pasa? —preguntó Bronson.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un genio? —preguntó Ángela con la mirada brillante.

—No lo suficiente —dijo Bronson modestamente—. ¿Qué he hecho esta vez?

—Acabas de establecer la evidente conexión que a mí se me había escapado. Estaba tan segura del Monte del Templo, que me olvidé por completo de Armagedón, algo muy diferente.

—Pero yo creía que el Armagedón era un acontecimiento, no un lugar.

—La mayoría de la gente, cuando habla de ello, suponen que se refiere al fin del mundo, sin embargo se trata de un lugar muy concreto. Se llama Har Megiddo, la colina de Megido, y se encuentra a unos ochenta kilómetros de Jerusalén. Allí es donde, según la Biblia, tendrá lugar la «batalla del fin de los días», donde se enfrentarán por última vez las fuerzas del bien y del mal.

—Entonces, «el lugar del fin de los días» le vendría como anillo al dedo.

—Se correspondería perfectamente con la expresión. No sé gran cosa sobre el lugar, de manera que tendré que hacer algunas averiguaciones.

—Pero ¿cómo has llegado hasta «Har Megiddo» a partir de «Armagedón»? —preguntó Bronson.

—Bueno, no se trata exactamente de un error de traducción de la Biblia —dijo Ángela—. No como la expresión del camello que pasa por el ojo de una aguja.

—¿Ese es un error de traducción? —preguntó Bronson—. No tenía ni idea.

—Sí. ¿Por qué demonios iba a pasar un camello por el ojo de una aguja? Se trata de otra más de las expresiones bíblicas que no tienen ningún sentido, pero que los predicadores han repetido hasta la saciedad desde sus púlpitos sin que ninguno se preguntara qué se suponía que quería decir. Por supuesto, se trata de un error de traducción.

—¿Y cuál sería la expresión correcta? —preguntó Bronson.

—La mayor parte del Antiguo Testamento se escribió en hebreo, excepto los libros de Esdras y de Daniel, que fueron escritos en arameo, pero el Nuevo Testamento se escribió en griego koiné. La primera traducción al inglés la inició un hombre llamado John Vvycliffe y finalmente la terminó John Purvey, en 1388. Para la versión del rey Jacobo, se reunió a un grupo de unos cincuenta estudiosos que no solo trabajaron a partir de las versiones en hebreo y en griego, sino que también estudiaron todas las traducciones existentes hasta el momento.

»Fue un proyecto realizado por una comisión, por lo que no es de extrañar que se cometieran errores. Hay dos palabras en griego muy similares: *camilos*, que significa «cuerda» y *camelos*, que se traduce por camello. Quienquiera que se ocupara de esa parte del Nuevo Testamento confundió la «i» del griego con una «e», y la iglesia ha mantenido este error desde entonces. Increíble, ¿verdad?

Bronson sacudió la cabeza.

—Pensándolo bien, supongo que sí. Entonces, ¿qué me dices de Armagedón?

—De acuerdo. El nombre del lugar en hebreo es Megiddo y normalmente se le antepone la palabra *tel*, que significa «montículo» o, más comúnmente, *har* que quiere decir «colina». No hace falta pensar demasiado para apreciar que el nombre Har Megiddo, con los años, ha degenerado en Armagedón. Megido era una de las ciudades más antiguas e importantes del país, y la llanura que hay a sus pies fue escenario de la primera batalla campal documentada. De hecho, allí han tenido lugar docenas de batallas, creo que más de treinta, y tres de ellas han pasado a la historia como «batallas de Megido». La última se libró en 1918 y en ella se enfrentaron el ejército británico contra las tropas del imperio otomano. No obstante, la más famosa fue la primera, en el siglo xv antes de Cristo, entre las tropas del faraón egipcio Tutmosis III y un ejército cananita, dirigido por el rey de Kadesh, los cuales hicieron causa común con el soberano de Megido. Kadesh se encontraba en la actual Siria, no muy lejos de la ciudad de Hims y, al igual que Megido, era una importante ciudad fortificada. Se sabe mucho de esta batalla, porque existe un registro de lo ocurrido grabado en los muros del templo de Amón, en la ciudad egipcia de Karnak.

—Entonces, ¿es el lugar donde se libró la primera batalla de la que existen documentos y donde tendrá lugar la última?

—Si hacemos caso a lo que dice el Apocalipsis, sí. De acuerdo con esa fuente, Har Megiddo o Armagedón, será el lugar de «la batalla del fin de los días», el último combate entre las fuerzas del bien y del mal. Es, sin duda, el lugar del fin del mundo.

Dexter viró a la derecha el volante del Fiat de alquiler y aceleró por la calle que iba desde la parte trasera del hotel en Giv'at Sha'ul donde, según sus contactos en Jerusalén, se alojaban Ángela Lewis y Chris Bronson.

Junto a él, en el asiento del copiloto, Hoxton introducía cuidadosamente varios cartuchos de 9 mm Parabellum en el cargador de una Browning HiPower. A sus pies, en el suelo del automóvil, oculta de la vista, había otra pistola, una Walther P38 vieja, pero que todavía cumplía su función, y que ya había revisado y cargado.

Dos días antes se había encontrado con un antiguo oficial del ejército israelí a las afueras de Tel Aviv. Hoxton sabía que el precio que le había pedido por las armas y la munición (le había proporcionado tres pistolas) era abusivo, pero era la única persona que conocía en el país que le pudiera conseguir lo que quería y, lo que era más importante, sin hacer preguntas.

—En cuanto puedas, para —ordenó Hoxton.

Dexter encontró un hueco libre en el lado izquierdo de la calle y estacionó el coche al sol del amanecer.

—Su hotel está justo a la vuelta de la esquina —dijo Hoxton entregándole la Walther.

—No se me dan bien las armas —farfulló Dexter sin levantar la vista del acero azulado de la pistola que sostenía en sus manos—. ¿Es realmente necesario que la lleve?

—¡Maldita sea! Pues claro que es necesario. He llegado muy lejos como para que estos me ganen la partida justo ahora. Vamos a encontrar el rollo de plata, y la única forma de garantizarlo es conseguir toda la información de que disponen esos dos, ya sean fotografías, traducciones o lo que sea. Si para ello tenemos que cargárnoslos, lo haremos y punto.

Dexter seguía con expresión compungida.

—Es muy fácil —le explicó Hoxton—. Solo tienes que apuntar y apretar el gatillo. Primero matamos a Bronson, que es el más peligroso, y Ángela Lewis estará mucho más dispuesta a cooperar después de ver morir a su ex marido.

Los dos hombres salieron del coche, con las pistolas bajo las chaquetas metidas en la cinturilla de los pantalones. Torcieron la esquina, bajaron por la calle del hotel y entraron en el vestíbulo.

—Entonces, ¿dónde está Megido? Porque imagino que vamos a ir.

—¡Oh! Por supuesto que vamos a ir. Se encuentra al norte del país, en la llanura de Esdraelón, desde donde se domina el valle de Jezreel.

Ángela hizo clic en su portátil y abrió un detallado mapa de Israel.

—Esto es Esdraelón —dijo, indicando un área cercana a la frontera norte del país—. El valle de Jezreel ocupa una superficie de forma triangular en este lado, con la punta en la costa del Mediterráneo y la base paralela al río Jordán, justo aquí. Antiguamente toda ella estaba bajo el agua. De hecho, era la vía fluvial que conectaba el principal cuerpo de agua del interior, el mar Muerto, con el Mediterráneo. Hace dos millones de años, un desplazamiento de las placas tectónicas provocó un alzamiento del territorio que se extiende entre el valle del Rift, en África, y este extremo del Mediterráneo, originando que la vía fluvial se secase. Cuando el mar Muerto dejó de tener salida al mar, su nivel de salinidad se incrementó, dando como resultado lo que conocemos hoy en día.

—¿Y qué hay en Megido? ¿Las ruinas de un castillo?

—Más o menos. La principal característica de Megido es que tenía un gran valor estratégico. En la antigüedad existía una importante ruta comercial conocida como *Via Maris*, voz latina que significa «ruta del mar», y *Derech HaYam* en hebreo. Iba desde Egipto, pasando por la planicie junto al Mediterráneo, hasta Damasco y Mesopotamia. En consecuencia, quienquiera que ocupara Megido, controlaba la sección de esa ruta conocida como el *Nahallron* (la palabra *nahal* significa «río seco») y, por lo tanto, el tráfico de toda la ruta.

»Debido a su localización, Megido es uno de los lugares habitados más antiguos de esta parte del mundo. A decir verdad, de cualquier parte del mundo. El primer asentamiento data del año 7000 antes de Cristo, es decir, hace más de nueve milenios, y fue abandonado en el siglo v antes de Cristo, de manera que fue ocupado sin descanso durante seis mil quinientos años.

—Entonces, cuando los sicarios fueron allí, suponiendo que estás en lo cierto, el lugar ya estaba en ruinas.

—¡Oh, sí! —convino Ángela—. En aquella época debía de llevar más de quinientos años abandonado.

—¿Y crees de verdad que podría ser el sitio al que se refiere la inscripción? Quiero decir, ¿ahora piensas que es más probable que el túnel de Ezequías o que cualquier otro lugar bajo el Monte del Templo?

—Sí —dijo con expresión contrita—. Echando la vista atrás, supongo que debería haber reflexionado un poco más y, sin duda, tendría que haber investigado lo que se había hecho en el túnel en el pasado. Además, como tú mismo señalaste, con toda la

actividad que se ha desarrollado durante siglos tanto en el exterior como en el interior del Monte, las posibilidades de que algo como el rollo de plata permaneciera sin descubrir eran bastante escasas.

—¿Y qué me dices de Megido? ¿También allí han excavado montones de arqueólogos? —Bronson no parecía muy seguro.

—Por extraño que pueda parecer, no. Evidentemente, se han llevado a cabo excavaciones, pero no tantas ni tan exhaustivas como se podría esperar teniendo en cuenta su historia. Hasta 1903, prácticamente nadie excavó en la zona. Por aquel entonces un hombre llamado Gottlieb Schumacher dirigió una expedición respaldada por la Sociedad Alemana de Estudios Orientales. Veinte años más tarde, John D. Rockefeller financió una expedición del Instituto Oriental de la universidad de Chicago que se prolongó hasta la segunda guerra mundial.

—Espera un momento. Eso son más de quince años excavando —apuntó Bronson—. Seguro que cubrieron de sobra todo el asentamiento.

—Efectivamente se trató de una excavación muy larga, pero Megido es enorme. Como te dije, el montículo de la ciudad cubre seis hectáreas y la mayoría de las excavaciones suelen concentrarse en un área bastante reducida y suelen ser verticales en vez de horizontales. Normalmente están interesados en excavar las diferentes capas que representan las varias civilizaciones que han ocupado el lugar, y eso es, sin lugar a dudas, lo que hizo el equipo de Chicago.

»Desde entonces, no ha sucedido gran cosa en Megido. Un arqueólogo israelí llamado Yigael Yadin investigó un poco la zona en los años sesenta, y desde entonces se han realizado algunas otras excavaciones, financiadas por la Expedición Megido, que tiene su sede en la universidad de Tel Aviv.

—Me sigue pareciendo mucha actividad —dijo Bronson sin convicción.

—Puede que sí —reconoció Ángela—, pero si alguna de estas expediciones hubiera encontrado el rollo de plata, el mundo entero lo sabría. Y no olvides que ninguno de esos arqueólogos buscaba lo que podría describirse como un tesoro enterrado. Simplemente intentaban desentrañar la historia del lugar. A diferencia de nosotros, que estamos aquí para buscar un objeto determinado en un lugar muy concreto.

—Entonces, ¿hay alguna cisterna en la colina? —preguntó Bronson.

—A decir verdad, no —contestó Ángela—. Y eso es una buena noticia. Las cisternas son lugares donde se almacena agua, pero un pozo o un manantial es una fuente de agua. Cuando estudiamos la transcripción usando el diccionario en línea, este sugería que la palabra que yo había traducido como «cisterna» se podía traducir más exactamente por «pozo». Y, precisamente, lo que hay en Har Megiddo es un pozo, no una cisterna. Es otro indicador de que estamos en el buen camino.

—De acuerdo —dijo Bronson—. No hay tiempo que perder. Iré a recoger mis

cosas. Una vez en el coche estudiaremos la ruta a seguir. —A continuación miró el reloj y preguntó—: ¿Nos vemos en cinco minutos?

—Están en la tercera planta —musitó Hoxton mientras apretaba el botón para llamar al ascensor—. Tienen habitaciones contiguas, la 305 y la 307. No debería llevarnos mucho tiempo.

Salieron juntos del ascensor, echaron a andar por el estrecho pasillo y se detuvieron delante de la habitación 305. Hoxton se inclinó hacia delante y apoyó la oreja sobre la puerta.

—Hay alguien dentro —susurró dando un paso atrás y sacando la Browning de la cinturilla del pantalón—. Tú cubre la otra puerta —dijo a Dexter. Tras observar a su compañero avanzar unos metros por el pasillo, preguntó—: ¿Listo?

Dexter parecía turbado, pero aun así agarró con firmeza la pistola y asintió. Hoxton llamó a la puerta con varios golpes secos.

—¿Quién es? —inquirió Bronson.

—Mantenimiento —respondió una voz poco definida, aunque claramente masculina—. Ha habido algunos problemas con una de las luces de su habitación y he venido a repararla.

Bronson retrocedió. Había dos cosas que le inquietaban de lo que acababa de oír. La primera, que todos los miembros del personal con los que había hablado hasta ese momento hablaban inglés solo hasta un cierto punto, algunos entrecortadamente, y otros con algo más de fluidez. Sin embargo, el hombre que esperaba fuera no solo hablaba inglés. En opinión de Bronson, aquel tipo era inglés. ¿Y qué diantre hacía un inglés trabajando en un pequeño hotel de Jerusalén?

Por otro lado, sabía que todas las luces de la habitación y del baño funcionaban perfectamente.

—Un momento —dijo Bronson—. Acabo de salir de la ducha.

Seguidamente, moviéndose a toda velocidad por la habitación, metió todas sus pertenencias en la bolsa de viaje que había estado preparando, se acercó a la puerta que conectaba con la habitación 307 y llamó con suavidad.

—Enseguida voy —gritó mientras se abría la puerta.

Rápidamente entró en la habitación de Ángela, cerró la puerta y echó la llave.

—Tenemos compañía —dijo—. Coge tus cosas. Tenemos que salir pitando de aquí.

Ángela introdujo todas sus cosas en la maleta. Mientras tanto Bronson cerró el ordenador portátil y lo metió, con todas las notas, en el maletín. Justo entonces oyó un ruido como de astillas que provenía de la habitación contigua.

Mientras se dirigía a grandes zancadas hacia la salida, Bronson se cambió de mano la bolsa y giró suavemente la manivela con la derecha. Sin embargo, mientras abría, una figura pateó la puerta desde el exterior, provocando que golpeará con

fuerza contra la pared, y a punto estuvo de alcanzar a Bronson. Cuando este miró hacia el pasillo, lo primero que vio fue la pistola que el hombre empuñaba.

Bronson reaccionó inmediatamente. Lanzó su bolsa hacia el rostro del desconocido y le dio una patada con el pie derecho. El golpe le alcanzó el antebrazo y la pistola salió disparada. Seguidamente le propinó un contundente puñetazo en el estómago. El hombre se dobló de dolor y el arma cayó al suelo con un gran estruendo. Bronson levantó la rodilla derecha y le golpeó en la cara.

El desconocido soltó un alarido y un chorro de sangre empezó a brotar de su nariz rota, salpicando la alfombra del pasillo.

—¡Corre! —gritó Bronson indicando a Ángela que tomara la salida de incendios, situada al final del corredor.

Mientras Ángela salía corriendo, Bronson estiró el brazo e intentó coger la pistola, pero el otro hombre fue mucho más rápido y se hizo con ella. Bronson le dio una patada y mandó la pistola todo lo lejos que pudo. Luego se giró y siguió los pasos de Ángela. A sus espaldas oyó una serie de maldiciones, acompañadas de gritos de dolor, e imaginó que el compañero de su atacante iba tras él.

El pasillo tenía una curva en ángulo recto, que Bronson tomó a toda velocidad, pero luego se detuvo en seco. El resto del pasillo era recto, y Ángela todavía estaba a mitad. A menos que lograra reducir la marcha de su perseguidor, ambos se convertirían en una presa fácil tan pronto como el hombre doblara la esquina.

Miró a su alrededor buscando un arma, mejor dicho, cualquier cosa que pudiera servirle como tal. Lo único que encontró fue un extintor de incendios situado en la pared. Tendría que arreglárselas con eso, así que soltó la bolsa de viaje y lo desenganchó.

Bronson se movió ligeramente hacia delante hasta situarse justo en la esquina y escuchó el sonido de los pasos que corrían hacia él, intentando calcular a qué distancia se encontraba su perseguidor. Entonces dio un paso hacia delante y lanzó el extintor con todas sus fuerzas, dibujando un feroz arco a la altura de la cintura.

El hombre, que corría hacia él empuñando una pistola automática en la mano derecha, no tuvo tiempo de reaccionar. El extintor lo acertó de lleno en el estómago y cayó de espaldas dando boqueadas. Aun así no soltó la pistola, e incluso mientras caía al suelo, apretó el gatillo.

El estruendo del disparo en aquel espacio cerrado fue ensordecedor. La bala pasó a menos de un metro de Bronson y agujereó la pared y el techo. Sabía que el hombre se recuperaría en cuestión de segundos, por eso no dudó a la hora de arrojarle el extintor. Después agarró la bolsa y echó a correr.

La salida de emergencia estaba allí mismo, al final del pasillo. Bronson alcanzó a su ex mujer justo cuando llegaba a la puerta, y presionó la barra horizontal que la mantenía cerrada. En ese mismo momento saltó la alarma. Bronson empujó a Ángela

hacia el exterior en el preciso instante en que se oía un nuevo disparo. El chasquido de la bala al chocar contra la pared que tenían detrás se oyó con toda claridad.

Delante de ellos había una pequeña plataforma de cemento, varios tramos de escaleras que bajaban en forma de zigzag hasta la calle, y otro que permitía acceder a las plantas superiores del edificio.

—¡Tú primero! ¡Rápido! —dijo Bronson.

A continuación volvió la vista atrás y miró hacia el corredor. Al fondo descubrió al hombre que había derribado. Corría a toda velocidad hacia él, con la mano izquierda sujetándose el estómago y la pistola en la derecha.

Entonces disparó de nuevo y Bronson supo que no le quedaba mucho tiempo.

Se pasó la bolsa a la mano izquierda, saltó los cuatro peldaños del primer tramo, se agarró a la barandilla de seguridad y se colocó de un saltó ante el siguiente tramo de escalones.

Más abajo, Ángela estaba llegando a la calle.

—¡Corre! —gritó Bronson—. ¡Ve hacia el lateral del edificio!

Segundos después la vio alejarse de la escalera de incendios con las bolsas en la mano.

Bronson llegó a la parte inferior y miró hacia arriba. Su atacante acababa de llegar a la plataforma de cemento y se asomaba por encima de la barandilla, pistola en mano. Sabía que los rellanos y los escalones hacían prácticamente imposible que lo alcanzara, pero si echaba a correr se convertiría en un blanco fácil.

Sin embargo, tenía que escapar de allí. Lo más normal habría sido seguir a Ángela, pues la esquina del edificio estaba a apenas seis metros de donde se encontraba, pero Bronson imaginó que aquello era precisamente lo que el hombre esperaba. En vez de eso, saltó por encima de la barandilla y echó a correr en zigzag hacia la otra esquina del hotel.

Pudo oír el ruido que hacía el hombre al dirigirse al otro lado de la plataforma y a continuación dos disparos, uno detrás de otro, que se estrellaron contra las losas del suelo, a poca distancia de él. Entonces llegó a la esquina y consiguió escapar de su atacante. Estaba a salvo, al menos de momento.

Tras correr hacia la entrada del hotel, encontró a Ángela apoyada contra la pared mirando nerviosa en dirección al lugar por donde ella había logrado escapar.

—¡Estoy aquí! —dijo cogiéndola del brazo—. Rápido. Sígueme.

Se alejaron corriendo del hotel, calle abajo, hacia donde Bronson había aparcado el coche. Éste abrió con la llave, arrojó las bolsas en los asientos traseros, arrancó el motor y se marcharon sin apartar la vista de los espejos retrovisores.

Ángela temblaba ligeramente, ya por el esfuerzo o por el miedo, aunque probablemente por las dos cosas.

—No lo digas —musitó.

—No lo haré. Ya sabes lo que pienso. Lo que estamos haciendo es muy peligroso, pero estoy contigo hasta el final. ¡Armagedón! ¡Allá vamos!

—¡Creo que ese cabrón me ha roto la nariz! —dijo Dexter mientras se alejaban a paso ligero del hotel—. No siento nada.

—Ya lo has dicho al menos cinco veces —le espetó Hoxton, respirando entrecortadamente—. ¡Cierra la boca y camina!

—¿Adónde vamos?

—Volvemos al hotel. Quiero saber si Baverstock ha conseguido averiguar algo más de la inscripción.

—¿Y qué hacemos con Bronson y Lewis?

—De momento los hemos perdido, pero antes o después mis contactos darán con ellos. Lo más probable es que se busquen otro hotel. En cuanto sepamos algo, nos haremos con la información que tienen. Hemos llegado demasiado lejos para rendirnos justo ahora.

—¿Y qué haremos con Bronson?

—En lo que a mí respecta, Bronson es hombre muerto —respondió Hoxton.

—Hemos estado buscando en el lugar equivocado —anunció Baverstock entusiasmado al ver entrar a Hoxton por la puerta de su habitación—. ¿Qué te ha pasado? —preguntó cuando vio a Dexter en el pasillo con la camisa cubierta de sangre.

—Se le ha reventado la nariz —respondió con desdén—. ¿Me estás diciendo que el rollo de plata no está bajo el Monte del Templo?

—Sí. De repente he caído en la cuenta de dónde se encuentra el «lugar del final de los días», y no es en Jerusalén.

Hoxton tomó asiento.

—Entonces, ¿dónde está?

—En Har Megiddo, también conocido como Armagedón. Según el Apocalipsis es el lugar donde se librará la batalla final, el último enfrentamiento entre las fuerzas del bien y del mal y que supondrá el fin del mundo tal y como lo conocemos.

—No te pongas mesiánico conmigo, Baverstock, y dime dónde demonios está.

—Aquí. —Baverstock desdobló un detallado mapa de Israel y señaló con el dedo un punto al sudeste de Haifa—. Aquí es donde los sicarios escondieron el rollo de plata. Estoy convencido de ello.

—También estabas convencido de que lo habían escondido en el túnel de Ezequías —observó Hoxton—. ¿Estás completamente seguro?

—Al noventa por ciento —respondió Bronson—. La clave está en la referencia a la cisterna o el pozo. Tenía que haberme dado cuenta antes. Jerusalén y toda el área circundante están plagadas de instalaciones para el almacenamiento de agua. Pensé que los sicarios habían escogido el túnel de Ezequías porque era la principal fuente de abastecimiento de agua potable, pero, cuando volví a estudiar la inscripción, me di cuenta de que estaba equivocado. El túnel de Ezequías no era una cisterna, sino un acueducto que conectaba la ciudad con el manantial de Guijón. Una cisterna es un depósito de agua, generalmente subterráneo. Si los sicarios hubieran escondido la reliquia allí, habrían utilizado otra expresión.

—¿Y hay una cisterna en la tal Megiddo?

Baverstock asintió.

—A decir verdad, es otro manantial, pero lo que realmente importa es la descripción de Har Megiddo. Estoy seguro de que el autor del rollo se refería a esa ubicación.

Hoxton se giró hacia Dexter.

—Ve a lavarte —dijo—. No quiero que pongas perdidos de sangre los asientos del coche. Y date prisa. En cuanto acabes nos largamos de aquí. —Seguidamente miró a Baverstock y añadió—: Bronson y Lewis nos han dado esquinazo, pero

apuesto lo que quieras a que ya han averiguado que el rollo de plata se encuentra en Megido. Tenemos que llegar allí cuanto antes.

La ruta elegida por Bronson y Ángela les había llevado hacia el noroeste de Jerusalén, bordeando Cisjordania y Tel Aviv y a través de Tikva y Ra'anana hasta llegar a la carretera del litoral, a la altura de Netanya. Seguidamente viajaron en dirección norte a lo largo del Mediterráneo, bordeando la llanura de Sharon hasta la ciudad de Haifa.

Pero antes de llegar a Megido, Bronson quiso abastecerse de algunas provisiones, así que giró hacia el oeste en dirección al centro de Haifa.

—¿Nos vamos de compras? —preguntó Ángela.

—Efectivamente. No creo que haga falta comprar unas aletas, porque no pienso que haya que nadar una distancia muy larga, pero estoy seguro de que voy a necesitar unas gafas de bucear y probablemente una cuerda.

Veinte minutos más tarde, de vuelta al coche, Bronson introdujo en el maletero una pequeña bolsa de plástico y una mochila vacía. A continuación abandonaron Haifa y se dirigieron hacia el sureste en dirección a Afula. La ruta que habían seguido no era el camino más corto hasta Har Megiddo, pero se habían ahorrado tener que subir y bajar la cordillera del monte Carmelo, que dividía las dos áreas a nivel del mar que dominaban la zona (la llanura de Sharon y de Esdraelón), y el recorrido había sido mucho más sencillo y, probablemente, también más rápido.

—Todavía es media tarde —dijo Bronson—. ¿Qué te parece si vamos directamente y echamos un vistazo? Si tienes razón y lo que buscamos es un túnel subterráneo, no importa si lo hacemos de noche o a plena luz del día.

—Tienes razón —reconoció Ángela—, pero tenemos que tener cuidado, porque no creo que sea una buena idea dar vueltas por Megido con las linternas. Cualquier luz, después de que hayan cerrado, llamará la atención.

—¿A qué te refieres con que «hayan cerrado»? —preguntó Bronson.

—Bueno, el lugar recibe numerosas visitas turísticas. En esta época del año cierran a las cinco y hay que pagar para entrar.

Levi Barak contempló con satisfacción las notas que había garabateado mientras se comunicaba por radio con los diversos observadores. Los dos grupos de sospechosos se dirigían exactamente al mismo lugar, en el norte del país. Bronson y Lewis iban a la cabeza y en ese momento se encontraban a las afueras de Haifa, tras una breve escala en la ciudad.

—Bronson se dirige al sureste —informó uno de los agentes del servicio de vigilancia. El altavoz hacía que su voz fuera acompañada de un leve chisporroteo—. Ha cogido la carretera que lleva a Afula, o tal vez va camino de Nazaret.

—No lo pierdas de vista —ordenó Barak— y asegúrate de que no te vean. No quiero que se asusten precisamente ahora. Me reuniré contigo en breve.

—¿Vas a venir para aquí? —El hombre parecía sorprendido.

—Sí. En cuanto se detengan, házmelo saber. Aunque solo sea para tomar algo.

—Entendido.

Barak se apartó del micrófono y agarró el teléfono interno.

—Aquí Barak —dijo—. Quiero que me consigas el número directo del comandante en jefe del Sayeret Matkal. Y luego mándame un helicóptero militar. Tiene que estar aquí en treinta minutos, con dos pilotos y el depósito lleno. Si se puede, me gustaría que estuviera dotado de escáner de infrarrojos y cámara de visión nocturna. —A continuación miró su reloj y echó un vistazo por la ventana, calculando el tiempo y las distancias—. Y asegúrate de que no se retrasa. El juego está a punto de terminar.

La llanura de Esdraelón se extendía ante ellos, un mosaico de campos verdes y fértiles salpicados de pequeños bosques y algunos macizos de árboles. La carretera se alejaba serpenteando de Har Megiddo hacia las bajas laderas de colinas que se alzaban ondulantes hacia el lejano horizonte, desvaneciéndose gradualmente en la calima.

Bronson siguió las indicaciones de la carretera, escritas en hebreo e inglés, y al llegar a la intersección de Megido giró hacia el norte y entró en la nacional 66. Tras un par de minutos, giró a la izquierda y, casi de inmediato, volvió a torcer en la misma dirección. A continuación estacionó el Renault en un hueco del aparcamiento que había a los pies de la colina y apagó el motor.

Ángela y él permanecieron sentados y en silencio durante unos instantes, observando la escarpada pendiente que se elevaba ante ellos.

—¡Es enorme! —dijo Bronson.

—Ya te dije que la ciudad tenía una extensión de más de seis hectáreas.

—Lo sé, pero no sonaba tan grande. Sin embargo, cuando ves algo así en persona, es sobrecogedor. ¿Estás segura de saber dónde tenemos que empezar a buscar?

—Sí. Aquí hay una única fuente de agua, y la entrada del túnel que lleva hasta ella es una de las construcciones más grandes en la actualidad. Todas las guarniciones asentadas aquí a lo largo de los siglos tuvieron el mismo problema porque, al igual que en Jerusalén, la única fuente de abastecimiento de agua se encontraba fuera de las murallas de la fortaleza y, en ambos casos, procedieron exactamente igual: excavaron un túnel subterráneo que llegaba directamente a la fuente.

—De acuerdo —dijo Bronson—. No sacaremos nada en claro quedándonos aquí sentados hablando del tema. Vamos a echar un vistazo.

A un lado del aparcamiento había un pequeño edificio que albergaba el museo y la oficina de información turística.

—Entremos ahí primero —sugirió Bronson mirando el reloj—. Aún falta mucho para que cierren.

El museo les proporcionó una información muy valiosa. Tenía numerosos paneles que explicaban cuáles eran las diferentes secciones del asentamiento y una impresionante maqueta que mostraba el probable aspecto de Megido en la antigüedad. Cuando salieron del edificio ambos tenían una idea mucho más clara de la disposición de las ruinas y Bronson aprovechó para comprar una guía en inglés que incluía un mapa detallado de todo el complejo.

Seguidamente cogieron el sendero que conducía a la entrada, situada en la cara norte de la colina, comenzaron a ascender y, casi inmediatamente, se vieron rodeados por antiguas construcciones de mampostería.

—Según este libro —dijo Bronson señalando una antigua estructura situada a la derecha del sendero—, esas son las ruinas de una antigua puerta del siglo xv antes de Cristo, y justo al torcer la esquina deberíamos encontrar la entrada principal de la fortaleza, conocida como la puerta de Salomón.

La entrada se encontraba en condiciones bastante buenas. Elaborada con piedra maciza, era evidente que había sido construida no solo para resistir las embestidas de las tropas enemigas, sino también los estragos del tiempo. A ambos lados había dos cámaras que también se conservaban en buenas condiciones.

—Cada una de estas cámaras —apuntó Bronson tras consultar de nuevo a la guía— fue diseñada para albergar un carro acorazado y dos caballos, supuestamente para que pudieran bajar rápidamente a la llanura para resolver cualquier tipo de problema. Algo así como los coches patrulla de la actualidad, supongo.

Posteriormente torcieron a la izquierda, siguiendo un camino trillado, pasando por delante de los restos de los establos de Ajab, aunque Bronson pensó que no se parecían en nada a la idea que tenía de unos establos, pues eran un conjunto de muros derruidos y de piedras esparcidas. Poco después llegaron a un lugar que ofrecía unas vistas espectaculares de la llanura del Jezreel hacia la ciudad de Nazaret, que se enclavaba en las colinas de Galilea.

Se detuvieron cerca de una gran estructura, casi circular, a la que se accedía por un lateral a través de una media docena de escalones. Ángela cogió la guía y apuntó:

—Este es el altar circular, que fue renovado (no construido, sino renovado) hace más de cuatro mil años —explicó—. Probablemente se utilizaba para el sacrificio de animales. Ese templo —añadió, indicando otro montón de piedras— se construyó más o menos en la misma época. Se le conoce como el templo del Este y cuando se erigió constaba de un vestíbulo, una sala principal y el sanctasanctorum al fondo, que era la parte del edificio más cercana al altar circular.

A continuación hizo una pausa.

—Es extraordinario, ¿no te parece? Cuesta creer que todo esto sea tan antiguo. —Seguidamente miró a Bronson con los ojos brillantes y la expresión radiante y Bronson sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Soy consciente de que tú no lo ves de la misma manera. Tu vida y tu trabajo no podrían ser más contemporáneos, pero yo vivo y respiro por este tipo de cosas y no puedo pasar de largo e ignorar algo como esto.

Luego cogió su mano y juntos caminaron hacia la sección meridional de la vieja ciudad.

—Esto sí que es impresionante —exclamó Bronson dirigiéndose a una verja de hierro que rodeaba un enorme pozo, que se asomaba a las oscuras profundidades. Debía de tener unos diez o quince metros de diámetro y más o menos la misma profundidad. Era un enorme agujero excavado en el duro suelo y rodeado de piedras.

Su realización debía de haber supuesto un trabajo ímprobo.

—¿Es esta la cisterna? —preguntó.

—No. Es el silo de Jeroboam. Data del siglo XVIII antes de Cristo y se utilizaba para almacenar cereales. Por lo visto tenía capacidad para unas trece mil fanegas.

—¿Y qué son las fanegas?

—Es una medida de capacidad que equivale, aproximadamente, a tres centímetros cúbicos. ¿Ves la escalera doble?

Bronson se asomó de nuevo y miró hacia donde apuntaba Ángela. Pegadas al muro de piedra había dos rudimentarias escaleras, cada una de ellas de apenas medio metro de anchura, que bajaban en espiral desde la parte superior hasta la base, y que comenzaban en el lado opuesto de la estructura.

—Supongo que construyeron dos para que los trabajadores que llevaban y traían el grano pudieran bajar por una y subir por la otra, sin molestarse los unos a los otros —sugirió Bronson.

Ángela asintió mirando al interior del silo.

—No creo que me hiciera mucha gracia tener que bajar hasta ahí. Son demasiado estrechas y la profundidad es más que considerable —añadió Bronson.

—Es por eso que han instalado la barandilla de acero —dijo Ángela retrocediendo.

El silo era la construcción más completa de todas las ruinas que habían visto hasta ese momento y estaba rodeada por las siluetas de antiguas edificaciones que habían quedado reducidas a una serie de muros achaparrados de apenas treinta centímetros de altura. Las palmeras, probablemente datileras en opinión de Bronson, se abrían paso a través de lo que otrora habían sido los suelos de habitaciones o tal vez pasadizos. Asimismo, el montón de piedras de color gris claro, casi blanco, esparcidas por todas partes, confería al lugar una inequívoca sensación de antigüedad de demasiados años como para que la mente pudiera abarcarlos. En ese momento se percató de que, a pesar del calor, Ángela estaba temblando ligeramente. Le pasó el brazo por encima de los hombros y emprendieron de nuevo la marcha.

—Aquí estaban lo que, en otros tiempos, se pensó que eran los establos de Salomón —explicó Ángela—. No obstante, tras una segunda datación, se piensa que se construyeron en la época de Ajab, posiblemente en el lugar donde se encontraba el palacio del rey Salomón. Ajab fue el monarca de Israel en el siglo IX antes de Cristo, y se calcula que los establos tenían capacidad para quinientos caballos y sus respectivos carros. En aquella época, Megido era conocida como «la ciudad de los carros», los cuales jugaban un papel decisivo en cualquier batalla o escaramuza que se librara en la planicie inferior. Eran el equivalente a lo que hoy día conocemos como tropas de asalto acorazadas.

Seguidamente echó un vistazo a su alrededor y añadió:

—Bueno, ahora tendríamos que seguir este sendero en dirección suroeste. Debería llevarnos a la entrada del túnel que conduce a la cisterna.

—¿De qué época data el túnel? —preguntó Bronson mientras comenzaban el recorrido.

—En un principio se creyó que se remontaba al siglo XIII antes de Cristo, pero estudios más recientes han llegado a la conclusión de que se construyó en el siglo IX antes de Cristo, lo que significa que —Ángela hizo una pausa para calcular— tiene casi tres mil años de antigüedad —concluyó mirando a Bronson con una sonrisa.

—Entonces, ¿el principal abastecimiento de agua se encontraba fuera de las murallas de la ciudad?

—Sí. Procedía de un manantial que está en una cueva que hay por allí —explicó Ángela apuntando más allá de sus cabezas—. Cuando Salomón gobernaba aquí, ordenó a sus súbditos que excavaran un conducto a través de las paredes de la cueva para acceder más fácilmente al manantial, pero eso no hubiera servido de gran ayuda en caso de que la ciudad estuviera bajo asedio. Ajab se reveló mucho más ambicioso. Hizo construir un conducto mucho más amplio, lo que suponía excavar desde aquí arriba, atravesando las diferentes capas de la colina, incluida una parte del lecho de roca. El conducto concluyó a setenta metros de profundidad y entonces empezaron las obras propiamente dichas. Sus hombres excavaron un túnel horizontal en la roca que llegaba hasta la cueva, una distancia de unos ciento veinte metros, que les proporcionó un acceso oculto e inexpugnable al manantial. Para rematar, Ajab ordenó bloquear la entrada de la cueva con un muro de piedra maciza que posteriormente fue cubierto de tierra para que los posibles enemigos no supieran de su existencia.

Mientras Ángela exponía su explicación, llegaron a la entrada del túnel, un enorme agujero en la tierra con los bordes en pendiente, tan grande que hacía que el silo, en comparación, resultara insignificante. A diferencia del almacén de cereales, esta estructura parecía que nunca había sido completamente revestida de piedra, sencillamente porque no era necesario, pero se veían restos de varios muros de contención y gradas por todo el camino hasta el fondo. Los restos derruidos de una vieja escalera de roca descendían por el lateral del foso donde la pendiente era menos pronunciada, aunque a Bronson le seguía pareciendo que los habitantes de la ciudad tenían que enfrentarse a una agotadora escalada, especialmente si iban cargados con cántaros de agua.

Una valla protectora de acero, enclavada en la parte superior de un bajo muro de piedra, rodeaba prácticamente todo el perímetro. En una parte había un hueco que permitía acceder a una escalera de cemento de reciente construcción. Esta disponía de una barandilla y una sucesión de rellanos para compensar la pendiente, lo que permitía que los turistas pudieran bajar hasta el fondo sin problemas.

—Sigue siendo una escalada considerable —dijo Ángela—. Debe de tener unos

doscientos peldaños pero, por suerte, solo tendremos que bajar. Han creado una salida en el otro extremo, a través del muro que Ajab construyó hace tres mil años.

Bronson echó un vistazo a su alrededor. Era ya media tarde y los últimos grupos de turistas comenzaban a encaminarse hacia la salida.

—Tendremos que salir y permanecer ocultos durante un rato —dijo—. Además, será mejor que saque el coche del aparcamiento y que lo esconda en algún lugar cercano. No quiero que nadie note nuestra presencia. Tenemos motivos más que suficientes para pensar que los dos hombres que han intentado asaltarnos esta mañana siguen intentando dar con nosotros.

Ángela lo miró preocupada.

—Intento no pensar en ello —dijo—. Vamos a pasar por la cisterna para ver qué aspecto tiene.

Al llegar, la galería subterránea se reveló una sorpresa. Bronson se esperaba algo similar al túnel de Ezequías, una galería estrecha y retorcida con el techo bajo aunque, con un poco de suerte, sin agua bajo los pies. Sin embargo el túnel de Megido resultó ser recto, ancho y bastante alto (probablemente en algunos tramos alcanzaba los tres metros). Además, estaba bien iluminado y el suelo se hallaba cubierto de una pasarela de tablones que permitía a los visitantes recorrerlo cómodamente.

Durante el trayecto no encontraron a nadie más. Una vez al final, había unas escaleras que conducían al pozo en sí. Bronson y Ángela se detuvieron en el descansillo inferior y se asomaron a la masa de agua.

—Parece bastante profundo —dijo él.

—Lo es —le confirmó Ángela—. Al fin y al cabo, se trata de un pozo.

—Y frío —añadió Bronson con un suspiro, consciente de que le tocaría a él sumergirse—. El problema será salir después. Me alegro de haber traído la cuerda. —Tras unos segundos en silencio, dándole vueltas a este hecho, concluyó—: De acuerdo. Ya hemos visto lo que necesitábamos. Ahora vámonos.

A última hora de la tarde, cuando prácticamente había oscurecido, Bronson aflojó la marcha del Renault, salió de la carretera a unos cien metros del aparcamiento de Megido y, tras detenerse detrás de un poco de maleza que hacía que quedara oculto, apagó el motor.

Habían abandonado el complejo unas cuatro horas antes y, después de recorrer unos tres kilómetros, encontraron una cafetería abierta donde habían tomado una cena ligera. Luego Bronson había aparcado el coche a la sombra de un grupo de árboles que crecían en un descampado a las afueras de Afula, y había intentado echar un sueñecito, consciente de que necesitaría todas las reservas de energía para lo que le esperaba aquella noche. Mientras dormía, Ángela repasó una vez más todas sus notas para asegurarse de que no se le había escapado nada. Cuando Bronson se despertó revisó por última vez el equipamiento comprado en Haifa y luego ambos se cambiaron, poniéndose ropa deportiva de color oscuro y zapatillas de deporte.

Habían regresado a Megido con el sol vespertino de frente, mientras los verdes campos de la llanura de Esdraelón se iban apagando conforme el sol empezaba a sumergirse tras los picos de la cordillera del monte Carmelo. A pesar de que su cima más alta superaba apenas los quinientos metros, la cadena montañosa se extendía más de veinte kilómetros en dirección sudeste desde la costa del Mediterráneo cerca de Haifa.

Bronson se giró hacia Ángela.

—¿Preparada? —preguntó.

—Nunca lo he estado más en mi vida —contestó.

Bronson extrajo la mochila del maletero, examinó el contenido y se la echó a la espalda. Finalmente cerró el coche con llave y se pusieron en marcha.

Sabían con seguridad que la puerta principal estaría cerrada, pero Bronson no creía que eso supusiera un problema. Era prácticamente imposible cerrar por completo un lugar tan grande como Megido y, de hecho, había ciertas partes del asentamiento que estaban protegidas solo por unas vallas de poca altura. En algunos lugares el terreno era tan escarpado que no tenía ningún sentido construir barreras físicas.

—Este podría valer —dijo Bronson empezando a subir por una pendiente en dirección al final de una de las alambradas.

Aquella tarde había descubierto un hueco que le había parecido lo suficientemente grande para que cupieran los dos.

Cuando llegaron al final, Ángela entró primero por el agujero y, a continuación, Bronson le pasó la mochila y se reunió con ella.

—Ve directa a la entrada del túnel —dijo intentando no alzar la voz—, y ten

cuidado con esas rocas. Algunas son muy frágiles y están algo sueltas.

Después observó que ella empezaba a subir la empinada cuesta que llevaba hasta la cima.

El complejo estaba completamente desierto y, sin pensárselo dos veces, se dirigieron hacia el enorme socavón que marcaba la entrada al túnel de Ajab y bajaron los escalones hasta el fondo del foso. La puerta de acero estaba asegurada con un pesado candado. Bronson apoyó la mochila en el suelo y levantó la tapa superior. Tras rebuscar en su interior, sacó una cizalla extensible, desdobló las asas y colocó las mandíbulas alrededor del cierre del candado. A continuación apretó con fuerza, intentando unirlos dos mangos y, mientras su rostro mostraba una mueca por el esfuerzo, los músculos de sus brazos se hincharon con la tensión. Tras un repentino crujido, el acero se partió y los trozos del candado aterrizaron en el suelo con un gran estruendo.

—Lo conseguimos —dijo Bronson volviendo a meter la cizalla en la mochila y abriendo la puerta.

—Es espeluznante —susurró Ángela conforme se adentraban en la oscuridad—. Nunca imaginé lo siniestro que podía llegar a ser un lugar como este en plena noche.

—Desgraciadamente no podemos encender las luces, de lo contrario corremos el riesgo de que nos descubra algún vigilante. Tendremos que conformarnos con la luz de las linternas.

Los dos estrechos haces de luz resultaron bastante útiles. Al menos podían ver por dónde iban. Aun así, Ángela tenía razón, el lugar era espeluznante. Los dos eran muy conscientes del peso de las rocas y de la tierra sobre sus cabezas, y también del peso de la historia en torno a ellos.

No había razón alguna para molestarse en buscar en el túnel, pues la inscripción aludía específicamente a un pozo o cisterna. Si la reliquia seguía en las ruinas, estaba claro que la encontrarían en el manantial y en ningún otro sitio.

Al final del túnel había unos escalones con sus correspondientes descansillos, que permitían que los visitantes se pudieran acercar al pozo. Descendieron hasta el más bajo, que se encontraba a poco más de medio metro de la superficie del agua. Una vez allí Bronson abrió de nuevo la mochila y sacó un rollo de cuerda. Rápidamente ató uno de los extremos a la barandilla de acero situada en la última parte de la escalera y luego, por precaución, la amarró también al pasamano de madera que bordeaba la plataforma directamente encima del agua. De este modo podría subir y bajar por la maroma desde la misma plataforma. Antes de lanzar la cuerda para descolgarse en dirección al agua del manantial, Bronson hizo una serie de nudos, dejando una distancia de treinta centímetros entre ellos.

—¿Para qué sirven? —le preguntó Ángela, que enfocaba con la linterna las manos de Bronson para ver lo que estaba haciendo.

—Cuando salga del agua tendré mucho frío. No bromeaba cuando dije que estaría congelada. Además, lo más probable es que tenga las manos entumecidas y los nudos me servirán para agarrarme cuando escale por la cuerda.

Rápidamente, Bronson se desprendió de los zapatos y los calcetines y, a continuación, se quitó la camisa, los pantalones y la ropa interior.

Una vez desnudo en la penumbra, sonrió brevemente a Ángela. A continuación sacó unas gafas de bucear de la mochila, se colocó la cinta por detrás de la cabeza y cogió una pesada linterna de goma negra, mayor que la que había usado en el túnel de Ezequías.

—¿Podrías pasármela cuando esté dentro del agua? No me atrevo a saltar. No sabemos qué profundidad tiene, ni tampoco si hay rocas o algo parecido bajo la superficie.

De repente Ángela se inclinó hacia delante y lo abrazó con fuerza.

—Ten cuidado, Chris —susurró.

Bronson echó la pierna por encima de la barandilla de madera, agarró la cuerda con ambas manos y descendió a toda prisa hacia la boca de la cisterna.

—¡Dios! ¡Está helada! —se quejó conforme iba metiendo los pies en el agua. Sujetándose a la cuerda con una mano, se ajustó las gafas de bucear y estiró el brazo para coger la linterna.

Primero apuntó con ella a su alrededor, examinando los muros del pozo, pero parecían bastante lisos y sin ninguna característica especial. Luego miró a Ángela, le dirigió una sonrisa tranquilizadora y alzó las piernas para zambullirse en las oscuras aguas.

A poco más de un metro por debajo de la superficie, Bronson se agarró a una roca que sobresalía para conseguir algo de estabilidad y evitar subir disparado hacia la superficie. La boca del manantial era demasiado estrecha para poder bucear por ella, de manera que sabía que tenía que seguir sumergiéndose y agarrándose a algo que le permitiera permanecer bajo el agua mientras examinaba las paredes.

La buena noticia era que la linterna funcionaba perfectamente y su luz iluminaba sin problemas la roca marrón grisácea de las paredes del manantial. La mala era que los muros parecían demasiado lisos y no presentaban ningún orificio, ya fuera natural o artificial, que hubiera podido utilizarse para esconder algo.

Empezó a buscar con cuidado, sujetando la linterna con la mano izquierda mientras recorría el muro formando un círculo, pasando de una sujeción a otra. Luego se soltó y subió a la superficie para tomar un poco de aire.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Ángela apenas se asomó.

Bronson negó con la cabeza, respiró hondo y se zambulló de nuevo. Esta vez descendió algo más, unos dos metros, pero el resultado fue el mismo. Estaba completamente rodeado de unas sólidas rocas de color marrón oscuro.

De vuelta a la superficie, se retiró las gafas de la cara.

—He bajado casi dos metros —dijo mirando hacia Ángela—. No he visto nada. No creo que la gente que escondió la reliquia pudiera haber buceado mucho más abajo, ¿verdad?

—No tengo ni idea, pero estás dando por hecho que el nivel del agua era el mismo entonces que ahora, y probablemente no sea así. Si cuando la escondieron el nivel del agua hubiera sido, digamos, tres metros inferior, y los dueños del rollo bucearon dos metros, ahora se encontraría a cinco metros de la superficie.

—No había pensado en eso —admitió Bronson. A continuación se colocó de nuevo las gafas y desapareció una vez más.

Durante los siguientes veinte minutos repitió el proceso, sumergiéndose, agarrándose a algo para mantener la estabilidad, y buscando en vano cualquier tipo de agujero o grieta en los muros de roca. Y cada vez que salía a la superficie, la sensación de frío y cansancio era mayor.

—No creo que aguante mucho más —dijo, finalmente, castañeteando los dientes—. Probaré tres o cuatro veces más y luego lo dejo.

—Has hecho lo que has podido, Chris. Nunca pensé que tuvieras que bajar tanto para encontrarlo.

—Ni yo —respondió Bronson ajustándose una vez más las gafas. *Si es que realmente está aquí*, pensó mientras se adentraba de nuevo en las profundidades.

Esta vez bajó aproximadamente un metro y medio por debajo del punto que había alcanzado anteriormente, se agarró a otra sección de la roca, y miró a su alrededor. Por encima de su cabeza se divisaba el tenue círculo de luz que había en la superficie y que provenía de la linterna de Ángela, y alrededor de él el manantial parecía abrirse ligeramente, de manera que su linterna apenas podía iluminar el muro opuesto. Parecía como si el pozo tuviera la forma de una campana, con una garganta estrecha en la parte más alta que se iba ensanchando considerablemente en el fondo que, según sus cálculos, sería de unos seis o siete metros.

Consciente de que solo podría aguantar bajo el agua unos veinte segundos más, Bronson se concentró en la parte del muro que tenía delante. Como era de esperar, tenía la misma apariencia que el resto de las secciones que había examinado hasta ese momento. Cambió de posición y se colocó de lado para observar el resto del muro. Nada.

Sus pulmones empezaban a protestar, así que Bronson se soltó de la roca a la que estaba sujeto y se dejó llevar hasta la superficie. Mientras lo hacía, su linterna iluminó algo diferente, algo que no había visto antes. Un objeto que parecía tener una forma definida, no redondeada, como las protuberancias de roca que había estado utilizando para agarrarse, sino que se proyectaba horizontalmente desde el muro de piedra del manantial.

Luego lo dejó atrás y siguió su camino hacia la luz y el aire purificante.

—Alguien ha cortado el candado —masculló Hoxton enfocando con la linterna los trozos esparcidos por el suelo—. Se nos han adelantado.

Habían llegado en coche a Megido desde Tel Aviv, un ajetreado viaje con Dexter tumbado en el asiento trasero, quejándose del dolor de su nariz rota. Baverstock había leído mal un par de carteles de la carretera a las afueras de Haifa, lo que había retrasado ligeramente su llegada, pero ellos, al igual que Bronson y Ángela, habían esperado hasta que el complejo cerrara para saltar la valla protectora. En ese momento estaban de pie junto a la puerta que daba acceso al túnel.

—Bien —dijo Dexter—. Le debo una a Bronson por lo que me hizo en la nariz.

—Si se trata de Bronson —dijo Hoxton—, sabemos lo peligroso que puede llegar a ser, así que tendremos que tomárnoslo con calma e intentar pillarle desprevenido. Debemos apagar las linternas y acercarnos sin hacer ruido y con la boca cerrada. Somos tres contra dos y vamos todos armados, así que no podrán ofrecer resistencia. Haremos que parezca un trágico accidente, o tal vez bastará con que tiremos los cuerpos a la cisterna. ¿Entendido?

Dexter y Baverstock asintieron con la cabeza.

—Todos hemos visto las fotos del túnel —le dijo Baverstock—. Como sabéis, hay una pasarela de madera con barandillas a ambos lados, de modo que, una vez dentro, podemos abrirnos paso agarrándonos a ella. Bronson, probablemente, estará usando una linterna o un farol, y divisaremos la luz desde lejos antes de llegar adonde se encuentra.

Sin una palabra más, los tres hombres se adentraron lentamente en el túnel subterráneo. Cuando llegaron a la pasarela de madera, Baverstock les obligó a detenerse unos segundos para que sus ojos se acostumbraran a la falta de luz.

—¿Veis aquel resplandor? —susurró apuntando hacia delante—. Ya han alcanzado la cisterna. A partir de ahora no digáis nada, limitaos a caminar despacio y con cuidado, y nos detendremos a cierta distancia de los escalones del final.

Sin apenas hacer ruido, los tres hombres empezaron a desplazarse hacia la tenue luz al final del túnel de agua.

Bronson asomó la cabeza una vez más y se agarró a la cuerda que colgaba de la barandilla.

—¿Has descubierto algo? —preguntó. Ángela, más deseosa que esperanzada.

—Creo que sí. Lo intentaré una vez más.

Bronson tomó aire y lo expulsó varias veces, hiperventilando para expulsar el dióxido de carbono de sus pulmones, antes de tomar una gran bocanada y sumergirse en el agua de nuevo.

Se impulsó con fuerza hacia la parte más profunda del manantial, el lugar que había estado examinando la última vez que se había zambullido, intentando divisar el

objeto que había visto anteriormente. Pero una vez más los muros parecían iguales, sin ninguna diferencia destacable de una parte a otra de la cisterna. Conforme se desplazaba por el agua paseando la luz de la linterna por los muros de piedra, sentía incrementarse la necesidad de respirar.

Tal vez se había equivocado. Quizá sus ojos le habían engañado, o era posible que hubiera malinterpretado lo que había visto. Estaba a punto de darse por vencido cuando, de repente, la luz iluminó algo por encima de su cabeza, algo con los bordes cuadrados que parecía sobresalir del muro. Había bajado demasiado y había estado buscando demasiado lejos.

Bronson agitó las piernas y subió, sujetando la linterna firmemente para no perder de vista el objeto. Una vez al lado, sintió que sus pulmones estaban a punto de estallar, pero decidido a averiguar lo que era.

Parecía casi como un tronco de madera, pero en cuanto su mano se agarró al extremo, supo que era de metal. Bronson tiró de él, pero parecía encajado en una fisura natural de la roca. Cambió la sujeción y tiró de nuevo, apoyando la otra mano contra el muro de la cisterna, con los dedos sujetando con torpeza la linterna.

Esta vez el objeto se movió. Tiró de nuevo y de repente, acompañado de una nube de detritos, se desprendió.

Bronson comenzó a agitar las piernas alejándose del muro y subiendo a la superficie. Cuando asomó la cabeza, inspiró profundamente y luego repitió el gesto una vez más.

Seguidamente, pasó la linterna a Ángela y se agarró a la cuerda.

—¿De qué se trata? —preguntó ella levantando la voz por el nerviosismo.

—No lo sé —dijo Bronson que seguía respirando afanosamente—. Estaba encajado en una grieta del muro. Creo que es de metal. Cógelo.

Ángela se puso de rodillas y estiró ambos brazos hacia Bronson. Tras agarrar el objeto, lo depositó con cuidado sobre la plataforma, mientras él comenzaba a trepar por la cuerda.

La subida no fue tan difícil como había pensado, pues pudo apoyar los pies en los laterales de la cisterna, y en unos segundos se encontraba de pie en la plataforma, temblando.

Ella revolvió en el interior de la mochila y sacó una toalla.

Sin dejar de temblar y de golpear con los pies en el suelo para entrar en calor, Bronson se secó y empezó a vestirse. Mientras tanto Ángela movió la linterna para enfocar lo que éste había encontrado en el pozo.

—Parece una lámina de metal enrollada en el interior de un cilindro —dijo con la voz tomada por la emoción. Bronson se dio cuenta de que también empezaba a temblar—. Esta cubierta de algas, pero creo que tiene algunas marcas. ¡Dios mío, Chris! Creo que has encontrado el rollo de plata.

—Yo también lo creo —dijo una voz diferente que provenía de algún lugar por encima de Bronson y Ángela.

De repente el resplandor de un trío de potentes linternas abrió una fisura en la oscuridad. La luz los cegó. Era como si volviera a repetirse la escena del túnel de Ezequías, excepto que en esta ocasión no tenían ninguna posibilidad de escapar. Estaban atrapados en un callejón sin salida, desarmados e indefensos.

Bronson y Ángela estaban de pie, inmóviles sobre la plataforma de madera, cegados por la luz, y mirando fijamente a los hombres que los apuntaban con las linternas desde lo alto del final de la escalera.

Hoxton movió la suya ligeramente hacia atrás para iluminar la pistola que sujetaba con la mano derecha.

—Como podéis ver, vamos armados —dijo—. Será mejor que no intentéis hacer ninguna tontería.

—¿Qué queréis? —preguntó Bronson.

—Creía que había quedado bastante claro —dijo Baverstock—. Hemos venido a por el rollo. Gracias por encontrarlo por nosotros. Ni siquiera hemos tenido que mojarnos los pies.

Ángela reconoció la voz inmediatamente.

—¿Tony? Tendría que haberlo adivinado. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo mismo que tú, Lewis. Buscar el tesoro que escondieron los sicarios hace dos milenios. Me alegro mucho de que lo hayas encontrado. Esto va hacerme muy rico.

—¡No digas tonterías! —le recriminó Ángela en un tono cortante—. Si este es el rollo de plata, tendrá que ser analizado y conservado como Dios manda. Habrá que llevarlo a un museo.

—¡Oh! No debes preocuparte por eso. Antes o después acabará en un museo —le aseguró Baverstock—. Lo que tenéis en vuestras manos es, casi con toda seguridad, el mapa del tesoro más famoso del mundo y, cuando hayamos traducido el texto, tendremos acceso a la mayor colección de tesoros ocultos de la historia. Pasaremos los próximos años desenterrándolos y vendiendo con cuidado las mejores piezas en el mercado negro. Mi amigo Dexter, aquí presente, es un experto en ese campo. Luego nos retiraremos para vivir de las ganancias. Después volveré al museo Británico con el rollo y mi nombre será tan famoso como el de Howard Cáster.

—Siempre te consideraré un académico, Tony —espetó Ángela, cuya voz rezumaba desprecio—, pero has demostrado no ser más que un repugnante ladrón de tumbas.

—Soy un académico, pero de vez en cuando, me gusta hacer algún que otro trabajito por mi cuenta. Igual que tú, de hecho.

—Y si os damos el rollo, ¿nos dejaréis marchar? —preguntó Ángela.

—No seas ingenua —respondió Hoxton—. Si os dejáramos con vida, hablaríais a todo el mundo de la existencia del rollo y, en cuestión de días, todo Oriente Medio se llenaría de buscadores de tesoros. Vuestras carreras y vuestras vidas acabarán justo aquí.

—Olvidas que soy un agente de policía británico —le advirtió Bronson—. Si me matas, todos los maderos de Gran Bretaña te buscarán.

—Si estuviéramos en un sótano de Inglaterra, no te diría que no, pero estamos bajo una fortaleza desierta en medio de Israel. Nadie va a saber que habéis muerto. Ni siquiera sabrán que estuvisteis aquí. Vuestros cuerpos simplemente desaparecerán. Ese pozo que tenéis detrás es lo suficientemente profundo para ocultar vuestros huesos para toda la eternidad. Y ahora, dame ese rollo. —Hoxton apuntó a Baverstock—. Cógelo, Tony.

Baverstock dio un paso hacia la escalera que bajaba a la plataforma para coger la reliquia sin dejar de apuntar a Ángela, pero Bronson decidió jugárselo todo a una última carta. Agarró el rollo, saltó hacia atrás y sujetó la reliquia justo encima de las oscuras aguas de la cisterna.

—Si das un paso más, lo dejaré caer —lo amenazó—. No tengo ni idea de la profundidad exacta del manantial, pero te aseguro que es mucha. Necesitaríais un equipo de buceadores profesionales para recuperarlo, si es que alguna vez lo conseguís. Como tú mismo has dicho, este pozo puede guardar un secreto para toda la eternidad.

Durante varios segundos todos se quedaron inmóviles y en silencio. Entonces se oyó un único disparo que retumbó por toda la caverna con un gran estruendo.

En ese mismo instante, un hombre lanzó un bramido de dolor.

Dexter se tambaleó y su pistola cayó al suelo con un gran estrépito, justo en el momento en que se echaba las manos a la rodilla, conmocionado por el impacto del proyectil. Luego el dolor lo golpeó y soltó un alarido.

Baverstock se tiró al suelo y empezó a rodar, intentando escapar de la línea de fuego. Hoxton se giró de un salto y dirigió la linterna hacia el túnel, buscando desesperadamente el origen del disparo mientras empuñaba con fuerza su pistola. La luz iluminó tres figuras inmóviles a apenas quinientos metros de donde se encontraban.

En el momento en que escuchó el disparo, Bronson dejó caer el rollo sobre la plataforma de madera y empujó a Ángela hacia un lado, obligándola a guarecerse detrás de las rocas que flanqueaban la cueva.

Antes de que Hoxton pudiera apuntar con su pistola a su objetivo, fue cegado por dos haces de luz y escuchó el sonido de un segundo disparo.

Sintió un fuerte impacto en el pecho y, en ese mismo instante, cayó de espaldas sobre la pasarela de madera. Entonces una sensación apabullante y entumecedora se extendió por su pecho mientras las luces de su alrededor parecían desvanecerse. Luego no sintió nada más.

Los haces de las linternas se desplazaron, mientras los hombres que las sujetaban buscaban un nuevo objetivo. En esta ocasión se detuvieron sobre Baverstock, que estaba agachado a un lado de la pasarela, pistola en mano. Dos disparos resonaron en la caverna, tan seguidos que parecían uno solo, y Baverstock se desplomó hacia atrás. Cayó desde la pasarela sobre el suelo rocoso del túnel que había debajo.

Cuando el eco de los disparos se desvaneció, se hizo un silencio que no presagiaba nada bueno y luego se oyó un nuevo grito de dolor.

—¡Dios mío! ¿Qué demonios está pasando ahí arriba? —susurró Ángela.

—Tú no te levantes. No creo que nadie nos esté disparando a nosotros. Al menos, de momento.

Bronson agarró la mochila y rebuscó en su interior. Sacó una palanca, se puso en pie y metió la fría herramienta de acero en la parte posterior de sus pantalones. No era gran cosa como arma, pero era la única que tenía. Se las había arreglado con menos anteriormente, se dijo a sí mismo. Con mucho menos.

—Ha sido pan comido. Han caído como ratas en una ratonera. —La voz apenas se distinguía debido a los aullidos de dolor de Dexter.

Los tres hombres avanzaron con cautela, paseando la luz de las linternas por el suelo.

Uno de ellos se detuvo junto a Dexter, miró al hombre herido y jugueteó con la linterna por encima del charco de sangre que se iba extendiendo alrededor de su

muslo destrozado.

—Ayúdenme, por favor —lloriqueó Dexter, agonizando de dolor—. Necesito que llamen a una ambulancia o moriré desangrado.

—No, no lo harás —dijo el hombre de la voz serena—. Y tampoco necesitarás una ambulancia.

Casi con indiferencia, apuntó con la pistola a la cabeza de Dexter y apretó el gatillo.

Uno de ellos se acercó al extremo opuesto de la pasarela, apuntó con la linterna hacia el cuerpo hecho un ovillo y cubierto de sangre de Baverstock y emitió un gruñido de satisfacción. El tercero cruzó hacia donde yacía el cadáver inmóvil de Hoxton. Rápidamente registró sus ropas, encontró algo en uno de los bolsillos y llamó a su compañero.

—Tenías razón —dijo—. Tenía una de las tablillas —añadió enarbolando el trozo de barro cocido que acababa de sacar del bolsillo de Hoxton.

El otro hombre se acercó a él, cogió la reliquia y la estudió a la luz de la linterna.

—Es una diferente —dijo—. Guárdala. Tengo que acabar aquí abajo.

Desde la plataforma inferior, una vez que los disparos cesaron, Bronson y Ángela apenas oían un murmullo de voces. Luego se hizo el silencio, seguido del sonido de unas pisadas que se aproximaban.

Bronson se asomó con precaución y pudo distinguir a un hombre alto descendiendo la escalera empuñando una pistola, pero la oscuridad no le permitió ver su rostro. Tras él, otros dos hombres armados los observaban sin quitarles ojo. No había nada que Bronson pudiera hacer, a excepción de alzar las manos, al menos hasta que el hombre estuviera más cerca.

La figura llegó a la plataforma y se quedó allí de pie, mirando fijamente a Bronson y a Ángela. La luz de la linterna que sujetaba una de las figuras que había arriba barrió brevemente su cara y Bronson esbozó una sonrisa cuando descubrió el rostro medio paralizado y el ojo marmóreo.

—No puedo decir que me sorprenda, Yacoub —dijo—. Desde de que nos vimos en Tel Aviv, imaginaba que, antes o después, aparecerías por aquí. Supongo que tus hombres han estado siguiéndonos desde que llegamos a este país.

Yacoub asintió con la cabeza y sonrió. El efecto era sobrecogedor.

—Eres muy listo, Bronson. Esa es la razón por la cual te dejé escapar con vida de Marruecos. Ya por entonces sabía que buscarías el rollo de plata y supuse que tenías posibilidades de encontrarlo. —A continuación, señaló el cilindro metálico de color grisáceo que estaba en la plataforma—. Y no me equivocaba. Pero ahora será mío.

—Debería ir a un museo —dijo Ángela poniéndose en pie.

Durante un par de segundos el marroquí se quedó mirándola.

—Todo el mundo me conoce por Yacoub, pero ese no es mi verdadero nombre.

¿Sabe por qué me llaman así?

Ángela negó con la cabeza.

—Estoy seguro que ha oído hablar de la escalera de Jacob.

—Es una especie de escalera de cuerda que se usa en los barcos —explicó Bronson.

—Efectivamente —dijo Yacoub—. Y también es el nombre de una planta. Pero tiene un tercer significado. En la Biblia cristiana Jacob tuvo una visión de una escalera que subía hasta el cielo. Esa es la razón por la cual me llaman Yacoub desde que tenía quince años. He mostrado a mucha gente el camino hacia el cielo. —Tras una breve pausa, continuó—: Sin duda, os habréis dado cuenta de que voy armado, y también mis compañeros. Vosotros no, así que será mejor que me entreguéis el rollo y os dejaremos marchar. Si os negáis, estoy dispuesto a dispararos y llevármelo de todos modos.

—Acabas de matar a tres hombres a sangre fría —dijo Bronson—, y tus hombres asesinaron a los O'Connor en Marruecos. Si estás dispuesto a algo así para recuperar una tablilla de barro, ¿cómo sabemos que no nos matarás igualmente?

—No hay modo de saberlo, Bronson. Ahora tenéis que tomar una decisión. No soy un hombre paciente.

Bronson entregó el rollo a Yacoub. La barra de hierro seguía metida en sus pantalones pero, con dos pistolas apuntando directamente hacia él, sabía que estaría muerto mucho antes de que pudiera sacarla.

—¿Qué vais a hacer con él? —preguntó.

—Este rollo contiene una lista de ubicaciones del tesoro de los judíos. Tengo intención de encontrar todas las piezas que pueda pero, a diferencia de esos pedazos de mierda —añadió señalando a la escalera, donde yacían los cuerpos de Dexter, Hoxton y Baverstock—, que querían quedarse los tesoros para ellos, yo pienso vender la mayor parte de lo que recupere a los museos y coleccionistas israelíes. Solo me quedará algunas de las mejores piezas para mi colección privada. Y luego todo el dinero que me paguen los israelíes, lo entregaré a los palestinos para ayudarles a expulsar de este país a esa plaga de indeseables. Es una especie de justicia, realmente, usar el dinero de los judíos para ayudar a sus enemigos.

Entonces miró una vez más a Ángela, que seguía allí de pie, junto a Bronson, con expresión desafiante. Seguidamente les dio la espalda, comenzó a subir la escalera e indicó a sus hombres que se encaminaran de vuelta al túnel. Bronson y Ángela se quedaron allí solos, en la oscuridad, escuchando el ruido de las pisadas sobre la pasarela de madera.

Mientras los pasos de los tres hombres se desvanecían a medida que se alejaban por el túnel, Bronson se terminó de vestir. Cuando hubo terminado, rodeó a Ángela con sus brazos.

—Al menos hemos encontrado el rollo de plata y lo hemos tenido en nuestras manos —le dijo—. Eso es algo que muy pocos serán capaces de decir. Es una pena que hayamos tenido que entregárselo a Yacoub, pero no teníamos elección. Al final, todos nuestros esfuerzos han sido en vano.

—Tal vez —dijo Ángela en voz baja—. O tal vez no.

Bronson tuvo la sensación de que no sonaba tan decepcionada como habría esperado.

—¿A qué te refieres?

—Los sicarios sostenían que habían escondido algo más aquí, algo que consideraban tan importante como eso o incluso más.

Bronson silbó.

—¡Por supuesto! Las tablas del Templo de Jerusalén. Pero ¿sabes dónde buscar?

Ángela le sonrió en la media penumbra de la luz de la linterna.

—Creo que sí. Yo todavía no me doy por rendida. ¿Y tú?

Bronson cogió la mochila y se encaminó hacia la escalera seguido por Ángela. Una vez arriba esquivó los cadáveres de Dexter y Hoxton, pero el tercer cuerpo no se veía por ningún lado.

—¿Dónde está Baverstock? —se preguntó en voz alta.

—Tal vez haya conseguido escapar.

—Lo dudo mucho. Yacoub no tuvo reparos en disparar a los otros dos a bocajarro, ¿por qué iba a dejarlo con vida? —Seguidamente echó un vistazo a su alrededor en dirección al final del túnel y cruzó al otro lado de la pasarela donde había un hueco entre la madera y el muro. Luego apuntó con la linterna hacia abajo—. Está aquí. Se ha debido de caer de la pasarela al recibir los disparos.

—No me importa, Chris. Todos ellos han recibido lo que se merecían y sus muertes no me quitarán el sueño, ni siquiera la de Tony Baverstock. Vámonos de aquí.

Mientras Bronson y Ángela caminaban por la pasarela en dirección a la entrada del túnel, se oyó un sonido que provenía del fondo, como si algo se removiera cerca de la cisterna. Unos segundos después Baverstock se puso en pie sobre la pasarela con gran esfuerzo. Tanteó en la oscuridad en busca de la pistola que había perdido al caer, y rápidamente la encontró.

Una de las balas que le habían disparado había errado por completo, la otra le había pasado rozando el hombro, dejándole una herida que sangraba copiosamente y

que le dolía horrores. Cuando había caído hacia atrás desde la pasarela, había decidido hacerse el muerto, con la esperanza de que a ninguno de los atacantes se le ocurriera volver a dispararle.

Por suerte, había funcionado. Estaba vivo, podía moverse casi sin problemas, y ahora tenía una pistola en su bolsillo. Y lo que era más importante, había oído todo lo que Ángela le había dicho a Bronson sobre las tablas del Templo, y sabía exactamente de lo que estaba hablando. Incluso sabía dónde iban a empezar a buscar.

Baverstock se volvió a agachar y palpó la pasarela de madera hasta que encontró una linterna. Tras comprobar que todavía funcionaba, se encaminó hacia la entrada del túnel.

Ángela y Bronson salieron del túnel al aire fresco de la noche en medio de la fortaleza de Har Megiddo. Subieron las escaleras y, tras detenerse unos segundos para recuperar el aliento, se dirigieron a las ruinas de los templos.

—Si piensas en el modo en que fue escrita la inscripción —dijo Ángela encaminándose hacia el enorme altar circular que se encontraba junto a las ruinas del templo—, sugiere que los sicarios escondieron el rollo de plata y las tablas en el mismo lugar: el rollo en una cisterna y las tablas en un altar.

Y cuando estuvieron aquí, en Megido, el único altar que existía era el que tenemos justo delante.

A continuación se detuvo, buscó en su bolsillo y sacó el folio que había estado estudiando esa misma noche mientras Bronson dormía junto a ella en el coche. Apuntó con la linterna a lo que había escrito.

—Mira. La inscripción dice: «Las tablas de - - - Templo de Jerusalén», lo que lógicamente se traduce por «las tablas del Templo de Jerusalén». La siguiente frase de relevancia es: «altar de —describe un - - -». Hay varios espacios en blanco, pero creo que probablemente ponía: «En el altar de piedra que describe un círculo». El siguiente fragmento es algo más fácil de adivinar. Nosotros lo traducimos por: «- - - cuatro piedras - - - la cara sur - - - una profundidad de y altura —codo a - - cavidad dentro de». Creo que significa: «Quitando cuatro piedras de la cara sur, de una profundidad de algunos codos y altura de un codo, para poner al descubierto la cavidad inferior».

—¿De «algunos codos»? —preguntó Bronson—. Comprendo por qué piensas que la altura es de un codo, pero la profundidad es un poco vaga, ¿no crees?

—Sí, pero no creo que importe demasiado. Lo que realmente importa es que la inscripción de las tablillas sostenía que existe una cavidad dentro de este altar y que accedieron a ella desde la cara sur, tras retirar algunas piedras. Así que eso es lo que vamos a hacer.

Se acercaron al altar, utilizando las linternas para asegurarse de que no tropezaban con nada, pues la zona era traicionera, con pequeños muros entrecruzados y una

sucesión de hoyos cuadrados y bastante profundos, cuya finalidad Bronson creyó adivinar.

Decidir qué parte del altar estaba en la «cara sur» resultó bastante sencillo. Bronson solo tuvo que mirar al cielo, identificar la Osa Mayor y llevar a Ángela al lado opuesto de la estructura circular.

—Eso de allí es el norte —dijo apuntando al firmamento—, así que esta es la cara norte del altar. —Seguidamente se agachó y, con ayuda de la linterna, examinó las piedras que formaban el lateral de la estructura—. Parece como si nadie hubiera tocado estas piedras durante siglos. —Luego soltó una carcajada—. ¡Como no podía ser de otra manera! Bueno, ¿por dónde empezamos?

—La única información que proporciona la inscripción para la altura de las piedras que los sicarios retiraron era un codo, suponiendo que mi traducción de la palabra aramea sea correcta y signifique «codo» y no «codos».

—Ayúdame a hacer memoria. ¿Qué longitud tenía un codo? —preguntó Bronson.

—Cuarenta y cinco centímetros, más o menos —dijo Ángela—. Pero estaban retirando piedras para acceder a una cavidad dentro de este altar, y creo que se limitaron a adivinar el tamaño de la abertura que habían creado. Por el aspecto de estas piedras, bastaría quitar dos de ellas para dejar una abertura con una altura vertical de medio metro, así que, como pista, no aporta gran cosa.

Bronson observó de nuevo el lateral del antiguo altar.

—Bueno, supongo que podríamos empezar más o menos por la mitad y ver adonde nos lleva.

—Probablemente existe una forma más sencilla —dijo Ángela—. No hay argamasa entre las piedras, y una de las cosas que pusiste en la mochila era una percha de alambre. Si la desdoblas obtendremos una sonda de un metro, aproximadamente. Y si la introduces entre las piedras, tal vez consigas localizar la cavidad.

—¡Qué gran idea!

Bronson sacó la percha y un par de alicates y empezó a desdoblar el acero. En un par de minutos había conseguido estirla del todo, a excepción de un extremo en forma de te que debía servirle como mango.

—Empieza por aquí —le sugirió Ángela, indicando un amplio espacio entre dos piedras.

Bronson introdujo la sonda en el espacio, pero esta penetró solo unos veinte o veinticinco centímetros antes de toparse con un objeto sólido, probablemente otra hilera de piedras detrás de las del exterior. La sacó y lo intentó de nuevo, pero con el mismo resultado.

—Creo que esto nos va a llevar un buen rato —dijo empujando la sonda en otro hueco—, pero sigue siendo mucho más rápido que ir sacando piedras al azar.

Después de casi diez minutos, todavía no había encontrado ni rastro de la supuesta cavidad detrás de las piedras. Entonces, de una forma tan inesperada que le cogió desprevenido, la improvisada sonda se deslizó más profundamente, mucho más profundamente, en un hueco. Bronson la sacó y la introdujo de nuevo, pero el resultado no varió. En vez de detenerse después de, más o menos, veinticinco centímetros, la varilla de acero penetraba más de sesenta.

—Estoy seguro de que aquí detrás hay un espacio —dijo Bronson—. ¡Venga! Vamos a empezar a mirar.

Seguidamente abrió de nuevo la mochila, sacó la barra de acero, la introdujo entre las dos piedras e hizo palanca. No sucedió nada, así que se fue al otro lado y empujó en el otro extremo. Esta vez, se desplazó ligeramente. Bronson repitió el proceso en la parte superior e inferior y, poco a poco, la piedra empezó a ceder. Tras un par de minutos la había desplazado lo suficiente para permitirle introducir la palanqueta en el vacío en lo alto de la piedra y extraerla del muro. La roca se estrelló contra el suelo con un ruido sordo. Bronson la apartó a un lado y luego Ángela y él se asomaron al hueco que había dejado.

Desgraciadamente, había otra piedra justo detrás de la que Bronson había retirado.

—Creo que esa es la razón por la cual la sonda conseguía entrar —dijo apuntando al agujero—. La esquina de la piedra que acabo de extraer se alineaba perfectamente con la que hay justo detrás. —Por todos los demás sitios por los que he probado a meter el alambre, esta se topaba con una de las piedras de la fila posterior.

—Vuelve a meter la sonda —sugirió Ángela.

Esta vez, cuando Bronson introdujo la delgada varilla de acero en los orificios que había alrededor de la hilera posterior, apenas encontró resistencia. Era evidente que entraba en una especie de hueco.

—Quitaré otra piedra de la capa exterior —dijo—. Así conseguiré un poco más de espacio para trabajar. Luego sacaré un par de la segunda fila.

Después de haber extraído una de las piedras, sacar una segunda fue pan comido. A Bronson le preocupaba la estabilidad de las piedras que había encima del agujero que había hecho en el lateral del altar, pero no parecía que fueran a caerse. Las capas interiores resultaron más fáciles de mover, porque su tamaño era ligeramente inferior, y Bronson rápidamente quitó tres piedras, dejando al descubierto un pequeño espacio abierto.

—Pásame la linterna, por favor —murmuró poniéndose de rodillas y apoyándose con las manos para asomarse al interior.

—¿Ves algo? —preguntó Ángela, con voz temblorosa por la emoción—. ¿Qué hay?

—Parece vacío. No. Espera un momento. Hay algo plano en el fondo de la

cavidad. Échame una mano. Creo que pesa bastante.

Bronson extrajo la gruesa losa de piedra del agujero que había hecho y, con ayuda de Ángela, la apoyó contra el muro del altar. Ambos dieron un paso atrás y, durante unos segundos, se quedaron observándola.

—¿Qué demonios es? —preguntó Bronson—. Y aquí hay otra. Creo.

En menos de un minuto habían sacado una segunda losa y la habían colocado cuidadosamente junto a la primera.

—Ya está —dijo. Luego miró en el interior del agujero que había hecho, y utilizó la luz de la linterna para inspeccionarlo.

—No hay nada más en la cavidad —informó— a excepción de algunos escombros y un montón de polvo.

Ambos se quedaron mirando las dos placas de piedra de hito en hito. Eran más o menos rectangulares, con la base cuadrada y la parte superior redondeada, tal vez de unos dos centímetros y medio de grosor, unos cuarenta de alto y veinticinco de ancho. La superficie de ambas presentaba una detallada inscripción y Bronson, que en los últimos días había visto suficientes textos como para estar prácticamente seguro de reconocerlo, pensó que estaban escritas en arameo. Además, parecían idénticas.

—Te has puesto perdido de polvo —afirmó Ángela mirándolo.

—Sí, y de dos milenios de antigüedad, supongo.

Ángela apuntó a las tablillas.

—Pero no hay ni una mota de polvo en ninguna de ellas.

Bronson las observó con más detenimiento.

—Es posible que se haya desprendido mientras las sacabas —sugirió—. ¿Qué son? El texto en arameo parece una especie de lista. Más que un texto compacto, parece una serie de líneas independientes.

Durante unos segundos Ángela no contestó y se limitó a arrodillarse y estudiar las dos placas mientras deslizaba suavemente las yemas de los dedos por encima de los caracteres arameos. Luego alzó la vista hacia Bronson con el rostro completamente pálido.

—Nunca imaginé que pudiéramos encontrar algo así —dijo casi en un susurro—. Creo que podríamos encontrarnos ante lo que se conoce como las tablas del Templo de Jerusalén y de Moisés. En mi opinión, debe de ser una copia realmente antigua del decálogo.

—¿De qué? —Bronson se percató de que Ángela parecía tener ciertas dificultades para respirar.

—Estoy hablando de los diez mandamientos, la alianza mosaica. Las que Dios entregó a Moisés en el monte Sinaí. El pacto entre Dios y el hombre, las tablas que establecieron las bases de la fe. —Tras una breve pausa, Ángela miró a Bronson con los ojos muy abiertos, casi asustada—. Olvídate del arca de la alianza. Podríamos

encontrarnos ante dos copias de la mismísima alianza.

—¿Quién ha dicho que se trata de copias? —preguntó Baverstock surgiendo desde detrás de ellos, empuñando una pistola.

Ángela y Bronson se giraron hacia Baverstock, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. La luz de sus linternas iluminó el cañón de la pistola automática que apuntaba directamente hacia ellos.

—Te dábamos por muerto —masculló Bronson.

—La idea era esa. Siento mucho decepcionaros —dijo con un tono sarcástico que evidenciaba la falsedad de sus palabras—. Hubiera preferido que fuerais vosotros los que murierais ahí abajo, en el túnel. No intentéis deslumbrarme. Apuntad con las linternas a las tablillas o, de lo contrario, dispararé a uno de vosotros sin pensármelo dos veces.

Bronson y Ángela bajaron las manos sin rechistar y dirigieron los haces de luz hacia las losas que acababan de extraer de la cavidad del altar. Las dos antiguas piedras parecían casi irradiar luz propia.

—No puedes hablar en serio —dijo Ángela—. ¿Estás sugiriendo que estas losas podrían ser los originales de la alianza con Dios que Moisés bajó del monte Sinaí? ¿Crees realmente que estas tablas fueron grabadas por la mano de Dios?

—Por supuesto que no. Quienquiera que esculpiera estas losas, era alguien de carne y hueso, pero, por lo demás, estoy hablando totalmente en serio. No hay ninguna duda de que existió algo conocido como la alianza mosaica, porque los israelitas construyeron el arca para transportarla de un lado a otro. El arca desapareció sin dejar rastro alrededor del 600 antes de Cristo, cuando los babilonios destruyeron el primer Templo de Jerusalén, pero no existe una tradición sobre las tablas en sí. La mayoría de los arqueólogos dan por hecho que, cuando los babilonios saquearon el Templo, robaron las tablas de la ley y también el arca, pero no hay nada en los registros históricos que lo confirme.

Baverstock interrumpió su discurso y miró con codicia las dos losas de piedra que reposaban sobre el lateral del altar circular.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó Ángela—. Deberíamos llevarlas a un museo para que las examinen y valoren su autenticidad.

La carcajada de Baverstock en la oscuridad era de todo menos graciosa.

—Me temo que no, Ángela. No tengo ni la más mínima intención de compartir la gloria con nadie. El rollo de plata se me ha escapado de las manos, pero eso no va a suceder con las tablas. Voy a llevármelas y vosotros vais a morir.

—¿Me estás diciendo que estás dispuesto a matar por tus patéticos quince minutos de fama? Eso es muy triste, Tony.

—No serán solo quince minutos, Ángela. Será una gloria eterna. Y vuestras muertes únicamente añadirán un poco más de sangre a los miles de litros que se han derramado en este lugar a lo largo de los siglos.

De repente la luz de la linterna de Baverstock los deslumbró y Bronson vio que dirigía la pistola hacia ellos.

El policía reaccionó de inmediato. Lanzó la linterna directamente hacia Baverstock y la luz se movió sin control por el suelo rocoso, haciendo que se distrajera momentáneamente. Luego se apartó a un lado, empujó a Ángela al suelo, y arremetió contra Baverstock.

Éste consiguió esquivar el misil volante, y empuñó de nuevo el arma para apuntar hacia su principal objetivo: Ángela.

Entonces Bronson se abalanzó sobre él, golpeándolo en el brazo derecho justo en el momento en que apretaba el gatillo. La bala atravesó silbando la antigua fortaleza y se adentró en la oscuridad de la noche sin causar ningún daño. Bronson giró sobre sí mismo, a punto de perder el equilibrio. Alargó la mano para agarrarse al brazo del otro hombre, pero Baverstock se zafó, dio un par de pasos hacia atrás y blandió la pistola y la linterna para apuntarle.

Durante menos de una décima de segundo Bronson lo miró aturdido, sin comprender lo que estaba pasando, sin apartar la vista del cañón de la pistola semiautomática. Entonces se tiró al suelo y aterrizó, con mucho dolor, sobre las afiladas rocas.

Baverstock empezó a girarse para disparar de nuevo, pero de repente se detuvo en seco. La cabeza se desplomó y dejó caer los brazos, haciendo que la pistola y la linterna chocaran contra el suelo con un gran estrépito. Seguidamente se llevó las manos al estómago, alzó la cabeza y emitió un estremecedor gemido de dolor y desesperación que retumbó en las rocas y piedras de alrededor.

Bronson agarró su propia linterna, que había caído cerca y que todavía funcionaba, y apuntó hacia Baverstock. El extremo puntiagudo de una delgada hoja de acero sobresalía a la altura del diafragma. Cuando Bronson miró, horrorizado, la hoja se movió hacia arriba, mientras la sangre manaba a borbotones de la herida abierta. Los dedos de Baverstock se aferraron al acero intentando, infructuosamente, liberarse de él. En ese momento la sangre empezó a fluir por entre sus manos mientras la carne se desgarraba y sus aullidos agonizantes se intensificaban.

Lo que presenciaba era tan inexplicable que, tal vez por un par de segundos, se quedó allí de pie, boquiabierto. Seguidamente, corrió hacia el hombre herido, pero no llegó nunca hasta él.

Antes de que Bronson hubiera dado un par de pasos, el cuchillo se movió bruscamente hacia arriba. Los alaridos de Baverstock se detuvieron en seco y su cuerpo cayó desplomado sin fuerzas. Luego dio una sacudida y se quedó inmóvil. Justo tras él, la inquietante y conocida figura de Yacoub se puso de manifiesto, blandiendo en su mano derecha un cuchillo de hoja larga que todavía chorreaba sangre. A sus espaldas surgieron de la oscuridad sus dos hombres, cada uno de ellos

apuntando hacia Bronson con una pistola.

—Era un asunto que tenía pendiente —dijo brevemente Yacoub, agachándose para limpiar la sangre de la hoja en los pantalones de Baverstock. El cuchillo desapareció bajo su chaqueta y en su lugar surgió una pistola—. Pensé que lo habíamos matado en el túnel. Vuelve allí —indicó a Bronson con un gesto.

—Ponte detrás de mí —dijo Bronson cuando se detuvo junto a Ángela y se giró hacia Yacoub.

—Muy noble por tu parte —se carcajeó Yacoub—. ¿Estás dispuesto a morir para protegerla? Eso no será un problema. Tengo balas suficientes para dar y tomar.

—Dijiste que nos dejarías marchar —le espetó Bronson—. ¿No te bastaba con quedarte el rollo de plata?

—Eso era hasta que encontrasteis estas piedras. He oído todo lo que ha dicho Baverstock. Si esas dos tablas son realmente la alianza mosaica, podrían cambiar por completo el curso del conflicto de este país. Mis camaradas de Gaza sabrán hacer un buen uso de ellas.

—Deberían ir a un museo —dijo Ángela llena de rabia—. No deberías jugar a hacer política con unas reliquias tan antiguas e importantes como estas.

Yacoub le hizo un ademán irritado con la pistola automática.

—Le guste o no, en este país todo guarda relación con la política. No importa que sea antiguo o nuevo. No dudaremos en utilizar cualquier arma que esté en nuestro poder. Y ahora podéis ver por qué sois prescindibles. Nadie deberá saber jamás que estas piedras se encontraron en Israel. Pero seré magnánimo. Ambos moriréis rápidamente.

A continuación, alzó la pistola y apuntó hacia Bronson.

Sin embargo, antes de pudiera apretar el gatillo, se escuchó un disparo amortiguado que provenía de algún lugar cercano, y un objeto levemente luminoso atravesó el cielo. En pocos segundos se encendió, ardiendo con la brillante luz intensa del magnesio e iluminando la oscuridad.

Durante un momento, Yacoub y sus hombres se quedaron rígidos, petrificados, mirando hacia arriba.

Y entonces, bajo la implacable luz blanca que proyectaba la bengala al descender, y como criaturas espectrales que surgían de la mismísima tierra, media docena de figuras vestidas de negro, con la cara cubierta de pintura de camuflaje, aparecieron a menos de veinte metros de distancia desde detrás de los bajos muros de piedra que se erigían a un lado del altar. Todos ellos iban armados con rifles de asalto Galil SAR.

Yacoub gritó algo en árabe y sus dos hombres corrieron en busca de refugio y empezaron a abrir fuego sobre sus atacantes. Tras un momento de calma, el silencio se vio interrumpido por una ráfaga de disparos. Los matones de Yacoub intercambiaban tiros con los hombres armados, y el estruendo de sus pistolas

automáticas de 9 mm daba el contrapunto discordante a los chasquidos apagados de las balas de 5,56 que disparaban los Galils.

En el preciso instante en que la bengala prendió, Bronson reaccionó agarrando a Ángela del brazo y llevándola consigo hasta el lateral del antiguo altar de piedra. Una vez allí, se agacharon y utilizaron las sólidas piedras como un efectivo escudo contra las balas que venían en dirección a ellos.

—¡No te levantes! —susurró Bronson justo en el momento en que un proyectil se estrellaba contra uno de los bloques de piedra que estaba sobre sus cabezas, provocando una cascada de astillas y polvo.

Se arriesgó a echar un rápido vistazo alrededor del lateral del altar. Los hombres de Yacoub estaban agazapados detrás de otro de los pequeños muros de piedra, que eran la característica dominante de aquella parte de la vieja fortaleza, disparando a sus atacantes, pero estos les superaban en número y tenían más armas, y Bronson supo que el enfrentamiento solo podía acabar de un modo.

Mientras observaba, una de las figuras vestidas de negro se desplazó para rodearlos, moviéndose como una flecha por el exterior del templo en ruinas y aprovechando cada montón de piedras que encontraba para refugiarse. En apenas veinte segundos había alcanzado una posición desde donde podía ver claramente a los dos hombres de Yacoub y apuntó cuidadosamente con su Galil.

A pesar de ello, no disparó. En vez de eso, gritó algo en árabe.

Al oírlo, los hombres de Yacoub se giraron y apuntaron hacia él. Ese fue su último error. El Galil emitió un sonido sordo y, en menos de un segundo, una ráfaga de proyectiles hizo que los dos marroquíes se tambalearan y cayeran desplomados contra el suelo rocoso.

La figura corrió hacia ellos y se agachó para examinar los cuerpos. A continuación, se puso en pie y miró a su alrededor.

—¿Y Yacoub? —preguntó Ángela de repente—. ¿Dónde demonios está Yacoub?

—No lo sé. No lo he visto. —Bronson se asomó con precaución por encima del altar circular hacia el lugar de donde habían surgido los hombres de negro y seguidamente miró a ambos lados. El marroquí se había desvanecido.

En ese momento escuchó un disparo que provenía de algún lugar detrás de donde se encontraban.

El hombre que empuñaba el Galil, y que estaba a unos seis metros de distancia, se llevó las manos al pecho y cayó hacia atrás dejando escapar el rifle de asalto. Casi de inmediato, una figura alta y oscura se materializó detrás de él y agarró el arma justo cuando la bengala emitía un breve parpadeo y se apagaba, sumiendo en la oscuridad la cima de la colina.

Bronson se puso en pie y obligó a Ángela a hacer lo mismo.

—Ese era Yacoub —susurró—, y ahora tiene un rifle de asalto. Tenemos que salir

de aquí.

No obstante, apenas se irguió, se oyó un ruido atronador y a continuación otro sonido sordo y un potente viento. La oscuridad de la noche fue barrida por un brillante haz de luz de color blanco azulado que provenía de algún lugar por encima de donde se encontraban.

Ángela y Bronson giraron sobre sí mismos con intención de echar a correr, pero en ese mismo instante se toparon con el rostro de Yacoub, cuyo ojo de color blanco lechoso y su boca torcida relucían a la luz del faro de visión nocturna del helicóptero que se cernía sobre ellos.

—¡No deis ni un paso más! —gruñó Yacoub apoyando el cañón de su pistola en el estómago de Bronson—. Vosotros dos sois mi boleto para salir de aquí. — Seguidamente apuntó con el cañón del Galil hacia la zona próxima al altar circular—. Poned las manos en alto e id para allá. Los dos.

—Ponte a mi izquierda —susurró Bronson a su ex mujer mientras se giraba para hacer lo que le pedían—. Y camina unos pasos por delante de mí.

Ángela obedeció sus órdenes y se desplazó hacia delante con el rostro desencajado.

—¡Rápido! —les espetó Yacoub clavando con fuerza el cañón sobre la columna vertebral de Bronson.

Y eso era, precisamente, lo que Bronson esperaba y la razón por la cual había pedido a Ángela que se adelantara.

Dio un par de pasos, inspiró profundamente y, tras levantar el brazo izquierdo con los dedos extendidos como una cuchilla, lo echó hacia atrás con todas sus fuerzas. El lateral de su mano golpeó el antebrazo izquierdo de Yacoub, con tal ímpetu que desplazó su mano (y la pistola que empuñaba) lejos de Ángela.

Lo que sucedió a continuación fue una cuestión de velocidad. Bronson se giró, manteniendo apartada la pistola del marroquí, y le propinó un contundente puñetazo en plena cara. Yacoub se tambaleó hacia atrás, intentando desesperadamente sujetar la pistola.

Pero Bronson no había concluido. Dio un paso más hacia su atacante y le asestó un gancho con el puño izquierdo con todas sus fuerzas. Sus nudillos se estrellaron contra la base de la nariz de Yacoub, haciendo pedazos los frágiles huesos nasales, que penetraron en el cráneo del marroquí. Fue un golpe mortal. Yacoub cayó de espaldas, sus extremidades comenzaron a dar sacudidas y su cuerpo sufrió varios espasmos mientras su cerebro comenzaba a morir.

Bronson agarró la pistola que el marroquí había soltado al caer, y le disparó dos veces en el pecho. Las sacudidas cesaron y, tras una última convulsión, Yacoub se quedó inmóvil.

Durante unos segundos, Ángela y Bronson se quedaron mirando el cadáver del

hombre que tanto dolor les había causado.

Seguidamente se dieron la vuelta. Tres de los hombres vestidos de negro estaban a unos seis metros, apuntándolos con sus Galils. Uno de ellos hizo un gesto a Bronson. Éste miró la pistola que todavía sujetaba y la arrojó lo más lejos que pudo. Tanto él como Ángela alzaron los brazos en señal de rendición. Bronson no sabía quiénes eran, aunque podía hacer algunas conjeturas. Lo que resultaba evidente es que no eran amigos de Yacoub, así que, tal vez, estaban en el mismo bando. Además, teniendo en cuenta que los estaban apuntando con varios fusiles de asalto, tampoco les quedaban muchas opciones.

Uno de ellos dictó una orden en un idioma que a Bronson le sonó a hebreo y otro se acercó a ellos y rápidamente los esposó por la espalda y los registró en busca de posibles armas escondidas. Tan pronto como hubo acabado, el nivel de tensión se redujo considerablemente.

Con un fuerte traqueteo inconfundible, el helicóptero tomó tierra en una zona despejada y bastante llana, a unos quince metros de donde se encontraban levantando una enorme nube de polvo y detritos que se extendió rápidamente por el asentamiento. Bronson y Ángela se dieron la vuelta y cerraron los ojos.

Apenas el aparato tocó el suelo, el rugido de los motores disminuyó y la nube de polvo se disipó. Bronson se dio la vuelta para mirar hacia el helicóptero, una figura negra y voluminosa, que apenas hubiera sido visible en la oscuridad del cielo nocturno, de no ser porque todavía tenía encendidas las luces anticolidión y las de navegación. Gracias a las linternas que sujetaban los hombres que los rodeaban, distinguió dos figuras que caminaban hacia ellos.

Los dos hombres se detuvieron justo delante y, tan pronto como vieron sus rostros, Ángela emitió un grito ahogado.

—¡Yosef! —exclamó—. ¿Qué haces tú aquí?

Yosef ben Halevi esbozó una sonrisa.

—Yo podría preguntarte lo mismo —replicó—. ¿Qué hacéis tú y tu ex marido husmeando en plena noche en uno de los yacimientos arqueológicos más importantes de Israel? —Luego sonrió de nuevo y añadió—. No obstante, creo que ya conozco la respuesta.

Seguidamente se giró hacia su compañero y le susurró algo. Éste asintió con la cabeza e hizo un gesto a uno de sus hombres para que les quitaran las esposas.

—¿Quiénes sois? —inquirió Bronson—. ¿Miembros del Shin Bet? ¿Del Mosad?

Nadie respondió a su pregunta y, tras unos segundos, Yosef ben Halevi se volvió hacia su compañero.

—Acabamos de presenciar cómo Bronson asesinaba a un hombre delante de media docena de testigos. No pasa nada si le decimos quién eres y para quién trabajas.

—Sí. Supongo que tienes razón. —A continuación, dirigiéndose a Bronson, añadió—: De acuerdo. Mi nombre es Levi Barak y soy un oficial de alto rango del Mosad.

—¿Y ellos? —preguntó Bronson señalando a los hombres vestidos de negro que se encontraban a pocos metros—. ¿Pertenece al ejército israelí?

—No exactamente —respondió Barak—. Son miembros del Sayeret Matkal, un cuerpo de operaciones especiales que trabaja para el servicio de inteligencia militar. Es una unidad de élite de reconocido prestigio que se ocupa de operaciones de antiterrorismo. Algo así como el SAS británico.

—Lo sé. He oído hablar de él —dijo Bronson—. ¿No fueron los que rescataron a los rehenes de Entebbe? ¿Cuando el Frente Popular para la liberación de Palestina secuestró un avión de Air France y lo desvió a Uganda?

—Efectivamente —admitió Barak, asintiendo con la cabeza—. Hicieron un excelente trabajo, pero no estamos aquí para disertar sobre acciones militares pasadas. Tenemos que decidir qué vamos a hacer con usted y con Ángela Lewis.

—Y con lo que han encontrado —terció Ben Halevi—. ¿Dónde están las reliquias?

—Las tablas de piedra están allí, apoyadas contra el lateral del altar —dijo Ángela, señalando con el dedo—. Pero no tengo ni idea de dónde está el rollo de plata. El hombre que ha matado Chris nos lo quitó en el túnel.

Barak ordenó algo a sus hombres y dos de ellos se acercaron al altar circular, cogieron las tablas y las llevaron hasta donde se encontraba Ben Halevi. Luego las depositaron con cuidado contra un muro bajo.

El académico se agachó delante de ellas y, mientras Barak las iluminaba con su linterna, deslizó sus dedos con delicadeza, casi con devoción, por encima de la antigua inscripción.

—Arameo arcaico —dijo en voz baja. Luego se puso en pie.

—¿Son lo que suponías? —preguntó Levi Barak.

—No quiero precipitarme —respondió—, pero me atrevería a decir que parecen auténticas.

—Yo también —dijo Ángela—. Porque te estás refiriendo al decálogo, ¿verdad? A la alianza original. A las tablas que Moisés llevaba consigo cuando descendió por segunda vez del monte Sinaí.

Yosef ben Halevi asintió en silencio, sin poder apartar la vista de las antiguas reliquias.

—Bien —dijo Barak bruscamente—. Usted ha matado a un hombre —añadió dirigiéndose a Bronson—. Y, como agente de policía, debería saber lo que eso conlleva.

—¡Fue en legítima defensa! —intervino Ángela acaloradamente—. Si realmente

presenció lo sucedido, debería saberlo.

—En efecto, lo vi. Pero hay un pequeño problema. Los oficiales del Sayeret Matkal son miembros de las fuerzas armadas israelíes, y están autorizados para llevar armas y utilizarlas. Sin embargo, ese hombre —dijo apuntando a Yacoub— murió asesinado con una pistola. Y no precisamente de las que utilizamos nosotros. —Barak se giró e hizo una seña a uno de sus hombres para que se acercara—. Deme su arma —le ordenó.

Tras vacilar unos segundos, el oficial despegó la tira de velero de la funda de su pistola y se la entregó.

—Esta —dijo Barak— es una SP-21 de 9 mm, fabricada por la industria armamentística israelí. Una de sus principales características es la forma hexagonal del cañón. Esa pistola —explicó, señalando el arma que Bronson había arrojado al suelo— es una CZ-75 y tiene un cañón convencional. Cuando le hagamos la autopsia, encontraremos en su pecho uno o dos proyectiles deformados de 9 mm, y las estrías indicarán claramente el modelo de pistola que las disparó. El forense sabrá inmediatamente que este hombre no murió a manos de ninguna de las tropas que yo dirigía. Ese es el problema.

Barak se acercó al lugar donde yacía el cadáver de Yacoub y, con un único movimiento, alzó la pistola y disparó al pecho del marroquí. El impacto provocó que el cuerpo se sacudiese una vez más.

Seguidamente se retiró y entregó la pistola al oficial del Sayeret Matkal.

—Ahora —dijo—, el forense encontrará una bala disparada por una SP-21 y sacará las conclusiones pertinentes.

—¿Y qué me dice de los otros dos proyectiles?

—Creo que la autopsia revelará que atravesaron el cuerpo y que nunca se recuperaron. Y ahora —concluyó—, tienen que irse. Debemos limpiar el lugar antes de que empiecen a llegar los primeros turistas. Además, todavía tenemos que averiguar dónde escondió el rollo de plata este tuerto cabrón.

Tres minutos después, Bronson y Ángela miraban hacia abajo desde la puerta abierta del helicóptero, cuando este despegaba de Har Megiddo. A sus pies, se empezaban a instalar varias hileras de focos para facilitar la búsqueda del rollo de plata, mientras una multitud de hombres vestidos de negro invadía la cima de la antigua fortaleza.

Los primeros rayos de sol empezaban a bañar los tejados y los pisos superiores de los edificios que los rodeaban, lo que hacía que las piedras blancas adquirieran un color plateado. Justo en ese momento, Bronson detuvo el coche de alquiler en una zona de aparcamiento justo al lado de la calle del Sultán Suleimán, cerca de la parada de autobús y delante del barrio musulmán en la antigua ciudad de Jerusalén.

Ángela y él se apearon y se encaminaron en dirección suroeste, hacia la puerta de Damasco. Habían pasado tres días, y tenían una reserva en el vuelo que partía esa misma tarde desde el aeropuerto de Ben Gurión y que les llevaría a Londres por cortesía del Mosad. Desde el incidente de Megido habían pasado la mayor parte del tiempo en una sala de interrogatorios en un edificio ministerial anónimo, explicando con todo lujo de detalles lo sucedido desde que Bronson recibiera instrucciones de viajar a Marruecos, algo que parecía haber sucedido varias semanas antes. Al final, Yosef ben Halevi había decidido que no tenían ninguna otra información que pudiera serles útil y Barak sugirió que lo mejor para todos los implicados era que abandonaran Israel cuanto antes.

Bronson y Ángela habían decidido de común acuerdo aprovechar su último día visitando la zona amurallada. Apenas cruzaron la calle para emprender la marcha a lo largo de los sólidos muros, Bronson miró atrás.

—¿Siguen ahí? —preguntó Ángela tomando su mano.

—Sí. Dos hombres grises vestidos con trajes grises.

Levi Barak había dejado bien claro que podían ir adonde quisieran antes de coger el vuelo, pero insistió en que serían vigilados en todo momento y no tardaron mucho en acostumbrarse a la compañía de sus dos silenciosas sombras.

No había ni rastro de turistas, y apenas se veía algún que otro lugareño. Además, la temperatura era muy agradable, aunque el color rosa y azul turquesa del cielo presagiaba una jornada extremadamente calurosa.

—Parece como si la ciudad al completo estuviera a nuestra entera disposición —comentó Ángela.

No obstante, la sensación de calma y quietud se prolongó solo hasta que llegaron a la zona situada delante de la puerta de Damasco.

A pesar de que todavía era relativamente temprano, ya había una multitud de personas arremolinándose alrededor de las docenas de puestos ambulantes (muchos de los cuales consistían en pequeños carros con un toldo que protegía al vendedor y la mercancía) y que estaban situados entre las majestuosas palmeras del lugar. Ángela y Bronson pasaron por delante de varias mujeres vestidas con los tradicionales trajes bordados, que vendían guisantes extraídos de sus vainas y que exponían en sacos abiertos, y el aire estaba impregnado de un aroma a menta fresca. En varias zonas

Bronson vio una serie de coloridos carteles que mostraban imágenes de jóvenes atractivos y que estaban extendidos por el suelo, como si fueran alfombras para orar.

—Son estrellas árabes de la música pop —le indicó Ángela, a pesar de que todavía no había formulado la pregunta.

Descendieron una serie de peldaños de piedra desgastados por las incontables pisadas a los largo de los años y, tras atravesar un pasadizo abovedado coronado por torretas, se adentraron en el bullicioso y vibrante mundo del zoco de Khan ez-Zeit. Un mundo caracterizado por las estrechas callejuelas adoquinadas; los cafés atestados de hombres que jugaban a las cartas y conversaban mientras exhalaban el humo de sus pipas; los zapateros, los sastres, los vendedores de especias y los puestos que vendían tejidos de llamativos colores; los tenderos rodeados de cajas de verduras y de piezas de carne colgadas y los hombres arrojando garbanzos en enormes calderos de aceite hirviendo para hacer *falafels*. La música árabe (algo disonante para el gusto de Bronson), proveniente de pequeños transistores y de enormes radiocasetes portátiles, casi ahogaba los gritos de los comerciantes, que pregonaban las bondades de sus mercancías, y el constante zumbido de los clientes que regateaban o discutían sobre la calidad de los productos expuestos.

Seguidamente torcieron a la izquierda y llegaron a la Vía Dolorosa, dejando atrás el bullicio. Bronson aprovechó para coger la mano de Ángela.

—Bueno, supongo que hemos conseguido algo —dijo.

—Por supuesto —contestó Ángela—. Esta ha sido una semana memorable para la arqueología en general, y para la arqueología judía, en particular.

Sin mover ni un dedo, a excepción de movilizar un puñado de soldados de élite y unos pocos agentes de vigilancia, los israelíes han recuperado el legendario rollo de plata, lo que significa que, si realmente hay algún tesoro judío escondido en el desierto, será descubierto por arqueólogos judíos, como debe ser. Pero claro, eso llevará años, teniendo en cuenta el tiempo que pasarán estudiando el rollo para averiguar la mejor manera de abrirlo y poder leer la inscripción.

—Solo espero que no se les ocurra enviarlo al equipo de investigadores de Manchester que destruyó el rollo de cobre.

—Es muy poco probable. La plata (suponiendo que realmente sea de plata) es mucho más resistente que el cobre, y el haber estado sumergida en agua fresca durante los dos últimos milenios apenas habrá hecho que pierda su lustre. Existe incluso la posibilidad de que consigan desenrollarlo y leerlo tal y como se escribió, aunque quizá estoy siendo demasiado optimista.

Entonces Bronson formuló la pregunta que le había estado atormentando en los últimos días.

—¿Y qué me dices de las tablas, Ángela? ¿Crees realmente que Baverstock estaba en lo cierto? ¿Qué encontramos la alianza mosaica?

Ángela sacudió la cabeza.

—Yo soy una académica y, como tal, me pagan para mostrarme escéptica en casos como este. Pero... no sé —añadió—. Realmente no sé qué pensar. Por lo que he leído acerca de las descripciones del decálogo que aparecen en la Biblia, eran bastante similares, pero puede ser que ocurriera todo a la inversa. Es posible que las tablas se elaboraran con la intención de que se correspondieran con las descripciones bíblicas. En otras palabras, que las hubieran confeccionado a propósito para dar validez a las tradiciones orales y dar a los errantes judíos algo sólido en lo que creer.

»No obstante, una parte de mí (solo una pequeña parte) piensa que Baverstock podía tener razón. Esas dos piedras tenían algo que me ponía la carne de gallina, algo casi sobrenatural. Como el hecho de que no presentaran ni una mota de polvo, a pesar de que la cavidad estaba a rebosar del mismo. Y el modo en que parecían brillar con luz propia cuando las iluminamos con las linternas —añadió estremeciéndose—. ¡Oh, Chris! Me estoy oyendo y no me reconozco.

—¿Qué crees que harán con ellas los israelíes? —preguntó Bronson mientras giraban a la derecha para dirigirse hacia la plaza del Kotel y al muro de las Lamentaciones.

—Sin duda, las guardarán como oro en paño —respondió Ángela—. Tuve ocasión de intercambiar unas palabras con Yosef ben Halevi cuando terminaron los interrogatorios. Le pregunté exactamente lo mismo y su respuesta fue tremendamente interesante. Me dijo que trabajarían rápidamente y que, además de haber tomado cientos de fotografías, ya habían llevado a cabo una serie de pruebas para examinar la pátina que las recubre, determinar la forma en que se grabaron las letras y todo ese tipo de cosas que sirven para calcular la antigüedad. Pero luego me reconoció que había recibido instrucciones (y, por la forma en que lo dijo, provenían de las más altas instancias de la Knéset) de no sacarlas a la luz ni revelar su existencia por las repercusiones políticas que este hecho podía acarrear.

—Y entonces, ¿qué piensan hacer con ellas? —inquirió de nuevo Bronson.

—Yosef dijo que volverían a su lugar de origen.

—¿Cómo? ¿Al altar de Megido?

Ángela negó con la cabeza y luego señaló hacia delante, a la plaza del Kotel.

—Aquel es el muro de las Lamentaciones —dijo—. ¿Sabes por qué lo llaman así?

—No tengo ni idea.

—El origen del nombre es bastante sencillo. Después de que los romanos destruyeran el Segundo Templo, en el año 70 de la era cristiana, los judíos tuvieron prohibido visitar Jerusalén. Eso duró hasta el inicio del periodo bizantino. A partir de entonces, se les permitió acudir al muro occidental una vez al año, en ocasión del aniversario de la destrucción del Templo. Los judíos que venían se apoyaban contra el muro y lloraban la pérdida de su templo sagrado. Fue así como se acuñó el nombre

de muro de las Lamentaciones.

Bronson contempló de nuevo la enorme estructura que se alzaba al otro lado de la plaza.

—Pero, en realidad, ese muro nunca formó parte del Templo, ¿verdad? Era solo un muro de contención para sujetar el terreno en el que antiguamente se erigía. Entonces, ¿por qué los judíos lo veneran tanto?

—Tienes toda la razón. A decir verdad, no tenía nada que ver con el Segundo Templo en sí, pero los judíos ortodoxos creen que la divina presencia, lo que llaman la *shechinah*, todavía reside en el lugar en el que se encontraba el Templo. Cuando este se construyó, el sanctasanctórum, la cámara interna donde se conservaba el arca de la alianza, se encontraba en el ala oeste del edificio, y allí es donde habría permanecido la *shechinah*. Las leyes judías prohíben la entrada a todos los judíos al Monte del Templo, de manera que ese muro es lo más cerca que pueden estar del lugar —apuntó—. Y esa es la razón por la que es tan importante.

—¿Y?

—Que supongo que podríamos argumentar que si el arca de la alianza se custodiaba en algún lugar detrás de ese muro, este sería el lugar más apropiado para conservar la alianza misma.

Caminaron hacia la cara norte de la plaza del Kotel, hasta el lugar por donde se accedía a la Fundación del Patrimonio del Muro, donde comenzaban las visitas guiadas de los túneles que se encontraban detrás.

—¡Qué extraño! —dijo Ángela. Las puertas estaban cerradas y había un enorme cartel que indicaba que la exposición y los túneles se hallaban cerrados por riesgo de derrumbes.

Ni corta ni perezosa se acercó un poco más y echó un vistazo por entre las puertas hacia la penumbra. A continuación se dio la vuelta y regresó junto a Bronson con una sonrisa de satisfacción dibujada en su cara.

—¿Qué pasa?

—Hay luces en el interior y he visto cierto movimiento. Me sorprendería mucho que se produjera un derrumbe en el Kotel. Las piedras son increíblemente grandes (la mayor pesa unas seiscientas toneladas), y descansan sobre el lecho de roca. Cuando he visto que estaba cerrado, he tenido mis sospechas, pero el hecho de que haya gente en el interior me las ha confirmado. Los israelíes van a depositar las tablas en su lugar de origen, en alguna especie de santuario oculto tras el muro de las Lamentaciones. De ese modo, los devotos que acudan a orar a partir de ahora estarán más cerca de la alianza mosaica de lo que ha estado nadie en los últimos dos milenios.

Bronson se quedó mirando la entrada de la Fundación durante unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—Sí —concluyó—. Lo que dices tiene mucho sentido.

Seguidamente regresaron al lugar donde habían aparcado el coche sin que Bronson les quitara ojo a los dos escoltas.

—¿Sabes una cosa? Todavía no has contestado a mi pregunta —dijo.

—¿Cuál?

—La que te hice en el helicóptero, cuando salimos de Har Megiddo. Te dije que deberíamos formar un equipo. Por lo que parece, somos muy buenos encontrando reliquias perdidas.

Ángela asintió y luego soltó una carcajada.

—Pero ¿no te llama la atención que, cada vez que alguien desenfundaba una pistola, era para apuntarnos a nosotros?

—Sí —respondió Bronson con calma—, pero, a pesar de ello, hemos sobrevivido, ¿verdad? —Tras una breve pausa la miró directamente a los ojos y añadió—: ¿Qué te parece si dejamos nuestros respectivos trabajos y nos dedicamos a buscar tesoros?

—¿Lo dices en serio? —preguntó Ángela.

—Sí. Ya te he dicho que formamos un gran equipo.

—¿Y crees que nuestra colaboración podría ir más allá de lo estrictamente profesional?

Bronson inspiró profundamente.

—Ya conoces la respuesta a esa pregunta —dijo—. Es lo que más deseo en este mundo.

Ángela se quedó mirándolo durante unos segundos y luego sonrió.

—¿Por qué no hablamos de eso durante la comida? He visto un restaurante con una pinta bastante decente en la Vía Dolorosa.

—¡Excelente idea! —dijo Bronson cogiéndola del brazo mientras caminaban por la calle Cadena hacia la iglesia de san Juan el Bautista y en dirección al antiguo y atormentado corazón de la más antigua de las ciudades.

Notas del autor

A pesar de tratarse de una obra de ficción, he procurado cerciorarme de que esta novela, en la medida de lo posible, se ciñera a la realidad de los hechos. Los lugares que he descrito existen realmente, y la mayoría de los acontecimientos históricos acaecidos en el siglo I antes de Cristo aparecen en numerosas fuentes escritas.

Masada

He puesto todo mi empeño en que la descripción de la caída de Masada se ajustara al máximo a lo que realmente sucedió, siempre teniendo en cuenta que se trata de un hecho que tuvo lugar hace casi dos milenios. El asedio concluyó tal y como lo describo, con un suicidio en masa por parte de los sicarios, que prefirieron sacrificar sus vidas antes que claudicar ante el ejército romano. También es cierto que hubo dos supervivientes, en concreto dos mujeres, que posteriormente relataron lo ocurrido al historiador Josefo. La mayoría de los eruditos consideran que esta descripción refleja con bastante exactitud lo que ocurrió durante las horas previas a la caída de la fortaleza.

Entre 1963 y 1965 el arqueólogo israelí Yigael Yadin llevó a cabo una serie de excavaciones en el emplazamiento, durante las cuales se encontraron once *ostracas* (pequeñas piezas de barro o piedra) delante del palacio que se erigía en el ala norte del asentamiento. En una de ellas se podía leer el nombre de «Ben Ya'ir», el líder de los sicarios, y en cada una aparecía un nombre diferente. Aunque no se puede asegurar con rotundidad, todo apunta a que se trataba de los nombres de los guerreros que llevaron a cabo la ejecución de los sicarios antes de que los romanos irrumpieran en la ciudadela.

El túnel de Ezequías y el estanque de Siloé

Con más de tres mil años de antigüedad, este túnel sigue siendo considerado una extraordinaria pieza de ingeniería.

La ciudad de Jerusalén está situada en una colina, y era relativamente fácil de defender contra los posibles agresores, debido a su posición elevada. El único problema al que se enfrentaban los habitantes era que la principal fuente de agua potable se encontraba en el valle de Cedrón, a cierta distancia de los muros de Jerusalén. Este hecho ocasionaba que un asedio prolongado, en aquella época la táctica más extendida para hacerse con la mayoría de los objetivos militares, acabaría irremisiblemente con la captura de la ciudad ya que, antes o después, se agotaban las reservas de agua.

Alrededor del año 700 antes de Cristo, el rey Ezequías, al que le preocupaba seriamente que los asirios, dirigidos por Senaquerib, sitiaran Jerusalén, decidió atajar

el problema del abastecimiento de agua, aunque actualmente existen ciertas dudas sobre si realmente merece tal reconocimiento.

En 1838, un académico norteamericano llamado Edward Robinson descubrió lo que hoy día llamamos el túnel de Ezequías. También se lo conoce como el túnel de Siloé, porque discurre desde el manantial de Guijón hasta el estanque del mismo nombre. Obviamente, el túnel se construyó para que sirviera como acueducto y canalizara el agua hasta la ciudad. Tiene más o menos forma de ese, mide aproximadamente medio kilómetro y presenta una inclinación de algo menos de un grado, lo cual permite que el agua fluya en la dirección adecuada.

Su construcción debió de suponer un enorme desafío, teniendo en cuenta las rudimentarias herramientas de que disponían los habitantes de la ciudad, y algunas teorías recientes sugieren que, en realidad, una buena parte del túnel se correspondía con una cavidad natural que ya existía previamente. Al final del túnel se encontró una inscripción que daba a entender que lo llevaron a cabo dos grupos de trabajadores que comenzaron desde extremos opuestos. Posteriormente se selló el manantial, permitiendo que las aguas fluyeran hasta la mismísima Jerusalén. Esto es, básicamente, lo que cuenta la leyenda y, más o menos, lo que se puede leer en la Biblia.

No obstante, en 1867, Charles Warren, un oficial del ejército británico que exploraba el túnel de Ezequías, descubrió un segundo sistema de canalización, mucho más antiguo, que actualmente se conoce como el canal de Warren. Se trata de un conjunto de canales de poca extensión que parte del interior de las murallas de la ciudad y que termina en un pozo vertical justo encima del túnel de Ezequías y muy cerca del manantial de Guijón. Este permitía que los habitantes extrajeran el agua por medio de cubos que introducían en el túnel sin necesidad de arriesgarse a salir de la ciudad. A pesar de que se ha demostrado extremadamente complicado determinar su antigüedad, se considera que, probablemente, se construyó alrededor del siglo X antes de Cristo.

Por si no bastara, unos años después, en 1899, se descubrió un tercer túnel mucho más antiguo que también desembocaba directamente en el estanque de Siloé desde el manantial de Guijón. Se lo conoce como el canal de la Edad de Bronce, y se calcula que data del 1800 antes de Cristo, de manera que tendría casi cuatro mil años de antigüedad. Se trata de una simple acequia, excavada en el suelo, que fue cubierta con grandes losas de piedra que, a su vez, estaban ocultas bajo el follaje. Sin lugar a dudas, el hecho de que discurriera por la superficie y no bajo tierra, podía resultar un punto débil en caso de asedio.

En consecuencia, y a la luz de las últimas investigaciones, parece evidente que Ezequías no decidió construir un acueducto a partir de la nada, sino que se limitó a estudiar los túneles existentes, detectar sus deficiencias y perfeccionarlos. Se podría

decir, incluso, que su túnel era, en realidad, una versión ampliada y mejorada del canal de la Edad de Bronce.

Qumrán y los manuscritos del mar Muerto

El asentamiento de Qumrán está situado en una meseta desértica, a un kilómetro y medio de la costa noroeste del mar Muerto, cerca del kibutz de Kalia. Es probable que las primeras edificaciones se erigieran a principios del siglo I antes de Cristo y el emplazamiento fue destruido en el año 70 de la era cristiana, por parte de la X legión Fretensis del ejército romano, siguiendo órdenes del emperador Tito.

La mayoría de las fuentes coinciden en que los manuscritos del mar Muerto fueron descubiertos de forma casual por un pastor beduino llamado Mohamed Ahmad el-Hamed, conocido por el sobrenombre de Edh-Dhib, que significa «el lobo». Por lo visto, entró en una cueva cerca de Qumrán, posiblemente en busca de un animal extraviado o, tal vez, porque arrojó una piedra para hacer salir a una de sus cabras. El caso es que oyó el ruido de un objeto que se hacía añicos. Como consecuencia de esto, descubrió un conjunto de tarros de cerámica que contenía una serie de rollos envueltos en tela de lino.

Al darse cuenta de la antigüedad, y sospechando que podían ser muy valiosos, El-Hamed, ayudado por otros beduinos, extrajo algunos de estos rollos (la mayoría de los estudiosos sostienen que en un principio se retiraron solo tres de ellos), y se los ofreció a un hombre que residía en Belén y que comerciaba con antigüedades. Este, sin embargo, se negó a adquirirlos creyendo que los había robado de alguna sinagoga. A partir de entonces los rollos pasaron de unas manos a otras, incluyendo las de otro marchante de antigüedades llamado Khalil Eskander Shahin, conocido como Kando. Aparentemente, este animó al beduino a recuperar más rollos, o tal vez visitó el lugar y lo hizo él mismo. Sea como fuere, Kando llegó a poseer, al menos, cuatro rollos.

Mientras negociaba la venta de estas reliquias, Kando se las confió a un tercero, un hombre llamado George Isha'ya, que era miembro de la iglesia ortodoxa jacobita. Tras reconocer la importancia de los rollos, Isha'ya llevó algunos al monasterio de san Marcos, en Jerusalén, para que los examinaran. Fue entonces cuando Mar Athanasius Yeshue Samuel, el metropolitano de Palestina y Transjordania (un cargo eclesiástico por debajo del patriarca y por encima del obispo, y que equivale más o menos al de arzobispo), oyó hablar de los rollos y, tras estudiarlos, consiguió adquirir cuatro de ellos.

Otros rollos fueron apareciendo en los dudosos mercados de antigüedades de Oriente Medio, y tres llegaron a manos del profesor Eleazer Sukenik, un arqueólogo israelí. Poco después, Sukenik se enteró de que Mar Samuel tenía otros ejemplares en su poder y, aunque intentó comprárselos, nunca llegaron a un acuerdo.

A partir de ese momento apareció en escena un hombre llamado John Trever, que trabajaba para el Colegio Americano de Estudios Orientales (ASOR) y que era un fotógrafo entusiasta, una afición que resultó francamente útil. En febrero de 1948 conoció a Mar Samuel y tomó una serie de instantáneas de los rollos que estaban en su poder. Con los años, estos se habían ido deteriorando, pero su álbum de fotografías ha permitido a los estudiosos observar qué aspecto tenían en aquella época, y ha facilitado su estudio y la realización de traducciones de los textos.

La guerra árabe-israelí de 1948 provocó que los rollos fueran enviados a Beirut para que estuvieran a salvo. En aquella época los académicos eran ajenos al descubrimiento de los rollos y, debido al periodo de agitación que vivía el país, el estudio de su procedencia no resultaba factible. Finalmente, en enero de 1949, un observador de las Naciones Unidas descubrió la que pasaría a conocerse como cueva 1.

Una vez se descubrió la primera, se llevaron a cabo otras exploraciones en la zona y se examinaron otras cuevas. Once de ellas contenían rollos, pero ninguno de ellos se encontraba en el mismo Qumrán, y ni siquiera se descubrió ni el más mínimo fragmento.

La primera expedición arqueológica a Qumrán la efectuó el padre Roland de Vaux, de la Escuela Bíblica de Jerusalén. Las excavaciones se iniciaron en la cueva 1, en 1949, y dos años más tarde empezaron a hacerlo también en Qumrán. La manera en que se enfocó presentaba un defecto de base, porque De Vaux dio por hecho que los rollos habían sido escritos por los habitantes de Qumrán, y utilizó su contenido para explicar el tipo de comunidad que residía en el lugar.

Era el clásico razonamiento circular, y el resultado era más que predecible: dado que los rollos contenían, principalmente, textos religiosos, De Vaux concluyó que los habitantes de Qumrán pertenecían a una secta extremadamente devota conocida como los esenios. A partir de entonces todo lo que él y su equipo encontraban, se interpretaba de acuerdo con su teoría, a pesar de que no existían pruebas empíricas que sustentaran estas conclusiones. De este modo, una cisterna se convertía en un lugar para realizar baños rituales, y así sucesivamente, hasta el punto de que cualquier descubrimiento que pusiera en tela de juicio esta hipótesis se ignoraba o se consideraba que se debía a una contaminación posterior.

Por supuesto, el rollo de cobre y su listado de toneladas de tesoros ocultos, desmontaba por completo la interpretación que había hecho De Vaux del asentamiento, así que la rechazó categóricamente, argumentando que se trataba de un engaño o de una especie de broma.

El rollo de cobre

El rollo de cobre sigue siendo uno de los misterios más desconcertantes de la historia de la arqueología de Oriente Medio. Descubierto por Henri de Contenson en 1952, en la cueva 3 de Qumrán, no se parecía en nada a cualquier otra reliquia encontrada, ya sea anteriormente o desde entonces. Aunque generalmente se le considera uno de los rollos del mar Muerto, esta suposición se basa exclusivamente en el hecho de que se encontrara junto a otros rollos en una de las cuevas de Qumrán. No obstante, desde cualquier otro punto de vista, ya sea el material de que está hecho, el contenido o el idioma de la inscripción, no podría ser más diferente.

Fabricado en una aleación de cobre de una pureza de un noventa y nueve por ciento, y con una longitud de casi dos metros y medio, su elaboración debió de ser extremadamente compleja. El rollo es, simple y llanamente, un inventario, un mero listado de los lugares donde se sepultó un enorme tesoro. El lenguaje utilizado es bastante inusual. Se trata de una forma arcaica de hebreo, lo que se conoce como escritura cuadrada, y que parece tener alguna afinidad lingüística con el hebreo premisnaico e incluso con el arameo. No obstante, alguna de las expresiones utilizadas solo las pueden comprender completamente los lectores familiarizados tanto con el árabe como con el acadio. En resumen, el estilo de la escritura y la ortografía usados en el rollo de cobre es diferente de cualquier otro texto conocido en la actualidad, ya sea de Qumrán o de cualquier otro lugar.

Otra peculiaridad es la aparición de un puñado de letras griegas que siguen a algunas de las localizaciones listadas y, tal y como se relata en la novela, si se toman las primeras diez, se puede leer el nombre del faraón egipcio Akenatón. Las teorías abundan, pero hasta ahora nadie ha elaborado una razón convincente del porqué.

Se ha sugerido que el rollo de cobre contiene unos treinta errores del tipo que se podrían esperar de un escriba que copia un documento escrito en un idioma con el que no está familiarizado, lo que sugiere que el contenido del rollo hubiera podido ser copiado de otra fuente, probablemente anterior. Esto, una vez más, es una simple conjetura.

Las localizaciones del tesoro oculto, listado en el rollo de cobre, no solo son extremadamente imprecisas, sino también completamente inútiles. Por ejemplo, describe con todo lujo de detalles la profundidad a la cual se enterró un alijo de oro pero, para descubrir la localización exacta, se necesitaría un conocimiento exhaustivo de esa ciudad de Judea del siglo I, que incluyera no solo el nombre de las calles, sino también información sobre los propietarios de las viviendas, unos conocimientos que se han perdido a lo largo de los dos últimos milenios.

La mayoría de los arqueólogos coinciden en que es altamente probable que el rollo de cobre sea auténtico, y que los tesoros listados se escondieran en el desierto de Judea. Es posible, incluso, que se haya encontrado uno de ellos: en 1988 se halló un pequeño recipiente de barro cocido en una cueva próxima a Qumrán que contenía un

aceite oscuro que despedía un olor dulzón. Una interpretación de uno de los listados del rollo de cobre sugiere que podría ser uno de los objetos registrados en él.

El rollo de plata

De todas las entradas que aparecen en el rollo de cobre, tal vez la más intrigante sea la última, que afirma que se habría escondido otro documento que aportaría información más detallada sobre la localización de los diversos tesoros. Una traducción de este enigmático fragmento del texto dice: «Una copia de este inventario, su explicación y las medidas y detalles de cada uno de los objetos escondidos se encuentran en la suave roca de Kohlit, en la cavidad subterránea orientada al norte, con las tumbas en su entrada».

Este otro documento, conocido como el rollo de plata, sería uno de los varios tesoros que se escondieron en la ciudad de Kohlit, pero se desconoce el emplazamiento exacto. Existe una demarcación llamada Kohlit, al este del río Jordán, pero no se han encontrado pruebas que sugieran que el rollo de cobre se refiera a este lugar en concreto. No obstante, el único otro «Kohlit» en Oriente Medio es K'eley Kohlit, en Etiopía, demasiado lejos para que sea una posibilidad. La otra pista es la referencia a las «tumbas en su entrada». Esto podría indicar que la cueva se encuentra cerca de un lugar de enterramiento pero, aun así, este dato no aporta gran cosa.

A pesar de todo, lo realmente importante es que, si el rollo de cobre es, efectivamente, un listado de un tesoro enterrado, entonces la referencia al rollo de plata también se tiene que considerar auténtica y debemos asumir que el legendario objeto existió realmente. Por lo visto, los autores del rollo de cobre sabían con exactitud dónde se ocultó el rollo de plata, debido a la descripción detallada (aunque carente de significado para nosotros) de su localización. Pero eso no quiere decir que la reliquia se encuentre todavía en el mismo lugar que especifica el rollo de cobre.

El primer siglo de nuestra era fue una época tremendamente convulsa en Judea, con constantes refriegas entre bandas de judíos rebeldes y las legiones romanas y, sin duda, es posible que importantes objetos, entre los que implícitamente se encontrarían tanto el rollo de cobre como el de plata, fueran extraídos de sus escondites para ponerlos a buen recaudo. Las cuevas de Qumrán sirvieron a este propósito, y demostraron ser un depósito seguro para los manuscritos del mar Muerto durante casi dos milenios. Es bastante posible que Ein-Gedi fuera considerado otro.

Ein-Gedi

Tal y como se cuenta en *La piedra de Moisés*, el oasis de Ein-Gedi era uno de los asentamientos más importantes, fuera de Jerusalén, en el siglo I después de Cristo, y

fue saqueado por los sicarios durante el asedio de Masada, exactamente como lo describo. Sin duda, es posible que los sacerdotes judíos creyeran que el Templo estaba en peligro inminente por el avance del ejército romano y hubieran intentado trasladar sus tesoros más importantes para ponerlos a buen recaudo. En ese caso, es muy posible que hubieran elegido Ein-Gedi.

Si en aquella época el Templo de Jerusalén hubiera sido el lugar donde se custodiaba el rollo de cobre, el de plata y la alianza mosaica, la presencia de estas reliquias en el oasis junto al mar Muerto no habría resultado extraña. Y durante el saqueo, los sicarios probablemente se habrían apoderado de todo lo que cayera en sus manos.

En el caso de que este grupo de zelotes se hubieran encontrado inesperadamente en posesión de tres de las reliquias más sagradas de la nación judía, hubieran hecho todo lo que estuviera en sus manos para evitar que los odiados romanos se hicieran con ellas, de ahí mi relato ficticio de los cuatro sicarios descendiendo de la fortaleza de Masada.

El Monte del Templo y el muro de las Lamentaciones En realidad, el muro de las Lamentaciones es solo una sección del muro occidental, uno de los cuatro muros de contención del Monte del Templo, y su construcción muestra una marcada gradación desde la parte inferior a la superior. Las hileras de mampostería de la base, y que suponen aproximadamente dos tercios de la construcción, están formadas por grandes bloques individuales de piedra de color claro, de las cuales, las más grandes miden al menos un metro cúbico. Por encima de ellas se usaron piedras significativamente menores hasta llegar a la parte más alta.

El muro no es una estructura única, aunque da la impresión de que la parte inferior sí lo fuera. De hecho, solo las siete hileras inferiores presentan bordes tallados, lo que indica que datan de la época de Herodes, que reforzó el Monte del Templo en el año 20 antes de Cristo. Las siguientes cuatro capas de piedras son ligeramente más pequeñas y fueron colocadas durante el periodo bizantino, que transcurre desde el año 330 al 640 después de Cristo.

La tercera sección, por encima de esta, se construyó después de que los musulmanes capturaran Jerusalén, en el siglo VII, y la capa que está en la parte más alta es la más reciente, añadida en el siglo XIX. La costeó el filántropo británico sir Moses Montefiore. Lo que no es visible son las otras diecisiete hileras de piedras, todas ellas bajo tierra, debido a las constantes construcciones y reconstrucciones que han tenido lugar en esa parte de la ciudad.

El origen del nombre «muro de las Lamentaciones» es muy simple. Después de que los romanos destruyeran el Segundo Templo, en el año 70 de nuestra era, se prohibió a los judíos que visitaran Jerusalén, una prohibición que se prolongó hasta los inicios del periodo bizantino. A partir de entonces, se les permitió acudir al muro

occidental solo una vez al año, en el aniversario de la destrucción del Templo. Los judíos que iban al muro se apoyaban en él y lloraban la pérdida de su templo sagrado, y así fue como se acuñó el nombre.

A los judíos se les prohibió visitar el muro de nuevo entre 1948 y 1967, cuando la ciudad fue controlada por los jordanos, pero durante la guerra de los Seis Días los paracaidistas se apoderaron del Monte del Templo y de esa zona de Jerusalén. No lo hicieron por ningún motivo estratégico, pero el lugar había tenido siempre un inmenso significado religioso y simbólico para la nación. En cuestión de semanas, más de un cuarto de millón de judíos visitó el muro. Cuando los israelíes se hicieron con el control, la mayoría de lo que hoy día se conoce como la plaza Kotel ya estaba construida y la única parte del muro occidental que era accesible tenía unos treinta metros de longitud, y solo unos tres metros de ancho. Los israelíes arrasaron la zona y nivelaron y pavimentaron la plaza.

Merece la pena destacar que el muro occidental nunca formó parte del Templo, sino que se trataba de un muro de contención para evitar corrimientos del terreno donde una vez se erigió el Templo. No obstante, los judíos ortodoxos creen que la divina presencia, lo que ellos llaman la *shechinah*, reside todavía en el lugar donde se encontraba. Cuando el Templo se construyó, el sanctasanctórum, la cámara interior donde se custodiaría el arca de la alianza, se encontraba en el ala occidental del edificio, y ese sería el lugar donde habría permanecido la *shechinah*. Las leyes judías prohíben a todos sus fieles acceder al Monte del Templo, en el lugar donde se erigía el templo original, de manera que el muro occidental es lo más cercano que pueden estar de ese lugar. Y esa es la razón por la cual es tan importante para ellos.

A la izquierda del muro de las Lamentaciones, más allá del muro del edificio contiguo con sus dos sólidos contrafuertes, se encuentra el túnel del Kotel, un pasadizo abierto al público y que se ha convertido en una de las principales atracciones turísticas. La entrada es un pasaje abovedado, situado casi en el centro del edificio, con un escrito en hebreo en forma de curva que sigue la forma del arco. Bajo él se puede leer la traducción: «Patrimonio del muro de las Lamentaciones».

La visita guiada comienza en una sala conocida como «los establos de los burros», un epíteto que le adjudicó el explorador británico Charles Warren. Los arqueólogos y obreros tardaron diecisiete años en retirar los escombros y la suciedad acumulada en esta sala. Desde ahí los visitantes acceden al pasadizo secreto. Según cuenta la leyenda, el rey David habría utilizado este pasadizo para salir de forma clandestina y sin ser visto de su ciudadela, que se encontraba más arriba, hacia el oeste, en el Monte del Templo. Desgraciadamente las pruebas arqueológicas sugieren que el túnel fue construido por los árabes a finales del siglo XII después de Cristo. Para ello, habrían necesitado alzar el nivel de esa sección de la ciudad y construir unos sólidos cimientos. De hecho, el túnel se habría utilizado para permitir el acceso

al Monte del Templo a los residentes musulmanes de Jerusalén, no para los fieles judíos. Más tarde, las cámaras abovedadas se segmentaron para usarlas como cisternas, que servían para facilitar que los ciudadanos que vivían justo encima del túnel dispusieran de agua potable de forma permanente. Este pasadizo finaliza de forma abrupta con un montón de escombros, un mudo recordatorio del estado en que se encontraba el laberinto subterráneo antes de que los arqueólogos judíos empezaran a excavar.

En la «sala de los asmoneos», una amplia cámara que data del periodo del Segundo Templo, hay una columna corintia situada más o menos en el centro. Uno de los indicadores de la fecha en que se construyó la cámara es la forma en que está revestida la piedra, una marca del modo en que llevaban a cabo su trabajo los constructores de Herodes. No obstante, la columna data de la Edad Media y se instaló para contener el techo, que estaba dañado y agrietado y necesitaba una sujeción adicional.

Más adelante, conforme se avanza por el túnel, se accede a un estrecho pasillo donde se encuentra una piedra única de dimensiones extraordinarias. Mide unos doce metros de longitud, casi tres y medio de altura y entre tres y cuatro de espesor. Se calcula que pesa cerca de quinientas toneladas, lo que la convierte en una de las mayores, si no la mayor piedra jamás utilizada en una construcción en ningún lugar del mundo, superando incluso las usadas en las pirámides de Egipto. La mayoría de las grúas que se utilizan en la actualidad solo pueden levantar la mitad de ese peso, así que la pregunta más obvia es cómo se las arreglaron los obreros de Herodes para desplazarla. Y no solo eso porque, aunque se encuentra a aproximadamente un metro por encima del nivel del suelo del túnel, originariamente el nivel de la calle era al menos seis metros inferior y el lecho de roca se encuentra solo algún metro por debajo.

Esa piedra forma parte de lo que se conoce como el «trazado maestro» y los investigadores sugieren que se hizo por una buena razón. Durante la construcción del muro no se utilizó ningún tipo de cemento o argamasa, de manera que estas enormes piedras servían para estabilizarlo. Su enorme peso mantenía en su lugar las piedras que se encontraban debajo y proporcionaba una base firme para las hileras superiores. Hoy en día sabemos que el muro ha permanecido intacto durante unos dos mil años y que ha sobrevivido a varios terremotos, lo que demostraría que los obreros de Herodes sabían lo que hacían.

Har Megiddo

El nombre de este histórico lugar es Megido, y normalmente va precedido de la palabra *tel*, que significa «montículo» o, más comúnmente, de *har*, que quiere decir

colina, aunque también se le conoce como Tel-al-Mutesellim, «la colina del gobernante». Con el paso de los años, el nombre Har Megiddo ha degenerado en «Armagedón».

Megido fue una de las ciudades más importantes y antiguas de Judea, y la llanura que se extiende a sus pies fue el escenario de la primera batalla campal de la que tenemos constancia. De hecho, en ese emplazamiento se han desarrollado docenas de batallas y tres llevan el nombre de «batalla de Megido». La última tuvo lugar en 1918, y en ella se enfrentaron el ejército británico y las tropas del imperio otomano.

No obstante, la más conocida fue la primera, y tuvo lugar en el siglo xv antes de Cristo entre las fuerzas egipcias, dirigidas por el faraón Tutmosis, y un ejército cananita liderado por el rey de Kadesh, quien se había aliado con el gobernante de Megido. Kadesh se encontraba en la actual Siria, no muy lejos de la moderna ciudad de Hims y, al igual que Megido, era una importante ciudad fortificada.

Existen tres posibles rutas que el ejército invasor podría haber tomado cuando se dirigían al norte, hacia el valle de Jezreel, donde se habían apostado las tropas enemigas. La más corta era la ruta intermedia, una travesía recta a través de Aruna, pero que obligaba al ejército a recorrer un estrecho barranco. Las otras dos, que discurrían por el Este y el Oeste, eran considerablemente más largas, pero también mucho más seguras.

Tutmosis envió unos hombres para reconocer el terreno y descubrieron que el enemigo había dado por hecho que evitarían tomar la ruta intermedia. Las tropas se habían dividido en dos para cubrir el otro par de accesos, pero habían dejado el barranco prácticamente sin protección, pues supusieron que los egipcios no serían tan estúpidos como para mandar sus tropas por un terreno mortal. Esa es la razón por la que el faraón en persona guio a sus hombres a través del barranco. En Aruna solo se habían apostado unas pocas tropas enemigas, y el ejército egipcio no tuvo muchos problemas en dispersarlas rápidamente y entrar en el valle sin encontrar resistencia. Una vez allí se enfrentaron al ejército del rey de Kadesh, lo derrotaron, y acabaron asediando la fortaleza de Megido, que finalmente cayó. Excepcionalmente para la época, los egipcios perdonaron la vida a los habitantes y dejaron la ciudadela intacta, haciendo que esta victoria marcara el inicio de cerca de cinco siglos de dominación egipcia en la zona. Hoy en día conocemos con detalle el desarrollo de esta batalla gracias a un registro de lo ocurrido que se grabó en los muros del templo de Amón en Karnak.

La alianza mosaica

Hoy en día la mayor parte de los expertos coincide en que el arca de la alianza fue un objeto real, probablemente una caja de madera de acacia recubierta con láminas de

oro y profusamente decorada con múltiples ornamentos que los israelitas llevaban de un lugar a otro. La suposición más lógica es que también la alianza fue un objeto real y tangible y que se guardaba en su interior.

Según el Antiguo Testamento, en el tercer mes después del Éxodo, Moisés entregó las llamadas «tablas de la alianza» o, para ser más precisos, las «tablas del testimonio» al pueblo de Israel, a los pies del monte Sinaí. Esta alianza era un pacto entre Dios y el pueblo elegido, diez simples reglas conocidas como los diez mandamientos, que más tarde establecieron las bases tanto de la fe judía como de la cristiana (aunque, tal y como expongo en el libro, el Éxodo especifica que en realidad los mandamientos eran catorce).

Posteriormente, Moisés regresó al monte Sinaí y, a su vuelta, descubrió que su pueblo ya se había desviado del camino que les había trazado y que habían desobedecido el segundo mandamiento, que prohibía la construcción de cualquier tipo de ídolo para la adoración. Aarón, hermano de Moisés, había hecho fabricar un becerro de oro y había erigido un altar delante de él.

Moisés, enfurecido, arrojó las dos tablas de la alianza al suelo, y acabaron hechas pedazos.

Dios se ofreció a esculpir personalmente un duplicado de las tablas y Moisés regresó al monte Sinaí a recogerlas. Estas fueron las que se introdujeron en el arca de la alianza y, de hecho, el cofre debería denominarse más correctamente el «arca del testimonio».

El arca desapareció alrededor del año 586 antes de Cristo, cuando los babilonios, liderados por el rey Nabucodonosor, destruyeron el Primer Templo. No obstante, no existen documentos escritos que se refieran a las tablas en sí, sino solo al arca, la caja en la que se custodiaban. Se ha asumido que, cuando los babilonios saquearon el Templo, se llevaron el arca y las tablas de la alianza, pero no hay ningún documento histórico que lo confirme.

A pesar de todo, es un hecho que, por aquel entonces, el arca se había convertido en un objeto de culto, de modo que es posible que, cuando Nabucodonosor y sus hordas invadieron Jerusalén, las tablas ya hubieran sido puestas a buen recaudo, dejando el arca en el Templo. Independientemente de lo que ocurriera entonces, lo cierto es que las tablas del testimonio, la auténtica alianza mosaica, desaparecieron como por arte de magia hace más de tres mil años.

Lo que es prácticamente seguro es que, fuera lo que fuera que sucediera con estas tablas, no estaban perdidas. Eran demasiado importantes para la religión judía como para que se extraviaran. Si Nabucodonosor no se apoderó de ellas, lo más probable es que las escondieran antes de que comenzara el conflicto, y que para ello se escogiera un lugar fuera de Jerusalén, ante la posibilidad de que los invasores saquearan la ciudad y se apoderaran de todos sus tesoros. Una vez más, el oasis de Ein-Gedi

podría haber sido un escondite posible, e incluso probable.

Al final del libro describo cómo los israelíes esconden la alianza mosaica en una cavidad detrás del muro de las Lamentaciones. Si alguna vez se encontrara esta reliquia, y la situación política impidiera a los israelíes anunciar la recuperación del objeto, creo que ese es exactamente el lugar donde querrían ponerlo, para devolver la alianza al lugar más cercano en el que originariamente estuvo el arca.

De ese modo, volverían a reunir la *shechinah* (la divina presencia) con el primer documento del pacto entre Dios y los hombres.



JAMES BECKER es un escritor estadounidense de thriller y suspense, bajo el nombre de James Barrington, y también de conjura histórica.

Pasó más de veinte años en la Royal Navy Flota Aérea y sirvió durante la Guerra de las Malvinas. A lo largo de su carrera ha participado en operaciones encubiertas en muchos de los puntos conflictivos del mundo, lugares como Yemen, Irlanda del Norte y Rusia. Es experto en las técnicas de combate armado y tiene un gran interés por la historia antigua y medieval. Actualmente vive en Andorra.

El primer apóstol (The first apostle, 2008) es su primera novela publicada en castellano y la primera de la saga del detective Chris Bronson. La piedra de Moises (The Moses stone, 2009) se publicó a continuación y El secreto del Mesías (The Messiah Secret, 2010) es la tercera entrega.